



Montserrat Amores, Rebeca Martín y Laura Pache (Eds.)

**De ida y vuelta.
Imágenes transnacionales:
México-Francia-España, 1843-1863**

Montserrat Amores, Rebeca Martín y Laura Pache (Eds.)

De ida y vuelta.
Imágenes transnacionales:
México-Francia-España, 1843-1863

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Publicacions
Bellaterra, 2022

El desarrollo y la publicación de este libro han sido posibles gracias a la financiación del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, fondos FEDER, UE del proyecto PGC2018-095312-B-I00 «Negociaciones identitarias transatlánticas: España-Francia-México (1843-1863)», NIT (1843-1863).



Primera edición: septiembre de 2022

© del texto: los autores, 2022

Edición e impresión:

Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona

Plaça de l'Acadèmia. Edifici A

08193 Bellaterra (Cerdanyola del Vallès)

T. +34 93 581 10 22

sp@uab.cat

<http://publicacions.uab.cat>

ISBN 978-84-490-9886-4

Impreso en España. Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Índice

Introducción	
<i>Montserrat Amores y Manuel Santirso</i>	9
LITERATURA DE VIAJES	
Literatura de viajes, efectos performativos y geografías nacionales	
<i>Beatriz Ferrús Antón</i>	21
Heredia, José María, «Viaje al Nevado de Toluca»	27
Duflot de Mofras, Eugène, «Exploración al territorio de Oregón, a California y al mar Bermejo»	33
Pérez Calvo, Juan, «De Veracruz a Orizaba»	43
Dumas, Alejandro, «Revisión de obras. Viaje a España de Alejandro Dumas»	47
Ribeyre de Villemont, M., «Apuntes de un viaje a España»	57
Essarts, Alfred des, «Viaje de París a los Pirineos»	61
Ochoa, Eugenio de, «París»	65
O. (M.), «Fragmentos de un viaje a Europa en 1841»	71
DESCRIPCIONES HISTÓRICO-GEOGRÁFICAS Y MONUMENTALES	
Describir desde la mirada del otro	
<i>Rebeca Viguera y Raquel Irisarri</i>	77
Zamacois, Niceto de, «México»	83
s. f., «La catedral de México y su sagrario»	91
Calvo, Vicente, «Guadalajara. República Mexicana»	95
s. f., «Nueva iglesia de San Vicente Paúl en París»	101
s. f., «Los cementerios de París. El sepulcro de Moratín»	103
s. f., «Exposición general de la industria francesa. Palacio de las Bellas Artes»	107
Gondra, Isidro R., «La isla de Cozumel»	113
s. f., «La golondrina y la catedral de Murcia»	117
Pingret, Edouard, «Antigüedades mexicanas»	121
ARTÍCULOS CIENTÍFICOS	
Avances científicos y transferencias culturales	
<i>Raquel Pérez Valle</i>	127
Bertsch, Augusto, «El mundo invisible»	133
s. f., «El hombre fósil»	139
Boitard, Pierre, «Viaje al sol en un aerolito»	141
Alfredo Mauri, «Presentimientos, sueños, profecías»	147

C. de U., «Proyecto de exploración de monumentos transatlánticos»	149
H. L., «Antigüedades americanas»	153

COSTUMBRISMO LITERARIO

Tipos y costumbres (trans)nacionales: un diálogo a tres bandas

<i>Montserrat Amores y Toni Dorca</i>	159
<i>Fidel</i> , «Literatura nacional. Cuadros de costumbres»	165
<i>Don Emilio</i> , «La Andalucía»	171
P. B., «México»	177
Calvo, Vicente, «Tipos de la República Mexicana»	181
Sierra, Ramón de la, «El educado en Francia».	187
<i>Yo</i> , «Para mañana».	191
<i>Fortún</i> , «¿Dónde hay mujeres?»	195
Zamacois, Niceto de, «Corridos de toros en México»	205
s. f., «Una procesión en México».	213
s. f., «Cafés cantantes en los Campos Elíseos»	217

RETRATOS DE PERSONAJES ILUSTRES

Pensar, organizar y escribir la nación

<i>Rebeca Viguera y Raquel Irisarri</i>	223
S. C., «La Monja Alférez»	229
s. f., «Juana Inés de la Cruz»	235
Neira de Mosquera, Antonio, «La doctora Guzmán y la Cerda»	237
Los Redactores, «Doña Rosa Peluffo»	241
X***, «Alfonso de Lamartine»	245
Payno, Manuel, «Sobre la vida y obras de Alejandro Dumas»	249
Arróniz, Marcos, «Espronceda»	253
Eguilaz, Luis de, «Alarcón».	257
Muñoz Gaviria, José, «Hombres útiles. Orfila».	261
<i>Modesto Infante</i> , «Los conquistadores de América»	265
Arias Miranda, José, «Apuntes sobre la vida y escritos de fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas».	269
s. f., «El capitán de fragata don José María Narvárez»	273
s. f., «Napoleón Bonaparte».	277
s. f., «El almirante Jurien de la Gravière»	281

VIDA POLÍTICA Y SUCESOS CONTEMPORÁNEOS

Una coexistencia difícil

<i>Manuel Santirso</i>	285
s. f., «Expedición de México»	291
<i>Gabriel Ferry</i> , «Revoluciones de México»	293
M. B., «México»	299
Fernández Cuesta, Nemesio, «Retratos de los asesinos de nuestros compatriotas en México».	305

Martos, Cristino, «Manifiesto del general Álvarez»	307
s. f., «Cuestión de México»	311
Martos, Cristino, «Cuestión de México»	315
s. f., «El tratado con México y el señor Pacheco»	317
Janer, Florencio, «México y su territorio»	321
Beltrán, Jacinto, «Francia y México»	325
s. f., «Cómo celebran los léperos el grito de Dolores»	329
s. f., «Expedición de México»	333
Franceses demócratas imparciales, «Manifestación de los franceses demócratas imparciales residentes en México»	341
Índice de ilustraciones	345

Introducción

Montserrat Amores y Manuel Santirso
Universitat Autònoma de Barcelona

La prensa ilustrada se erigió en uno de los medios idóneos para la circulación y la difusión de imaginarios nacionales en las décadas centrales del siglo XIX. Abrió un canal de opinión y continuo diálogo entre las diferentes representaciones que se generaron en los países de origen y las concebidas por otras naciones; en definitiva, un *espacio cultural* que compartieron los lectores de las grandes revistas ilustradas europeas e hispanoamericanas. Como Francia era el polo cultural más fuerte en la Europa de entonces, ocupó un lugar preeminente en este nuevo territorio, y las revistas publicadas allí se convirtieron en modelos tanto formales como argumentales (Andries, 2011).

En ese contexto se enmarca *De ida y vuelta. Imágenes transnacionales: México-Francia-España, 1843-1863*, una antología de textos publicados en la prensa mexicana, española y francesa, en lengua española, que abre un abanico de imágenes nacionales de los tres países y sus reflejos especulares.¹ Quizá sorprenda la acotación temporal de la selección que se propone, pero nos asisten razones históricas de peso. Si nos atenemos a las simples cronologías políticas, esas dos décadas abarcan el periodo que va del inicio de la sólida alianza entre Francia y España (1843) a la intervención tripartita hispano-franco-británica en México (1861-1862) y a la empresa solo francesa de instauración de un Segundo Imperio mexicano con el archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo como monarca (1862-1867). En un segundo nivel, más profundo, sabemos que durante ese cuarto de siglo corto se verificó el mayor acercamiento entre los tres estados y el contacto más intenso entre sus respectivas sociedades de toda la época contemporánea. Sin embargo, la proximidad no siempre implica concordia: muy al contrario, durante el periodo que aquí se considera abundaron los desencuentros, las rupturas diplomáticas e incluso los enfrentamientos armados entre los dos países europeos y el americano, con la intervención internacional de 1861-1862 como culmen (Inarejos, 2007; Pi-Suñer, Riguzzi y Ruano, 2011). Poco importan, pues, las formas políticas adoptadas en cada momento y lugar: la Monarquía de Julio, la Segunda República y el Segundo Imperio en Francia; la monarquía constitucional isabelina en España; la república, federal o centralizadora, en México.

Tan peculiar combinación de afectos y rechazos enriqueció un diálogo transnacional entre los tres países que, no obstante, estuvo muy contaminado por la mirada colonial y eurocéntrica. Aunque siempre tenemos esa distorsión en cuenta, no renunciamos a mostrar las imágenes especulares de España y México en relación triangular con

1. Este volumen es uno de los resultados del trabajo realizado por el proyecto de investigación *Negociaciones identitarias transnacionales: España-Francia-México (1843-1863)* (PGC2018-095312-BI00), subvencionado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

Francia. Tampoco olvidamos que se trata de representaciones imaginadas,² construidas con un notable componente de invención (Pérez Vejo, 2003: 396-397) y transmitidas mediante discursos asociados al poder, que buscan constituirse en verdades (Foucault, 1980). Por eso no se puede soslayar la posición de cada uno de esos países respecto a los otros, como tampoco las respectivas demografías (hablamos de unos 20 millones de franceses, 10 millones de españoles metropolitanos y unos 5-7 millones de mexicanos). En este último sentido, aunque también en el de la propagación de las imágenes, merecen especial atención las colonias de migrantes, reducidas en número (Lida, 1997; Meyer, 1980), pero de gran relevancia social (como los colonos franceses en Sonora o el río Coatzacoalcos), económica (como los negociantes españoles en México) o política (como los exiliados conservadores mexicanos en Francia).

En cuanto a las percepciones mutuas, los estudios de Jesús Torrecilla y Xavier Andreu Miralles, entre otros, han mostrado la identificación de la modernidad con los países europeos relacionados con el norte, entre los que Francia ocupa un lugar preminente, que desplaza a la marginalidad a España. En el mismo sentido, su herencia árabe provocó la identificación metonímica de Andalucía y España, refugio de viajeros que aspiraban a encontrar el paraíso de las huríes al atravesar los Pirineos: «España, eterno sueño de los poetas y de los extranjeros», proclama Alfred des Essarts en las páginas de esta antología, mientras que Niceto de Zamacois define París como «la reina del mundo engalanada con las joyas conquistadas a la Europa entera; la petimetra del orbe que extiende su dominio en letras y modas de un polo a otro de la Tierra». El imperio de la moda francesa se convertía en un cliché recurrente, mientras españoles y mexicanos amenazaban con la pérdida de la identidad nacional al abandonar las costumbres originales de cada país y aconsejaban a los lectores —especialmente a las lectoras— que prefirieran sus hábitos nacionales de origen.

Por más que se insistiera en las disconformidades, y aunque existieron claras diferencias de ritmo, los tres países atravesaban la misma fase de desarrollo histórico, de transición a la contemporaneidad. En Francia, esa mutación ya se había completado hacía unos lustros; en España, sus resultados habían comenzado a asentarse, mientras que en México se dirimían aún las luchas internas. En todos los casos, y con los desfases cronológicos señalados, el destino y la función de la Iglesia católica alimentaron una de las querellas radicales, si no la que más: en Francia desde 1790, en España desde 1836, en México desde 1856. Su resolución reviste especial importancia en una aproximación como la que aquí se presenta, porque la Iglesia había gozado durante siglos del monopolio del saber, de la representación artística y de la identificación colectiva en el espacio transoceánico y el tiempo que se contemplan aquí. Tocaba re-

2. En 1836, el autor de «El saber de los españoles» (*Semanario Pintoresco Español*, 5 de junio de 1836), posiblemente Ramón de Mesonero Romanos, se quejaba de haber leído un texto francés en el que el autor «se empeña en sondear el verdadero saber de los españoles. En llegando a este punto nuestros vecinos del Pirineo se asemejan a don Quijote cuando baja a la cueva de Montesinos: se durmió tranquilamente y luego refirió por cierto lo que su locura le había representado en sueños. Así es que, sin conocer, o mejor, sin querer conocer de España otra cosa que la corteza, se duermen sobre ella, despiertan luego, y vuelta a su perpetuo favorito tema de ponernos como ropa de pascua que no hay por donde agarrarnos» (s. f., 1836: 82).

visar antiguos clichés, pero no resultaba fácil: si en Francia seguía triunfando la España castiza, en Francia y en España persistía el México tradicional, donde la Virgen de Guadalupe reinaba sobre el país potencialmente más rico del mundo.

Como siempre, en estas representaciones juega un papel sustancial el continuo diálogo producido por las imágenes generadas entre el Yo enunciator y el Otro, teniendo en cuenta que al representar la otredad se manifiestan igualmente rasgos de la identidad que la expresa (Pageaux, 1995: 141). La conquista de América caracterizada por la ignorancia y la violencia será un lugar común en los textos procedentes de México, mientras que desde España se propondrá un discurso que diluya las atrocidades cometidas y las sustituya por el espíritu conciliador de conquistadores y el carácter pacificador y evangelizador de los predicadores, sin resistirse a la evocación del antiguo esplendor del Imperio. Algo parecido ocurre en los artículos sobre ruinas y monumentos del antiguo México publicados en revistas mexicanas, en los que aflora la hispanofobia al denunciar la destrucción por parte de los españoles, su desconocimiento y la falta de interpretación y de su verdadera significación en unos años en los que proliferan las expediciones, al tiempo que los textos escritos desde España muestran el carácter pionero de ese nuevo descubrimiento de América (Amores, 2021).

Como el lector tendrá oportunidad de observar, los mecanismos mediante los cuales se difunden estas imágenes son la simplificación, la homogeneización y la repetición, conducentes a la generación de estereotipos, representaciones sociales de colectivos que se identifican con un modelo cultural (Amossy y Pierrot, 2010: 69). Estos se alimentan de matices que dependen del diálogo entre textos de diferente origen y procedencia. Se trata de modelos muy productivos, puesto que, como han venido desarrollando los estudios imagológicos, se convierten en la base sobre la que se sustentan políticas de reforma social que se adaptan dependiendo de los discursos que las sostienen. Son estos estereotipos los principales creadores de tensión entre comunidades (Amossy y Pierrot, 2010: 47). El mal estado de los caminos y la frecuencia con la que los viajeros eran víctimas de los ladrones es un tópico aceptado para aquellos que recorren España desde tiempo inmemorial, pero también para los que viajan por México. Las corridas de toros son el espectáculo que se identifica más a menudo con lo español, aunque, como se verá, los redactores de *El Álbum Mexicano* seleccionan los pasajes del viaje a España de Dumas dedicados a los toros justamente porque se trata de una diversión también común en México, como defiende Zamacois en su artículo sobre las «Corridas de toros en México». Españoles como Martínez Villergas intentan desterrar esas imágenes gastadas manifestando su desagrado por esa tradición, por española que sea, aunque al cabo caigan en los tópicos alimentados por los extranjeros al mostrar sus preferencias por los contrabandistas.

La prensa ilustrada floreció en los años que nos ocupan. Modelos como el *Penny Magazine* inglés o *Le Magasin Pittoresque*, *Le Musée des Familles*, *Le Mosaïque* franceses llegan muy pronto a España y a México. La prensa pintoresca se convirtió en lectura económica entre las clases medias. Cabeceras españolas de larga vida, como el *Semanario Pintoresco Español* (1836-1857), conducido en su primera etapa por Ramón de Mesonero Romanos y que contó entre otros con la dirección de Ángel Fernández de los Ríos, o el *Museo de las Familias: periódico mensual* (1843-1870),

editado en el afamado Establecimiento Tipográfico de Francisco de Paula Mellado, se presentaron al lector como almacenes de carácter enciclopédico. En México, el grupo letrado criollo del que formaban parte miembros de la Academia de Letrán e impresores como Vicente García Torres o Ignacio Cumplido utilizaron también la prensa ilustrada con el propósito de cimentar una imagen de la recién construida república. Ignacio Cumplido editó *El Museo Mexicano o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas* (1843-1845), dirigido por Manuel Payno y Guillermo Prieto. Las desavenencias entre el impresor y los dos directores de la revista suscitaron la publicación de la *Revista Científica y Literaria de México* (1845-1846), fundada en noviembre de 1845 por los dos redactores de *El Museo*. Cuatro años después Ignacio Cumplido editará *El Álbum Mexicano: periódico de literatura, artes y bellas letras* (1849) manteniendo el «carácter verdaderamente mexicano». Cumplido fue también el editor de *La Ilustración Mexicana* (1851-1853), que se congratulaba de haber contribuido al impulso de la literatura nacional a través de sus páginas, como declaró en la «Introducción» al tomo II de la revista.

En su afán patriótico y como generadoras de imágenes nacionales, estas revistas españolas y mexicanas dieron preferencia a los contenidos de sus respectivos países, aunque, debido a su carácter enciclopédico, también tuvieron cabida en sus páginas artículos de una amplia variedad de materias con el propósito de recrear e instruir a la vez, siguiendo el principio horaciano *miscuit utile dulci*. Esta es la locución estampada en la portada de los cuatro primeros tomos de *El Museo Mexicano* (1843-1846). Parte del corpus en el que se ha basado la presente antología se sustenta sobre estas revistas, que dieron paso progresivamente a otro modelo de publicación, el de las ilustraciones, que abrieron sus contenidos a la actualidad informativa. Como ha estudiado Cecilio Alonso, entre 1849 y 1869 la prensa española inicia una fase de adaptación a las revistas llamadas «ilustradas», que incorporaban en sus páginas un carácter informativo de actualidad, «de sesgo realista, sin que quepa hablar de incompatibilidad entre ambos términos que coexisten durante algunos años, chirriando inequívocamente en las cabeceras de destacadas publicaciones al tiempo que se iba concretando el difícil deslinde entre ambos conceptos de la cultura periodística» (Alonso, 2013: 46). Así ocurre con *El Museo Universal: periódico de ciencias, literatura, artes, industria y conocimientos útiles* (1857-1869), revista fundada por José Gaspar Maristany y editada en la afamada Imprenta y Librería de Gaspar y Roig. En ella lo enciclopédico y lo literario se combinan con el periodismo gráfico, como ocurrirá con *El Mundo Pintoresco. Periódico semanal: literatura, ciencias, artes, biografías, música, teatros, modas y toros* (1858-1860), que muestra muy pronto la evolución del modelo «pintoresco» al de las «ilustraciones». Este último semanario, dirigido por Juan José Martínez, será absorbido finalmente por *El Mundo Militar: panorama universal* (1859-1865). Todas estas revistas fueron fuente inagotable de noticias sobre la vida política coetánea y de retratos de militares y políticos contemporáneos. Aunque no se trate de una publicación ilustrada, pero justamente por su propósito señaladamente transnacional, se ha considerado también la revista quincenal *La América: crónica hispano-americana* (1857-1886), fundada por Eduardo Asquerino. Dirigida a la burguesía instruida y difusora del liberalismo progresista español, en sus páginas pu-

blicaron escritores, políticos e intelectuales españoles e hispanoamericanos, promoviendo una fraternidad panhispanista.

Nuestro corpus no estaría completo sin tener en cuenta la importancia de las revistas en español publicadas desde Francia con el propósito de servir de puente entre España e Hispanoamérica. De entre las ilustradas, destaca indiscutiblemente *El Correo de Ultramar* y su *Parte Literaria Ilustrada* (1853-1886). «Redactado en París, en este centro de elaboración ideal y foco de luz para todas las naciones», en palabras de sus editores, X. de Lassalle y Mélan, su atención primordial se centró en «los monumentos, vistas y costumbres nacionales de España y América» (1853: 2), sin olvidar que el periódico puede considerarse vehículo de promoción del Segundo Imperio francés.

Todas estas revistas se convierten en mediadoras fundamentales de la identidad colectiva dirigida a las clases medias y a las populares. Como tales, analizaron la realidad que les rodeaba, crearon redes de participación con otros mediadores y fueron al mismo tiempo constructoras de opinión. Su actividad sirve para poner en evidencia no solo el imaginario nacional, sino también la problemática que este genera. Son, pues, un magnífico mosaico de imágenes europeas y latinoamericanas que contribuye a la evolución de representaciones nacionales que partían a menudo de discursos ideológicos, de estereotipos creados en el extranjero mediante procesos que deben estudiarse como transferencias culturales, como importaciones que se incorporan al repertorio propio y que cobran una nueva significación, una «resemantización», al integrarse en otro sistema cultural (Even-Zohar, 2008: 223; Espagne, 2013). Así, textos que podían vincular emocionalmente a los lectores con su patria en una revista nacional llaman la atención por su interés turístico a lectores de revistas de otros países. En la misma línea, artículos de costumbres de escritores españoles publicados en revistas mexicanas o francesas ofrecen una visión exótica o digna de imitación dependiendo de la revista en que se publiquen.

En muchos casos se trataba de reproducciones autorizadas por los autores. Sin embargo, el trasvase de traducciones, textos e imágenes es continuo en un creciente mercado en el que no existía una regulación de la autoría. Contamos, pues, con artículos sobre Francia publicados en revistas españolas o mexicanas; textos sobre España publicados en cabeceras editadas en Francia o México, y piezas sobre México aparecidas en periódicos ilustrados franceses o españoles. La casuística comprende asuntos muy variados. Del mismo modo que se reproducen en la prensa publicada en España artículos de autores mexicanos y viceversa, en otros muchos casos se traducirán para cabeceras mexicanas o españolas artículos del francés, como ocurre con «Revolución de México», aparecido en 1843 en el *Semanario Pintoresco Español*, versión en español de «Révolutions du Mexique. Le Général Santa-Anna», artículo de *Gabriel Ferry* que había publicado *L'Illustration* sin firma de autor tres meses antes. Curiosamente, mientras las publicaciones mexicanas solían advertir al final del artículo de que se trataba de una traducción, a menudo realizada para la revista e incluso indicando el título del que procede el texto trasladado, en las españolas no suele referirse dato alguno. En otras ocasiones los editores traducen o extractan algunos párrafos de texto aparecidos en otras publicaciones. En estos casos, como «Cafés cantantes en los Campos Elíseos», se trata claramente de un proceso de refundición y traslación si-

multánea. También pueden encontrarse textos traducidos o reproducidos precedidos de una breve presentación de los redactores de las revistas o acompañados de notas al pie en las que los redactores o traductores aclaran o refutan algunas de las afirmaciones de viajeros o políticos.

Si la reproducción, traducción o refundición de textos producen nuevas lecturas en la prensa del momento, el panorama resulta semejante en relación con grabados y litografías mediante la reutilización masiva de ilustraciones a través de técnicas como el *polytypage*, gracias a la cual se obtenían copias de clichés y xilografías, o mediante la galvanoplastia para reproducir matrices xilográficas. De este modo, «se produjo una progresiva circulación internacional de clichés que enriquecían las revistas con costes muy razonables. Ello provocó un fenómeno curioso: las revistas menos ricas eran las que publicaban más ilustraciones internacionales, puesto que los clichés, al multiplicarse, se convertían en mercancía barata, mientras que las publicaciones más solventes tenían grabadores o hasta talleres de grabado propios, lujo al alcance de pocas empresas» (Fontbona de Vallescar, 1996: 75).

En España, Ángel Fernández de los Ríos envió a Vicente Castelló a formarse en París, y alrededor del *Semanario Pintoresco Español* se forjó un número considerable de grabadores. La falta de maderas duras en México impulsa la litografía en lugar del grabado (Aurenche, 2009: 169), una actividad que se desarrollará profusamente a partir de 1840. Ignacio Cumplido contrató a Rafael de Rafael y utilizó las litografías de Decaen para ilustrar originalmente sus libros y revistas (Pérez Salas, 2009: 188-200). El éxito de las revistas ilustradas francesas también influyó poderosamente en la preferencia por la litografía frente al grabado (Pérez Salas, 2005: 211). No podemos olvidar que el impulso primero que llevó a Ignacio Cumplido a publicar *El Álbum Mexicano* fue la reproducción de las preciosas ilustraciones de *Les fleurs animées* (1847), de Grandville. La competencia entre cabeceras, tanto españolas como mexicanas, por reproducir las más bellas ilustraciones de dibujantes, grabadores, litógrafos y fotógrafos conforme avanzaba el siglo, fue habitual, y no estuvo exenta de agrias polémicas. No obstante, la dependencia de las fuentes foráneas fue insoslayable. La reproducción de grabados y litografías extranjeras favoreció prácticas conocidas como el raspado o recortado de los bordes inferiores para borrar las firmas de los autores originales, o la alteración de la composición de ilustraciones a partir de litografías de autores conocidos.

Aunque se ha primado en la selección de los textos antologados que los autores no fueran oriundos del país sobre el que trataban, podemos encontrar excepcionalmente artículos de escritores que se ocupan de alguna cuestión relativa a su país por su contenido transatlántico. En muchos casos nos encontramos con viajeros o extranjeros que residieron durante un tiempo en alguno de esos países, a veces por razones políticas, bien con un propósito expedicionario o para desarrollar actividades profesionales. Todos ellos pueden considerarse mediadores culturales. Se trata de corresponsales, viajeros, traductores, editores, exiliados, políticos, cónsules que desde el extranjero se preocupan por la difusión/revisión de la imagen de su propio país, como el español afincado en México Francisco Zarco, españoles que vivieron largas temporadas en París, como Eugenio de Ochoa, o franceses, como Charles de Mazade o Antoine de

Latour establecidos en España. Todos ellos realizaron el esfuerzo de divulgar, y también de simplificar, la producción cultural o científica de su país. Entre ellos es preciso tener en cuenta a editores, como X. de Lassalle y Mélan, De Mazade, Pitre Chevalier o Francisco de Paula Mellado, que ampliaron sus miras a nuevos mercados al otro lado del Atlántico.

En el presente volumen, el lector encontrará sesenta artículos publicados en las revistas mencionadas, distribuidos en seis secciones: «Literatura de viajes», «Descripciones histórico-geográficas y monumentales», «Artículos científicos», «Costumbrismo literario», «Retratos de personajes ilustres» y «Vida política y sucesos contemporáneos». La división se corresponde en parte con las que establecían las revistas ilustradas. Estas tenían en cuenta el pasado nacional al recuperar acontecimientos históricos o biografías de gloriosos personajes; igualmente, asentaban los fundamentos de la nación, descrita a modo de inventario, a través de la descripción de sus paisajes naturales o urbanos, de sus accidentes geográficos más singulares, de sus monumentos más representativos, de la relación de los hábitos y costumbres de la sociedad, la divulgación de los avances científicos o la reseña de los sucesos de la vida contemporánea. A la hora de ordenar los artículos, hemos procurado combinar los parámetros espaciotemporales y organizar los contenidos desde lo general a lo particular, en un viaje que conduzca gradualmente al lector desde el territorio hasta sus habitantes, desde los enclaves hasta los protagonistas de la historia.

Por esta razón, iniciamos el recorrido con la exposición de espacios en las dos primeras secciones («Literatura de viajes» y «Descripciones histórico-geográficas y monumentales»), para adentrarnos en aquellos textos que informan sobre los progresos científicos («Artículos científicos») y avanzar hacia la descripción de los habitantes —mexicanos, españoles y franceses—, componentes de una ciudadanía, algunos de cuyos hábitos y costumbres comparten («Costumbrismo literario»). En esta última sección se describe a los naturales de una nación en relación directa con el paisaje —campesino o urbano—, mientras que en la siguiente («Retratos de personajes ilustres») los protagonistas son hombres y mujeres insignes, notabilidades que escriben y organizan la nación. La distinción entre los protagonistas de ambas secciones se aprecia en la morfología de los grabados y litografías que acompañan algunos de los textos. Si bien todos son protagonistas de la historia, a los hombres y mujeres comunes se les representa rodeados de elementos o paisajes que sirven para definirlos en su relación con la tierra o la colectividad; los personajes insignes, sin embargo, aparecen retratados en primer plano, sin fondo, como bustos que piensan la nación (Martínez-Pinzón, 2021: 87-91). Finalmente, en «Vida política y sucesos contemporáneos» se recupera el relato de algunos acontecimientos históricos que determinaron las relaciones entre franceses, mexicanos y españoles.

Los géneros literarios cultivados en los artículos son muy diversos y sus fronteras muy borrosas. Los relatos de viajes son los que presentan una hibridez generica más acentuada: a veces, sirven para describir costumbres desde la mirada de un extranjero; otras, la relación detallada de un monumento da pie al autor a referir una breve

tradición o hacer un alto en el camino para insertar el resumen de la vida de un personaje ilustre, de ahí que algunos relatos de viajes aparezcan en otras secciones. El hecho de que con frecuencia los artículos publicados originariamente en las revistas sean fragmentos de obras mayores puede explicar también que se acomoden en otros apartados temáticos. Como señala Christophe Charle (2010), en las transferencias culturales tienen igual importancia la lengua, la organización del discurso y su presentación visual. Por otro lado, aunque la ficción desempeña un papel fundamental como generadora de imágenes nacionales, en este volumen no hemos incluido cuentos, leyendas ni narraciones contemporáneas traducidas, refundidas o adaptadas en las revistas ilustradas. Se debe a una sencilla razón: sin duda, todos estos relatos merecen un espacio más amplio que el que podría ofrecerles la presente antología.

Cada uno de los artículos que hemos antologado va precedido de una nota marcada con un asterisco que contiene los datos bibliográficos del texto y sus fuentes: noticias sobre la traducción o sobre las ediciones anteriores o posteriores del artículo, que ponen de manifiesto su condición de transferencias culturales. En algunas ocasiones los responsables de las secciones han seleccionado fragmentos de artículos muy extensos e indicado con corchetes angulares el lugar en el que se encuentran las omisiones textuales.

Aunque las ilustraciones desempeñan un papel igualmente importante, no ha sido posible reproducir todas las que acompañan a los textos seleccionados. Hemos elegido algunas de ellas con la intención de dar visibilidad al autor o grabador cuando ha sido posible. Algunas ilustraciones van acompañadas de notas al pie, marcadas también con un doble asterisco, que contienen información sobre la imagen.

A la hora de editar los artículos, hemos modernizado la puntuación y los usos ortográficos. Asimismo, los variopintos y abundantes topónimos, monumentos y nombres propios aparecen unificados. Por otro lado, salvo las notas bibliográficas iniciales y las que acompañan a las ilustraciones, todas las que se encuentran a pie de página pertenecen a los autores de los textos.

Finalmente, quisiéramos dar las gracias a Lidia Conde Sánchez, Raquel Irisarri y Maria Rocabruna Funcasta, que nos han ayudado con la primera transcripción de los artículos del volumen.

Bibliografía

- ALONSO, Cecilio (2013). «Las revistas de actualidad germen de la crónica literaria. Algunas calas en la evolución de un género periodístico entre 1845 y 1868», *Anales de Literatura Española*, núm. 25, pp. 45-67.
- AMORES, Montserrat (2021). «De la conquista del Nuevo Mundo a su nuevo descubrimiento en el *Semanario Pintoresco Español*. Algunos ejemplos de transferencias culturales (México-Francia-España)», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.83474>
- AMOSSY, Ruth y HERSCHBERG, Pierrot (2010). *Estereotipos y clichés*. Buenos Aires: Eudeba.

- ANDRIES, Lise (2011). «Transferencias culturales en la prensa y los impresos entre Francia y México en el siglo XIX», *Bulletin Hispanique*, vol. 113, núm. 1, pp. 457-467.
- AURENCHE, Marie-Laurie (2009). «Londres-Paris-Mexico ou la naissance de la presse périodique illustré (1830-1850)» en ANDRIES, Lise y SUÁREZ DE LA TORRE, Laura (dir.), *Impressions du Mexique et de France / Impresiones de México y de Francia*. París/México: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme – Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, pp. 163-186. Disponible en: <http://books.opneeditiion.org/edicionsmsh/9581>.
- CHARLE, Christophe (2010). «Comparaisons et transferts en histoire culturelle de l'Europe. Quelques réflexions à propos de recherches récentes», *Les Cahiers de l'IRICE*, núm. 5. Disponible en: <http://irice.univ-paris1fr/spip.php?article567>.
- ESPAGNE, Michel (2013). «La notion de transfert culturel», *Revue Sciences/Lettres*, núm. 1, pp. 1-9. Disponible en: <https://journals.openedition.org/rsl/219>.
- EVEN-ZOHAR, Itamar (2008). «La fabricación del repertorio cultural y el papel de la transferencia», en SANZ CABRERIZO, Amelia (ed.), *Interculturales/Transliteraturas*. Madrid: Arco-Libros, pp. 217-226.
- FONTBONA DE VALLESCAR, Francesc (1996). «Las “Ilustraciones” y la reproducción de sus imágenes», en *La Prensa Ilustrada en España: las «Ilustraciones» 1850-1920*, Coloquio Internacional. Rennes-Montpellier: Iris-Université Paul Valéry, pp. 73-80.
- FOUCAULT, Michel (1980). *Power/Knowledge*. Brighton: Harvester.
- INAREJOS, Juan Antonio (2007). *Intervenciones coloniales y nacionalismo español. La política exterior de la Unión Liberal y sus vínculos con la Francia de Napoleón III (1856-1868)*. Madrid: Sílex.
- LIDA, Clara E. (1997). *Inmigración y exilio: reflexiones sobre el caso español*. México: Siglo XXI.
- LASSALLE Y MÉLAN, X. de (1853). «A nuestros lectores», *El Correo de Ultramar. Parte literaria ilustrada*, I, núm. 1, pp. 1-2.
- MARTÍNEZ-PINZÓN, Felipe (2021). *Patricios en contienda: cuadros de costumbres, reformas liberales y representación del pueblo en Hispanoamérica (1830-1880)*. Chapel Hill: University of North Carolina Press - North Carolina Studies in the Romance Language and Literatures.
- MEYER, Jean (1980). «Los franceses en México durante el siglo XIX», *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. 2.
- PAGEAUX, Daniel-Henri (1995). «Recherche sur l'imagologie: de l'Histoire culturelle à la Poétique», *Revista de Filología Francesa*, núm. 8, pp. 135-147.
- PÉREZ SALAS, María Esther (2005). *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- (2009). «Nuevos tiempos, nuevas técnicas: litógrafos franceses en México (1827-1850)», en ANDRIES, Lise y SUÁREZ DE LA TORRE, Laura (dir.), *Impressions du Mexique et de France/Impresiones de México y de Francia*. París/México: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme - Instituto de Investigaciones

- Dr. José María Mora, pp. 187-215. Disponible en <http://books.opneeditiion.org/edicionsmsh/9581>.
- PÉREZ VEJO, Tomás (2003). «La construcción de México en el imaginario español decimonónico (1834-1874)», *Revista de Indias*, vol. LXIII, núm. 228, pp. 395-417. Disponible en: <https://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/view/444>.
- PI-SUÑER, Antònia; RIGUZZI, Paolo, y RUANO, Lorena (2011). *Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010*, vol. 5. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- s. f. (1836). «El saber de los españoles», *Semanario Pintoresco Español*, I, núm. 10 (5 de junio de 1836), pp. 82-83.

Literatura de viajes

Literatura de viajes, efectos performativos y geografías nacionales

Beatriz Ferrús Antón

Universitat Autònoma de Barcelona

La literatura de viajes, de ida y de vuelta, en el cruce geográfico y el corte temporal que dibuja esta antología, es un género híbrido, de rasgos difusos y significados poliédricos, que recorre la prensa ilustrada del siglo XIX. Muchas veces mezclada con la descripción de parajes o monumentos, el derrotero o el costumbrismo, la define una voz narrativa en tránsito que enmarca sus experiencias sobre nuevas gentes y territorios en el contexto de un periplo.

El viajero porta una imagen previa del lugar que va a visitar, de sus habitantes y de sus tradiciones, que se presta a ser desmontada, una vez vivido el encuentro, si la narración es sostenida por una mirada atenta, o reafirmada si esta se opaca por la premura o el peso del tipismo. Las páginas de la prensa se convierten en un escenario que propicia procesos de mediación cultural (Sánchez, 2017) en los que queda trabado no solo el narrador, sino los lectores que lo acompañan en su recorrido.

Los relatos de viajes insertos en estos álbumes forman parte de un mapa literario que refleja un mundo en transformación. Los procesos de independencia y la formación de las naciones en América Latina, los nuevos intereses coloniales de Francia, para el caso que nos ocupa, pero también de Inglaterra y Estados Unidos, además de la redefinición del lugar de España en el marco geopolítico hicieron del triángulo transatlántico una encrucijada de poderosos intercambios.

El siglo XIX fue el gran siglo de los viajes: mercantiles, de placer, de exploración o por causas bélicas, todos ellos ganaron en presencia y trascendencia. El incipiente nacimiento del turismo fue gestando una apetencia por recorrer otros paisajes o, al menos, por participar de esa vivencia a través de la lectura. Por eso, junto a los desplazamientos transoceánicos o internacionales, las visitas a balnearios, a zonas de caza, las excursiones que conducen a la falda de un volcán, a una catarata o a una ruina fueron, asimismo, contadas como procesos de descubrimiento.

En estos textos se describieron recorridos a geografías extranjeras, pero también por el interior de los países. La joven República Mexicana diseñó para el lector capitalino la imagen de una geografía regional desconocida, sin la que era imposible sostener el relato de lo nacional. La vieja metrópoli española se contó como un tapiz de épocas superpuestas, donde la gloriosa historia pasada debía promover logros futuros. Mientras, Francia se vanagloriaba de ser una potencia imperial, tanto en lo político como en lo cultural, cuyo modelo debía ser ejemplo para viejas y jóvenes naciones, convirtiendo las calles de París en símbolo de una modernidad imparables.

Desde aquí, la *nación*, como artefacto cultural (Anderson, 1993), encontró en este conjunto textual un lugar desde el que armar su relato, desde el que definir a sus ciudadanos. Por otro lado, las grandes potencias mundiales exhibían un *discurso imperial* que devenía en norma (Hardt y Negri, 2000). *Alteridad* y *género* fueron

conceptos que quedaron enredados en estas narraciones (Mills, 1991). El viajero, al menos en el arco temporal que nos ocupa, fue, salvo muy raras excepciones, siempre un varón blanco, europeo o criollo, al que se le suponía un estatus burgués. Militar, político, ingeniero, pintor, escritor o simplemente turista, representaba la masculinidad canónica.

A las mujeres se las describía como objetos culturales determinados por su atavío o como representantes de usos y costumbres que definían valores patrios. Esto mismo sucederá con los *otros*, especialmente presentes en el caso mexicano, donde la población multicultural debía todavía lidiar con los lindes de una noción de *ciudadanía* de base criolla. *Herencia y progreso* (modernidad) fueron, a su vez, nociones clave, pues, en los momentos de cambio de paradigma, el pasado y el futuro se convierten en la bisagra que sostiene el imaginario del presente.

Estas son solo algunas muestras de las múltiples negociaciones discursivas que podemos encontrar en el seno de este género literario, donde no debe resultarnos sorprendente que las mismas metáforas sostengan relatos identitarios diferentes, que prejuicios semejantes funcionen en ambas direcciones. Por eso son varias las glosas o marcos que se incluyen en los artículos donde los redactores advierten de estos equívocos, especialmente cuando se incorporan traducciones de obras extranjeras para el lector local. Ante todo, el valor principal de viajar radica en desmontar el estereotipo desde la vivencia, en enfrentar el miedo a la desestabilización de los propios límites.

Además, las formas textuales que cobran los relatos de viajes son varias: cartas, diarios, crónicas, notas en cuadernos de pintores, reseñas de libros de viajeros internacionales, traducciones o pseudotraducciones ficticias, extractos, etc. Esta literatura saltó de un periódico a otro, se publicó en lenguas diferentes y en tiempos distintos, cobrando nuevos significados cada vez que era recontextualizada. El cuadro en el que estos se moldeaban, la presencia (o no) de grabados y litografías subrayaban una parte u otra de su mensaje. Los parajes vacíos vistos en la lontananza, las escenas costumbristas que componían un mosaico o los monumentos, como símbolos de la historia nacional, inciden y completan determinados rasgos del artículo al que acompañan.

Las geografías recorridas en la prensa francesa, española y mexicana fueron múltiples y no se limitaron a Europa y las Américas; sirva de muestra la prolija literatura destinada a Oriente en *El Correo de Ultramar* (Ferrús, 2021). No obstante, la selección que aquí presentamos se acota a los parámetros determinados por el planteamiento general de la presente antología. Se ha buscado que esta sea distintiva de los vínculos relacionales entre los tres países objeto de nuestro estudio, al tiempo que de las negociaciones culturales que los asisten y de los procesos históricos que los promueven, combinando fórmulas narrativas de distinta naturaleza.

Desde aquí, los textos dedicados a México conjugan el romanticismo de la mirada, que se aventura a recorrer su geografía más sublime, con la exploración neocolonial o el viaje de un reportero que acompaña a los soldados en el momento previo a la llegada de Maximiliano (Mora, 1997; Pérez Vejo, 2001). De este modo, «El viaje al Nevado de Toluca», de José María Heredia, circuló por diferentes publicaciones, a uno y otro lado del océano, durante una extensa parábola temporal. No solo es un texto que nos permite rastrear esta práctica, tan común en la época, signado, además,

por el gran poeta romántico hispanoamericano; sino que además constituye una buena muestra del valor mítico que envuelve este territorio.

«Exploración», de Eugène Dufloy de Mofras, agregado de la delegación francesa en México, se publica en un periódico mexicano. El lector local puede conocer el interés del explorador sobre su territorio. El texto traza el mapa de un recorrido y analiza las posibilidades de explotación —madera, agua, reses— de las localidades que deja a su paso. La latitud, la longitud y la navegabilidad de sus puertos son referidas en los mismos términos que los textos de los primeros conquistadores, casi como si de una advertencia hacia un colonialismo, que es nuevo y el mismo a la vez, se tratase.

En «De Veracruz a Orizaba», Juan Pérez Calvo, conocido periodista y escritor, como corresponsal, envía noticias de su periplo a la prensa española en el año 1862, acompañando a un contingente de soldados. En tiempos bélicos, cuando ya se rumorea sobre la llegada al trono de Maximiliano, el texto no solo interesa por hacerse eco de un momento histórico de gran trascendencia para nuestro estudio, sino porque la mirada que lo protagoniza retrata un país con gentes amables, buena comida, hermosos parajes, bellas ciudades e infinitas posibilidades de progreso.

Por otro lado, España es relatada por Dumas desde una óptica que sorprende por su opacidad, para, después, encontrarnos con la deconstrucción de esta en manos de un observador más atento, que admira un país en pleno proceso de metamorfosis.

El Álbum Mexicano (1849) declaraba en las introducciones a sus dos tomos su apoyo a lo que tuviere «carácter mexicano». Se trataba de una publicación que se ponía al servicio de la consolidación nacional: biografías de hombres ilustres, viajes o descripciones del interior del país y la promoción de una literatura propia contribuyeron a este proceso, mientras convivían con traducciones de literatura francesa que ocupaba un buen número de páginas (Ferrús, 2020). En este contexto, «Viaje a España de Alejandro Dumas» se extracta, comenta y traduce para el lector propio. Bajo el epígrafe «Revisión de obras», común en la prensa ilustrada, los redactores comentan los prejuicios que pesan sobre los pueblos hispanos (españoles y mexicanos) en la mirada extranjera, citando otros libros de viajes, que fueron reseñados en la prensa nacional: «Diga, pues, la noble ciudad de México cómo la han puesto Miguel Chevalier y Lowestern, hombres por otra parte de muy buen talento y bastante instrucción. Dígalos también la muy más noble de España con otros viajeros, que no han encontrado más que contrabandistas y ladrones». Esta apostilla oscila entre el respeto al talento y la prosa de Dumas y la crítica a la tópica que enturbia su posición narrativa, llevándolo a escoger visitar una plaza de toros, entre otras muchas distracciones posibles, «espectáculo que sin duda no ha ocupado la pluma de ningún autor español, si no es en el sentido de la crítica». No solo se establecen vínculos culturales entre México y España, sino que se esboza una reflexión sobre de qué y por qué elige hablar el escritor francés, extensible al género en su conjunto.

«Apuntes de un viaje a España», por el marqués de Ribeyre de Villemont, se publica en *El Correo de Ultramar*, periódico editado en París en español en los años de ebullición editorial de la capital francesa, y con clara vocación americanista (Ferrús, 2021), pues se dirigía prioritariamente a los lectores del continente. El narrador aprecia una destacada transformación; del viaje que hace diez años hubiera sido incómodo

y arriesgado, ahora se dice: «En todo se conoce que renace una gran nación que pronto volverá a tomar en Europa el puesto que le corresponde». Se describe un país moderno, pero con historia, con gentes atentas, buenos transportes y cómodas fondas. La vista general de Barcelona, que se reproduce en la litografía, dibuja una ciudad monumental, con un importante puerto industrial, reforzando la misma idea de tradición y progreso que tanto gusta al viajero al pasearse por las Ramblas y el casco histórico.

Esta impresión la completa «Viaje de París a los Pirineos», traducción de un texto del escritor francés Alfred des Essarts, que testimonia el surgimiento de una comunidad internacional, ya la del turismo, en este caso de baños, que promueve nuevas formas de intercambio cultural más estables y prologadas. La litografía del «Antiguo arrabal de Sant Esprit» ya no esboza un espacio vacío, sino una calle bulliciosa que apunta al nacimiento de nuevos modos de sociabilidad. Además, la frontera que se atraviesa es porosa, claro signo de una nueva filosofía geopolítica por venir.

El mito parisino, la faz paradójica de la gran capital europea, se combina con una visita a Burdeos que produce una impresión ambivalente. «París», de Eugenio Ochoa, escritor y crítico, dedica sus primeras líneas a contar la mitología cultural y literaria que envuelve la urbe: «¡París!, [...] parecería a primera vista que todo está ya dicho y nada queda por decir acerca de esta grande y magnífica ciudad, que en opinión de los más discretos viajeros no tiene igual en el mundo». Como capital del mundo, la primera impresión suele ser decepcionante, pues no está hecha para un observador superficial, sino para aquel que es capaz de descubrir los diferentes estratos que la conforman, el mundo poliédrico y polifónico que en ella confluye.

Por último, «Fragmentos de un viaje a Europa», en *El Museo Mexicano* y firmado por O. (M.), cuenta cómo un viajero mexicano —«firme en mi idea de no juzgar por las primeras impresiones», advierte— recorre Burdeos con una sensación ambivalente hacia su gastronomía, sus espectáculos y sus calles. Si hay aspectos que lo convencen, otros le producen una impresión desastrosa.

Este pequeño mosaico textual es solo una muestra de los numerosos recorridos por y entre estas tres geografías, en un tiempo de complejas transacciones políticas y discursivas, donde todo itinerario se revela como una contundente experiencia personal y literaria que, en el corazón de la prensa ilustrada y de su comunidad lectora, provoca poderosos efectos performativos.

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FERRÚS ANTÓN, Beatriz (2020). «Un carácter verdaderamente mexicano»: “modelos de mundo”, historiografía y poscolonialismo en *El Álbum mexicano* (1849)», *Quaderns de Filologia: Estudis Literaris*, XXV, pp. 109-123.
- (2021). «América Latina en *El Correo de Ultramar, parte literaria e ilustrada, reunidas*: literatura de viajes e imaginarios», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, núm. 27, pp. 673-692.

- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2000). *Imperio*. Barcelona: Paidós.
- MILLS, Sara (1991). *Discourses of Difference. An Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism*. Londres: Routledge.
- MORA, Pablo (1997). «Los lazos nacionales y las vías de tinta de Manuel Payno: revistas literarias de la primera mitad del siglo XIX», *La Experiencia Literaria*, núms. 6-7, pp. 197-204.
- PÉREZ VEJO, Tomás (2001). «La invención de una nación. La imagen de México en la prensa ilustrada de la primera mitad del siglo XIX (1830-1855)», en SUÁREZ DE LA TORRE, Beatriz (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*. México: UNAM, pp. 395-408.
- SÁNCHEZ, Raquel (2017). *Mediación y transferencias culturales en la España de Isabel II: Eugenio de Ochoa y las letras europeas*. Madrid: Iberoamericana/Veruert.

VIAJE AL NEVADO DE TOLUCA

José María Heredia*

«El que quiera ver algo nuevo debajo del sol, suba a la cumbre de una verdadera montaña», dice un escritor moderno. Hace algunos años que deseaba someter a la experiencia tal aserción; pero obstáculos de momento, y sobre todo la flojedad consiguiente a una salud débil y a un periodo largo de vida sedentaria, habían frustrado mis designios.

El señor Tonkins, pintor inglés, me invitó el primero del corriente octubre de 1837 a que le acompañara en su próxima expedición al Nevado de Toluca, y un amigo complaciente allanó al punto las dificultades que sugería mi pereza.

A las cuatro de la tarde salimos para la hacienda del Veladero, situada a la falda oriental del volcán, y distante cinco leguas de Toluca. Allí pasamos la noche y debimos las mayores atenciones a su administrador don José Iniesta, a quien se sirvió recomendarnos el señor don José Franco.

El 2 de octubre, a las seis de la mañana, partimos acompañados por el señor Iniesta y tres o cuatro sirvientes. La subida es al principio suave, pero muy luego se vuelve áspera y pendiente, prolongando sus vueltas y revueltas en un bosque de pinos gigantes, al parecer interminable. Como a las dos horas de marcha dejamos atrás hacia la derecha las cumbres peñascosas y perpendiculares del cerro nombrado Tepehuizco, y desde una altura igual o superior a la de la cordillera que divide los valles de México y Toluca distinguíamos ya por entre los árboles las cimas nevadas y majestuosas de Popocatepetl e Iztaccíhuatl, cuando las sinuosidades de la vereda nos permitían mirar al oriente. La vista descansaba más cerca sobre la parte sudeste del valle toluqueño, desarrollado súbitamente a nuestros pies como un bello panorama, con sus numerosas poblaciones y ricas sementeras, y el hermoso lago de Atenco, dorado por un sol sin nubes.

Poco después empezó a notarse menor espesura en el bosque y una disminución progresiva en la altura de los pinos, hasta que apenas igualaba a la de nuestras cabezas. Entonces pudimos disfrutar en toda su grandeza la vasta perspectiva que ofrecía la mitad del valle de Toluca y el aspecto sublime de los picos altísimos y desnudos que coronan el cráter del volcán, y, dibujados en el azul profundo del cielo, se nos presentaba en una proximidad casi aterradora por la extraordinaria transparencia del aire.

La disminución de los pinos continuó con rapidez según subíamos, hasta que los últimos apenas tenían media vara de alto, ofreciendo el singular espectáculo de un

* Heredia, José María, «Viaje al Nevado de Toluca», *La Ilustración Mexicana*, III, núm. 25 (1852), pp. 618-621.

<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a2f3?intPagina=630&tipo=publicacion&anio=1852&mes=01&dia=01>

bosque en miniatura. Al fin desaparecieron, quedando reducida la vegetación a una yerba menguada y marchita, entre la cual sobresalían con frecuencia los tallos espinosos de una especie de *dipsaeus* (vulgarmente 'cardo') gigantesco, acaso peculiar de aquella región elevada, pues en ninguna otra parte lo había yo visto. También noté yo allí por primera vez una planta pequeña y rastrera, cuyas hojas espatiformes terminan en lindas flores sin olor, ya rojas, ya amarillas, ya matizadas de ambos colores de la familia de las castillejas (flor de muis). Luego volví a encontrar esta misma planta florida en el fondo del cráter y entre las arenas que conducen a los picos más elevados.

Después de alguna dilación, encumbramos a las diez el borde oriental del cráter que es de más fácil acceso, por ser mucho más bajo que el resto de la circunferencia de aquel inmenso embudo y hallarse libre de las rocas enormes que defienden los otros lados. Allí nos apeamos previniendo a los sirvientes nos aguardasen con los caballos junto a las lagunas que ocupan el fondo del cráter, y emprendimos subir a pie hasta el pico basáltico más elevado hacia el sur, pasando a veces sobre la nieve cristalizada. Esta parte del viaje era bien fatigosa, por la pendiente rapidísima de las alturas y la flojedad de la arena resbaladiza que la cubre. Acaso había también algún peligro; y en ciertos momentos me sobrecogía la convicción irresistible de que el derrumbe de la arena que se precipitaba a reemplazar la desalojada por nuestros pies podía desequilibrar y despeñar sobre nosotros alguna de las rocas enormes que parecían colgar sobre nuestras cabezas. A los diez minutos era ya grande la fatiga, mas recordé afortunadamente que el célebre Boussingault había logrado llegar sin mucha a la cima del Chimborazo, con la precaución de pararse un momento a cada medio minuto. Hícelo así y logré llegar descansado a la cumbre a las once de la mañana.

Restábame subir a la cúspide del pico aislado que por allí la domina, pero muy luego tuve que abandonar la empresa. A más de la dificultad que había para trepar y saltar en los picos basálticos y casi verticales que la forman, noté que a cada esfuerzo se exfoliaba copiosamente el basalto bajo mis manos y pies. Tal situación era bien poco segura o agradable para quien, como yo, solo veía por uno y otro lado profundidades y abismos inmensos. Senteme pues en el ángulo más oriental que forma la base del pico, y me abandoné a la contemplación de un espectáculo maravilloso.

El cielo sobre nuestras cabezas, perfectamente sereno, era de un bello azul oscuro, peculiar de aquella región. La luz del sol era tan débil como si se hallara eclipsado en dos tercios de su disco, y su color apenas era sensible. La luna en su cuarto menguante brillaba como plata, y a la simple vista se definían con perfecta distinción las manchas oscuras de su medio hemisferio. No dudo que habría distinguido a Venus si este hermoso planeta se hubiese encontrado algo más distante del sol. La fuerza de los sonidos había disminuido notablemente en aquella altura. Mi sangre circulaba con mayor velocidad, y sentía impulsos como de lanzarme a los aires.

Hallábame suspenso a unas 5.230 varas sobre el mar y a más de 3.000 respecto de Toluca; elevado sobre los límites de la vegetación y la vida; sentado en una peña que probablemente soportaba por primera vez el peso de un cuerpo humano. Veíame en el fin de la gran meseta central del Anáhuac, que desde este punto baja rápidamente hacia el Sur, donde reivindica sus derechos el sol de los trópicos, y desde los hielos

eternos de un clima polar dominaba con la vista las zonas templada y tórrida. Mi asiento era el borde de un volcán; por todas partes percibía en rastros evidentes y tremendos la acción de un fuego apagado por el transcurso inmemorial de siglos y siglos, y en el centro de aquella escena desolada, en el horno inmenso que realizó en otros días el Tártaro de Virgilio y el Infierno de Milton, dormían bajo la luz áurea del sol dos lagos bellísimos cuyas aguas glaciales excedían en pureza y hermosura a cuantas ha soñado la imaginación de cualquier poeta.

Al Norte se extendían los ricos valles de Toluca e Ixtlahuaca, salpicados de pequeños lagos artificiales y numerosas poblaciones y haciendas. El gran monte cónico de Jocotitlán dominaba al último; y mucho más lejos terminaba el cuadro una larga serie de alturas. Al Oriente yacía el gran valle de México bajo un mar de vapores, entre el cual descollaban majestuosamente los montes nevados Popocatepetl e Iztaccíhuatl. Tras esas cumbres refulgentes y gloriosas, ídolos de mi fantasía, torreaban montañas tras de montañas, hasta que las más distantes (sin duda las de Veracruz) ocultaban sus cimas en una alta zona de vapores, hijos remotos del océano. Por eso no logré distinguir al Orizaba y Cofre de Perote, aunque las cumbres más lejanas y menos gigantes cas de Oaxaca se veían con mucha claridad al Sudeste.

En esta dirección y la del Sur se inclinaba en descenso rápido la tierra caliente, cubierta de rica verdura, erizada de montes y precipicios, hasta que a unas cuarenta o cincuenta leguas limitaban el horizonte las ramificaciones gigantes cas de la Sierra Madre, realzadas en elevación por la profundidad de los valles ardientes que dominan. ¡Aquel admirable cuadro, visto desde mi altura, presentaba la imagen de un mar sólido en que cada ola era una montaña! Al contemplarlo, me sentí arrebatado irresistiblemente a la época tenebrosa, anterior a la creación del hombre, en que la agencia del fuego central elevó esas desigualdades enormes en la superficie del globo, aún no consolidada.

Poco después, grandes grupos de nubes formados al Sudoeste nos velaron aquel espectáculo, e, iluminados gloriosamente por el sol, pasaron navegando con majestad a unos quinientos pies bajo de nosotros. Por los intervalos que separaban los diversos grupos, distinguíamos a veces las rancherías situadas en la falda del volcán, el lago de Coatetelco y la extremidad meridional de Tenancingo, cuya mayor parte cubría un cerro inmediato. Otras nubecillas más ligeras nos cubrieron momentáneamente con la dispersión de sus vapores.

A las ideas solemnes, inspiradas por cuadros tan sublimes, siguieron presto reflexiones graves y melancólicas. ¡Oh, cómo se anonadan las glorias y afanes fugitivos de la débil mortalidad ante estos monumentos indestructibles del tiempo y la naturaleza! Por primera vez había llegado a la estupenda altura, y es probable que no vuelva a recibir iguales impresiones en el intervalo que me separa del sepulcro. Mi corazón, al que inflamó desde la niñez el amor noble y puro de la humanidad, ulcerado por crueles desengaños y largas injusticias, siente apagarse el entusiasmo de las pasiones más generosas, como ese volcán cuyo cráter han transformado los siglos en depósito de nieves eternas.

Entretanto, las nubes se acumulaban en torno, y fue necesario que pensásemos en partir. Entonces precipitamos algunos peñascos sueltos hasta el fondo del cráter y, al

verlos rodar por aquella pendiente de nieve y arena, casi me arrepentí de haber profanado el reposo venerable en que habrían estado quizá treinta o cuarenta siglos.

Antes de bajar eché la última ojeada al fondo del cráter, cuyas lagunas, reflejando con el color del cielo los colores blanco, rojo y negruzco de las arenas y cumbres basálticas que se elevan alrededor suyo, presentaban un aspecto verdaderamente mágico.

Descendimos en ocho o diez minutos a la orilla del lago mayor, deslizándonos por la arena sobre los talones con una sensación de rapidez solo comparable a la que experimentan los patinadores sobre un plano inclinado de hielo. Las aguas agitadas por un viento sudoeste formaban olas pigmeas, que al romperse murmurando en la playa dejaban una ligera línea de espuma. ¡Qué recuerdos, qué imágenes conjuré en mí tras once años de ausencia aquella débil semejanza del sublime océano, delicia de mi niñez y casi objeto de culto para mi juventud poética!

Nos embarcamos en una canoa labrada de un tronco enorme y puesta allí por disposición del señor Franco, pero no logramos que los criados se aventurasen a cruzar el lago con nosotros por la preocupación vulgar de que su profundidad es insondable, y de que en el centro hay un vértice peligroso. Atravesamos el lago en su mayor anchura, describiendo una línea oblicua de la orilla septentrional y la oriental, donde baña la áspera base de una colina de lava que,alzada en el centro del cráter, divide las dos lagunas. La que recorríamos tiene, según el señor Velázquez, 344 varas en su mayor extensión y 255 en dirección transversal. Creo que en esto hay alguna equivocación, pues su longitud parece al menos doble de su anchura. A la simple vista le daría yo 500 varas de largo. Él mismo afirma que la máxima profundidad es de doce varas, y tal resultado no me parece infalible cuando el poco tiempo que Velázquez permaneció allí no pudo permitirle que sondease toda la laguna, cuyo fondo es probablemente muy desigual como formación volcánica. En la línea que recorrí, juzgo que la profundidad no baja de veinte varas en el centro, pues, a pesar de la suma transparencia del agua, esta se ve azul y no verde, como la del mar en los bajos. A la inmediatez de la colina mencionada se distinguen en el fondo varias rocas enormes despeñadas evidentemente en su altura.

Desde el centro del lago, donde esta colina cierra el horizonte al este, se disfruta un espectáculo único y verdaderamente sublime. Al Norte, al Sur, al Oeste, se alcanzan casi perpendicularmente en forma circular alturas de 800 a 1.000 pies, cubiertas de arenas y cenizas blancas, azuladas, negruzcas o rojas, en cuya pendiente cuelgan fragmentos gigantescos de lava, témpanos de nieve, y cuyas cimas coronan picos inaccesibles dibujados en el cielo. Debajo yacía un lago prodigioso cuyas aguas transparentes y profundas me recordaban las marinas, aunque flotábamos a 15.000 pies de altura sobre el nivel del océano.

Las orillas están cubiertas por fragmentos pequeños de piedra pómez, pórvido y lava, mezclados con arena, y en ellas encontramos algunos insectos que pertenecen a las libélulas (vulgo caballitos del diablo), únicos seres vivientes que se nos presentaron en aquella región desolada y silenciosa. Mientras descansábamos en la base del pico meridional, habían pasado junto a nosotros algunos cuervos dando fuertes graznidos.

La señora Franco y otras personas que visitaron estos lagos antes que nosotros hallaron en sus aguas y orillas señales recientes de un culto supersticioso. En todo

tiempo se ha buscado a la divinidad en estos altares sublimes que le erigió la naturaleza, aunque la ignorancia haya confundido a veces el templo con el grande espíritu que lo preside. No es pues de extrañar que los indígenas de los contornos, en su rustiquez primitiva, hayan obedecido al instinto de adorar en los altos, que es casi contemporáneo del hombre.

A la una emprendimos la vuelta al Veladero, donde llegamos a las cuatro.

Dos días forman época en mis recuerdos por haberme asociado a grandes misterios y prodigios de la naturaleza. En el último subí al Nevado de Toluca; el anterior me vio inmóvil, atónito, al pie de la gran catarata del Niágara.

EXPLORACIÓN AL TERRITORIO DE OREGÓN, A CALIFORNIA Y AL MAR BERMEJO

Eugène Duflot de Mofras*

TERRITORIO Y CIUDAD DE COLIMA. VOLCÁN. PUERTO DEL MANZANILLO. VALLADOLID. NUEVA GALICIA. GUADALAJARA. TEPIC. SAN BLAS. MAZATLÁN. GUAYMAS. COMERCIO DE LA COSTA.¹

Partiendo de Acapulco, la costa corre al Oeste. Baja y, formada por lo que llaman las playas de Coyuca, se eleva un poco al llegar a la punta de Jequepa, y se descubre a una distancia de veinte leguas el morro de Petatlán, alta montaña que se reconoce por los islotes de que se halla rodeada.

Entre esta punta y varias islas blancas está colocado el pequeño puerto de Spiguateño. Toda esta costa está sembrada de pueblecillos y de salinas que son explotadas por los habitantes. Las cercanías de la costa están perfectamente seguras, aunque en vano se buscarían fondeaderos abrigados. Tampoco existe ningún río de importancia. El de Zacatula, que proviene del volcán del Jorullo, así como los ríos de Comuta y Coalcomán, no son navegables. Las bahías de Tejúpam y Santiago, situadas al sur y al este del promontorio nombrado las Tetas de Tejúpam, no pueden ser consideradas sino como radas.

Desde este punto la dirección general de la costa es casi recta al Norte durante medio grado, se inclina en seguida al Oeste, pasando delante de la embocadura de los ríos Coaguaraja, Apiza y Armería, hasta la punta de San Francisco o de Ventanas, que marca la entrada meridional del puerto del Manzanillo, señalado al Norte por los cerros elevados de Juluapan y por una costa llena de palmeras.

El puerto del Manzanillo o Salagua no ha sido descrito, y debe sin embargo adquirir algún día mayor importancia, pues, infinitamente superior a las radas abiertas de San Blas y Mazatlán, presenta cuatro puntos excelentes de anclaje, y navíos de muchas toneladas pueden fondear en todo tiempo.

Para venir a buscar el puerto del Manzanillo, es menester colocarse a lo largo en latitud y gobernar sobre tierra, teniendo por guía, inclinándose al Oeste, el doble

* Duflot de Mofras, «Exploración al territorio de Oregón, a California y al mar Bermejo, por monsieur Duflot de Mofras, agregado a la legación de Francia en México», *Revista Científica y Literaria*, I (1845), pp. 239-247. (Traducido para la revista por Manuel Payno.)

<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a40c?intPagina=252&tipo=publicacion&anio=1845&mes=01&dia=01>

1. Al traducir e insertar estos fragmentos, nos abstenemos de hacer comentarios o refutaciones. Nos parecen interesantes para conocimiento de nuestros conciudadanos, así como todas las obras que escriben los extranjeros que viajan en México, por malas que sean. No somos del número de esos hombres ignorantes y orgullosos que creen a México y a sus habitantes exentos de defectos. Bastantes tenemos, y el modo de corregirlos es confesarlos con imparcialidad.

pico del volcán de Colima. Llegando cerca del puerto, cuya entrada es ancha, se reconoce que está dividido en dos bahías por la punta de la Audiencia, que descende hacia el Sur. La bahía del levante tiene el nombre del Manzanillo, la del poniente, el de Santiago, que es la mejor. Cuando el viento es del sur, el fondeadero preferible se encuentra en la anza del Este, donde se llega siguiendo después de la entrada la línea Norte 52 grados este, y se fondea doce o quince metros enfrente de la roca de San Pedrito. Se puede ir de este punto a la bahía del Este gobernando al Norte 42 grados oeste, costeano las rocas de los Frailes, que bordan la segunda punta de Juluapan, y se echa el ancla detrás de la montaña en un fondo de cinco o seis brazas y a poca distancia de la orilla. Para tomar el fondeadero de Santiago o de Salagua con un viento fresco, se corre Norte, algunos grados este u oeste evitando la roca Estrada, situada en la extremidad sur de la punta de la Audiencia, que está, como ya se ha dicho, enfrente de la entrada. La marea llega cada veinticuatro horas: el flujo en la mañana, y el reflujó en la tarde sube cerca de dos metros, y las corrientes van hacia el Sur.

En Salagua es abundante la madera y el agua potable, y las reses son muy baratas. Se podría exportar vainilla, tortugas de concha fina, hermosas perlas y conchillas que dan el color purpúreo, y diversas maderas preciosas, tales como el ébano, la caoba y el granado.

El puerto del Manzanillo ha sido abierto al comercio extranjero y recibió varios cargamentos riquísimos de Europa, pero en 1826 el celo de los negociantes de Tepic y de San Blas hizo que se cerrase, así como el de Mazatlán, que fue abierto nuevamente después para el comercio exterior. La ventajosa situación de Salagua le permitirá más cómodamente que a los otros puertos —las provincias de Colima, Michoacán y Jalisco— y sobre todo enviar más prontamente y con menos costos las mercancías a Guadalajara y a la célebre feria de San Juan de los Lagos.

Manzanillo dista como veinte leguas de la ciudad de Colima, capital del territorio de este nombre. El camino desde la mar para carretas y la distancia disminuiría como siete leguas por tierra por medio de un corte que pusiera al puerto en comunicación con la laguna salada de Cuyutlán, navegable para barcos de vapor chatos.

Los cargamentos enviados de Mazatlán para el interior de la Nueva Galicia no pasan por San Blas. El flete de un puerto a otro es de doce reales por tercio, y el transporte por tierra de San Blas a la feria de San Juan es de catorce pesos, que, unidos al primer flete, hacen quince y medio pesos por tercio, o treinta y uno por carga de mula. Además, se experimenta mucho trabajo en conseguir bestias de carga, mientras en Salagua son abundantes. De Mazatlán al Manzanillo el flete vale dos pesos por tercio, y la conducción hasta San Juan, nueve: la carga de mula cuesta pues veintidós pesos, en lugar de treinta y uno,² economía considerable para las casas que envían diez o doce mil tercios cada año.

2. Estas noticias, de cuya exactitud no respondemos por no haber visitado esa costa, deberían ser tomadas en consideración por la Junta de Hacienda y el supremo Gobierno, pues si en efecto el Manzanillo presenta esas ventajas no cabe duda que debería abrirse el comercio extranjero.

Los habitantes de Colima todavía instan al Gobierno para que vuelva a abrirse de nuevo el puerto que interesa a todo el comercio de las provincias occidentales. Hay en el Manzanillo tres pueblecillos, un destacamento corto de tropa y un empleado de la aduana; todos están estacionados regularmente en las chozas de Salagua y Santiago, cerca del fondeadero más frecuentado.

El territorio de Colima es rico y fértil. Aunque no tiene arriba de cincuenta mil habitantes, el consumo anual de las mercancías de Europa sube a un millón de pesos. Los productos principales son la sal, que se consume en casi todas las minas de México en la cantidad enorme de quinientos mil quintales, que representan un valor de cerca de un millón y doscientos mil pesos, pues en Zacatecas y Guanajuato vale sobre cuatro pesos el quintal: cien quintales de añil a un peso y medio la libra; quinientos quintales de cacao; ocho mil de arroz; cinco mil de azúcar, y una gran cantidad de jabón. Todos los cereales se cosechan en abundancia, y se cuentan más de cincuenta mil plantas de café; el algodón, de algunos años a esta parte, es un ramo importante y de hermosa calidad, blanco y de corta guedeja. Es un arbusto que no crece sino cosa de metro y medio: se siembra todos los años en septiembre, la primera cosecha se efectúa en febrero, y la segunda en fin de mayo. Se cosechan anualmente setenta mil u ochenta mil quintales de algodón, que en bruto se venden de cuatro a seis pesos; cuando se despepita tiene dos terceras partes de merma, y el precio neto es de doce a dieciocho pesos el quintal. El transporte de una carga de tres quintales hasta México cuesta dieciséis pesos, y dos al Manzanillo. Este precio subido no permite hasta hoy su exportación a Europa.

Hay en Colima una buena casa francesa, la de monsieur Francisco Meillon; y monsieur Lestapis y monsieur Corbière han establecido extensas plantaciones con una máquina de despepitar y limpiar el algodón. Tienen además organizada una fábrica de hilados con un capital de más de doscientos mil pesos.

Si se exceptúan los frecuentes temblores de tierra, la ciudad no presenta nada de notable: la población, de cerca de veinte mil almas, es enteramente dedicada a la agricultura y al comercio.

A ocho leguas al Nordeste se encuentra el volcán de Colima, el más occidental de los de México. Su altura absoluta es de 3.656 metros; está en actividad y se escapan de él vapores sulfurosos, cenizas y piedras, pero hace mucho tiempo que no arroja lavas. El diámetro de su cráter es de 150 metros, y sus bordos están rotos a pico. Los costados de la montaña son áridos y escarpados, y el azufre es de mala calidad.

A una legua al norte del volcán se ve una cráter apagada que excede en elevación a la anterior sobre 212 metros, y cuya altura sobre el nivel del puerto es de 3.868 metros. Su cima se halla cubierta de nieve, y se la distingue en la mar desde grande distancia; así, cuando el cielo está puro ofrece al navegante un excelente punto para guiarse al puerto del Manzanillo.

El valle en que está situado Colima parece formado de productos volcánicos y de lavas descompuestas. No se notan ningunos minerales, sino solamente algunos hermosos pedazos de pórfido. La vegetación de la llanura consiste en palmeros, aloes, granados y magníficos naranjos. En los valles superiores, los árboles elegantes de los trópicos son reemplazados por sombríos bosques de pinos que cubren la parte de la Sierra Madre, que corre hasta cerca de Valladolid.

Un francés, monsieur Guenot, está encargado en esta última ciudad de una empresa considerable; gracias a un capital de cien mil pesos, en parte ministrado por accionistas, ha establecido en una vasta escala la cultura de las moreras y la cría de gusanos de seda.

Desde el puerto del Manzanillo hasta el cabo Corrientes, la costa que se eleva casi al Norte presenta los tres fondeadores de Guatlan, Navidad y Tomatlán, que son muy poco frecuentados.

Partiendo del cabo Corrientes, el cual los navíos que van de Europa a San Blas reconocen siempre, se desenvuelve en la parte oriental, en una extensión de doce a quince leguas, la gran bahía de Ameca y el valle de Banderas, donde los navíos extranjeros cargan algunas veces palo del Brasil, que es abundantísimo en la costa.

Enfrente, y un poco al sur de la punta de Mitla, que forma el límite norte de la gran bahía, se hallan sobre el mismo paralelo tres pequeñas islas llamadas Marietas, y otra al este llamada la Corvetana. Este grupo dista solamente un grado del de las Tres Marías, y un ligero error en la latitud bastaría para equivocarlas; mas será difícil engañarse recordando que las Tres Marías son mucho más grandes y que se encuentran en una misma línea, cuya dirección general es Norte-Noroeste, mientras que las Marietas y la Corvetana son muy pequeñas y colocadas en una línea que corre Este-Oeste.

La costa, más allá de la punta de Mitla, entra un poco al levante durante un espacio de veinte leguas, y se encuentra después la punta de Tecusitán, los fondeadores de Chacala y de Matanchel; al Sur, el pequeño cabo de los Custodios que indica la entrada meridional de la rada de San Blas.

El puerto de San Blas está situado en la Nueva Galicia, y si nos ha parecido inútil describir las ciudades de Veracruz, Puebla y México, así como las de Guanajuato, Querétaro, Celaya, León y Valladolid, que tantas obras han hecho ya familiares, por decirlo así, no sucede lo mismo con Guadalajara, hoy la segunda ciudad de México, y que representa un gran papel en todas las revoluciones del país.

Era la capital de la antigua intendencia, y lo es hoy del departamento de Jalisco, el cual encierra una población de seiscientas mil almas, en una superficie de cerca de nueve mil leguas cuadradas.

Su posición geográfica es 20 grados 42 minutos de latitud norte, y 105 grados 41 minutos 15 segundos de longitud al oeste del meridiano de París. Guadalajara dista de México ciento cincuenta leguas. El camino que separa las dos ciudades, aunque malo, es practicable para coches, pero pulula en ladrones y asesinos.³ En Guadalajara residen el gobernador, el comandante general, el obispo y las demás autoridades. Hay muchas iglesias y once conventos de los dos sexos.

A causa de la falta de relaciones con el extranjero y de instituciones literarias, esta ciudad es una de las más atrasadas en la civilización.⁴ No posee más que una pobre

3. No hay viajero que no hable de los ladrones de México como cosa inherente al país. En efecto, mientras por las autoridades de la capital y departamentos no se tomen medidas enérgicas para perseguir y castigar a los malhechores que infestan el país, el descrédito será perpetuo y no podremos refutar con justicia estas aserciones.
4. La opinión de Lowestern sobre Guadalajara es diferente, como verán los lectores, pues les prometemos traducir algunos capítulos de este diverso viajero.

imprensa en actividad, y no tiene ni bibliotecas públicas ni escuelas superiores, porque la enseñanza que se da a un número pequeño de discípulos en el seminario eclesiástico es muy incompleta. La escuela de dibujo y las escuelas primarias gratuitas se hallan en un estado satisfactorio.

En el departamento la agricultura está muy floreciente. Los indios se dedican al trabajo del campo y las cosechas se componen principalmente de trigo, maíz, arroz, frijol, cacao, cochinilla, algodón y aguardiente, que se saca del maguey (agave americana) por medio de la destilación. Los productos agrícolas pueden valuarse anualmente en tres millones de pesos.

En cuanto a la industria, que disfruta a su vez de gran prosperidad, consiste sobre todo en la fábrica de lienzos ordinarios de lana, como sarapes y cobertores y lienzos de algodón blancos y pintados, que se distinguen con los nombres de *mantas*, *rebozos* y *zarazas*.

Se trabaja muy bien el carey en Guadalajara, y se encuentran varias fábricas de sombreros, curtidurías y jabonerías. La explotación de este producto es tanto más fácil cuanto que los campos están cubiertos de carbonato de florescente, que los indios llaman *tequesquite*⁵ y que recogen con cuidado durante el mes de octubre. En el estado de Jalisco los productos industriales suben a cuatro millones de pesos. El valor del jabón, incluso en esta suma, representa un millón de pesos, y la de los lienzos dos millones.

La fábrica de cigarros ocupa ochocientos operarios, de los cuales seiscientos son mujeres. Estando prohibida la cultura del tabaco, los materiales se traen desde Orizaba. La venta está monopolizada y da en Guadalajara un producto anual de dos millones de pesos. No se cultiva en el departamento ni lino ni cáñamo.

Casi la totalidad de las piezas de moneda de oro y plata, acuñadas en la casa de moneda, son del producto de las célebres minas de Bolaños y de Hostotipaquillo, bien que haya otra multitud de negociaciones pequeñas que a veces separan por el subido precio del azogue. Es muy fácil distinguir las piezas de moneda acuñadas en Guadalajara, pues llevan en el reverso el signo G°. Las casas de afinación en Francia deben procurar el conseguirlas, pues contienen mucho oro a causa de que la oficina del Apartado está dirigida de la manera más defectuosa; no poseen los instrumentos ni los reactivos necesarios, y los administradores ignoran completamente los sabios procedimientos de monsieur Gay-Lussac y d'Arcet.⁶

5. El tequesquite es un carbonato de sosa natural florescente. Vale 4 reales la fanega de 25 libras. El análisis hecho por monsieur Berthier, profesor de la Escuela Real de Minas de París da:

Carbonato de sosa anhidro	516
Sulfato de sosa anhidro.	153
Sal marina.	045
Agua.	246
Materias terrosas	030

6. Sería de desear que se indagara si en efecto es cierto el estado de la oficina del Apartado en Guadalajara, y que en ese caso se pusiera remedio, tanto más cuanto que no nos parece difícil ni costoso.

La moneda, las barras de plata y los tejos de oro se dirigen a Tampico y San Blas, donde son embarcados en los buques de guerra ingleses.

El departamento de Jalisco tiene algunas minas de cobre, pero permanecen sin explotarse.

Cerca de Tepic se obtienen pequeñas cantidades de fierro, y cerca de Guadalajara un poco de mercurio, pero siendo más fácil la extracción del oro y de la plata por medio de la amalgamación, los mineros le dan la preferencia.

Guadalajara está situada en una vasta llanura y se halla desprovista de todo medio de defensa. No tiene ni fosos ni murallas, y toda su guarnición consiste en ochocientos hombres de malas tropas de todas armas.

Esta ciudad ha sido un perpetuo semillero de intrigas y de conspiraciones políticas. Se preparó la caída de Iturbide, la de Bustamante, y la elevación de Santa Anna; fue, en fin, el Congreso Federal de Jalisco el que dictó el decreto parricida de la expulsión de los españoles. La moralidad del pueblo es casi nula por su ignorancia grosera; los robos y asesinatos son la cosa más común del mundo: algunas veces se cometen en la mitad del día y con impunidad. Las prisiones contienen más de mil malhechores. Además, doscientos criminales están encerrados en un presidio que ha sido establecido en la pequeña isla de Mezcala, en medio del lago de Chapala, situado quince leguas al sudeste de Guadalajara.

El lago, situado a dos mil metros sobre el nivel del mar, tiene ciento veinte leguas de circunferencia; presenta un fenómeno análogo al del Ródano en el lago de Ginebra. Está atravesado por el Río Grande de Santiago que desemboca en el mar Pacífico, cerca de San Blas. En el curso de doscientas leguas el río no es navegable en ningún punto.

En Guadalajara y en las cercanías, más de sesenta franceses se dedican a profesiones industriales y han fundado establecimientos importantes, señaladamente de panaderías, una fábrica de vasos, otra de destilación, un taller completo de tintorería y estampado de lienzos. Los operarios franceses que han conseguido más cómodamente realizar en este departamento notables ganancias pertenecen al estado de carpinteros mecánicos y herreros. La Francia no está representada en Guadalajara por ninguna casa de comercio considerable: todos los negocios de importancia están concentrados en las manos de cuatro casas, de las cuales tres son españolas y la otra inglesa.

Los caminos de Tepic a San Blas, al Rosario y a Mazatlán, como el de México a Guadalajara, están infestados de ladrones,⁷ que, reunidos en cuadrillas de treinta, cuarenta y hasta cien hombres bien montados, armados y organizados militarmente, por decirlo así, atacan a los viajeros, asaltan los caminos, roban los ranchos y haciendas, y aún se atreven a imponer contribuciones en los pueblos de alguna importancia.

La distancia de Guadalajara a Tepic es de noventa leguas, que es menester recorrer a caballo y por uno de los más detestables caminos de todo México, atravesando

7. Ya se ve claramente que hay mucha exageración en la cantidad y número de los ladrones. Pero cuando haya buenos caminos y se transite con seguridad en ellos, ¿quién se atreverá a criticarnos? Remedio quieren estas cosas; y llamamos sobre esto la atención del Gobierno provisional. El señor Paredes consiguió establecer la seguridad en Guadalajara. ¿No podrá hacer lo mismo hoy en la república?

cuestas y derrumbaderos que se extienden hasta el mar y están llenos de árboles, propios para la construcción de buques.

Tepic no tiene más que ocho mil habitantes durante las calores, pero se cuentan más de diez mil en la estación de las lluvias. Las autoridades y empleados de la aduana de San Blas residen en Tepic y no van al puerto sino cuando llega algún buque mercante. A una legua de Tepic se encuentra el pueblecillo de Jalisco, edificado sobre las ruinas de la antigua ciudad india de este nombre. Las excavaciones que se han hecho han ocasionado el descubrimiento de utensilios de toda especie, de armas, de ídolos y de antiguas divinidades mexicanas.

El clima de Tepic es sano; la elevación de la ciudad sobre el nivel del mar es de ochocientos ochenta y cinco metros. Todo el comercio se encuentra concentrado en las manos de algunas casas españolas: los señores Menchaca y Anglada, vicecónsul de España; Castaños, vicecónsul de los Estados Unidos; Barron, vicecónsul de Inglaterra, y Iruretangoyena, cuyo sobrino Calvo es vicecónsul de Francia. Este joven educado en París no es enteramente adicto; ha hecho importantes servicios a los capitanes de los buques mercantes de Burdeos.

En las cercanías de Tepic existe un gran establecimiento de hilados y tejidos de algodón. Las máquinas se mueven por la fuerza del agua que viene del Río Grande de Santiago. El propietario es un inglés, mister Forbes, socio de la casa de Barron. Apenas hay dos o tres franceses en Tepic, y la fábrica de hilados es la única empresa industrial que hay.

El camino actual de Tepic al puerto de San Blas es de veintidós leguas, mientras que la distancia directa es de ocho leguas solamente. Hace poco tiempo que Castaños, rico comerciante español, propuso al Gobierno de México construir a sus expensas un camino carretero. Los gastos llegaban a cincuenta mil pesos y Castaños no exigía más garantía sino percibir durante veinte años un módico peaje. La apatía de las administraciones que ha habido en la república ha impedido que se realice tan ventajosa empresa. La antigua calzada española, llamada camino real, que se extendía sobre los pantanos, ha desaparecido enteramente.

En San Blas las fortificaciones, el castillo, el astillero, el hospital, los almacenes, todo está arruinado, y no quedan más que escombros en el lugar de los magníficos establecimientos, fundados bajo el régimen real. ¡No hay ni un cañón en las baterías, ni un soldado, ni una pieza de madera, ni un operario en este puerto donde la Marina española ocupaba más de tres mil, y en el cual se construían fragatas!

La ciudad de San Blas tendrá apenas ochocientos habitantes; está situada en una altura a distancia de una legua de la mar. Se notan en la ribera algunas miserables cabañas, ocupadas por pescadores, arrieros y marineros. Este lugar, llamado La Playa, tiene un agente consular inglés llamado mister Saunders, capitán viejo de la Marina. Los navíos deben evitar el hacer agua porque es salada e insalubre. Los víveres que vienen de Tepic son caros: una res vale de ocho a doce pesos.

San Blas no tiene más que una rada: el fondeadero es seguro en la estación seca, y es menos peligroso durante las lluvias que el de Mazatlán. La extensión y configuración de la rada facilitan la maniobra, y las corrientes llevan afuera la embarcación. Debe evitarse, sin embargo, el permanecer durante la estación del *cordónazo*, huracán periódico del cual se dará más adelante la descripción.

San Blas presenta la ventaja de una pequeña anza llamada el Pozo, cerrada y abrigada del lado de la mar por una pared natural de rocas.

Sirve particularmente para carenar, y es de sentirse que no pueda contener más que cinco o seis barcos, que, para entrar y ponerse al abrigo del mal tiempo, no debe exceder su calado de diez pies, porque un banco de arena obstruye la entrada.

Bajo el Gobierno español se tenía el cuidado de quitar la arena y conservar las rocas, de suerte que pudiesen estacionar en el Pozo hasta Fragatas. Un brazo del Río Grande de Santiago desembocaba en el fondo del puerto. Durante la guerra de la Independencia, el comandante español de San Blas, a fin de auxiliar la plaza y de impedir toda agresión, por la vía del río arrojó en el brazo que va al puerto un navío cargado de piedras; pero hoy muy fácilmente se quitaría tal obstáculo y el canal interior sería de bastante profundidad.

Muy fácil es encontrar la rada de San Blas, pues numerosas señales sirven de guía. Después de haber doblado las Tres Marías, que están treinta leguas afuera, se gobierna sobre la tierra descubriéndose al Este el monte de San Juan, pico cuya altura es de novecientos metros, y que en tiempo claro se descubre desde veinte leguas afuera del mar. Detrás de esta montaña se oculta la ciudad de Tepic. Gobernando sobre el San Juan, se reconoce a poco una enorme roca llamada *la piedra blanca del mar*, cuya altura es de cuarenta y seis metros. Pasando a una pequeña distancia al Sur, y continuando el camino al Este, se ve inmediatamente otra roca blanca llamada *la piedra de adentro*, más pequeña que la primera, y que señala exactamente el fondeadero. En este paraje debe echarse el ancla en un fondo de quince o dieciséis metros.

Tanto de noche como de día puede hallarse este fondeadero. Las dos rocas este y oeste están una de la otra a una distancia de once millas. Toda la costa de la bahía está perfectamente exenta de escollos y arrecifes, y el fondo es regular. Cuando la embarcación queda a la vela, es menester desconfiar de las corrientes que son muy fuertes y van hacia el Sur.

San Blas es muy insalubre: reinan fiebres malignas durante la estación de las aguas, y hay nubes de mosquitos y otros animalillos cuyos piquetes ocasionan inflamaciones y erupciones cutáneas. Los capitanes de los buques no deben permitir que los marineros duerman en tierra ni sobre el puente.

Las mercancías que llegan al puerto de San Blas sirven para proveer la Nueva Galicia y el territorio de Colima. Alguna porción de ellas se envía a Mazatlán, Durango, San Luis Potosí y Zacatecas. En un año común, entran en San Blas dieciocho o veinte buques mercantes extranjeros, cuyos cargamentos pueden calcularse en dos millones de pesos fuertes. Todos estos buques van a cargar palo del Brasil a Mazatlán o al valle de Banderas.

Llegando a San Blas en julio, agosto o septiembre, cuando más tarde, los buques logran más ventajas para enajenar sus cargamentos que se transportan a la feria de San Juan de los Lagos, y que tienen el privilegio de pagar cincuenta y tres por ciento menos sobre los derechos de entrada. Es de temer que esta circunstancia favorable la ignoren los armadores y comerciantes de los puertos de Francia.

La pequeña ciudad de San Juan de los Lagos se halla en el camino de México a Guadalajara, y dista cuarenta leguas de esta última ciudad.

Tiene todos los años el 5 de diciembre una feria que dura ocho días, y donde concurren no solo los comerciantes del territorio mexicano, sino aun los de Guatemala. El movimiento de los negocios pasa de dos millones de pesos.

La posición geográfica de San Blas es en las ruinas del antiguo arsenal y al nivel del mar, latitud norte 21 grados 32 minutos 34 segundos; longitud al oeste del meridiano de París, 107 grados 35 minutos 48 segundos: declinación 9 grados 12 minutos nordeste. Temperatura de noviembre, 25 grados centígrados a mediodía. Barómetro reducido a cero y al nivel del mar: médium 761 mm., máximo 765 mm. 5 mínimo 764 mm., cinco, vientos reinantes del Sur al Oeste. Establecimiento de la marea 9 horas 45 minutos, altura en los equinoccios 2 metros, 40 centímetros.

Bajo el paralelo de San Blas, y a 30 leguas afuera, se hallan las islas descubiertas por Mendoza en 1532 y llamadas las Tres Marías, y el islote de San Juanico. Altas y despobladas, frecuentemente han servido estas islas de refugio a los piratas, y podrían ser de una grande importancia en el caso de que se intentase un bloqueo en la costa nordeste de México, y capturar los buques que vienen de Sandwich, de Chimay, de la Alta California. Se encuentran en estas islas gamos, tortugas de una hermosa concha, esponjas, madera y excelente agua. Se puede fácilmente pasar entre la isla de en medio y la del nordeste, y fondear al oeste en un fondo de más de veinte brazas.

A veinte leguas al nordeste de San Blas, y frente a la embocadura del río de San Pedro, aparece la pequeña isla Isabela, que está también despoblada. A los 22 grados 25 minutos de latitud norte, se ven las pequeñas colinas de Bayona; se puede anclar en ocho brazas de agua cerca de la punta nordeste al abrigo de los vientos del nordeste. La embocadura del río de Bayona se conoce con el nombre de Boca de Teacapán.

A ocho leguas más al Norte, los montecillos de Chametla o del Rosario. En este pequeño puerto fue donde Fernando Cortés se embarcó el 15 de abril de 1535 para ejecutar el descubrimiento de las Californias. A distancia de una milla afuera, el fondo es de quince a dieciséis metros.

Sobre la costa se ven varios establecimientos extensos que son, partiendo de San Blas, las haciendas del Mar, San Andrés, Santa Cruz, Teacapán y el Palmito. Se pueden conseguir reses a ocho pesos, y algunos vegetales. El agua de todos los ríos es buena, y la leña, abundante.

Como no existe ninguna descripción hidrográfica de las costas de San Blas, Mazatlán y Guaymas, creemos útil reunir aquí a las noticias ministradas por los oficiales mas prácticos el resultado de nuestras propias observaciones.

No hay en ningún punto de la costa ni faros,⁸ ni señales, ni balizas, pero ella es en todas partes perfectamente sana, y los buques pueden acercarse mucho. El año se divide en estación seca y estación de lluvias. Es menester notar que el cambio se opera

8. La falta de faros, pues en toda la inmensa extensión de las costas de la república solo hay el de Veracruz, la de las lanchas de salvamento y la de los muelles y almacenes en los puertos deben fijar la atención del supremo Gobierno, de la Junta de Hacienda y de las autoridades de los departamentos. Demasiado indulgente se muestra el viajero refiriendo el estado de abandono de nuestras costas, pues [es] cierto que tal cosa merece una amarga censura.

gradualmente, y que su época puede variar. Durante la estación seca el tiempo es constantemente hermoso. Los vientos soplan regularmente durante el día del Norte al nordeste, siguiendo la dirección de la costa. En la noche son reemplazados por una ligera brisa de tierra o por calmas. La estación de las lluvias, que comienza en junio, se anuncia primeramente por las calmas y por ligeros aguaceros: a medida que la estación se adelanta, los aguaceros son más fuertes y, en vez de caer en la noche, comienzan a mediodía y terminan con muy violentas tempestades acompañadas de truenos y relámpagos, y de vientos impetuosos que soplan de todos los puntos del horizonte. El tiempo se mantiene de esta suerte hasta fin de septiembre, y acontece algunas veces que la estación concluya con un terrible huracán, que ordinariamente sopla del 1 al 5 de octubre, día de la fiesta de San Francisco. Estos huracanes, que soplan siempre del Sur al Sudoeste, duran poco, pero tienen tanta violencia y ponen la mar tan brava que nada puede resistirles. Esto es lo que se llama en el país el *cordónazo de San Francisco*. Los navíos que el temporal sorprende en la rada naufragan indudablemente, o rompiendo sus amarras envican en la costa. Cuando se aproxima el cordónazo, importa hacerse afuera y dar bordadas; o si acaso hay necesidad de estar fondeado en tierra, hacerlo a una distancia tal que se pueda usar de las velas y hacerse a la mar en cuanto las señales anuncien la proximidad de la tempestad. No obstante, el cordónazo, engañando las previsiones de los marinos, se retarda algunas veces.

El 1 de octubre de 1839 doce navíos que creían ya pasada la estación fueron sorprendidos por el huracán en la rada de Mazatlán y naufragaron, no habiéndose escapado sino una parte pequeña de las tripulaciones. El 1 de noviembre de 1840 se perdieron tres barcos en la rada de San Blas, y varias personas se ahogaron sin que fuera posible prestarles socorro.

Se observa en la costa noroeste de México y en el golfo de California el fenómeno designado en meteorología bajo el nombre de *inversión de la aliza*. En efecto, este viento, que sopla casi continuamente del Nordeste en el Atlántico y en los mares al norte del Ecuador, se encuentra reemplazado aquí por un viento sudeste, y aun por los vientos directos del Oeste. Esta inversión que acontece en el mar Bermejo no es sensible en la costa de California, bañada por el océano Pacífico, mas allá del grado 23 de latitud norte.

San Blas dista de Mazatlán sesenta leguas marinas; la navegación es muy fácil, y dura a lo más de dos a cinco días. La costa es sana por todas partes. Cerca de tierra hay siempre de 12 a 40 metros, y algunas millas afuera el fondo es de sesenta a ciento.

Las puertas de San Blas y Mazatlán no son más que unas radas desabrigadas, aunque en la estación seca los buques disfrutan de seguridad y están al abrigo de los vientos reinantes, que vienen siempre del Noroeste y de la mar. Cuando la estación de las lluvias está adelantada, el puerto es excesivamente peligroso. Un navío arrojado a la costa perece indudablemente con todo y las tripulaciones, pues se halla llena de rocas, contra las cuales se estrella con violencia la mar. [...]

DE VERACRUZ A ORIZABA

Juan Pérez Calvo*

Son tan interesantes las correspondencias que recibimos de nuestro ilustrado corresponsal, el señor Pérez Calvo, cronista de nuestra expedición a México, que no queremos privar de ella a nuestros lectores en estos momentos de justa ansiedad. La carta primera se imprimió en La Habana, pero no se permitió la publicación de la segunda, que a nuestros ojos tiene gran importancia pues desvanece, desde el mismo lugar de los sucesos, grandes dudas y no pocos errores.

Orizaba, 17 de marzo de 1862.

Mi querido amigo: el día primero del corriente salimos de la Tejería, con dirección a este cantón donde llegamos después de haber descansado tres días en la ciudad de Córdoba, el 9 por la mañana. No distando más que treinta leguas de Veracruz, comprenderás que las jornadas han debido de ser bien cortas, grande el calor, y el camino en extremo difícil y fatigoso. Se han tenido en cuenta por el general en jefe las molestias del soldado; las marchas se han hecho en las primeras horas de la mañana, con repetidos descansos que al fin cada soldado llevaba sobre sí, con ración para cinco días, municiones, armamento, tienda y ropa sobre tres arrobas de peso, y siempre antes del mediodía ha llegado al campamento, desahogado, contento, sin descomponer la fila, ni rezagarse y dispuesto al parecer a continuar, si fuera preciso, la fatiga. Baste decir que, habiendo salido de Veracruz muchos soldados con la salud quebrantada, no han llegado a cien los enfermos que ha sido preciso recoger en el camino, transportándolos primero hasta Córdoba y después a este punto, con la mejor asistencia y posible comodidad. Para este servicio se ha empleado hasta el carruaje del general. [...]

La población me gusta; es verdad que la fisonomía de los pueblos está en relación directa en el carácter de sus habitantes, y los orizabeños, en lo que hasta ahora he visto, lo tienen excelente. Se encuentra situada en un valle que la forman varios ramales de Sierra Madre, el cerro de San Cristóbal, el de Buena Vista y el de Escamela, que toca la misma población, y otros varios que la rodean y estrechan en vistoso anfiteatro. Cuenta varios ríos y arroyos de agua deliciosa, lo cual hace húmedo su temperamento, que es asimismo templado, proporcionando un clima de bastante sanidad. El comercio es activo en tabaco, café, arroz, azúcar, miel, aguardiente de caña y toda

* P. C. [Juan Pérez Calvo], «De Veracruz a Orizaba», *La América*, VI, suplemento 4 (24 de abril de 1862), pp. 1-4. P. C. Colaborador y corresponsal de *La América*.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002238430&search=&lang=es>

clase de frutas, cuyos productos se consumen en gran parte en el estado de Puebla. El pan y las pastas que se elaboran son del mejor gusto y calidad; bien se puede asegurar que nuestros soldados no han comido nunca mejor pan, ni yo mismo que soy de Valladolid, y al pan de Castilla, como no sea el de Orizaba, no hay quien lo deje atrás; dentro de la población hay varios molinos, hornos de ladrillo, teja y loza, buenas tiendas de ultramarinos y de lencería, lujosos establecimientos de farmacia, fábricas de cerveza, etc.

¡Menos vino!, que hay poco y no bueno, y sí caro, de todo se encuentra en abundancia por aquí. ¡También hay imprenta y periódicos! Los edificios son todos de cal y canto, y la mayor parte de un piso, con el techo inclinado y grandes aleros los tejados, lo cual anuncia que cuando llueve es en manera de torrentes; por eso las aceras están muy elevadas, y en todas las calles se encuentran alcantarillas que faciliten el paso y libren a los transeúntes de los trabajos de la inundación. Hay varias iglesias y buenas, y bastante culto y mucha concurrencia; los jueves y domingos es día de mercado, el cual se celebra en una gran plaza situada al lado de la iglesia parroquial. Es muy abundante de todo y muy concurrido; la mayor parte de las mercancías las venden los indios que habitan una porción de ranchos contiguos a Orizaba y que conservan la fisonomía del tiempo de la conquista, sin haber degenerado en lo más mínimo con el transcurso de los siglos: tienen las mismas costumbres, hacen la misma vida, hablan igual idioma, aunque entienden y hablan el castellano, y, excepto las plumas, puede decirse que visten con la misma desnudez y conservan su afición a los vidrios y collares. La mujer trabaja más que el hombre, pues, además de las faenas propias de este, carga con las criaturas, sujetándolas como una mochila por medio de una especie de rebozo.

No quiero ni debo extenderme más, habiendo salido de los límites de una carta, en gracia de dar una ligera idea de nuestra expedición de Veracruz a Orizaba. En la siguiente que mando por este correo hablaré de las cuestiones que aquí nos han traído, y que, por el carácter y especie de autoridad con que se presentan, no dejan de ofrecer un grande interés.

Orizaba, 19 de mayo de 1862.

Después del Convenio de la Soledad, firmado por los representantes de las potencias aliadas, ratificado por el presidente del Gobierno supremo de la república, y transmitido a los respectivos Gobiernos de Inglaterra, Francia y España, parecía natural que la discusión de las cuestiones pendientes quedase aplazada para el día 15 del próximo abril, señalado para dar principio las conferencias. Esto era lo lógico, esto lo razonable, y lo que, sin hacer violencia la recta razón, no se puede contradecir. Desgraciadamente no ha sucedido así, y digo desgraciadamente porque cuando se encuentra de por medio la buena fe y la rectitud de intenciones de tres grandes potencias a quienes liga una convención como la de Londres, y unos preliminares para tratar como los de la Soledad, la menor duda que tienda a quebrantar tan sagrados lazos es una verdadera desgracia, es una calamidad.

Las palabras más o menos autorizadas de los periódicos que se publican en París sobre el establecimiento de una monarquía en México y hasta la designación del ar-

chiduque Maximiliano como futuro rey para el futuro trono, palabras que no han sido desmentidas por el *Moniteur*, periódico oficial tan cuidadoso en desmentir noticias de menos gravedad; la coincidencia de reforzarse el Ejército francés con cuatro mil hombres más, a las órdenes del general Lorencez, y la circunstancia agravante de haber arribado a Veracruz poco antes que el general francés los señores Almonte, Andrade, Haro y algunos otros personajes expulsados de la república e incapacitados de volver a ella, personajes que, dicho sea de paso, han acariciado en París proyectos tan insensatos, han sido causa de que las cuestiones que nos han traído a México, y que estaban en suspenso para todos, las renueve cada cual, de que se abra la puerta a la desconfianza, de que se entre en el azaroso terreno de las conjeturas, y de que se tema por el quebrantamiento de los vínculos que unen a las tres potencias.

Es una verdad, y por cierto lamentable, que el considerable refuerzo que van a tener los franceses, refuerzo que no hay motivo racional que lo justifique, barrena desde luego la Convención de Londres. Es una verdad también que el reembarque de las tropas inglesas, en el momento en que habían reunido todo el material y medios de transporte para ser con nosotros en Córdoba y Orizaba, es una especie de protesta de que se falta a lo pactado con el solo anuncio del arribo de cuatro mil franceses más; pero, a pesar de todo esto, son tan grandes y solemnes los compromisos que hay de por medio, es tan descabellado el proyecto que se anuncia, hay tan absoluta falta no digo ya de razón, sino de pretexto, ni aun siquiera para iniciarlo, que tengo la seguridad de que si a dos mil leguas de distancia no han faltado quienes induzcan al error, al pisar el territorio de la república los engañados se penetrarán de la verdad. ¡Pues qué, así se improvisan tronos en pueblos que apenas saben lo que es eso! ¡Así se rompe con las costumbres, con la tradición y con la independencia y la nacionalidad! ¡Así se imponen monarcas! Esto no puede ser, esto no será: el pueblo mexicano no lo quiere, y sin que el pueblo mexicano lo quiera, ninguna de las potencias aliadas, sin faltar lo que se debe a sí propia, sin romper solemnes tratados, sin rebajarse a los ojos del mundo civilizado, sin labrar su propia ruina, puede intentarlo, cuando menos llegarlo a imponer. [...]

¿Y podría nación alguna con su bandera secundar en la República Mexicana la bandera de la monarquía? Lo diré con la franqueza que yo escribo: tengo para mí que la Francia, puesto que de la Francia se trata, por sí y ante sí, libre de la menor oposición por parte de sus aliados, que declinarán toda responsabilidad, podrá imponer a la república, en un periodo más o menos largo, con las fuerzas de que hoy dispone, acrecentando su número, una monarquía y un monarca. La fuerza que hoy manda el imperio, y las consideraciones que hoy le guardan las naciones que están altísimamente interesadas en que no se turbe la paz del mundo, podrán no oponerse en el camino para la consumación de este proyecto. Francia llevará a sus legiones a México, y allí se establecería la monarquía y el príncipe Maximiliano se sentaría en el trono. ¿Y qué sucedería? Que monarquía y monarca no extenderán su poder más que en los estrechos límites de la capital, y eso mientras estuviera guardada por las bayonetas francesas. El emperador y la Francia lo saben muy bien, tienen el ejemplo vivo e inmediato, y comprenderán que lo que tantos sacrificios les cuesta a las puertas de su casa puede ser hasta la muerte a dos mil leguas de distancia. Cuarenta años de repúbli-

ca, por más que las disensiones civiles la hayan quebrantado, no han podido menos de crear hábitos y costumbres que es imposible suplantar en un solo día.

México desde su independencia no ha conocido más que unos cuantos meses de monarquía imperial. Don Agustín Iturbide fue su emperador constitucional, ¿y de qué manera? Fue nombrado como se nombraban los emperadores de Roma y Constantinopla en la decadencia de aquellos imperios, por la sublevación de un ejército y por los gritos de la plebe congregada en el circo, aprobando la elección un Senado atemorizado y corrompido. Este emperador, después de ocho meses de reinado, sufrió la pena de muerte, siendo pasado por las armas. ¡Y había dado la independencia a su patria! ¡Qué lección y qué escarmiento!

En otra carta continuaré exponiendo nuevas consideraciones; el asunto se presta, y es de altísima importancia en los momentos que corren que se diga y se sepa toda la verdad.

REVISIÓN DE OBRAS. VIAJE A ESPAÑA DE ALEJANDRO DUMAS*

No somos los míseros humanos que pertenecemos a la noble e hijodalga raza española los más afortunados para que nos juzguen los viajeros. O realmente somos en el mundo una mala semilla, o tenemos alguna cosa más que desgracia, es decir, la fatalidad de que nos visiten personas que no nos alaban. Diga, pues, la noble ciudad de México cómo la han puesto Miguel Chevalier y Lowestern, hombres por otra parte de muy buen talento y bastante instrucción. Dígalo también la muy más noble de España con otros viajeros que no han encontrado más que contrabandistas y ladrones. Cuando escribe un inglés, solo habla de minas, vegetales, lanas, caballos, manufacturas, y en cuanto a las gentes, las nombra por incidente, es decir, porque labran la tierra o porque crían el ganado. Como tenemos algunas malas prevenciones contra los viajeros y todos, sea dicho en general y con perdón de su talento y de los riesgos que pasan en sus expediciones, nos parecen mentirosos, ligeros y exagerados en sus narraciones, devoramos con ansia dos tomitos únicos que hasta ahora han llegado a esta capital, que contienen un viaje de París a Cádiz que el célebre autor de *Montecristo* hizo con motivo del casamiento del duque de Montpensier.

El lector no debe esperar datos estadísticos ni observaciones barométricas ni descubrimientos botánicos, sino la descripción fluida y sencilla de las impresiones que recibe Dumas al pisar la tierra de San Fernando, de Cortés y del Cid. Sin embargo, creemos que es superior en mérito su viaje a Suiza y a las orillas del Rin, y no por falta de motivo, porque a fe que España abunda en recuerdos históricos y en tradiciones llenas de encanto y poesía. Es de extrañar también que Dumas, tan afecto a recordar la vida de los artistas y a examinar las obras de arquitectura y de pintura, nada nos haya dicho de esas vírgenes admirables de Murillo, de esos magníficos santos de Ribera y Velázquez.

El estilo que Dumas adoptó al escribir este viaje es el epistolar, y las primeras cartas que dirige a una señora, cuyo nombre no menciona, las consagra a hablar de sí propio y a otros pormenores poco importantes, relativos a las personas que lo acompañaban.

En seguida refiere la impresión agradable que le causó el beber una taza de buen chocolate. Le agradó sobremanera, hasta el grado que él y sus compañeros, entre los cuales figuraba su hijo Alejandro, se propusieron beber a la hora del almuerzo sobre cinco tazas de chocolate. No sucedió lo mismo con la olla podrida, que solo la gusta-

* Dumas, Alejandro, «Revisión de obras. Viaje a España de Alejandro Dumas», *El Álbum Mexicano*, I (1849), pp. 119-124.

https://books.google.es/books?id=G7QsAAAAYAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

Primera entrega. Firma el artículo M. P., Manuel Payno, autor de la introducción y traductor del texto de Alexandre Dumas.

ron una vez, lo cual no obsta para que la olla española, y particularmente la podrida, sea un plato excelente.

Dumas no dejó de tener las dos aventuras que precisamente tienen los extranjeros en todo país español, a saber: el coche quebrado en medio de un camino y los ladrones. Las aventuras no fueron completas, porque del vuelco que dio el coche en el camino de Madrid a Toledo no resultó ninguno de los viajeros con un brazo o pierna rota, y los ladrones se retiraron tan luego como los franceses se dispusieron a usar de sus armas de fuego.

Dumas encuentra a Madrid lleno de gente, y de vida y movimiento, a consecuencia de las bodas del duque de Montpensier; asiste al salón del recreo del teatro con Carlos Latorre y Julián Romea; va al Prado del brazo con Ventura de la Vega; almuerza con el duque de Osuna; va a los toros con Roca Togores, y predice que debería llegar a ser ministro de Estado.

Seguiremos, pues, al autor de *Montecristo* y de *La guerra de las mujeres* a los toros, que ve por la primera vez de su vida. Hemos creído hacer a nuestros suscritores un obsequio, traduciendo íntegramente la descripción que hace de esta diversión, tanto más cuanto que, siendo también común en México, puede calificarse la exactitud de la narración.

Madrid, 12. Por la tarde.

Vivimos, señoras, en tal torbellino, que hace cuarenta y ocho horas que no os escribo. Estas cuarenta y ocho horas las he pasado en medio de una continua fantasmagoría, y durante este tiempo no puedo decir que he visto, sino que he creído ver fiestas, iluminaciones, bailes y corridas de toros, y todo esto con la velocidad que se mudan las decoraciones de una comedia de magia.

Nos habéis dejado empujándonos y espachurrándonos en uno de esos corredores oscuros que conducen a esta moderna Torre de Babel que se llama circo. A la extremidad de este corredor encontramos la luz y tuvimos que contenernos, deslumbrados, ciegos y casi desvanecidos.

El que no ha visto esta resplandeciente España no tiene idea de lo que es el sol, y el que no ha oído el rumor de un circo no tiene idea de lo que es el ruido.

Figuraos, señora, un anfiteatro parecido al hipódromo, conteniendo quince mil personas colocadas sobre unas gradas, que cuestan más o menos caro según se compran los boletos, es decir, de sombra, de sol, y sol y sombra.

Los espectadores que tienen boletos de sol permanecen, mientras dura el espectáculo, sufriendo el calor devorador del astro del día.

Los que tienen boletos de sol y sombra son aquellos que debe proteger el movimiento diurno de la tierra, y durante un cierto tiempo se hallan al abrigo del sol.

En fin, los que compran boletos de sombra son los que desde el principio al final del espectáculo están al abrigo del sol. Es menester advertiros que nosotros teníamos boletos de sombra.

Nuestro primer movimiento al entrar en este círculo de fuego fue retroceder espantados. Jamás habíamos oído gritos semejantes, ni habíamos visto agitarse a un tiempo tantos paraguas, tantas sombrillas, tantos abanicos y tantos pañuelos.

Ved, pues, la escena que presentaba la plaza cuando entramos. Nos colocamos precisamente frente del toril. Uno de los locos acaba de recibir de las manos de un alguacil la llave de la puerta, adornada de listones. A la izquierda del toro que iba a salir, se hallan montados en sus sillas árabes y con la garrocha en la mano tres picadores. El resto de la cuadrilla, es decir, los chulos, los banderilleros y los toreros, o matadores, estaban a la derecha dispersos aquí y acullá como los peones en un tablero de ajedrez.

Explicaremos, en primer lugar, lo que es el picador, el chulo, el banderillero y el torero, y después trataremos de hacer visible a nuestros lectores el teatro de sus campañas.

En nuestra opinión, el picador es el que corre más riesgos de todos. El hombre a caballo, con la garrocha en la mano, espera el ataque del toro. Esta lanza o garrocha no es un arma, sino solamente un agujijón. El fierro que la guarnece no tiene más que la capacidad necesaria para traspasar la piel del animal, de manera que la herida que hace el picador no puede tener más resultado de duplicar la cólera del toro, y exponer al hombre y al caballo a un ataque tan fuerte cuanto es intenso el dolor.

El picador corre dos peligros, el de ser ensartado por el toro o machucado por el caballo.

Los chulos son los que, agitando ante los ojos del toro una capa, verde, azul o amarilla, distraen su rabia, pronta a cebarse en un caballo derribado o en un picador que ha perdido los estribos.

La misión de los banderilleros es no permitir que se calme la cólera del toro. En el momento en que la fiera deslumbrada y fatigada revuelve sobre sí misma, le plantan en las dos espaldas las banderillas, que son unas varitas delgadas, adornadas de papel picado de todos colores. Estas banderillas se clavan por medio de una pequeña púa de fierro, que tiene la punta semejante a la de un anzuelo.

El torero, o primera espada, es el rey de la escena: a él pertenece la plaza; es el general que dirige la batalla, el jefe cuyo gesto es obedecido pasivamente por todos. El toro mismo, sin saberlo, está sometido a su poder, pues, cuando la hora de la última lucha ha llegado, le conduce, por medio de los chulos, al lugar que le acomoda, ya en el sol, ya en la sombra, y como probablemente la querida del torero está en la plaza, delante de ella vendrá a espiar el toro, herido por la terrible espada.

En cada corrida hay dos o tres picadores de reserva, y otros tantos chulos y banderilleros, con el fin de suplir inmediatamente a los que resulten inutilizados.

El número de toreros no es fijo. En esta corrida había tres: Cúchares, Lucas Blanco y el Salamancaquino.

De estos tres, Cúchares solamente tenía un nombre famoso.

Picadores, chulos, banderilleros y toreros están vestidos con una primorosa elegancia. Chaquetillas de raso verde, rosa o azules, bordadas de oro y de plata; chalecos por el estilo de las chaquetas, llenos de botones y alamares de plata y oro; calzón corto y media de seda, el cuerpo ceñido con una banda nácar, y la cabeza adornada con una redecilla de seda negra.

Ahora pasemos de los actores al teatro.

Al derredor de la plaza, majestuosa como un circo del tiempo de Tito o de Vespasiano, hay una valla de madera de la altura de seis pies y formando un círculo, donde

están encerrados todos los personajes que acabamos de describir, desde los picadores hasta la primera espada.

Esta valla está pintada de colorado en su parte superior y de negro en su parte inferior. Estas dos partes, de desiguales dimensiones, están separadas por un barrote de madera pintado de blanco y destinado a servir de estribo a los chulos, banderilleros y toreros, perseguidos por el toro. Ponen un pie sobre el estribo y con la ayuda de las manos se lanzan al lado opuesto. Esto se llama *tomar valla*; pero es muy raro que la primera espada se decida a este extremo, y más bien prefiere capotear al toro que huir de él.

Del otro lado de esta valla hay otra barrera circular que se llama contravalla, y entre una y otra forman un pasadizo donde saltan los chulos y banderilleros, y donde permanecen los picadores de remuda y los alguaciles.

Digamos ahora una palabra sobre el carnicero.

El carnicero es el ejecutor de grandes operaciones. Su oficio casi es infame. Cuando el toro cae herido por la espada del torero, y a pesar de esto, levanta su cabeza sangrienta, mugiendo dolorosamente; el carnicero se monta en la valla, salta con precaución a la plaza y se desliza tortuosamente, como el gato y el chacal, hacia donde el animal está echado, y traidoramente le da el golpe mortal con un arma que tiene la forma de un corazón. Separa por lo común la segunda vértebra del cuello, y el toro cae como herido por un rayo. Concluida esta ejecución, el carnicero, siempre con un paso oblicuo, salta la valla y desaparece.

Esta primera valla, que saltan como hemos dicho los chulos y banderilleros, no es siempre un refugio seguro. Frecuentemente se ve en las corridas saltar a los toros la valla con la misma facilidad que los caballos ingleses de caza las zanjas y matorrales. Una de las pinturas de Goya representa al alcalde de Torrejón miserablemente pisado por un toro saltador.

Yo mismo he visto en las fiestas reales saltar un toro tres veces consecutivas de la plaza a la valla.

Entonces, con la misma agilidad con que han saltado de la plaza al pasadizo, saltan del pasadizo a la plaza; los mozos abren una puerta, y el toro, que revuelve furioso en este pequeño espacio, viendo el camino abierto, vuelve a entrar de nuevo en la liza, donde le esperan sus enemigos.

Algunas ocasiones la plaza se divide en dos partes, y esto acontece cuando el local es demasiado grande. En la plaza mayor, por ejemplo, donde se hacen dos corridas a la vez, sucedió un día que saltaran los dos toros de la plaza al pasadizo, corrieron el uno sobre el otro, y se mataron.

La valla está interrumpida por cuatro puertas situadas en los puntos cardinales: dos de estas puertas están irrevocablemente destinadas a dejar entrar los toros vivos y dejar salir a los toros muertos.

Detrás de la contravalla comienzan inmediatamente las gradas que forman el anfiteatro, y estas gradas están cubiertas de espectadores.

La música está colocada precisamente encima del toril.

El toril es el lugar donde están encerrados los toros.

Los toros destinados a combatir son generalmente escogidos de los potreros más solitarios: los traen a Madrid durante la noche y los encierran en el toril, donde cada

uno tiene su establo particular. Para irritarlos todavía más, se les priva de alimento durante las diez o doce horas que pasan en su prisión, y al salir a la plaza, para despertar hasta el último grado la furia del animal, se les pega en la espaldilla una flor, llena de listones con los colores de su propietario o propietarios.

Esta flor es el objeto de la ambición de los picadores y chulos. Es un regalo encantador para una querida.

Una vez que os he dado una perfecta idea de la escena, volvamos al espectáculo.

Nosotros estábamos, como he tenido el honor de deciros, precisamente enfrente del toril. A nuestra derecha teníamos el palco de la reina, y a nuestra izquierda, al ayuntamiento.

Miramos todo lo que os he referido con la agonía de quien espera una cosa terrible, el rostro pálido y las miradas llenas de espanto. A mi izquierda se hallaba Roca Togores, este poeta encantador de quien ya he hablado. A mi derecha estaba mi hijo Alejandro, y después seguían Maquet y Boulanger. Giraud y Desbarrolles, vestidos absolutamente como andaluces, se hallaban de pie en la segunda grada y, como habían asistido a diez corridas, nos miraban con una especie de lástima, como los viejos granaderos de la Guardia veían a los jóvenes conscriptos.

El mozo abrió la puerta del toril guareciéndose detrás de ella. El toro apareció, avanzó diez pasos y se detuvo deslumbrado con la luz, aturdido con el ruido.

Era un toro prieto, con los colores de Osuna y de Veragua.

Su boca estaba blanca con la espuma; sus miradas parecían dos rayos de fuego.

Confieso que, en cuanto a mí, el corazón me latía como si fuese a ser testigo de un desafío.

—Mirad, mirad con atención —me dijo Roca Togores—; el toro es muy bueno.

Apenas Roca me acaba decir estas palabras, cuando el toro, que parecía querer realizar la profecía, se precipitó sobre el primer picador.

Inútilmente intentó este contenerlo con la garrocha: el toro dobló el fierro y, acometiendo al caballo por el encuentro, le enterró hasta el corazón uno de los cuernos.

El caballo, un momento soliviado por el toro, dejó el suelo y batió el aire con sus cuatro pies.

El picador, persuadido que su caballo estaba muerto, abandonó prontamente los estribos y se refugió a la valla, con tal oportunidad que al mismo tiempo que el pobre caballo caía por un lado, por el otro saltaba el jinete al pasadizo.

El caballo intentó levantarse: la sangre brotaba de su encuentro por dos agujeros como brota el agua de dos bitoques. Vaciló, pues, un instante, y después cayó. El toro se encarnizó, y en menos de un segundo le hizo diez o doce heridas más.

—¡Bueno! —me dijo Roca—, es un excelente toro.

Me volví hacia mis compañeros: Boulanger había podido soportar la escena, pero Alejandro estaba demasiado pálido y Maquet limpiaba su frente cubierta de sudor.

El segundo picador, viendo al toro encarnizado con el moribundo caballo, dejó la valla y vino sobre él. Aunque hubiese tenido la precaución de vendar los ojos de su caballo, este se enarcaba y paraba de manos, porque instintivamente conocía que se le llevaba delante de la muerte.

El toro apenas vio este nuevo antagonista cuando se lanzó sobre él. Lo que pasó fue rápido como el pensamiento. En un segundo el caballo fue derribado de espaldas, y cayó con todo su peso sobre el pecho del picador.

Nosotros escuchamos, si es posible decirlo, el crujido de los huesos.

Entonces un aplauso universal se escuchó. Veinte mil voces exclamaron a un tiempo:

—¡Bravo, bravo! ¡Bravo, toro!

Roca gritaba como todos, y yo involuntariamente gritaba como Roca:

—¡Bravo, toro, bravo!

En efecto, el animal era soberbio. Todo su cuerpo [era] negro como el azabache, y la sangre de sus dos adversarios que corría por su cabeza y cuello parecía un peinado de púrpura.

—¡Eh! —me dijo Roca—. ¡Cuando os decía que era un toro magnífico...!

Cúchares era el torero de esta corrida. Hizo una señal, y toda la tropa de chulos y de toreros envolvió al toro. En medio de esta tropa se hallaba Lucas Blanco, otro torero a quien ya he mencionado, y que era un hermoso joven de veinte a veinticinco años que solamente hacía dos años que había comenzado a matar.

A fuerza de agitar sus capas, los chulos, ante los ojos del toro, consiguieron distraerlo. Levantó un momento la cabeza, miró un instante el mundo de enemigos que le rodeaba y las capas resplandecientes con el sol, y se lanzó sobre Lucas Blanco, que era más cercano.

Lucas se contentó con girar sobre el talón con una gracia y tranquilidad infinitas. El toro pasó.

Los chulos, perseguidos a todo escape, alcanzaron la valla. El último de ellos podía sentir el aliento del animal quemar sus espaldas.

Llegados a la valla, volaron por encima, y la palabra más propia es *volaron* porque merced a sus grandes capas, rosas, amarillas y verdes, parecían una parvada de pájaros con las alas extendidas.

Los cuernos del toro se enterraron en la valla y clavaron contra la madera la capa que el último chulo arrojó sobre la cabeza del toro al tiempo de saltar a la valla.

El toro arrancó sus cuernos de las tablas y permaneció un instante peinado con la capa rosada del chulo, sin poder desembarazarse de esta capa que, chupando la sangre que el animal tenía sobre sus espaldas, se teñía de grandes manchas de púrpura.

El animal manoteaba queriendo desembarazarse de la capa. Un instante revolvió furioso sobre sí mismo, como si se hubiese vuelto loco; después destrozó la capa, quedándole solo un fragmento prendido en un cuerno, como una banderola.

En el momento que pudo ver, abarcó toda la plaza con una rápida y sombría mirada.

Detrás de la valla asomaban las cabezas de los chulos fugitivos, prontos a saltar de nuevo a la plaza tan luego como el toro se alejara.

En dos puntos paralelos permanecían Lucas Blanco y Cúchares, tranquilos y mirándose mutuamente.

Tres hombres ayudaban al picador a salir de debajo de su caballo y pretendían ponerlo en pie. El picador vacilaba, a pesar de sus gruesas piernas; estaba pálido como la muerte y una espuma sangrienta teñía sus labios.

De los dos caballos, el uno había muerto, el otro agonizaba.

El tercer picador, único que había quedado sobre el caballo, estaba inmóvil como una estatua de bronce.

Después de una rápida investigación, el toro fijó su idea y su mirada, y se detuvo en el grupo que conducía al picador herido.

Rascó la arena con las manos y la aventó hasta las gradas; bajó sus narices y olió el surco que acababa de hacer, lanzó un terrible mugido y se precipitó sobre el grupo.

Los tres hombres que conducían al herido lo abandonaron y corrieron hacia la valla.

El picador, casi desmayado, pero conservando el instinto de la propia defensa, dio dos pasos, alzó un instante los brazos en el aire y, al intentar el tercer paso, cayó en tierra.

El toro se dirigió sobre él; pero en su camino encontró un obstáculo.

El tercer picador al fin se movió, y se había colocado entre el animal furioso y su camarada herido. El toro dobló la garrocha, como si fuera la varilla de un rosal, y al pasar dio una cornada al caballo. Este, gravemente herido, giró sobre los pies y condujo al picador hasta la otra extremidad de la plaza.

El toro vaciló entre el picador herido y el caballo moribundo. Se decidió por el último, y le dio tres o cuatro heridas, dejando en una de ellas el jirón de capa de que hemos hablado. Después se volteó hacia el hombre a quien Lucas Blanco ayudaba a levantarse.

Se escuchó el estallido de los aplausos de toda la concurrencia, y las frases «¡Bravo, toro, bravo, toro!» se escuchaban por todas partes. Algunos, más entusiastas, le llamaban «muchacho lindo, toro querido».

Por fin, el toro, un momento indeciso, se lanzó sobre el picador herido y Lucas Blanco. Este dio un paso de lado y extendió su capa entre él y el herido. El toro, engañado, envistió la capa movediza.

Miré a mis compañeros. Boulanger estaba pálido. Mi hijo Alejandro, verde. Maquet, como la ninfa Biblis, se deshacía en agua. En cuanto a mí, si hubiera tenido un espejo habría podido decirme cómo estaba. Lo que puedo asegurar es que estaba muy conmovido, y que no sentía absolutamente nada de ese disgusto que había esperado. Yo, que corro cuando veo a una cocinera que mata un pollo, no podía quitar mis ojos de ese toro que había matado tres caballos y herido a un hombre.

Lucas Blanco fue quien ofreció de nuevo el combate al toro, que se había contenido un momento. Lanzose sobre él y como la primera vez, con solo su capa, evitó el choque.

Mientras esto pasaba, chulos y banderilleros habían descendido a la plaza, y el picador herido, con ayuda de los mozos, había llegado a la valla.

Toda la cuadrilla rodeaba al toro, agitando sus capas; pero el toro no tenía miradas más que para Lucas Blanco. Era una lucha entre él y este hombre, y ninguna cosa podía distraerlo.

Cuando un toro mira de esta manera a un hombre, se dice generalmente que es hombre muerto.

—Vais a ver —me dijo Roca poniéndome el brazo en la espalda.

—¡Atrás, Lucas, atrás! —gritaron a un tiempo los chulos y banderilleros.

—¡Atrás, Lucas! —gritó Cúchares.

Lucas miró con desdén al toro.

El toro se dirigió sobre Lucas con la cabeza baja; Lucas entonces puso un pie entre los dos cuernos del toro, y saltó por sobre su cabeza.

Entonces no fueron aplausos, sino rugidos.

—¡Bravo, Lucas! ¡Bravo! ¡Viva Lucas! —exclamaron veinte mil voces.

Los hombres arrojaban sus sombreros, las mujeres, sus abanicos, ramos de flores y pañuelos.

Lucas saludaba sonriendo, como si hubiera jugado con una cabrilla.

Mis compañeros, pálidos y sudorosos como estaban, aplaudían y gritaban como los demás.

Pero ni estos gritos ni estos aplausos distraían al toro de sus deseos de venganza. En medio de todos esos hombres estaba Lucas, y el toro lo seguía con sus miradas de fuego. Lanzose por fin sobre él, despreciando todas las capas encarnadas y azules que revolaban ante sus ojos.

Lucas evitó como antes al toro por medio de una diestra vuelta.

Pero el animal, que solo estaba a cuatro pasos de distancia, revolvió furioso sin darle tregua. Lucas le arrojó su capa a la cabeza y corrió hacia la valla.

Cubierto un instante el toro con la capa, dejó a su enemigo avanzar una docena de pasos; pero, rota la capa, el toro siguió y continuó su persecución.

Era una cuestión de agilidad. ¿Lucas llegaría a la valla antes que el toro?

Lucas puso el pie sobre un ramillete de flores húmedas, se resbaló y cayó al suelo.

Un grito arrojado por veinte mil espectadores se escuchó: después siguió un profundo silencio.

Pasó como una nube delante de mis ojos y, al través de esa nube, vi un hombre arrojado a quince pies de altura. ¡Cosa extraña! En medio de este vértigo, todos los pormenores del vestido de este pobre Lucas se me representaron: su chaleco azul bordado de plata, su chaqueta rosada, sus pantalones blancos llenos de pasamanería.

Lucas cayó y el toro lo aguardaba; pero otro adversario aguardaba al toro. Era el primer picador montado en un caballo fresco, que se lanzó sobre el animal en el mismo instante en que este bajaba sus cuernos para destrozar a Lucas.

El toro, sintiéndose herido, levantó la cabeza y, como si hubiese estado seguro de encontrar a Lucas donde le dejaba, se lanzó sobre el picador.

Apenas había dado el toro dos pasos, cuando Lucas se levantó y saludó al público riéndose. Por un milagro, el animal había lanzado con la frente en el aire a Lucas sin que los cuernos tocaran su cuerpo, y por otro milagro no se había lastimado al caer.

Un inmenso rumor de alegría recorrió toda la plaza. La respiración había vuelto a veinte mil personas.

Maquet casi estaba desmayado. Alejandro pidió un vaso de agua.

En ese momento se escuchó un gran rumor, y las trompetas sonaron.

Dumas concluye su carta dejando al lector profundamente interesado en saber la suerte que por fin tuvieron los toreros españoles. En efecto, ha sabido dar un interés dramático a la simple y sencilla narración de una corrida de toros, espectáculo que sin

duda no ha ocupado la pluma de ningún autor español si no es en el sentido de la crítica. El trozo que hemos traducido nos parece que puede presentarse como un modelo de estilo descriptivo y que además da a conocer la impresión que hace en un extranjero una diversión que es para los que están acostumbrados muy poco interesante o fastidiosa y bárbara. No obstante, los suscritores del *Álbum* apreciarán sin duda la minuciosa exactitud de Dumas, notando cuán semejante es una corrida de toros en España. Extrañamos únicamente entre la cuadrilla de toreros a los *locos*, que tanta popularidad tienen en México entre la gente que concurre al sol.

En el número siguiente continuaremos la traducción de algunos otros fragmentos importantes, tales como el de la descripción del Escorial, de Granada y del Generalife.

APUNTES DE UN VIAJE A ESPAÑA¹

M. de Ribeyre de Villemont*

Hace diez años el viajero más intrépido, en el momento de emprender un viaje a España, solía vacilar ante la perspectiva de caer en manos de los ladrones de camino real o de tener que sufrir los horrores de una cena de una noche en una posada de una aldea. En el día, gracias a la Guardia Civil, perfectamente organizada y escalonada en todos los caminos que recorre continuamente en patrullas, se puede atravesar la península con el bolsillo en la mano sin temer que el trabucazo de rigor le arranque a uno de sus meditaciones. [...]

Las divisiones y los odios de los partidos políticos que durante tanto tiempo han prolongado la anarquía y el desorden en España comienzan a calmarse. [...] Las partes más ricas de España están surcadas ya por los ferrocarriles, muchos servicios de sillas de posta y de diligencias muy bien dirigidos completan los vacíos que dejan aún los caminos de hierro. [...] En todo se conoce que renace una gran nación que pronto volverá a tomar en Europa el puesto que le corresponde. En cuanto a nosotros, que hemos recibido por todas partes en nuestro viaje la hospitalidad más franca y cordial, que hemos podido apreciar las eminentes cualidades de este gran pueblo, su patriotismo, su lealtad, su independencia, su adhesión a los recuerdos del pasado y su amor a las libertades constitucionales, no podemos menos de consignar aquí nuestro deseo de que no se detenga en su movimiento hacia los beneficios de la civilización y nos atrevemos a esperar que no se lanzará de nuevo sobre el océano de las revoluciones. [...] La España se encuentra pues en un estado de transformación, momento favorable que debe elegir el viajero para visitar un país, pues, al lado del bienestar que introduce la civilización, encuentra todavía la originalidad y el carácter pintoresco de los usos, costumbres y trajes de otra época. Bajo este concepto España no dejará de ser aún una mina inagotable para el lápiz del artista y para la pluma del escritor. [...]

Hace un día hermosísimo, el país muy accidentado está cubierto de olivares y de viñas. Se le ocurre a uno preguntarse: ¿por qué prefiere ese extraordinario vehículo,

1. Con gusto traducimos para nuestro periódico los apuntes del viaje por España que acaba de hacer M. de Ribeyre de Villemont, pues si bien como extranjero encuentra chocantes algunos de nuestros usos y costumbres que regularmente él mismo concluye por explicarse de un modo natural y por lo tanto favorable para nosotros, en el fondo su escrito está redactado con sano juicio, y contiene exactas y verídicas apreciaciones sobre los hombres y las cosas de nuestro país en la época presente, al paso que consigna los progresos materiales que se han realizado en España en los últimos diez años. (N. de la R.)

* Ribeyre de Villemont, M. de, «Apuntes de un viaje a España», *El Correo de Ultramar*, XIX, núm. 473 (1862), pp. 75-78. Ils.

https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709698

Primera entrega.

esas diez mulas héticas y tres mozos que no cesan de pegarlas a dos buenos caballos con un buen conductor? Hasta por la tarde no pude responderme a esta pregunta, y entonces me convencí de que los conductores eran muy propios de las mulas, las mulas y el coche del camino y el camino del país que lo atraviesa. Figúrese el lector el cauce de un torrente seco, barrancos, agujeros, peñascos, arena hasta los ojos, ríos que se atraviesan a nado, un camino increíble, imposible y con todo esto un carruaje a escape siempre y que llega a su destino con la puntualidad de un tren exprés.

Cuanto peor es el camino más se corre, pues entonces el zagal se apea y sacude de tal modo a las mulas que estas se vuelven locas. Es evidente que únicamente las mulas pueden servir en semejante camino y que deben ser tratadas como las tratan. El postillón a la cabeza elige los sitios por donde puede pasar la diligencia, el zagal estimula a los animales pegando y gritando, y el mayoral mantiene firme el tiro. Los viajeros en el interior del carruaje, que resiste bastante bien a ese increíble movimiento, ruedan, saltan, se dan coscorrones, nadie se ocupa de ellos. Pero ¿por qué no se gobierna el camino?, se preguntará. No hay duda de que a fuerza de dinero se podría poner en buen estado, pero es de advertir que durante nueve meses al año ese camino está abrasado, reducido a polvo por el sol, las piedras se desprenden y queda un barranco. Llega la lluvia que viene siempre a torrentes, arrastra todo eso y entonces ya no hay más agujeros y piedras. La Cataluña carece de grandes valles por donde pueden correr sus aguas, no tiene más que cerros desgarrados por los torrentes y pelados en parte. Los ferrocarriles serán allí una verdadera providencia.

Nos detenemos una hora en Gerona para que refresquen nuestros conductores y se cambien las mulas. Yo aprovecho el tiempo visitando la catedral, uno de los más vastos y ricos edificios de Cataluña. El exterior no presenta nada que pueda llamar la atención del inteligente, pero el interior, formado de una vasta y única nave, cuya perspectiva está echada a perder por el coro colocado en medio, encierra un altar mayor que es una obra maestra de platería y de incrustaciones de piedras preciosas, así como varios sepulcros sumamente interesantes, entre otros el de Ramón Berenguer, conde de Barcelona. [...]

Los catalanes están muy orgullosos con su Barcelona y la proclaman la más hermosa y la primera ciudad de España por su comercio y su industria. No se equivocan. Barcelona es digna de figurar al lado de sus hermanas de las costas de Francia y de Italia, digna por su admirable situación, su hermoso clima, sus magníficos paseos y la actividad de sus habitantes. El extranjero que tanto ha oído hablar de la incuria, la suciedad y el descuido de las poblaciones en España se encuentra agradablemente sorprendido al apearse en la fonda de Cuatro Naciones o en el Oriente de La Rambla.

Para dar una vuelta por Barcelona se debe salir de ese punto céntrico, La Rambla, vasto bulevar interior plantado de árboles que desemboca por un lado en el paseo a la moda, el Paseo de Gracia, y por el otro al mar. Nada más animado y más variado que el aspecto de la población reunida en ese sitio. En La Rambla están las principales fondas, los cafés, los dos grandes teatros, de los cuales uno, el Liceo, fue incendiado dos meses después de haber estado yo en Barcelona.

Detengámonos al paso delante de esos grupos de mozos de cordel catalanes, fornidos y robustos, a fe mía, con el gorro frigio bien puesto de lado y envueltos en su tar-

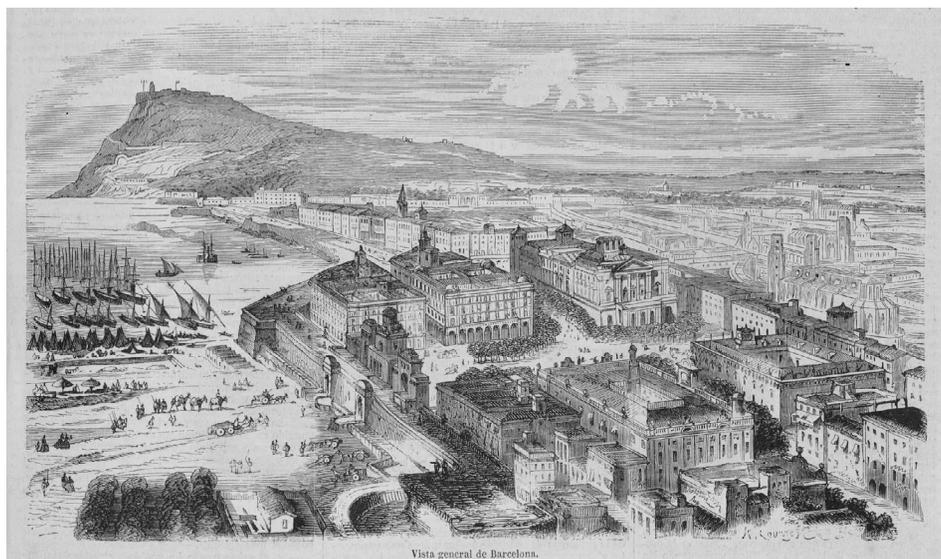


Fig. 1. *Vista general de Barcelona*, p. 77.

tán. Ya la mantilla y el velo que tanto adornan el cuello y la garganta se cruzan con los sombreros a la última moda de París, haciendo parecer a estos últimos lo más ridículo que ha podido inventarse. ¡Ah! Si las señoras españolas supieran lo bien que les está la mantilla sobre la magnífica cabellera que poseen, no permitirían que la reemplazara el sombrero.

Llegados al mar, bajando La Rambla, continuaremos nuestro paseo por un vasto terrado que se llama la Muralla del Mar, donde se reúnen de doce a dos, sobre todo en invierno, las personas más elegantes de Barcelona. Varias veces por día iba yo a este sitio a respirar y a disfrutar de la hermosa vista que desde allí se descubre. Las olas lamen el pie de la muralla, enfrente se extiende la rada del Mediterráneo. [...]

La catedral, bajo la advocación de Santa Eulalia, es del siglo XIII con partes del XIV y del XV. El exterior está por concluir y las casas que la rodean impiden que se vea completamente. El interior está dividido en tres grandes naves, por desgracia tan mal alumbradas que es imposible descubrir los pormenores de su arquitectura. El altar mayor es de un templete gótico, recortado, cincelado, dorado, es una joya. El santuario está elevado sobre la capilla subterránea de Santa Eulalia. A esta se baja por una escalera de veinte escalones; la urna que encierra los restos de la santa está sostenida por ocho columnas de jaspe.

Me he entretenido mucho en examinar las esculturas de los artesonados y de las sillas del coro, y puedo decir que acusan un trabajo de una paciencia y de un acabado increíbles. Antes de haber estudiado con detenimiento la escultura en madera de los retablos y de los coros de las iglesias, nadie podría formarse una idea del grado de perfección a que llegó este arte en España.

Había pasado una semana en Barcelona examinándolo todo, las iglesias, los museos, los hospitales admirablemente administrados y hasta la amenazadora fortaleza de Montjuic, que parece puesta allí de intento para contener a la población catalana un tanto turbulenta; pero me quedaban por hacer dos excursiones a las islas Baleares, tan notables por sus sitios pintorescos, su vegetación y sus poblaciones tan llenas de originalidad. Me falta espacio para contar los incidentes y las impresiones de estos dos paseos. [...]

VIAJE DE PARÍS A LOS PIRINEOS

Alfred des Essarts*

En un momento se llega ahora por los caminos de hierro desde París a España; España, eterno sueño de los poetas y de los extranjeros. Bayona es la plaza limítrofe de la España; Bayona es más bien una ciudad española que francesa, hablándose en ella el más puro castellano. Las mismas fondas llevan nombres españoles, como fonda de la Esperanza, fonda de la Providencia, fonda del Correo. [...]

La población de Bayona es enteramente marítima. Dos ríos navegables, el Adur y la Nive, bañan sus muros. En otro tiempo partían de este punto los más intrépidos balleneros.

Los marineros vascos han dejado una fama imperecedera en los mares del Norte; no existen hombres más intrépidos, más resueltos, ni más dignos tampoco. Para ellos las fatigas y los peligros son un juego. [...]

Cerca de la embocadura del Adur, en el punto en que el océano muge con terrible y sordo bramido, se veía hace pocos años sentada una pobre mujer lo más cerca posible del agua, sobre un montón de arena, con la vista fija, clavada sobre el movimiento de las olas, mientras hacía maquinalmente calceta. Aquella pobre anciana, cuya cabeza cubrían algunos mechones de cabellos grises, murmuraba algunas palabras ininteligibles, y dejaba escapar después o una corta y estridente risa o un triste suspiro, no cesando de reproducirlo uno y otro todo el día en el mismo orden, cual si un invisible y secreto resorte a ello la moviese. Una persona que nos acompañaba nos contó que aquella era una infeliz loca a quien un pensamiento único, invariable, exaltaba, consumiéndola una especie de fuego oculto que la sobreexcitaba sin extinguirlo. La historia de aquella pobre loca es muy triste pero muy sencilla.

Era una pobre joven de San Sebastián llamada Juanilla. En sus primeros años fue gallarda, esbelta, gentil. Había venido a servir a Bayona, y se había enamorado de un piloto que apenas tenía veinticinco años. Se habían prometido casarse, y más de una vez habían ido a pasar los domingos a Biarritz. El piloto era un hombre honrado, leal e inteligente. Una tarde, cuando las olas subían sobre la barra, impedían el paso a un buque español que se obstinaba en entrar y a quien en vano se hacían señales desde el puerto para que suspendiese esta maniobra. A punto de zozobrar hizo señal de socorro, y, sin titubear ni vacilar un momento, el piloto Miguel se arrojó en un bote remolcador. Siguieron su ejemplo otros seis marineros y marcharon; empero las olas los

* [Essarts, Alfred des], «Viaje de París a los Pirineos», *Museo de las Familias*, XVIII (1860), pp. 153-157. <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002565042&search=&lang=es>

En el *Museo de las Familias*, el texto aparece firmado por José Muñoz Gaviria, que en realidad fue su traductor. En la misma revista se publica el artículo de un viaje en sentido inverso, «Viaje de los Pirineos a París. Las Landas» (pp. 177-181 y 201-204), también firmado por Muñoz Gaviria.

arrojaron contra la montaña de arena; lograron salir a flor de agua; desaparecieron de nuevo, los envolvió un torbellino y, ¡ay!, el bote no volvió jamás a verse.

Percieron los siete infelices y llenaron de consternación a todos los marineros, que en vano querían salir con sus barcas a socorrerlos, y a quienes podían las gentes apenas contener. Entonces se vio correr a la playa una joven desgredada y llorando con terrible dolor; aquella joven era Juanilla, a la cual no fue posible separar de este sitio, al que se agarraba con las uñas, y arrojaba aullidos cual una corneja. Allí desde entonces ha pasado sus días aguardando siempre a Miguel, lisonjeándose de que volverá, cual si los muertos volviesen jamás. Aquella joven ha envejecido también y se ha encorvado; entonces tenía veinticinco años, ahora tiene sesenta y todavía llora y se lamenta sin cesar. ¡Pobre Juanilla! [...]

En las inmediaciones de Bayona se halla también Cambó, tan célebre por sus aguas y sus baños, y por su inmediación al paso de Rolando. Al llegar a la montaña de Atarre, donde se halla este, se recibe la impresión más fuerte y grandiosa que puede



Antiguo arrabal de Sant Esprit.

Fig. 2. *Antiguo arrabal de Sant Esprit*, p. 155.

darse, y sigue la vista con admiración y estupor la cadena colosal de muralla granítica que se alza hasta el cielo.

Se aproxima uno a la Navarra española, y el país se va volviendo áspero y agreste; la vegetación toma un tinte oscuro, y la verde vestidura de musgo que tienen los montes se ve desgarrada por ángulos agudos de peladas rocas.

Dibújanse las huellas de los hundimientos en rápidas pendientes con todo el carácter terrible de la devastación. Las aves de rapiña, que suben a veces hasta las nubes, dan vueltas sobre los pinos para dejarse caer sobre su presa.

El que se halle por primera vez en presencia de las montañas del océano no trate de dominar su emoción, porque es admitido a uno de esos grandes espectáculos que revelan a Dios por la eternidad y la inmensidad.

Entrando por una estrechísima senda se tiene a los pies La Nive; sobre la cabeza, enormes trozos de roca; y se llega así al Paso de Rolando, especie de grieta practicada en un río y mucho menos importante que la famosa brecha que se ve desde Gabarnaya. Rolando es la gran figura, el inmenso tipo de los Pirineos. El recuerdo de los montañeses es el que nace siempre de esta montaña, y por todas partes creen ver allí la huella de las herraduras de su caballo o el filo de su Durandarte: los guías se sirven de este recuerdo para enseñar el Pirineo, mirándola como un objeto de culto, y los guías creen lo que dicen a los viajeros.

Las mujeres de Bayona visten como las españolas. Los cafés están llenos de extranjeros, que vienen la mayor parte desde muy lejos atraídos por la curiosidad y en trenes de placer organizados en Tolosa y en Burdeos.

La colonia española de Biarritz, y las lindas parisienses que están allí a tomar los baños, los elegantes de Irún y aun de San Sebastián son los que hacen que esta ciudad sea, como dijimos antes, más española que francesa. En Biarritz se recrea la vista con las costas, las rocas escarpadas, el océano, lo infinito.

PARÍS

Eugenio de Ochoa*

¡París! Al considerar los innumerables escritos de que ha sido objeto desde remotos siglos hasta el presente, parecería a primera vista que todo está ya dicho y nada queda por decir acerca de esta grande y magnífica ciudad, que en opinión de los más discretos viajeros no tiene igual en el mundo. Yo creo sin embargo que este es un tema todavía no agotado y, más diré, creo que es un tema inagotable. Creo también que este es el único pueblo del cual se puede estar hablando siempre sin que deje por eso de quedar siempre mucho que decir en bien y en mal; en bien, sobre todo. Procuraré explicar esta idea por medio de algunas consideraciones generales.

¿Cuál es la verdadera razón de ese grande, de ese inexplicable prestigio que corona, como una aureola, el conjunto de esas cinco letras que unidas forman el nombre de PARÍS? Analicemos la impresión que esa palabra produce generalmente en los ánimos, así de los que conocen como de los que no conocen por experiencia propia la cosa que representa o, para hablar más claro, así de los que han visitado como de los que no han visto nunca esta encantadora población. Digámoslo con entera seguridad de no ser desmentidos, por más que tal cual singularísima excepción venga aquí, como en todos los casos verdaderos, a confirmar la regla: en los oídos de los que no conocen a París, este nombre suena como una palabra mágica que hace vibrar recia- mente las más recónditas fibras de la curiosidad y del deseo consiguiente de conocerle. Quien nunca haya experimentado este deseo ni aquella curiosidad, bien puede decir que está desprovisto de todo rastro de imaginación. En los que conocen esta ciudad y están ausentes de ella, la sensación que su nombre despierta es la de un deseo vehemente, cuando no vehementísimo de volverla a ver, de residir de nuevo en ella y disfrutar una vez más sus indecibles encantos. No sin intención hemos escrito este epíteto de *indecibles*, que aquí no es una mera hipérbole ni una expresión figurada en el sentido de grandes o raros: es una palabra llena de verdad, porque en efecto no es posible decir o expresar con exactitud la razón, el porqué de esos encantos. También procuraremos explicar esto, mas no será sin hacer una observación que nos parece exacta y nueva; a lo menos no recordamos haberla visto consignada en parte alguna. Tampoco la damos por invención nuestra: entonces no sería exacta; nuestro único mérito, si lo es, consiste en haberla recogido de los labios del común de las gentes... que no escriben sus observaciones, aunque las hacen en mayor número y mejor que los filósofos y los escritores de oficio. Así sucede con todas las verdades de observación: todas flotan en la atmósfera, digámoslo así, como patrimonio común de todo el

* Ochoa, Eugenio de, «París», *El Correo de Ultramar*, VII, núm. 165 (1856), pp. 129-130.
https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000710179

mundo, hasta que llega un cualquiera y, sin más trabajo que el de darles forma concreta en una frase o en dos o en ciento, se las apropia y se convierte en su autor, no siéndolo ciertamente. No es otro el mérito de los que se llaman grandes observadores: hacen lo mismo que un hombre, en medio de la florida selva, cuando se convierte en dueño de abundantes flores y frutas, sin más trabajo que el de ir las cogiendo y guardando; la cuestión está en encontrar esa selva. Largo preámbulo parecerá este para lo poco que va a venir después de él, como consecuencia suya; pues se reduce a decir que aquel deseo de volver a París que suponíamos grande en todos los que conocen un poco esta hermosa ciudad es grandísimo en los que la conocen mucho. Para sujetar esto a fórmula, diremos que está en razón directa del tiempo que han pasado en ella: es tanto mayor cuanto más la conocen. Como todas las cosas verdaderas y sólidamente buenas, París gana en ser conocido. Un buen libro gusta más a la segunda lectura que a la primera: el *Don Giovanni* de Mozart, el *Freischütz* de Weber, que pasan por las dos mejores óperas del mundo, no revelan todos sus tesoros de melodía sino al que ha tenido la fortuna de oírlas muchas veces. Acabo de releer el *Quijote*, ciertamente por vigésima vez, aunque no llevo la cuenta, pero declaro que, ahora como siempre, he encontrado en él primores que se me escaparon en la lectura anterior: estoy seguro de que lo mismo me sucederá cuando le haya leído otra vez... y otras. Doce años de mi viaje pasado en esta ciudad estudiándola como procuro estudiar y conocer todo lo que me rodea, y la verdad es que no pasa día sin que descubra en ella algún nuevo motivo que me explique la universal afición de que es objeto.

Ya he dicho que esta afición es tanto mayor cuanto más se conoce a París; réstame hacer otra observación no menos exacta y que se enlaza lógicamente con aquella, aunque a primera vista parezcan contradictorias. Veamos el hecho; luego procuraremos hallar su explicación que encontraremos aplicable a una infinidad de casos análogos. La primera impresión que produce la ciudad de París en la mayoría de los forasteros suele ser desagradable, y esa impresión de desagrado suele tardar en borrarse lo bastante para que les quede poca gana de volver a verla a los que han pasado en ella una temporada corta. Esto es sobre todo común en los españoles y en nuestros americanos; rarísimo es el que los primeros días no está rabiando en París contra el cielo apizarrado, contra los barros de las calles, contra el continuo llover, contra las distancias enormes, contra el ruido y el tropel de los carruajes y..., en suma, contra todo. Generalmente esos primeros días están mareados y aburridos; como todavía les dura el cansancio del camino, no conocen a nadie, se pierden a poco que se alejen de su *hôtel* sin guía, gastan un dineral, no saben o saben mal la lengua, encuentran bruscamente interrumpidos todos sus hábitos de vida, y por último, a poco que se descuiden, suelen ser víctimas de mil y mil accidentes a que en todas partes, y aquí sobre todo, está siempre expuesto el que no conoce la tierra que pisa. Lo más común es que, a poco de haber llegado a París, se apodere de ellos un deseo impaciente de volverse a sus hogares y perder de vista para siempre lo que ellos llaman con risible despecho «¡este infierno!». Seamos justos: nada más natural que esta serie de impresiones, que cien veces hemos observado en cabeza ajena y que algún día nos enseñó la experiencia propia. ¡Son aquí las costumbres tan distintas de las nuestras! ¡Tienen tanto encanto para nosotros, meridionales, el limpio sol, el cielo azul de nuestros climas! Y

luego hay que advertir otra cosa, muy poco tomada en cuenta: suele ser tan exagerada, mejor dicho, tan absolutamente falsa la idea que se tiene formada de esta ciudad los que la visitan por primera vez, que, no encontrando en ella nada de lo que su imaginación o errados informes les habían hecho esperar, pasan por lo común de un extremo a otro, de la admiración al desprecio, si absurda aquella por no razonada, más irracional aún este por absurdo. No es exagerada, repito, la idea de las excelencias de París que suelen traer nuestros paisanos, pues ciertamente no les han dicho, ni con mucho, todo lo bueno que encierra; a cien leguas están de sospechar siquiera hasta qué punto llega esta bondad. Por ejemplo, y para no citar más que un solo accidente, es seguro que, ni aun los que más fanatizados vienen con los atractivos de esta gran ciudad saben que hay en París algo que vale todavía más que París mismo (para el gusto de muchas gentes que lo tienen muy bueno), y es sus alrededores, su campo, verdadero Edén cuyas delicias son la única cosa nacional que los franceses no ponderan más de lo que vale, ni aun tanto. La campiña de París merece por sí sola que se haga desde Madrid un viaje para verla; y sin embargo la mayor parte de nuestros compatriotas vienen y se van sin saber que hay aquí a una legua, a media, a un tiro de cañón de las fortificaciones, sitios encantadores, asilos campestres que en su género no tienen igual en el mundo.

¿Por qué razón es París la ciudad predilecta de todos los que la conocen bien? ¿Es por ventura la más hermosa ciudad del mundo? ¿Es la más rica? ¿Es la más grande? ¿Es la que, debido a la naturaleza, al arte, o a la naturaleza y al arte reúne mayores encantos? Seguramente que no. Varias ciudades de Italia, especialmente Florencia, son más hermosas que París; Londres es una ciudad mayor y más rica. Mucho más que por París han hecho por Nápoles la naturaleza y el arte por Roma. Si hubiéramos de designar a las ciudades con nombres emblemáticos, Roma pudiera denominarse *Artistópolis*, la ciudad de los artistas y de los anticuarios; Londres la de los industriales y los comerciales, *Traficópolis*; Madrid pudiera tomar un nombre que significase *Centro de buena sociedad*, pues creo que no la hay más agradable en el mundo que la suya; Nápoles podría llamarse en todas lenguas *El paraíso terrenal*. Adoptado este sistema de nombres significativos, el que correspondería a París, y solo a París, es el de *Ciudad para todos*. Porque esta es, si no me engaño, la verdadera diferencia que distingue a esta ciudad de todas las demás y el rasgo característico, único, ingénito, digámoslo así, que establece su indisputable superioridad sobre todas ellas. Y esta superioridad no es de ahora: ha existido siempre, a lo menos (para no remontarnos a épocas antiguas y engolfarnos en una erudición intempestiva) de dos siglos a esta parte. Que hoy, merced a las increíbles mejoras que debe París a su actual emperador, sea esta ciudad el asombro de Europa y, en cierto modo, el blanco de todas las miradas no es en verdad difícil de comprender. Las gigantes obras de Louvre, de la calle de Rívoli, de los nuevos baluartes (*boulevards*); su admirable policía, su administración municipal que es un modelo, y cien razones más que no hay para enumerar, justifican el título que ya se le da metafóricamente y que, al paso que va, es regular que pronto se le dé, en sentido recto, de *Capital de Europa*. Pero ¿cómo se explica que tuviese esta misma importancia relativa y este mismo prestigio que hoy disfruta cuando era una ciudad fea, sucia, pésimamente administrada en el orden moral, una senti-

na de vicios y un sumidero de inmundicias? Esto es lo singular; esto es lo que no se explica sino admitiendo como una verdad lo que decíamos antes, a saber, que es peculiar e ingénito en esta población el carácter de universalidad que solo ella posee. Con esto se enlaza también lo que igualmente decíamos al principio de este artículo sobre que los encantos de París son indecibles, en el sentido de que no se explican, o por lo menos son muy difíciles de explicar sin largos rodeos y toda clase de figuras retóricas. A explicarlo aspiramos nosotros sin embargo: no tiene otro objeto todo lo que vamos escribiendo.

En París existen todos los contrastes, se encuentran todos los extremos, y hay por consiguiente satisfacción posible para todos los gustos: he aquí en resumen la clave de su prestigio y de su superioridad, porque no estará de más repetir que esto solo sucede aquí. París es al mismo tiempo el pueblo más cercano y el más barato (entre las grandes ciudades, se entiende; en este análisis, como en todos, no puede haber comparación sino entre entidades proporcionadas); el más bullicioso y el más sosegado; el más corrompido y el más virtuoso, en el sentido de que es donde se encuentran los mayores vicios y las más grandes virtudes. Aquí se puede comer bien por veinte lises o por veinte sueldos: para pasar de las delicias de Capua a las austeridades de la Tebaida, basta trasladarse de la Chaussée-d'Antin a la calle de Servandoni. Aquí se encuentra la Antigüedad Romana en las catacumbas y en las termas de Juliano; la Edad Media bajo las solemnes bóvedas de Nuestra Señora y de Saint-Germain-l'Auxerrois; el Renacimiento en el Louvre y en cien partes; nuestro siglo, con todas sus pompas y todos sus maravillosos progresos, en los caminos de hierro, en los telégrafos eléctricos, en los barrios de nueva planta, y, para decirlo todo de una vez, en una cosa que vale más que todas esas conquistas materiales, y es en la perfecta libertad civil que aquí se disfruta, y que es la gran conquista, y como el compendio y corona de todos los adelantos del siglo. Verdad es que por el pronto no hay aquí otra; pero no parece hasta ahora que esta gente lo lleve muy a mal. La prosperidad pública, el bienestar particular van en un aumento asombroso. Esas cuatro épocas históricas que hemos citado, para no descender a más pormenores, conservan aquí su carácter propio y entero, en lo posible, más que en otro país alguno. No hay en lo humano afición, gusto o capricho que no se pueda satisfacer cumplidamente sin salir de París, lo cual no puede decirse en verdad de otra ciudad alguna. El hombre estudioso tiene aquí las más ricas bibliotecas, las mejores cátedras, las primeras academias del mundo. El artista o el mero aficionado a las artes no encontrarán aquí tanto tesoro, pero sí mucho mayor movimiento artístico que en la misma Roma. Los que se entusiasman con las cosas de la milicia están aquí en sus glorias, dado que París es el pueblo militar por excelencia: los ejercicios de Vincennes, las revistas del Campo de Marte los vuelven locos. Los que por las tendencias místicas de su espíritu se complacen en el silencio y el retiro propicios a la vida contemplativa vayan a los sosegados barrios a que dan sombra las majestuosas males de San Sulpicio, y allí, en algunas de aquellas tortuosas y oscuras calles donde el tránsito de una noche es un fenómeno singular y en las que involuntariamente se cree uno transportado al siglo XII, oír el grave y compasado tañido de las campanas, y encontrará a cada paso hábitos clericales y respirará una atmósfera eminentemente levítica. No se habla allí más que del último sermón del padre

Hermann, de la próxima novena a la Virgen o de las conferencias del padre Ventura. Ni en Toledo ni el Burgo de Osma se encontrará un devotismo más general ni más estrecho: moralmente hablando, San Sulpicio dista del París profano tanto como la tierra del cielo. Lo que se dejan llevar el alma y los sentidos tras de los placeres mundanos tienen aquí, ¿quién lo ignora?, muy añadido y mejorado el paraíso de Mahoma. Las hurís de este falso profeta no eran más que unas pindonguillas comparadas con las loretas de la *maison d'or* y las ratas¹ de la Ópera: los cocineros que aderezaban aquellos famosos manjares a cuyo influjo vivificador renacía en los extenuados cuerpos la llama del deseo eran de seguro unos zarramplines al lado de Chevet y de Potel.

Para vivir con un lujo extremado, Londres ofrece tantos aunque no más recursos que París; en cambio, allí no se puede vivir bien con poco dinero, y aquí, sí. París es tan delicioso, a su manera, para el pobre como para el rico. Allí el pobre vive miserablemente: todo le rechaza; todo le es hostil; nada está previsto para él, todo lo está el poderoso. Aquí vive feliz, aquí goza o puede gozar, a su manera, repito, tanto como el rico. Aquí un clima generalmente apacible, una abundancia fabulosa y la consiguiente baratura de los objetos de primera necesidad, y más que todo, las costumbres (producto acaso de la influencia católica) le proporcionan goces de que el pueblo inglés no tiene idea... Pero dejemos este paralelo para cuando en un artículo especial dirijamos nuestras observaciones sobre Londres.

Para vivir modestamente, con poco dinero y bien, esto es, para no pasar hambre ni sed, aunque sí mucho frío en invierno y algún calor de verano, Madrid no vale menos que París. En cambio, para los que aspiran a gozar en todos sentidos lícitamente y, sobre todo, con los goces del espíritu, no hay comparación posible entre las dos ciudades. En otro artículo, consagrado a Madrid, procuraremos demostrarlo.

Pero aún nos quedan muchas reflexiones generales que hacer acerca de París, la *Ciudad para todos*. Quédense para otro día.

1. *Rats*: apodo con que los leones o elegantes designan a las jóvenes bailarinas de la Academia imperial de música.

FRAGMENTOS DE UN VIAJE A EUROPA EN 1841

O. (M.)*

Mi muy amado señor de todo mi respeto: Burdeos, capital del departamento de la Gironda, está situado sobre la Garona, brazo izquierdo del río que da su nombre al departamento; a 90 kilómetros de la torre de Cordouan, y 616 al sudoeste de París. El almanaque del *Buzó* de longitudes le da 247.000 habitantes, y dice que su latitud es de 40° 50' 19", su longitud 2° 54' 56" O., y la altura de su suelo sobre el nivel del océano 6'6 metros, tomado desde el pavimento de la catedral. Llegamos ayer, entre cuatro y cinco de la tarde, y hospedados en el lugar y modo que verá usted en las de L. y B., que de intento incluyo abiertas, lo primero en que pensamos fue en comer, porque quien almuerza a las nueve y está sin negocios urgentes nada tiene que hacer más ejecutivo a las cinco de la tarde. S. M., el más despejado de nosotros, como viajador consumado, y práctico además en las costumbres del país como hijo de él, dirigió el servicio, y luego comencé a extrañar la manera de él. Pidió sopa para tres, cabeza de becerro en aceite para otros tantos, de un pescado para dos, de otro para cinco, chícharos con azúcar para cuatro y conserva de grosella para igual número; éramos sin embargo cinco los posados en aquel hotel, y en cierto modo la clientela de este señor. Firme en mi idea de no juzgar por las primeras impresiones, esperé pacientemente el resultado de lo que yo suponía ayuno, y que me parecía tanto más extraño cuanto que quien lo había recetado es no solo conocedor, sino aficionado en gastronomía, y está acostumbrado, como es fácil advertírsele, a estar en buenas mesas.

La sopera que trajeron contenía una *purée aux croûtons*, que es lástima que no sea común en México, y que fue no solo suficiente, sino abundante; lo fueron igualmente los demás platos, y la conversación que sobre ellos promoví me hizo saber que la porción de cada uno es abundantísima, de manera que bastan dos para saciar a cualquiera y que, por lo mismo, quien sabe dirigir los pedidos cuando hay dos o más personas juntas sabe proporcionarles variedad, sin aumentar los costos de una comida ordinaria. En efecto, la más ordinaria consta de cuatro platos y nosotros habíamos comido bastante de seis sin que el costo fuera mayor, lo que calificué en mi interior por uno de los adelantos europeos en economía doméstica y una de las más agradables combinaciones de los usos del país: generalmente cada plato contiene para dos que piensen comer tres o cuatro cosas.

Como las representaciones comienzan tan temprano y la mesa sirve con tanta lentitud, pues cada plato pedido tiene a veces que comenzar por la cochura del obje-

* O. (M.), «Fragmentos. Un viaje a Europa en 1841», *El Museo Mexicano*, II (1843), pp. 217-218.
<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a376?intPagina=226&tipo=publicacion&anio=1843&mes=01&dia=01#bajar>

to, apenas nos levantamos cuando ya era hora de ir al teatro. Como me había propuesto hacer lo que los demás mientras estuviera en su compañía, yo también fui; a mi propósito se agregaba el deseo de ver este teatro tan ponderado y que pasa por el primero de Francia en cuanto al material. Y tienen razón: el edificio es hermoso, vasto, regular, y aun puede decirse magnífico en su exterior; interiormente corresponde más al número de concurrentes que podrá contener diariamente que a los tamaños exteriores; quiero decir que la sala es más chica de lo que pudiera esperarse. Está pintada con el mal gusto que indica siempre la multiplicidad de colores y la profusión de dorados; pero es bonito, y sus palcos, enteramente distintos de los nuestros, tienen la forma de balcones salientes: la línea que ocupan nuestros primeros es aquí una amplia cornisa sobre el patio que tiene asiento en gradas, y detrás los palcos primeros o *loges du premier*; la *parterre* (nuestro patio) está mucho más inclinada que la nuestra, lo que favorece la mejor vista aun desde sus últimos asientos; nuestra cazuela, que aquí se llama chistosamente *paraíso*, no sobresale de los muros de apoyo y sostiene a sus concurrentes con cuerdas como entre nosotros. Nos colocamos en la galería de los primeros enfrente de las tablas, y como cuando llegamos ya había comenzado la presentación de la pieza, que estaba ya en su desenlace, no sabré decir a usted nada sobre ella. Creí que sería una cosa del gusto del público burdalés por lo mucho que aplaudió; pero no pude entender su objeto ni me acuerdo del nombre que tenía en el cartel. Durante el entreacto nos salimos no solo de la sala sino del teatro todo a fumar nuestros cigarros, pues no nos lo hubieran permitido ni en la puerta exterior.

Cuando volvimos entré muy contento, pues lo que seguía era una parte del *Moisés* y, como conozco esta ópera, me prometía hacer comparaciones que no me era posible en lo demás a falta de término. Mi esperanza de gozar un buen rato se aumentó cuando apenas comenzada la representación salió Moisés, porque fue acogido con tal entusiasmo y con tantos aplausos que supuse sería un artista eminente. ¿Podía yo adivinar que este mismo entusiasmo, degenerado en la más indecente furia, debía privarme enteramente del espectáculo? ¿Podía yo ni sospechar lo que se siguió y determinó a mi alemán a irse a dormir, ni cómo pudo tal determinación, unida a mi aburrimiento y mis distracciones, cerrarme dentro de poco las puertas del teatro? Pues lo cierto es que nada bueno vi. El palmoteo se prolongó, fueron agregándose a él silbos y gritos de reprobación, patadas, golpes sobre las bancas y cuantos ruidos puede producir el hombre desprovisto de tambores, campanas, cañones y demás instrumentos estrepitosos: la bulla era espantosa, el aire tanto y tan diversamente agitado comunicaba su vibración hasta a los asientos..., tal vez hasta los muros... Si el Juicio Final debe anunciarse con ruido, pocas imágenes podrán verse de él más semejantes que esta groserísima escena. Duraba ya más de ocho minutos cuando el mer (*maire*, magistrado civil), que varias veces había ensayado en vano hacerse oír, logró por fin un semisilencio y lo aprovechó en decir que quedaba admitido H., tal actor, puesto que una mayoría inmensa sufragaba por él; que... Fue imposible saber lo que seguía diciendo: el ruido continuó con mayor estrépito como si hubiera sido represado. Los actores esperaban, mudos y viéndose unos a otros, el resultado de tal frenesí; los espectadores desinteresados estábamos mohínos y violentos, y los gritones solos triun-

faban y se complacían en cantar su victoria. En verdad no puedo concebir, a pesar de haberlo presenciado, cómo seres que parecen racionales se pueden entregar a tal delirio, y para expresar este ruido se me viene involuntariamente a la memoria el ridículo ejemplo que cierto *arte poético* nos propone como modelo de las imitaciones latinas:

Trápala, trisca, barahúnda, chacota,
húndase la casa, toda la gente clama.

Mi alemán, que ya había ocupado en cierta indicación a nuestro buen muchacho el burdalés que desde el patio donde estaba había venido a hablarnos, le suplicó que lo acompañara a la posada porque no sabía, dijo, irse solo, y deseaba retirarse ya. El pobre tenía razón: no conociendo ni una palabra del francés, y siendo además poco aficionado al teatro, había venido solo por acompañarnos, y la música que nos daban los alborotadores no era propia para reconciliarlo con las tablas. Pareciéndome que no sería grato para nuestro hospedado dejar la compañía de sus paisanos e interrumpirse por segunda vez en sus goces, y deseando al mismo tiempo servir de algo, descansar mis orejas algunos minutos, pues hacía más de veinte que me zumbaban, me ofrecí por conductor y nos salimos inmediatamente.

Cuando reflexioné que no había yo cuidado de pedir a nuestra salida los boletos necesarios para volver a entrar, ya no era tiempo de hacerlo, y aunque me pesaba haber dejado a mis compañeros sin despedida, no quise exponerme a que me rehusaran la entrada sin entrar en las explicaciones necesarias para ella, ni menos aún comprar nuevo boleto; así pues, me resolví a quedarme con mi compañero de cuarto y aprovechar un rato en escribir esta.

Antes de acabarla debo decir a usted que el aspecto que Burdeos presenta de noche me ha parecido más agradable aún que el que tiene de día: como el comercio continúa abierto hasta muy tarde, y como casi todas las tiendas están lujosamente decoradas y con una iluminación abundantísima, la vista está como encantada. Pero entrando en casa el contraste no puede ser mayor. El mezquino quinqué que alumbra la escalera de caracol apenas extiende su benéfica luz a las primeras vueltas; cuando subimos con nuestra vela, no hacía falta; pero ahora que he bajado y vuelto a subir solo, extraño mucho tal incuria en una casa, que por lo demás me parece muy buena. También tengo que hablar a usted de nuestro cuarto a fin de darle idea de lo que aquí llaman *hotel meublé*: estamos en un tercer piso porque no había otro desocupado; nuestro cuarto tiene a cada lado de la puerta, en los rincones, amplias alacenas; enfrente de aquella, la chimenea con su cornisa de mármol, su grande espejo y dos ventanas a los lados con sus respectivas colgaduras; enfrente de cada ventana hay una mesita con una botella blanca, un vaso, un pichel, un lebrillo y dos servilletas o toallas; de estas mesas siguen nuestras camas que son de caoba, y consta la dotación de cada una de un jergón llamado *paillasse* por estar lleno de paja, un colchón de pluma encima y otro más de lana sobre este; de amplísimas y muy limpias sábanas de cáñamo, un bolillo de plumas y un *oreiller* que diferencia de nuestras almohadas por la forma, que aquí es cuadrada, y el relleno, que es de plumas también, y una manta, frazada o sobrecama de algodón, muy suavcita. Los pies de la cama corresponden a las ventanas.

Hacia la cabecera está un [...] con su correspondiente vaso y en medio del cuarto una mesita redonda.

Pero ya es medianoche. El tiempo, cuando no estamos esperando, pasa con la velocidad que ha dado ya lugar a tantas reflexiones, y, aunque no tengo sueño, la hora y la descripción que he procurado dar de la buena cama me están diciendo: «Acuéstate»; y yo contestaré como repite a cada instante el sabio médico que usted quiere tanto: «Obedezco».

Descripciones histórico-geográficas y monumentales

Describir desde la mirada del otro

Raquel Irisarri Gutiérrez

Universidad de La Rioja-Universidad de Berna

Rebeca Viguera

Universidad de La Rioja

En la mayor parte de las revistas ilustradas decimonónicas que se antologan en este volumen, la entrada «Descripciones histórico-geográficas y monumentales» es una sección recurrente, de carácter muchas veces enciclopédico y con líneas difusas de diferenciación con otras como «Literatura de viajes» o «Artículos de costumbres». Podría decirse que todos los trabajos recogidos dentro de ella, en cada una de las publicaciones de estudio, son interesantes y aportan información sustancial a la hora de reconstruir el pasado nacional de Francia, España y México, y sobre todo a la hora de ver cómo se transmitían de manera específica a los lectores los diferentes imaginarios nacionales construidos históricamente.

No obstante, al ser necesario seleccionar los artículos más vinculados al diálogo transnacional entre los tres países, de acuerdo con los objetivos propuestos, se reproducen aquí algunos de los ejemplos más emblemáticos que podemos encontrar en *El Museo Universal*, *El Álbum Mexicano*, *El Correo de Ultramar*, el *Museo de las Familias* y el *Semanario Pintoresco Español*.

El primero sobre el que cabe llamar la atención es el escrito por Niceto de Zamacois (1820-1885), bajo el título de «México», para *El Museo Universal* (1857). Dedicado a su amigo, el poeta Manuel Bretón de los Herreros, supone una visión de México desde un periódico español escrita por un autor nacido en España, pero que vivió la mayor parte de su vida en aquel país. Y es que este prolífico escritor, historiador y periodista bilbaíno colaboró activamente con diferentes publicaciones periódicas mexicanas. Realizó importantes viajes por México para documentar sus trabajos literarios y periodísticos, y ello le granjeó un gran reconocimiento posterior en ambas orillas del Atlántico, que se sumó al obtenido por ser el autor de la *Historia de México, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días* (1876-1888), en dieciocho tomos.

Además de por su contenido, destaca esta pieza periodística porque muestra la capacidad de difusión, circulación y traducción de textos, muchas veces de carácter enciclopédico, para favorecer el asentamiento de distintas representaciones nacionales. Constituye un claro ejemplo de transferencia cultural en la triangulación España-Francia-México, puesto que el autor reprodujo parte de este texto en su novela histórica *El capitán Rossi* (1864).

Este texto es interesante al mismo tiempo porque reivindica las glorias mexicanas y el pasado de México antes de la conquista, tratando de situar la antigua capital de Tenochtitlán en paralelo a otras europeas como París, Londres, Venecia o Madrid. Habla así de México como «única en su género», «rico florón de la joven América» y que ofrecía, según también sus palabras, «una vista pintoresca, la más sorprendente, la más risueña que jamás ciudad alguna presentara al viajero». Un México dibujado con «la pluma de un español» pero con «todo el sabor mexicano».

Es uno de los ejemplos más claros que podemos encontrar del discurso conciliador que, desde España, se proponía para tratar de relegar a un segundo plano la visión cruel y sanguinaria del periodo de conquista al tiempo que se evocaba el antiguo esplendor del Imperio. Así, Zamacois habla de los «valientes aztecas» y la hermosura del país desde un nuevo momento histórico, el de la República Mexicana, el de «la moderna México» que trata de reivindicar su valía monumental, la riqueza de sus tierras, la notabilidad de su literatura y su música, o el valor de sus gentes. No obstante, si seguimos leyendo, estos elogios esconden en realidad la justificación de que parte de esa gloria era también mérito de los españoles y sus pasadas glorias nacionales, en respuesta a quienes les acusaban de «egoístas, tiranos y rapaces».

En el desarrollo de sus páginas puede percibirse también la difícil delimitación de fronteras entre las secciones de estas publicaciones ilustradas que los profesores Amores y Santirso definen en la introducción de estas páginas. Si bien se incluye dentro de la sección de descripciones geográficas y monumentales, contiene elementos costumbristas sobre el pueblo mexicano y su carácter, pero también datos históricos sobre la fundación y evolución posterior de esta capital, o incluso alusiones biográficas a los personajes más destacados que contribuyeron hasta ese momento a su desarrollo.

Se trata, por tanto, de reivindicar el auge y las bondades de la nueva República Mexicana defendiendo el papel que España tuvo en la construcción histórica del país y superando, de ese modo, los clichés adjudicados durante siglos a los conquistadores. Conquistadores que, concluye Zamacois, no llevaron al nuevo mundo sino «la Ilustración y las Luces».

En esta misma línea se encuentra la descripción de «La catedral de México y su sagrario», en el *Museo de las Familias* (1862). Se propone en sus páginas la enumeración y caracterización de los diferentes elementos de la catedral, que se presenta como una de las grandes obras de los españoles en el Nuevo Mundo. Aquí, de nuevo, se trata de reivindicar el valor de la conquista y los avances que España facilitó diciendo que, al ordenar Cortés la construcción de esta catedral, «quiso que sus columnas se levantasen sobre los antiguos ídolos aztecas, que había hecho enterrar profundamente en los cimientos. Era en su pensamiento cual un símbolo oculto de la preeminencia de la Iglesia sobre las creencias bárbaras que no debían ya jamás volver a ver la luz». Junto al deseo de desterrar la representación del Imperio español como sanguinario y cruel, aparece la reivindicación de la Iglesia católica como garantía del conocimiento, del arte y de la construcción identitaria nacional de aquellos siglos.

Un último ejemplo de esta visión edulcorada del periodo de la conquista y sus consecuencias, en aras de superar el binomio España-destrucción, es el que ofrece el viajero Vicente Calvo en «Guadalajara. República Mexicana», escrito para el *Semanario Pintoresco Español* (1850). Este artículo proyecta una relación urbanística de los edificios, las calles y galerías de Guadalajara, así como la caracterización de sus mercados y productos. Alude a que fue renombrada de ese modo en honor a la tierra natal de su conquistador, Núñez de Guzmán, y ofrece una gran similitud con otras ciudades de la «América española». Se trata en realidad de una enumeración bastante descriptiva, sin demasiadas notas de opinión, donde se entremezclan algunos datos

relativos a sus costumbres y tipos tradicionales, ejemplificando el ya mencionado carácter híbrido de las secciones de prensa.

En su reivindicación del valor de la conquista española, Vicente Calvo menciona la prosperidad económica: «Cuando el territorio de México era colonia española, las provincias de Guanajuato y Zacatecas daban ellas solas más de la mitad de toda la plata que hoy se extrae en todo el continente de México». En contraposición, tras la guerra de la Independencia con España, «parte de las minas de México están ya agotadas» y ello, junto con la mala gestión y los gastos, podía dar al «lector una idea de la pobreza de sus productos, que en un tiempo han sido tan cuantiosos que causaban envidia y admiración de las potencias extranjeras».

Desde el otro lado del espectro podemos leer el artículo «Nueva iglesia de San Vicente de Paúl en París», publicado en *El Álbum Mexicano* en 1849. En sus líneas se puede observar, a través de la descripción monumental y arquitectónica de San Vicente de Paúl, la identificación que se hace desde México de la modernidad con la prosperidad que vivía Francia a mediados del siglo XIX. Esta debía ser imitada por la nueva República Mexicana si se deseaba alcanzar un grado de progreso similar al de Europa. Había de ser el reflejo e influjo que tenía que perseguirse.

Este recurso a la moda francesa como modelo no aparece solo en las publicaciones mexicanas de análisis, sino que puede apreciarse también en revistas y periódicos españoles de las décadas centrales del siglo XIX. Es el caso de «Los cementerios de París. El sepulcro de Moratín», publicado en el *Museo de las Familias* en octubre de 1847. Tomando como pretexto la presentación de la tumba del poeta español, se manifiesta en realidad la «admiración del viajero» de la capital de Francia, posible gracias a la contemplación de sus edificios y el paseo por sus calles y avenidas. En todos ellos, y en sus grandes cementerios, se recogía la memoria de «las ilustraciones de la República, las glorias del Imperio, los talentos y nobleza de la Restauración», es decir, de cualquier tiempo pasado o presente. Ello sirve al autor para elogiar el reconocimiento francés hacia los grandes nombres de su historia nacional frente al «desdén» que España mostraba y había mostrado hacia muchos de sus personajes ilustres. El caso de Moratín era uno de tantos que representaba a «sus compatriotas muertos en el destierro, a consecuencia de nuestras largas discordias civiles». Una de las muchas muestras que pueden encontrarse de la visión pesimista que de España se tenía en esos momentos, no solo desde Francia o México, sino también según los propios protagonistas españoles. Este texto ayuda a comprender aquella visión identitaria concreta de España, y la circulación que tuvo a su vez en otros contextos, momentos y espacios.

En la misma línea interpretativa, reflejo del gusto y admiración por Francia desde España, se presenta el texto «Exposición general de la industria francesa. Palacio de las Bellas Artes», del *Museo de las Familias* (1855). Ofrece un recorrido exhaustivo por cada uno de los elementos que componían aquel edificio, tanto en su parte estructural como en su contenido y descripción de espacios. Un detalle que ayudaría al lector a hacerse una idea fiel de aquella exposición, que tenía «un carácter tan precioso de importancia y de grandeza».

El palacio de las Bellas Artes, construido para la exposición general de la industria francesa en esos momentos, era uno de los símbolos que contribuían a la suntuosidad

y la grandeza de la historia parisina y francesa, y que eran reflejo de la prosperidad de ambas. De nuevo un reflejo de la representación de Francia como un paradigma de crecimiento, vanguardia y progreso. La luz, como símil de todos ellos, es un elemento semántico recurrente en todo el fragmento. Y, en definitiva, el edificio en sí mismo es una excusa para reiterar el gusto por la moda, el arte y la literatura franceses, que eran un verdadero espectáculo en aquellos años y daban «a la Europa y al mundo la más brillante hospitalidad».

Procedente de nuevo de *El Álbum Mexicano* de 1849, con un discurso narrativo e identitario diferente, es el texto de Isidro R. Gondra «La isla de Cozumel». El autor, Isidro Rafael Gondra (1788-1861), destacado editor y traductor del cuerpo de redactores de la Academia de Letrán y fundador de *El Mosaico Mexicano*, compatibilizó sus funciones de literato con su vocación de religioso, militar y político. El artículo, «escrito para el *Álbum*», en palabras de Gondra, describe la isla de San Miguel de Cozumel, cercana a la costa oriental de la península de Yucatán, en el mar de las Antillas. Resalta la historia y gloria de esta isla en la época anterior a la conquista, llamando la atención sobre la total destrucción que sufrió como consecuencia de la independencia mexicana. En lo antiguo la llamaban isla de Acuzamil, y haciendo alusión a las indicaciones anotadas por el viajero Stephens, reivindica «los restos de muchas construcciones de oratorios o templos, siendo la pirámide principal el objeto de los cultos y el término de la peregrinación de los antiguos habitantes de todo Yucatán, para los que, como Roma respecto a los cristianos, era su orbe católico». Repleta de edificios imponentes, y enmarcada en una vegetación exuberante, suponía una «hermosa isla» digna de memoria. Una memoria que, históricamente, no podía reconstruirse completamente por no haber quedado registro alguno sobre los tiempos que siguieron a la conquista, «no quedando sino la idea de la vanidad de las empresas humanas y de la ignorancia de los conquistadores acerca del valor de las regiones descubiertas en América».

Supone, por tanto, otra de las visiones complementarias que se mencionaban en esta antología: la hispanofobia que afloraba en muchos de los artículos dedicados a las ruinas y monumentos del antiguo México publicados en revistas mexicanas. En este caso en concreto, a partir del ejemplo de Cozumel, se plantea una fuerte crítica y denuncia hacia la destrucción, por parte de los españoles, de las costumbres y el territorio conquistados, así como su desconocimiento del valor real de aquellas tierras y sus tradiciones antiguas.

Fruto de estas visiones identitarias complementarias que estamos presentando, y también de su circulación a través de las reproducciones, traducciones y adaptaciones en las diferentes publicaciones ilustradas de la época, es el ejemplo de «La golondrina y la catedral de Murcia», publicado en el *Museo de las Familias* el 25 de mayo de 1852, tomado de un artículo con título homónimo del *Musée des Familles*. Se trata, a simple vista, de una breve reconstrucción histórica de la catedral de Murcia en la que se describen sus elementos arquitectónicos y artísticos de manera detallada y minuciosa, al mismo tiempo que se reivindica su valor y buen gusto. «Un notable edificio» que merecía, sin duda, la consideración de una de las basílicas «más ricas de España», como señala el autor. Pero si se lee con detenimiento hay más ideas que pueden ser rescatadas del mensaje lanzado a partir de este texto a los lectores del *Museo*. Gran

parte de ellas se centra en describir la historia de un comerciante francés —Charles B.— que, en plena guerra de la Independencia española, el 24 de mayo de 1808, fue liberado en el último momento antes de ser «degollado» por «el populacho insurrecto y ebrio de cólera, que llegaba allí a reclamar su presa, gritando: ¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los franceses!». La escena se sitúa precisamente en la catedral de Murcia, y en ella la religión y la fe ocupan un lugar esencial para la redención del cautivo francés como muestra del triunfo del orden y la libertad de la mano del espíritu católico de «unión», «desinterés» y amor a la «humanidad».

Una perspectiva complementaria a todas las expuestas es la que se ofrece de México desde una revista francesa a través del texto «Antigüedades mexicanas», de *El Correo de Ultramar* (1856). El inicio del artículo da cuenta de la fuente de la que se ha extraído la información: la ofrecida por el pintor y viajero Edouard Pingret (1788-1875), que desarrolló su gusto por la arqueología prehispánica a raíz de su viaje a México en 1850. Precisamente de su viaje a México provienen las descripciones de «varios objetos de antigüedades mexicanas», que el autor rescató de aquel «pueblo destruido» y que pueden observarse en el grabado reproducido. Este, de nuevo como muestra de los intercambios y circulación de textos e imágenes, se tomó de un artículo de la parisina *L'Illustration* publicado en ese mismo año. El texto en su conjunto supone una reivindicación del México antiguo, del valor de sus obras de arte y de los vestigios aztecas, desde Francia y Europa. Se sitúa así la primera nación a la cabeza del progreso, el conocimiento y la ciencia, obviando cualquier alusión a España. Este artículo ofrece la lectura de curiosidades, historia, dioses, tradiciones y costumbres mexicanos a partir de diferentes objetos, su uso y su utilidad en el momento histórico donde se enmarcaron. Trata también de reconstruirlos superando la visión de los aztecas como pueblo bárbaro y aludiendo a Cortés y los suyos únicamente para indicar cómo adaptaron alguna de esas realidades tras la conquista. Muestra un México al que describe como «vasto depósito de antigüedades y quizá de riquezas ocultas».

Bibliografía

- ALONSO, Cecilio (2001). «La formación de la conciencia nacional en las primeras revistas ilustradas españolas (1836-1954)», en GIL NOVALES, A. (coord.), *La Revolución liberal. Congreso sobre la Revolución liberal en España en su diversidad peninsular e insular y americana*. Madrid: Ediciones del Orto, pp. 611-634.
- ANDREU MIRALLES, Xavier (2016). *El descubrimiento de España: mito romántico e identidad nacional*. Madrid: Taurus.
- BOTREL, Jean-François (2010). «La presse et les transferts culturels en Espagne», en THÉRENTY, M. E. y VAILLANT, Alain (dirs.), en *Presse, nations et mondialisation au XIXe siècle*. París: Nouveau Monde, pp. 55-96.
- MORILLO, Julia (2017). *Las exposiciones universales en la literatura de viajes del siglo XIX*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- SIMS, Harold (1982). *Descolonización en México: el conflicto entre mexicanos y españoles 1821-1831*. México: Fondo de Cultura Económica.

MÉXICO¹

Niceto de Zamacois*

*A mi amigo y distinguido poeta
don Manuel Bretón de los Herreros*

Italia tiene una Venecia, esa bellísima ciudad reclinada sobre una alfombra de fragantes flores, acariciada por auras embalsamadas, cobijada por un pabellón de lucientes nubes que oscilan en un cielo purísimo y risueño, bañada por las transparentes linfas del Adriático. Inglaterra tiene a Londres, envuelta en las espesas brumas del anchuroso Támesis. Francia tiene a la bulliciosa París, ciudad de la Ilustración y de la galantería, situada a las orillas del Sena, que la divide en dos partes, reina del mundo engalanada con las joyas conquistadas a la Europa entera, la petimetra del orbe que extiende su dominio en letras y modas de un polo al otro de la Tierra. España tiene a Madrid, embellecida con su magnífico Retiro, su incomparable y majestuoso Prado donde se eleva el admirable museo de pinturas que no reconoce igual en el mundo, y ostentando por todas partes la riqueza y el gusto de una nación que fue la dominadora de los dos mundos. Pero si Italia tiene su Venecia, Inglaterra su Londres, Francia su París y España su Madrid, México tiene a la capital que lleva su nombre, a la antigua Tenochtitlán, rico florón de la joven América, hermosa hurí coronada de fragantes flores, muellemente reclinada en un valle de figura oval que cuenta dieciocho leguas de largo y doce y media de ancho, cubierto de flotantes jardines o *chinampas*, pintorescas aldeas escondidas entre la espesa enramada de los frondosos árboles que jamás

1. Actualmente, cuando la desagradable diferencia entre España y México llama la atención pública hacia aquel hermoso país, conquistado y colonizado un día por nuestros mayores, hoy constituido en república independiente, conocido en lo antiguo por las obras de nuestros buenos escritores, pero hoy desconocido casi completamente entre nosotros por la sensible incomunicación en que las vicisitudes de los tiempos nos han tenido largos años; actualmente, decimos, cuando el progreso de la época ha cambiado la faz de las naciones, creemos que agradará a nuestros lectores la serie de artículos y grabados que hoy comenzamos a insertar acerca de la moderna México, sus grandes monumentos, bellas producciones, usos y costumbres de sus habitantes. Estos artículos, debidos a la pluma de un español, tienen sin embargo todo el sabor mexicano. Su autor, don Niceto de Zamacois, que hace solo seis meses llegó de aquel país, ha residido en él largo tiempo y ha tenido ocasión de ver y admirar todo lo que describe con bien cortada pluma. El nombre del señor Zamacois como escritor es ventajosamente conocido en México, donde ha publicado varias obras justamente apreciadas de los mexicanos inteligentes. (*Nota de la redacción.*)

* Niceto de Zamacois, «México», *El Museo Universal*, I, núm. 13 (15 de julio de 1857), pp. 97-99. IIs. <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003373480&search=&lang=es>
Parte de este texto se reproduce después en «Exaltación de la ciudad de México. La gran perla de América», en *El capitán Rossi. Novela histórica original*. México: Imprenta Literaria, 1864, vol. II, pp. 437-444.

se despojan de sus verdes hojas, de floríferas praderas y de majestuosos bosques, valle delicioso y encantador donde se ostentan, como otros tantos espejos del cielo, los grandes y pintorescos lagos de Chalco, Zumpango, San Cristóbal, Texcoco y Xochimilco; y donde los pueblos de San Ángel, San Agustín de las Cuevas, Tacubaya, Mixcoac, La Piedad, Santa Fe y otros cientos que, cual lisonjeros, ricos y serviciales cortesanos rodean a la hermosa emperatriz de la risueña América, manifiestan en su exuberante fertilidad la predilección con que la Providencia miró este rico suelo donde reina una eterna primavera.

Situada México, que en lengua mexicana significa *fuentes* o *manantiales*, aunque algunos creen que tal nombre se deriva de uno de los ídolos que trajeron sus fundadores llamado Mexitli, dios de la guerra; situada, repito, en ese extenso valle de vigorosa y variada vegetación, notable por sus deliciosos jardines, sus feraces haciendas y hermosa campiña siempre matizada de variadas flores, presenta una vista la más pintoresca, la más sorprendente, la más risueña que jamás ciudad alguna presentara al viajero. Colocada en la zona tórrida, a dos mil doscientos setenta y siete metros sobre el nivel del mar, elevación que la liberta del excesivo calor, haciendo que ninguna de las estaciones sea sensible ni penosa, reúne la incomparable ventaja de presentar constantemente una temperatura templada, un clima saludable y dulce que está en completa armonía con el hermoso panorama que le rodea, y con el limpio, transparente y claro cielo que, cual luciente pabellón de gasa azul, le sirve de lucífera techumbre. México, la antigua Tenochtitlán de los valientes aztecas, con sus siete espaciosas calzadas enladas y orilladas de frondosos olmos y álamos que forman otros tantos soberbios caminos que conducen a la grandiosa ciudad; con sus ciento quince magníficos templos elevados al Señor, cuyas gigantescas torres descuellan por encima de los espaciosos edificios que la engalanan; con el variado paisaje que la circunda; con los numerosos pueblecillos que a cortas distancias se ostentan; con sus canales y su majestuoso lago de Texcoco cubierto de una nube flotante de densos vapores que, levantándose de su superficie como un gran velo acariciado por las auras, oculta la base de los nevados y altivos volcanes de Popocatepetl y de Iztaccihuatl, es la capital más hermosa y pintoresca del mundo, cuya vista sorprende agradablemente al europeo que descubre en todo lo que a ver alcanza un carácter nuevo, desconocido, que lleva el sello de la originalidad que forma la fisonomía de ese país virgen, exuberante y encantador, donde la tierra vigorosa produce ciento por uno el trigo, ciento cincuenta el maíz y doscientos por uno el arroz. Cuando el asombrado viajero, al acercarse a esa gran ciudad, tiende los ojos desde alguna eminencia por los objetos que le rodean, no puede formar una idea exacta de la extensión de México; pero la brillante blancura del conjunto, la regularidad y solidez de sus espaciosos edificios, las multiplicadas torres de sus numerosos templos en que reflejan los rayos del sol, el considerable número de frondosos árboles que por todas las calzadas extienden su tupido follaje y la admirable arquería de los sólidos acueductos que de considerables distancias llevan el agua a la población, le dan un aspecto y un tono que no se descubre en la perspectiva de ninguna otra capital del Viejo ni del Nuevo Mundo, y que puede desde luego declararse única en su género.

Esa magnífica ciudad, esa gran capital de la República Mexicana, esa incomparable México de quien todos hablan y a quien pocos conocen, y que está situada a los

19° 23' 45" de latitud norte y 101° 25' 30" de longitud oeste de París, es una honrosa página de la historia monumental de ese país que está manifestando en indelebles caracteres y a todas horas la inagotable riqueza de su predilecto suelo; un libro de eternos recuerdos donde cada edificio, cada templo, cada acueducto, cada colegio, es una hoja sublime que forma el más elocuente panegírico de su ilustración, y que da un solemne mentís a los detractores de esa parte, la más bella de cuantas se conocen en el mapa; libro, a la vez que honroso para los mexicanos, glorioso para los españoles que en esas mismas obras monumentales, levantadas en su mayor parte por ellos, dan una contestación elocuente y sin réplica a los implacables enemigos de nuestras glorias nacionales, cuando se empeñan en acusarnos de egoístas, tiranos y rapaces, olvidándose que los ingleses en sus posesiones de la India nada han hecho por el país conquistado, nada por los desgraciados hijos de aquellas regiones a quienes miran mil veces peor que a esclavos, y a los cuales tienen sumidos en la más crasa ignorancia y en la más completa y vergonzosa abyección.

La temperatura dentro de la ciudad es por término medio 17° Réaumur y la que generalmente reina, sin que en el invierno se conozca la dura impresión del frío, ni en el verano ese excesivo calor propio de los países donde las estaciones son extremosas; resultando de aquí esa dulce suavidad de clima que debe considerarse como la eterna primavera ensalzada por los antiguos poetas.

La Providencia, que parece se propuso derramar a manos llenas sus dones sobre esta hermosa capital del Nuevo Mundo, dispuso que, para neutralizar los fuertes calores propios del país en los meses de julio y agosto, cayeran todos los días, y generalmente a una misma hora, dos o tres aguaceros que sirven para refrescar la atmósfera. En estos meses que los mexicanos llaman *tiempo de aguas*, se presenta el cielo limpio y claro por la mañana; pero a eso de las dos de la tarde las nubes se condensan, dejando caer de las tres a las cuatro un torrente de agua, volviendo a quedar otra vez azul, limpio y sereno el cielo. A estos favores de la naturaleza agrega México otra cualidad digna de tenerse en cuenta. Libre la ciudad por la elevación a que está situada de la molesta temperatura de los países de la zona tórrida, tiene a pocas leguas el estado de Guerrero, llamado vulgarmente *Tierra caliente*, donde se da con abundancia la caña de azúcar y todas las producciones propias de los trópicos. Así es que es común ver reunidas en las mesas de México, aun en las más humildes, las frutas de todas las zonas: allí la dulce y exquisita piña luce su amarillo color al lado de la encarnada manzana; el mamey, el zapote y el plátano junto a la ciruela, la pera y el higo; el coco, la ananá, el delicado mango y la reina de las frutas; la dulce chirimoya, al lado de la uva, del albaricoque y de la roja cereza.

Ninguna ciudad del mundo puede competir con México en la regularidad de su forma. Sus calles, que llegan a cuatrocientas noventa, son todas de catorce varas de ancho, rectas todas tiradas a cordel, de manera que de cualquier punto en que se sitúe el observador ve los extremos de la ciudad; bien empedradas en su generalidad y con espaciosas aceras en que pueden marchar con comodidad tres personas de frente. Sus casas todas de piedra sillar o de tezontle (amigdalóide porosa) pueden considerarse como otros tantos palacios tanto por su solidez como por su capacidad. Son generalmente de dos y tres pisos, pero de una misma altura, con balcones de hierro labrado, y

de un aspecto sencillo pero majestuoso. En vez de los tejados que tan triste aspecto dan a las ciudades de Europa, tienen los edificios elegantes y cómodas azoteas que se convierten en otros tantos risueños jardines, colocando en ellas dentro de pintadas maceas y grandes tiestos naranjos, arbustos y toda clase de flores que perfuman el ambiente, proporcionan un desahogo a las familias y ofrecen una vista agradable y pintoresca a los transeúntes. A estas espaciosas casas se entra por una puerta de cuatro goznes que no baja de treinta y seis pies de elevación, y cuya anchura es proporcionada a su altura. Al pasar la puerta, lo primero que se encuentra es un espacioso patio cuadrilátero descubierta en medio para dar claridad y ventilación al edificio que se levanta alrededor. A los cuatro lados de este patio, cubierto por el techo de los corredores o galerías que todas las casas cuentan en el piso principal, se levantan en pintados barriles pequeñas y olorosas limas cargadas de frutas y exhalando una deliciosa fragancia. Frente de la puerta y a distancia de quince pasos, se ve una ancha y cómoda escalera de piedra que conduce a los espaciosos corredores o galerías puestos al abrigo de la lluvia, cubiertos de tiestos de exquisitas flores que los transforman en otros tantos deliciosos pensiles, alrededor de los cuales están colocadas las piezas de la habitación con grandes puertas de hermosos cristales que permiten disfrutar de aquella interesante y pintoresca vista. Por lo regular todos los edificios cuentan con cochera y caballerizas, pues los mexicanos, que son, sin duda, los mejores jinetes que se conocen, no pueden pasar sin tener un buen caballo que montar, ni las familias de una fortuna regular sin concurrir a los hermosos paseos de Bucareli y la Viga en elegantes carruajes.

Entre las plazas públicas, la más notable por su inmensa capacidad es la de la Constitución, conocida vulgarmente por plaza de Armas, en cuyo punto está la majestuosa catedral, toda de piedra sillar, cuyo coste ascendió a dos millones de duros. El palacio, que es tan ancho y espacioso que tiene todas las oficinas pertenecientes al Gobierno, la elegante Cámara de diputados y la no menos hermosa de los senadores, cuatro magníficos cuarteles, y las lujosas habitaciones destinadas al presidente de la república; las hermosas portalerías de elevados arcos llamadas Portal de las Flores una y Portal de Mercaderes la otra, ambas de piedra sillar con excelentes edificios y lujosas tiendas; parte del Empedradillo, cuyas casas pertenecían a Hernán Cortés; la grandiosa Diputación, y uno de los ángulos de la bien provista plaza de Mercado llamada del Volador, en cuyo centro se ve la alta pirámide en que, hasta la administración del actual presidente señor Comonfort, descansaba la colosal estatua de bronce del general Santa Anna.

La planta o área de esta populosa ciudad mide de norte a sur dentro de sus puertas 4.340 varas; y de este a oeste 3.640, teniendo una circunferencia de cerca de seis leguas. El número de habitantes pasa de 220.000, entre los que se encuentran doce mil españoles, tres mil franceses y alemanes, y algunos centenares de ingleses, italianos y norteamericanos.

Pero si México no tiene competidora en regularidad y hermosura, mucho menos conoce rival en la suntuosa arquitectura y en la riqueza de los numerosos templos consagrados al Señor. Santo Domingo, la Merced, San Agustín, la Profesa, San Francisco, San Fernando, la Catedral, el Sagrario y otros cientos que deben colocarse en primera línea en su género son monumentos de indisputable mérito que dan un testi-

monio, el más fuerte, el más poderoso, de la magnificencia de esa elegante capital del Nuevo Mundo y de los ricos minerales de oro y plata que en su seno cuenta la nación mexicana. Ciento quince iglesias, como antes dije, levantan sus gigantescas torres por entre las espaciosas y sólidas casas, como otros tantos centinelas que vigilan constantemente por la conservación de la doctrina del Crucificado. Las procesiones y las funciones de iglesia se hacen con la mayor pompa, con la mayor grandeza, con la más regia solemnidad y con un lujo que excede a cuantas en Europa, sin exceptuar a Roma, se celebran. En los maitines que cada templo suele tener cuando les corresponde, la calle se cubre de luces y vendedoras de todas las frutas, buñuelos y refrescos; y al concluirse aquellos, jamás faltan los fuegos artificiales que se verifican frente a la iglesia y en los extremos de la calle, y que consisten en varios castillos de entretenidos y vistosos fuegos que se queman entre los acentos de la música colocada sobre un lujoso tablado, el ruido de los concurrentes y los aplausos de la multitud.

Los paseos principales son la Viga, bañada por el canal en que bogan continuamente las ligeras canoas de los indios que bajan a la ciudad con las producciones de los pueblecillos de Santanita, Mexicaltzingo y de la ciudad de Chalco; la Alameda, de que hablaré en otro artículo; la Piedad; las Cadenas por la noche; y el de Bucareli, en que está colocada la colosal estatua ecuestre de Carlos IV, obra del inmortal andaluz Tolsá. Esta estatua que representa al rey a caballo tiene el sobresaliente mérito de ser de una sola pieza; el metal que se fundió para hacerla pesaba seiscientos quintales, y en el vientre del caballo cupieron holgadamente veinticinco hombres que entraron por una puerta que de propósito se dejó en la parte superior del anca para trasladarla de la universidad en que se colocó por los años de 24 a 25, esto es, poco después de haberse México hecho independiente de España, al sitio que hoy ocupa; se gastaron cerca de veinte mil duros, lo que prueba la magnitud de tan admirable obra.

Entre otros muchos colegios que honran a esta ciudad, merecen particular mención el Seminario, digno de los mayores elogios por el buen orden que en él reina, San Ildefonso, San Juan de Letrán, el de la Minería y el Colegio militar, de todos los cuales han salido hombres eminentes en ciencias y letras.

No menos digna de elogio es la grandiosa Academia de Pintura, llamada de San Carlos, edificio capaz, claro, ventilado y magnífico, planteado bajo un pie brillantísimo, de donde están saliendo jóvenes muy aprovechados en la pintura y la escultura, y que pasan a perfeccionarse a Italia pensionados por la expresada academia, que, para ayuda de gastos, cuenta con doce loterías al año; una de cincuenta mil duros, y las restantes de veinte mil cada una. Los dignos directores de tan recomendable establecimiento son, de pintura, don Pelegrín Clavé, excelente pintor español de reputación europea; y de escultura el no menos célebre escultor, también español, el señor Vilar, cada uno de los cuales disfruta de un sueldo de tres mil duros, sin contar con lo mucho que, particularmente al primero, le producen los retratos que para las familias principales trabaja. Rivalizando con los colegios antes referidos, está la Escuela de Medicina situada en el soberbio edificio llamado la Inquisición, que es uno de los más notables por su hermosa arquitectura, su elegancia, su capacidad y solidez.

Los cementerios que cuenta son nueve, casi todos de lujo, bien ventilados, con excelentes urnas y deliciosos jardines, cuyos nombres son Santa María, San Fernan-

do, San Diego, San Francisco, el de San Cosme, destinado a los protestantes, Santa Veracruz, los Ángeles, Campo Florido y San Pablo, sin contar otros muchos de inferior orden como San Sebastián, la Candelaria, etc. Tres teatros de primer orden, denominados Santa Anna o Nacional, Iturbide y el Principal, con otros de segundo orden llamados de Oriente, de Nuevo México; y varios de inferior clase conocidos por el del Reloj, Puentequebrado, la Esmeralda, del Progreso, etc. Tres bibliotecas públicas; una casa de moneda la mejor establecida de cuantas se conocen en Europa; dos plazas de toros de considerable valor; diez hospitales, entre ellos el de Jesús, fundado por el conquistador Hernán Cortés y en donde existe el sepulcro de este gran político y guerrero; y varios colegios de niñas entre los que merecen particular mención el de las Vizcaínas, costeadado por particulares vizcaínos y cuya arquitectura interior es el asombro de todos los viajeros que lo visitan. México, además, cuenta con magníficas fábricas de papel; una de paños y casimires que compiten con los franceses; varias de tejidos de algodón; muchas de cristal y loza, y un número considerable de las destinadas a sombreros. Las casas de beneficencia que la adornan son espaciosas y bien ventiladas, siendo notables el Hospicio, la Inclusa, la Casa de corrección, donde hay talleres de todas artes y oficios, y la Penitenciaría, que actualmente está en obra.

En el arte tipográfico y litográfico se han hecho también adelantos muy notables, pudiendo servir de prueba el magnífico álbum que el señor Decaen acaba de publicar en México con las principales vistas de los alrededores y edificios de la capital, y en el cual tuve la honra de escribir algunos artículos descriptivos y de costumbres. Los objetos de plata y de cera se trabajan con una perfección asombrosa; y continuamente traen a Europa los viajeros muchísimas figuras hechas de la segunda.

Respecto a literatura, los mexicanos pueden tener el noble orgullo de contar, entre los antiguos, al célebre poeta Alarcón y a Sor Juana Inés de la Cruz, llamada por los literatos españoles la Décima Musa; más tarde al célebre poeta Navarrete, al gran literato Clavijero, al historiador don Lucas Alemán, al poeta Calderón, aunque no el de la Barca; al acreditado Gorostiza, Sánchez de Tagle, Rodríguez Galván; y en nuestros días al correcto don Joaquín Pesado, Carpio, Guillermo Prieto, Escalante, Anievas, al señor Conde de la Cortina, al señor Lafragua, Sariñana, Arronis, Roa Bárcena, Cuellar, Lacunza, González Bocanegra, Paino, Zarco, Tovar, Sebastián Segura Argüelles y Vicente Segura Argüelles, Quintana Roo, al castizo Ortega, Ribera, Granados Maldonado, Mirón Esteva y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Entre los bien escritos periódicos literarios que se han publicado, y que dan un testimonio claro del talento, saber y gusto de los escritores mexicanos, deben figurar *El Museo*, *El Recreo de las Familias*, *El Liceo*, *el Semanario de las señoritas*, *El Mosaico*, *La Cruz*, *El Álbum*, *La Ilustración* y *El Ateneo*. Este último periódico, en que escribieron personas del más alto mérito, fue planteado en el año 1840 por el primer ministro español que ha ido en aquella república, don Ángel Calderón de la Barca, y el ilustrado señor Conde de la Cortina. En relación con el número de periódicos literarios ha estado y está el de políticos, pues son innumerables los que se publican en la capital, en donde además de los nacionales ven la luz pública dos diarios franceses escritos en su lengua y uno en inglés. Esta inclinación a las bellas letras y el número de escritores que produce aquel país se explica fácilmente diciendo que para solo la

capital de México salen más libros de Francia que para el resto de todas las Américas juntas.

En armonía con la grandiosidad de los edificios, están los mercados, que se hallan perfectamente provistos de todo género de comestibles, pescados, caza, aves de todas especies, frutas de todas las zonas y vistosas flores a que son excesivamente aficionados los habitantes, tanto, que no hay mesa de fonda o de casa particular que no esté adornada con limpias jarras o dorados vasos de exquisitos ramilletes.

El arte de la música está tan adelantado en México que es difícil encontrar una señorita que no toque el piano con bastante perfección y que no cante con gusto y delicadeza las piezas más selectas de las óperas italianas.

El trato de los mexicanos es sumamente afable; y en los bailes, los convites y en todas las diversiones, manifiestan una moderación que cautiva. Las mujeres tienen un atractivo irresistible: a unos ojos negros velados por larguísimas pestañas reúnen una faz blanca rosada que contrasta con el abundante, negro y lustroso cabello peinado con suma gracia; las manos son finas, pequeñas y torneadas; el cuerpo esbelto, y los pies muy pequeños, bien formados y de elevado empeine; su conversación amena, dulce y franca, y sus ademanes todos llenos de señorío y de noble naturalidad.

Tal es la ciudad moderna, la capital de la República Mexicana; veamos ahora lo que fue en tiempo de los emperadores aztecas.

México fue fundada por los aztecas el 18 de julio de 1327. Estos indios que anduvieron errantes y sin domicilio fijo por más de cincuenta años, porque el oráculo les había ordenado que no formaran ciudad ninguna hasta que no hallaran un águila parada sobre una roca; al verse perseguidos por los acolhuas, se dirigieron hacia la laguna que ocupaba una gran extensión del valle. Dirigidos los aztecas por los sacerdotes, al llegar a la orilla de la laguna vieron en un punto seco el Tenuchtlí, esto es, la realización de la promesa del oráculo, y, convencidos de que aquel lugar era la tierra prometida, empezaron a edificar la ciudad, la cual brotó, por decirlo así, de en medio de las aguas, tomando el nombre de Tenochtitlán, que significa *tunal sobre piedra*, en cuya planta se había detenido el águila. La población india en tiempo de la conquista tenía más de ciento veinte mil casas, y los habitantes pasaban de trescientos mil. Las plazas eran muchas y grandes, y en la principal, que estaba rodeada de portalería, asegura Hernán Cortés que se reunían más de sesenta mil personas todos los días.

Cuando los españoles la descubrieron, era opulenta, floreciente y centro del gobierno y de la región. Estaba dividida en calles rectas, espaciosas y bien explanadas, por algunas de las cuales pasaban profundos canales cubiertos de canoas llenas de provisiones para el mercado; pero toda su grandeza, todos sus monumentos desaparecieron cuando los conquistadores se apoderaron de ella. Resuelto Hernán Cortés a apoderarse a todo trance de la ciudad, la combatió con ahínco, y después de un sitio de setenta y cinco días, y de una resistencia vigorosa y desesperada en que perecieron doscientos mil hombres de los sitiados y que honrará siempre a sus defensores, la tomó el 13 de agosto de 1521. Los sitiadores arrasaban las casas a medida que se apoderaban de ellas, y no dejaban piedra sobre piedra que recordara su pasada opulencia.

Después de la toma de la ciudad, los españoles se retiraron a Coyoacán, desde donde dispusieron la reedificación de México sobre las ruinas de la capital azteca.

Para evitar el peligro de las inundaciones por la poca elevación de la ciudad sobre el nivel de los lagos, trataron de reedificar a México en Coyoacán o Tacuba; pero Cortés insistió en que fuese en el lugar de la antigua Tenochtitlán y, prevaleciendo su voto, se empezó a levantar la nueva población sobre los escombros de la antigua, a fines del año 1521.

Sin embargo, los temores de los de contraria opinión al célebre conquistador se realizaron; y las notables inundaciones que acaecieron en los años de 1553, 1580, 1604, 1607 y 1629, en que el agua en ciertas calles llegó a cuatro pies de altura, no pudiendo transitar por ellas sino en canoas, obligaron al Gobierno español a tomar las precauciones necesarias para que escenas tan desagradables no se repitieran. Al efecto se construyeron varios diques de piedra que impiden que las aguas del lago de Zumpango se viertan en el lago de San Cristóbal, y que las de este último entren en el lago de Texcoco. Tales son los diques y esclusas de Tláhuac y de Mexicaltzingo que se oponen a los desbordamientos de los lagos de Chalco y de Xochimilco; el canal llamado de desagüe de Huehuetoca construido en el siglo xvii por el ingeniero español Enrique Martínez, y por medio del cual el río Cuautitlán atraviesa las montañas para dirigirse al valle de Tula; y finalmente dos canales establecidos por Mier en el siglo xviii para el desagüe de los lagos de Zumpango y de San Cristóbal siempre que se considere conveniente.

Dada a conocer en globo y someramente la rica perla del hemisferio septentrional, la ciudad de las ciudades del Nuevo Mundo, seguiré describiendo en los demás artículos aquellos edificios que por su extraordinario mérito merecen ser considerados separadamente, sin olvidarme de los magníficos paseos que hermocean la población, ni de las originales costumbres, dichos y trajes de los habitantes del país en general, y sin separarme un ápice de los límites trazados por la verdad, único termómetro ilustrador que deben consultar los que anhelan tener una idea exacta de aquella bella porción del mundo adonde los españoles, con el estandarte de la cruz, llevaron la Ilustración y las Luces, Ilustración y Luces que allí han fructificado de una manera prodigiosa.

LA CATEDRAL DE MÉXICO Y SU SAGRARIO*

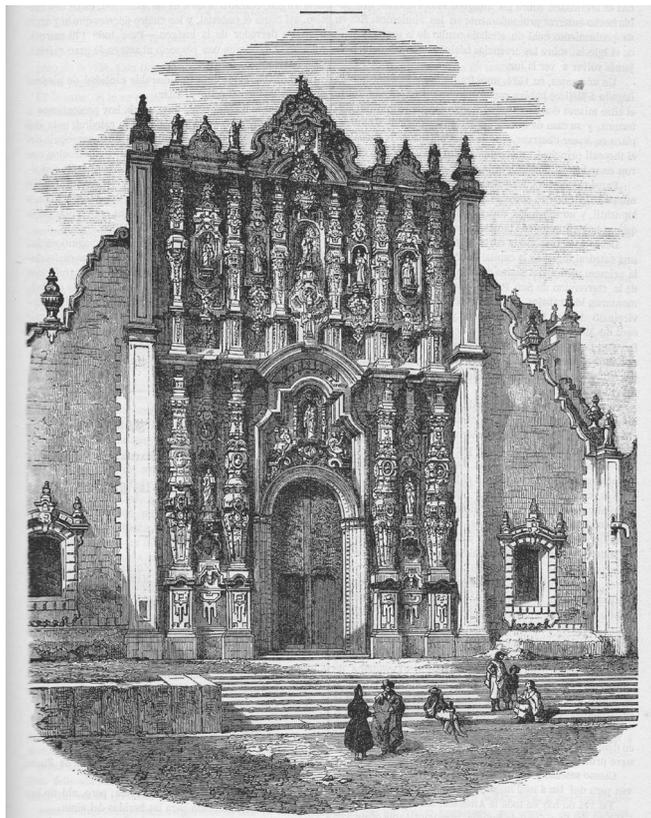


Fig. 3. *La catedral de México y su sagrario*, p. 49.

La suntuosa iglesia que se ve hoy en México no es la que fue edificada en tiempo de Hernán Cortés. La primera catedral que vio oficiar al piadoso Zumárraga, que tan fatal y funesto fue a cuanto podía recordar las creencias mexicanas, se levantó en 1525.

* s. f., «La catedral de México y su sagrario», *Museo de las Familias*, XX (1862), pp. 49-50. II. <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002590464&search=&lang=es>

Por antiguos documentos se prueba que al hacer edificar Hernán Cortés aquel templo cristiano quiso que sus columnas se levantasen sobre los antiguos ídolos aztecas, que había hecho enterrar profundamente en los cimientos. Era en su pensamiento cual un símbolo oculto de la preeminencia de la Iglesia sobre las creencias bárbaras que no debían ya jamás volver a ver la luz.

Un año antes, en 1524, unos frailes franciscanos que habían llegado a México habían construido una gran capilla sobre el sitio mismo donde se hallaba una casa de recreo de Moctezuma y su casa de fieras. Un antiguo historiador se complace en hacer observar que si cuarenta teocalis rodeaban el teocali principal, cuarenta capillas cristianas no tardaron en rodear la nueva iglesia.

Parece lo cierto que cuando se comenzó a construir la nueva catedral fue enfrente del viejo templo Tluitzilopuehltli y no sobre los restos del viejo teocali ante el que se habían inmolado tantas víctimas humanas.

Desde 1552 resolvió la corte de Madrid dotar a México de una catedral digna de la capital del Nuevo Mundo. Se puso la primera piedra del nuevo edificio en el año 1553, el día de la conversión de san Pablo, empero realmente no comenzaron los trabajos de construcción sino en 1573, en el virreinato de don Martín Enríquez, y siendo arzobispo tercero de México don Pedro Moya de Contreras, que después fue más tarde presidente del Consejo de Indias. Cuarenta y dos años se tardaron nada menos en concluir los cimientos del edificio por las grandes dificultades que presentaba la movilidad del suelo.

Gracias a la monografía que de este vasto edificio escribió don Isidro Sariñana en el mismo año de su dedicación, nos es fácil referir las numerosas peripecias que hubo en su lenta construcción. Tiene por título este libro *Noticia breve de la deseada última dedicación del templo metropolitano de México, celebrada el 22 de diciembre de 1667*.

Nos contentaremos con decir que la nueva catedral se abrió al culto público el 22 de diciembre de 1667 y que el coste total de las obras exteriores se valúa en la cantidad de un millón setecientos cincuenta y dos mil duros.

Mide esta hermosa iglesia del sur al norte 127 metros de largo, y tiene de ancho 62. Está dividida en cinco partes, la nave principal, las dos naves laterales y las de las capillas. Tiene la nave principal 17 metros 89 centímetros de alto nada menos, las otras tienen 10 metros 71 centímetros. La iglesia tiene siete pórticos, dos al Norte sobre los costados de la capilla de los Reyes, correspondiente a lo que se llama las naves procesionales: dos a la extremidad de los brazos de la nave que miran a Oriente y Occidente, de admirable arquitectura, y las otras tres, cuya terminación se espera pronto, están en la fachada principal que da a la Plaza Mayor y miran al Mediodía.

En su conjunto la iglesia afecta la forma piramidal, y va en disminución en sus alturas, proporcionalmente desde la nave principal a la de las capillas.

Ciento sesenta y cuatro ventanas de diversas formas sirven para dar luz a este magnífico templo.

Tal vez no hay en toda la América, sin exceptuar las repúblicas del Ecuador y de Bolivia, otra iglesia que ofrezca en su decoración interior tanto gusto y riqueza como la de México.

Se podrá formar una idea de la prodigiosa riqueza que reina en esta iglesia, que recientes revoluciones han despojado de sus bienes, con solo decir que la imagen principal de la Virgen, Nuestra Señora de la Asunción, es de oro macizo, así como el pedestal, y los cuatro ángeles que hay agrupados en derredor de la imagen. Pesa todo 139 marcos. Además, esta Virgen con respecto al arte es de gran mérito y de un exquisito trabajo.

Nada hablaremos de la innumerable cantidad de piedras preciosas que brilla sobre el altar.

El hermoso monumento, cuya copia hoy presentamos a nuestros lectores, no es la fachada de la catedral: es la del sagrario o, si se quiere, el frontispicio de la parroquia del templo metropolitano. El sagrario tiene comunicación con la catedral de que es una parte, aunque de un estilo arquitectónico muy diferente, y que sube a una época mucho menos antigua. A consecuencia de las últimas disposiciones adoptadas por el Gobierno, el sagrario se ha convertido en la parroquia del cuartel más populoso de México.

El culto se celebra en México con rara magnificencia. Bajo ciertos aspectos, el sagrario participa de los esplendores y de las pompas de la catedral. Una orquesta religiosa compuesta de los más hábiles instrumentistas de la ciudad asiste a todas las funciones de iglesia. Contiguo a la catedral, hay un establecimiento religioso que se llama Colegio de Infantes. Es una especie de colegio-seminario donde se educan los niños del coro de la catedral, y que depende inmediatamente de la autoridad arzobispal.

GUADALAJARA. REPÚBLICA MEXICANA

Vicente Calvo*

Ciudad grande, populosa y magnífica, capital del departamento de Jalisco, se halla a los 21 grados de latitud septentrional, y a los 101 de longitud occidental de Madrid. Fue fundada por Núñez de Guzmán al principio de la conquista. Francisco Cortés, que invadió todo el territorio de Jalisco, la llamó Espíritu Santo, que, en obsequio del jefe conquistador, se mudó en el año 1530 en el de Guadalajara, por ser Núñez de Guzmán natural de Guadalajara de Castilla. Tuvo este vecindario por primer jefe español a Juan Oñate, y el último fue el general Cruz, a quien la ciudad le debe una gran parte de su ornato.

Contiene sesenta mil habitantes, 762 calles, trece edificios públicos con numerosas casas, catedral una, parroquias cinco, monasterios doce, recogimientos uno, hospitales dos (Belén y San Juan de Dios), un cementerio público, un teatro y cuatro colegios. Al examen prolijo del ojo del observador, se percibe un cierto aspecto oriental en la construcción de la ciudad. Las casas, como todas las de las ciudades de la América española, están dispuestas en manzanas cuyas casas generalmente tienen solo un piso cubierto con una azotea. Todas las manzanas tienen casi igual tamaño, y forman calles rectas, anchas y largas tiradas a cordel. Las mejores casas se hallan en el centro de la ciudad. La descripción de una de las primeras bastará para formar tal vez una idea de la planta usual de las de Guadalajara. Un solo edificio ocupa algunas veces media manzana, y una pared lisa y triste, variada únicamente con un zaguán muy alto, forma el frente de la calle, excepto cuando lo convierten en tiendas que no tienen comunicación con el interior de la casa. Los cuartos ocupados por la familia están bien distribuidos y amueblados con lujo, según las proporciones de los que habitan. Unas cuantas casas tienen dos pisos, en cuyo caso un gran balcón o corredor descubierta da la vuelta alrededor del piso alto por la parte interior, y a la parte exterior tienen grandes balcones adornados con tiestos de flores odoríferas de todas estaciones que les dan una forma muy pintoresca y graciosa.

Por el centro de las calles principales de Guadalajara corre un arroyo que contribuye esencialmente a llevarse la inmundicia. Estos pequeños canales reciben el agua por medio de una presa que atraviesa la ciudad hacia el molino de las Beatas hasta los baños de los Colegiales, que se hallan en el Noroeste de la población.

La catedral es un hermoso edificio, aunque no tiene ligereza su arquitectura: su fachada ocupa el lado norte de los portales, que es un magnífico cuadrado adornado

* Calvo, Vicente, «Guadalajara. República Mexicana», *Semanario Pintoresco Español*, XV, núm. 22 (2 de junio de 1850), pp. 169-171.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003136279&search=&lang=es>

de arcos, pero sin ningún mérito artístico. A lo largo de estas galerías se encuentran bellas y bien surtidas tiendas de toda clase de mercancías y numerosas pilas de frutas del país, cuya exportación se hace particularmente para los departamentos interiores. Su pavimento se cubre en las horas de la noche de señoritas que con sus madres y allegados concurren a verificar sus compras. Reúnense muchos *a pasar el rato*, convidando su fresco apacible a departir sus cuitas y sus placeres con otros seres de la especie humana, que son las hurís de este edén, a quien el sol más puro baña con su lumbre y les comunica inspiración.

Entre los conventos descuellan los de San Francisco y el Carmen: el primero por sus altas y sólidas paredes, sus cómodos y ventilados claustros, aunque en el mayor desaseo; el segundo, que se halla al oeste de la ciudad, por su dilatada y productiva huerta. También es digno de mencionarse el monasterio de monjas de Santa María de Gracia, cuyas prácticas religiosas no son tan severas como en los demás establecimientos de esta clase. Hay muchas religiosas, las cuales viven separadas en sus celdas; trabajan, bordan y hacen dulces exquisitos; son primorosas para adornar con flores artificiales las piezas de barro de Tonalá, como tinajas, cántaros, jarros, etc., destinados a mantener fresca el agua, darle un sabor y olor tan agradable y particular, que excita a beber y aun a comer el barro de que están formadas las vasijas.

Las parroquias, que como tenemos indicado son cinco, comprenden las del Sagrario, Santuario de Guadalupe, Jesús, Mexicaltzingo y Analco, que al transcurso del tiempo han sufrido la suerte que ha cabido a los países cristianos con ocasión de la indiferencia que en materias religiosas ha sustituido al fervor de los antepasados, bien que la indiferencia no es tan absoluta que llegue a la incredulidad. No se ven allí en esta época a los jóvenes con el entusiasmo que tenían en el cumplimiento de las prácticas nuestros abuelos. Estos templos en los días feriados sirven de cita para los amantes, en vez de ser lugares solo de veneración a Dios y a sus santos.

El palacio es la residencia del comandante general del departamento: es de buen aspecto; el ayuntamiento, la cárcel y otros edificios públicos no merecen particular mención. La alameda, a pesar de su frondosidad, no está de moda por ser muy poco usado entre las damas el ejercicio a pie, puesto que para ellas no es pasear el caminar. No obstante, este paseo es concurrido los días de fiesta; ameno y delicioso, sus calles de altísimos árboles con sus asientos correspondientes de trecho en trecho ofrecen solaz y placer.

La temperatura de Guadalajara es moderada; no está sujeta a ninguna enfermedad que la sea endémica. Las personas que llegan a los cincuenta años cumplen generalmente los ochenta. Parece que el clima favorece al despejo y viveza de las facultades intelectuales. Los nacidos en aquella ciudad tienen grande aptitud para toda clase de oficios y son los mejores zapateros, sastres, barberos, carpinteros, etc. Los léperos miran con abandono los dones que la naturaleza les prodiga, y viven infelizmente si comparamos sus goces con los que disfrutaban los hijos del país. Son los léperos generalmente de bastante estatura; se hallan con frecuencia caras bonitas entre las mujeres; los hombres son atrevidos, sociables y francos en sus maneras; tienen buen humor y son obsequiosos, pero al mismo tiempo tan altivos, que si alguien les levanta la mano bien puede prepararse, porque en el acto sacan el cuchillo

o el machete para vengar la afrenta. Llevan pintada en la frente la libertad que gozan, y en sus acciones y movimientos la independencia en que se criaron. El tímido indígena, criado en una grande esclavitud, es tan sumiso que escasamente parece pertenecer a la especie humana; durante la guerra de la Independencia observaron los indios de Guadalajara una estricta neutralidad a pesar de los esfuerzos de las autoridades españolas para ganarlos y seducirlos a que obrasen contra los patriotas: no son inclinados a ningún partido, y solo se dedican a sus trabajos y a sus familias. Los que han recibido la religión son adictos al culto y solemnizan las fiestas; los padres son muy amantes de sus hijos, y estos de sus padres; los esposos son más fieles que los de otras naciones. Casi toda esta casta pertenece a la clase ínfima del pueblo o a la de los campesinos.

Los *criollos* y los extranjeros, que componen el tipo blanco de la ciudad, son muchos y predominan la sociedad por su instrucción y riqueza. Las mujeres en general carecen de instrucción. Las primeras clases de la sociedad son de nobles inclinaciones, sociables e instruidas. La virtud de la hospitalidad, desterrada por el lujo y refinamiento, se presenta en Guadalajara como en los países internos bajo formas tan nobles y agradables que tanto el filósofo como el fatigado caminante ven que se aproxima al refinamiento de la facticia, hija de la civilización, y temen que no se contagie con las maneras afectadas que van reemplazando a la sencillez primitiva, hija del corazón.

La agricultura en Guadalajara, como en México, es la fuente principal de su riqueza y ha adelantado notablemente desde fines del siglo pasado. En la República Mexicana los campos más bien cultivados son las llanuras que se extienden desde Salamanca hasta Sinaloa, Guanajuato y la ciudad de León. En estos terrenos se saturan con profusión todos los frutos de la zona tórrida, así como la caña, el maíz, el tabaco, el frijol, el plátano, la batata, el añil, el arroz, el algodón (lo hay muy excelente en las costas occidentales desde Acapulco hasta Colima). En Santiago se conocen las máquinas que sirven para despepitar. Se hacen además buenas cosechas de centeno y de cebada, y muy abundante de chile, artículo de general consumo. Cultívase también en grande abundancia el maguey, de cuyo jugo se hacen el *pulque* y el aguardiente mezcal. Esta bebida se tiene por estomacal, fortificante y sobre todo muy sana, y la recetan a los enfermos.

Las frutas prosperan también, particularmente en las tierras calientes y en las costas. La piña, la naranja, la cidra, la lima, el limón, la granada, la guayaba se encuentran con abundancia en las cercanías de Guadalajara y en sus huertas. Solo falta la multiplicación del trabajo para hacer inagotable la retribución de la tierra.

El ramo de la ganadería se propaga con mucha facilidad a causa de la abundancia de buenos pastos, especialmente el vacuno, de que se hace mayor consumo.

El ganado lanar es menos numeroso que en otros departamentos.

Hay abundancia de caballos y son de mucha estimación.

También son numerosas las bestias mulares, y las hay de muy buena calidad, algunas de mucho precio por su fortaleza y paso cómodo, llegando a valer hasta quinientos duros.

La labor de los campos se practica por lo general con bueyes; el acarreo de las producciones agrícolas se hace con mulas, y el servicio menor con burro.

Hay muchas haciendas de labor en el departamento de Jalisco, particularmente en las cercanías de Guadalajara. La que sobresale sobre todas las demás es la de San Clemente, que pertenece en el día a don Manuel Luna, rico comerciante de la capital, que la hace productiva con su buena administración. La cría de ganados se fomenta. Los brazos dedicados a lo material de las labores son los de los indios y rancheros (gente del campo y grandes jinetes); el trabajo es recio, muy especialmente en las labores de minas.

Las minas principales en el departamento de Jalisco son las de Bolaños, de Asientos de Ibarra, de Hostotipaquillo de Copala. Los ingleses con sus locas especulaciones creyeron enriquecerse apoderándose de la minería y han recibido crueles desengaños, debidos a la nueva introducción que han hecho para la explotación, sustituyendo al antiguo método de malacates, las máquinas de vapor para el desagüe, cuya importancia cuesta otro tanto que la plata que extraen de las vetas. La mayor parte de las riquezas metálicas pertenecían a los particulares, quienes las vendieron o arrendaron a las compañías inglesas que se establecieron al principio de la independencia para convertir en meros monopolios y especulación particular este ramo.

El Gobierno en el día no tiene más mina que la de Fresnillo (en el departamento de Zacatecas), y Santa Anna en 1836 la arrendó por doce años a la compañía de minas Zacatecano-Mexicano.

Los dueños de minas pagan al Gobierno el diezmo al derecho del uno por ciento, y el de monedaje y señoreaje. Parte de las minas de México están ya agotadas, y parte se hallan tan profundas que no pueden beneficiarse con utilidad; agréguese a ello los gastos, que son desorbitantes, y la mala dirección de los trabajos, y tendrá el lector una idea de la pobreza de sus productos, que en un tiempo han sido tan cuantiosos que causaban envidia y admiración a las potencias extranjeras. Cuando el territorio de México era colonia española, las provincias de Guanajuato y Zacatecas daban ellas solas más de la mitad de toda la plata que hoy se extrae en todo el continente de México.

Las minas de la Valenciana y Rayos, Fresnillo y Sombrerete son las que están en la actualidad más en boga. En el artículo de Guanajuato daremos una noticia más circunstanciada de las dos primeras. También en el interior se ha descubierto en 1840 una rica mina en los cerros de Cuhacian (departamento de Sinaloa), llamada Nabogame o Guadalupe Calvo. Pero no es aquí donde debo dar una noticia de ella, y me limitaré a indicar las que se hallan en el derrotero del itinerario de Guadalajara a México.

El comercio es la vida de la República Mexicana, y los tapios (así se llama a los hijos de Guadalajara) han experimentado grandes beneficios desde la abolición de las antiguas leyes. El movimiento mercantil va adquiriendo actividad progresiva; la emulación se propaga; los consumos se aumentan, y se van percibiendo hasta la evidencia las ventajas susceptibles del comercio libre. A medida que se extiende el giro mercantil de los puertos de San Blas y Mazatlán, las necesidades de las pequeñas comodidades de la vida crecen, el consumo de las manufacturas europeas se multiplica a un grado incalculable, y la Inglaterra, que es la nación más manufacturera del mundo, saca la debida ventaja de circunstancias tan favorables. En el día los vinos y objetos de gusto de Francia y muebles de los Estados Unidos no pueden entrar en parangón con los percales de Manchester, los lienzos de Glasgow, los paños finos de Leeds o la

quincallería de Birmingham; todo lo cual está probado por la mayor proporción de metales remitidos a Inglaterra en el banco de Escocia, comparados con las remesas hechas a otras naciones.

Hasta el presente se limitan las producciones de este suelo a sus minerales, a sus productos industriales, que consisten en reboserías, cordobanes, mantas de Jato, sombreros ordinarios, jabón y otros renglones peculiares del país, que sirven al consumo interior y se exportan para otros departamentos y territorios; tales son la harina, el maíz, el frijol (o judías), los dulces secos, etc.

Guadalajara es cabeza de partido, tiene ayuntamiento de primer orden, era residencia de los intendentes, en el día lo es del comandante general, y dista de México 200 leguas. El partido es de mucha extensión, llega hasta las barrancas de Mochilitte, hasta un poco más allá de San Juan de los Lagos; comprende muchos pueblos como Zapotlán, Atotonilco el Chico, Zapotlanejo, Tepatitlán, etc. Tiene a una legua un pueblecito que sirve de recreo a los vecinos de la capital, llamado San Pedro, cuyo camino es llanísimo y muy concurrido en la temporada de fiestas: estas principian en septiembre y se concluyen a mediados de octubre. Varios particulares tienen casas de campo. La sociedad durante las ferias es numerosa y agradable. Hay bailes públicos y particulares, y en todos ellos, así como en funciones particulares, se hallan tanta belleza, elegancia, gracia, y quizás más alegría y jovial franqueza que se encuentra en muchas reuniones de Europa. Además, en este pueblo de reducido vecindario la llegada de un forastero a una hacienda aislada, como en todo el departamento de Jalisco, es un motivo de satisfacción, y su apariencia no da motivo a prevenciones: el carácter de forastero es título bastante para ser bondadosamente recibido, sin que el ser rico o pobre influya lo más mínimo en su acogida.

NUEVA IGLESIA DE SAN VICENTE DE PAÚL EN PARÍS*

La población aumenta todos los días en la capital del mundo civilizado, y a medida que aumenta, hay necesidad de levantar nuevos edificios públicos, ya para el culto, ya para la comodidad de sus habitantes. En uno de los barrios más solitarios de París, llamado Boneville, acaba de levantarse una hermosa iglesia dedicada a San Vicente de Paúl, y que está representada en la lámina que se acompaña a este artículo. Haremos una breve descripción de ella, aprovechando la oportunidad para manifestar que sería muy conveniente que en la república se edificasen templos en aquellos lugares en que se careciese de ellos, en vez de gastar un lujo inmenso en los que se hallan en las calles más concurridas de las ciudades principales. En Matamoros, la única y pequeña capilla que hay es propiedad de una señora; en Tampico, la iglesia, hace pocos años, era de zacate. En Victoria, el templo es simplemente una galería. La piedad de los fieles, que tanto se manifiesta en México, debía extenderse a esos puntos, donde absolutamente falta un lugar digno de la majestad divina. Mas volvamos a San Vicente de Paúl. La fachada tiene treinta y siete metros de largo, y está precedida de un pórtico de seis columnas del orden jónico, colocadas al frente y precedidas de tres intercolumnios. La puerta es de fierro fundido, y tiene unos bajorrelieves representando las figuras de los apóstoles.

A los dos lados del pórtico se elevan dos torres de cosa de cincuenta y cuatro metros de altura, la una destinada para campanario, y la otra para el reloj. En las dos hay cuadrantes: uno de ellos marca las horas del día, y otro los días del mes. En medio de las dos torres hay una especie de terraplén desde donde se descubre el magnífico panorama de París. Deberán adornar este espacio las cuatro estatuas de los Evangelistas, y en el centro la de San Vicente de Paúl, rodeado de los atributos de la caridad.

Penetremos al interior por la puerta principal. Cuatro hileras de columnas, distribuidas de dos en dos, de derecha a izquierda, dividen toda la extensión del monumento en cinco partes. La parte central forma la nave, y las dos divisiones intermedias los laterales, y las últimas las capillas, que son ocho. Una disposición casi nueva y sin precedente en la arquitectura produce a la entrada un aspecto imponente. El altar mayor, colocado sobre un elegante basamento, presenta de cada lado tres columnas y una pilastra que sostiene un arco, y están coronadas por un frontón triangular que remata con un crucifijo, la Virgen y San Juan. El altar representa el Calvario, transformado en un arco triunfal. El bautisterio, la catedral, las pilas de agua bendita, en fin, todo, todos los adornos y accesorios son del más exquisito gusto. Si se añade a esto las

* s. f., «Nueva iglesia de San Vicente de Paúl en París», *El Álbum Mexicano*, II (1849), p. 500. II.
<https://books.google.es/books?id=ZbIsAAAAYAAJ&pg=PA499&lpg=PA499&dq>



Fig. 4. *San Vicente de Paúl, en París*, p. 499.

pinturas que deben decorarlo, y que serán ejecutadas por los más inteligentes y famosos artistas, el monumento será de primer orden y ocupará el primer rango, elevado entre las obras modernas de este género. Se calcula que el valor de los trabajos ejecutados y de los que faltan llegará a cuatro millones doscientos mil francos. San Vicente de Paúl será una de las más hermosas iglesias que formará el orgullo de la ciudad de París, sin que, por la pureza del estilo de la arquitectura, el buen gusto en los adornos y la sencillez, unida a la majestad, tenga esa mezcla repugnante de lo antiguo y de lo moderno que se nota en otros monumentos religiosos de la antigua ciudad de Carlomagno.

LOS CEMENTERIOS DE PARÍS. EL SEPULCRO DE MORATÍN*

Uno de los objetos más interesantes y que excitan en más alto grado la admiración del viajero en la capital de Francia es sin duda alguna la contemplación y paseo por sus cuatro grandes cementerios extramuros, jardines inmensos y poblados de fúnebres monumentos, que cubren los restos de las pasadas generaciones y que ya por su feliz colocación, ya por su belleza artística, ya, en fin, por los hombres célebres que cobijan, no pueden menos de producir en el ánimo del ansioso visitador un sentimiento profundo de simpatía y de respeto.

Entre aquellas cuatro grandes necrópolis sobresalen por su extensión, por su situación y la multitud y magnificencia de los mármoles, el cementerio del Este, conocido por el del Padre Lachaise, en cuyo inmenso recinto, variados parterres y sombríos bosques se elevan acaso más de sesenta mil recuerdos fúnebres, muchos de ellos verdaderos monumentos artísticos, templetos, obeliscos, columnas, pirámides, urnas y sarcófagos de todos gustos y de riquísima labor y materia, ostentando en sus bases nombres muchas veces célebres y populares en todo el mundo: guerreros ilustres, oradores distinguidos, publicistas famosos, sabios profesores, artistas, escritores y poetas, cuyas obras adquirieron en todos los pueblos cultos derechos de nacionalidad. Allí, en aquel ostentoso y poético recinto, vinieron a pagar su tributo a la madre común los invictos Masséna, Suchet, Fay y Ney; los patriotas Manuel Périer y Benjamin Constant; el naturalista Cuvier, el filósofo La Fontaine; el admirable Molière, el tierno Delille; el simpático Bernardino de Saint Pierre; el cáustico Beaumarchais; el sublime Talma y el pintor del siglo David. Allí, en una preciosa tumba gótica formada con los restos del Paracleteo, reposan los desgraciados amantes Abelardo y Heloísa. Allí las ilustraciones de la república, las glorias del Imperio, los talentos y nobleza de la Restauración. Allí a par de ellos, apartados por la misma tierra y sombreados arbustos, los restos ignorados de los humildes ciudadanos, las virtudes privadas del padre, del esposo, del hermano y del amigo.

Pero si el viajero es español, crece de todo punto su interés al encontrar frecuentemente en aquel sitio elegantes aunque sencillos mausoleos levantados a la memoria de sus compatriotas muertos en el destierro, a consecuencia de nuestras largas discordias civiles.

* s. f., «Estudios de viajes. Los cementerios de París. El sepulcro de Moratín», *Museo de las Familias*, V (25 de octubre de 1847), pp. 239-240. II.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002548017&search=&lang=es>

Algunos fragmentos del artículo se reprodujeron antes en «El sepulcro de Moratín en el cementerio de París», firmado por R[amón] de M[esonero] en el *Semanario Pintoresco Español* (III, núm. 39, 26 de septiembre de 1841, pp. 305-306), y más tarde, ya sin firma, en «El sepulcro de Moratín en el cementerio de París», en *La Ilustración. Periódico universal* (núm. 231, 30 de julio de 1853, pp. 297-298).

Bajo un templete circular de mármol, formado por ocho columnas y coronado por una cruz, se encierra una urna en que reposa el antiguo ministro de Estado don Mariano Luis de Urquijo, que falleció en París el 3 de mayo de 1817 a la edad de 49 años, leyéndose en ella esta enérgica y oportuna inscripción:

*Il fallait un temple à la vertu
un asile à la douleur.*

El embajador duque de Fernán-Núñez, el médico García Suelto, el sabio Morales, el marino Guzmán de Carrión, la marquesa de Arneva y otros varios compatriotas yacen en un pequeño recinto que los encargados del cementerio apellidan «La isla de los españoles». El príncipe de Masserano, grande de España de primera clase, reposa también allí bajo un noble mausoleo, y a su lado, bajo una lápida que no revela nombre alguno, yace sin duda otro desgraciado español con este tierno epitafio:

*Sur ce noble mortel, aucun ruban n'a lui
aucun titre ne le decore;
mais si l'Espagne eut eu vingt guerriers come lui,
l'Espagne serait libre encore.*

Pero otro monumento colocado en distinto compartimento del jardín, entre las sombrías calles que corren a la derecha de la capilla, es el que llama principalmente la atención del viajero español por el hombre ilustre a quien está dedicado y por su oportuna colocación inmediata a las tumbas de Molière y de La Fontaine.

Su forma es sencilla, como se ve por el exactísimo dibujo que acompaña a este artículo, reduciéndose a un gran basamento que sostiene un segundo cuerpo arquitectónico más proporcionado sobre el cual se eleva una pequeña urna de forma antigua. En el frente del segundo cuerpo se lee en español esta inscripción:

Aquí yace
DON LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN,
insigne poeta cómico y lírico,
delicias del teatro español,
de inocentes costumbres y de aménísimo ingenio.
Murió el 21 de junio de 1828.

En los otros tres lados de este mismo cuerpo, hay elegantes dísticos latinos en esta forma:

*Hic jacet Hesperiae decus immortale Thalia
omnibusque carum patrae lugevit civem.*

*Nec procul hic jacet cuius vestigia secutus
magnus scenae parens, proximus et tumulo.*

Et post fata colit fedus amititia.

MANUEL SILVELA

En el cuerpo bajo del sepulcro hay las siguientes inscripciones en francés:

Concession à perpétuité, six mètres de terrain.
Sepulture de la famille
Silvela et de leur ami.
M. L. F. DE MORATIN.

Y más abajo, en las lápidas de la derecha, los nombres de los señores don Manuel Silvela y doña Micaela García de Aragón, su esposa, que yacen también bajo el mismo monumento que elevaron a la memoria de su ilustre amigo.

La idea de colocar los restos de este inmediatos a la tumba que encierra los del gran Molière, cuyas huellas siguió en vida y en muerte, fue una feliz inspiración, y parece que no dejó de haber inconveniente para realizarla por estar de antemano ocupado aquel sitio con otras tumbas, pero todo fue vencido por la eficacia de los buenos amigos del poeta español, que, reparando el injusto desdén de su patria, acertaron a colocarle al lado de su insigne modelo y del pintor fabulista, del filósofo La Fontaine.

En el dibujo que acompaña a este artículo, ejecutado en el mismo sitio y grabado también en París, se ven las tres tumbas en su exacta posición; en primer término a la izquierda la de Moratín, luego la de La Fontaine, que es una urna sencilla sobre la cual se ve una urna de mármol y la adornan dos relieves que representan las fábulas del lobo y la cigüeña, y el lobo y el cordero. Dos pasos más allá está la de Molière, que no es más que un mezquino templete cuadrilongo terminado en un vaso de mármol adonde acuden los pájaros a apagar la sed. Por último, inmediato a la tumba de Moratín y antes de llegar a ella, se encuentra una magnífica losa de mármol negro, elevada como una cuarta sobre el piso del jardín, y adornada con un relieve de bronce que representa un libro de música. En él se leen claramente algunos compases del «Polo del Contrabandista» y, sobre la lápida, el nombre del distinguido cantor y compositor que allí reposa, Manuel García.

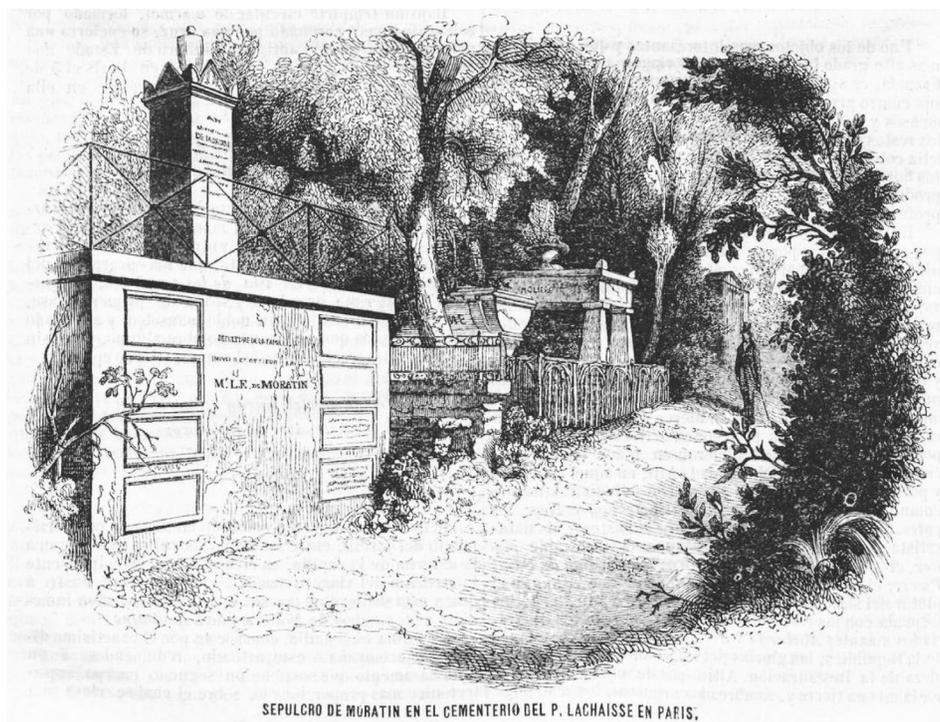


Fig. 5. *Sepulcro de Moratín en el cementerio del Padre Lachaise en París*, p. 240.**

** El grabado que acompaña a este artículo reproduce la lámina que se distribuyó a los lectores del *Semanario Pintoresco Español* en el número en el que se incluía el de Ramón de Mesonero Romanos citado en la primera nota de este texto. Este venía precedido de la siguiente «Advertencia»: «El grabado en madera que acompaña a este artículo, y que representa la vista exacta del sepulcro de Moratín en el cementerio del Padre Lachaise de París, fue mandado ejecutar expresamente en aquella capital a uno de los mejores artistas, sobre un dibujo hecho también en ella a nuestra vista, y del que podemos garantizar la exactitud. Hemos creído oportuno hacer estampar aparte dicho grabado para su mayor lucimiento. Confiamos, pues, que los suscriptores al *Semanario* reconocerán en esta diligencia nuestro constante deseo de hacer interesante esta publicación, aun a costa de crecidos sacrificios pecuniarios» (*Semanario Pintoresco Español*, III, núm. 39, 26 de septiembre de 1841).

EXPOSICIÓN GENERAL DE LA INDUSTRIA FRANCESA. PALACIO DE LAS BELLAS ARTES*

SITIO EN QUE SE HA CONSTRUIDO EL PALACIO DE BELLAS ARTES. SU DESCRIPCIÓN. NÚMERO DE CUADROS QUE HA PRESENTADO CADA NACIÓN. ESPACIO QUE OCUPAN.

Había en otro tiempo en los Campos Elíseos una avenida que conducía a la plaza de Belly y que se llamaba el paseo de las Viudas. ¿Por qué recibió este nombre? Si no hubiese precedido al establecimiento del famoso jardín Mabilie, podría creerse que este nombre misterioso provenía de las Ariadnas de este edén a tres pesetas por entrada, que, después de las conquistas nocturnas debidas a los vales y a las polcas, no encontraban a la mañana siguiente al infiel sobre el cual habían tenido buen cuidado de tomar algo a buena cuenta, viudas poco inconsolables, ¡y siempre consoladas!...

Difícilmente se trataría de encontrar un origen más serio al nombre de este paseo sin historia. No ofrece al historiador sino una sola particularidad. Tallien murió en 1820, en el número 31 de una casita del más sombrío aspecto. Tallien, sepultado en el olvido, había tenido que vender su biblioteca para comer; y sin embargo, ¡qué papel no representó ese hombre que empezó por ser escribiente de un procurador, más tarde prensista en la imprenta del *Monitor*, después redactor del *Amigo de los Ciudadanos*, sucesivamente uno de los actores del 10 de agosto, secretario del ayuntamiento de París, diputado en la Convención cuando la condenación de Luis XVI, denunciador de Robespierre, miembro de la Junta de Salud Pública el 9 Termidor, individuo del Consejo de los Quinientos, miembro del Instituto de Egipto... y últimamente simple cónsul de Francia en Alicante, ¡¡¡para volver a entrar bajo la Restauración en una oscuridad que debía terminar por la miseria!!!...

El paseo de las Viudas no existe, y hay en su lugar la avenida de la Montaña, ancha y hermosa calle, de poca utilidad como dirección, pero que será de aquí a algunos años habitada elegantemente, vista la gran boga de que gozan los Campos Elíseos, donde ya se han edificado algunas casas suntuosas formando calle detrás de la fila de árboles, iguales a los que había en los *boulevards* y que la Revolución derribó para hacer barricadas. Allí, detrás de su pared histórica de ladrillos encarnados, y al abrigo de su pesada puerta de encina cubierta de hermosos dibujos de hierro, está el famoso hotel gótico que el príncipe Soltikof ha hecho muchas veces principiar y que aún no ha terminado una. En este momento hay muchos almacenes de vinos, tabernas, fondas sin pretensiones, pero no sin público. Al final de esta avenida bebedora, bullanguera, pol-

* s. f., «Exposición general de la industria francesa. Palacio de las Bellas Artes», *Museo de las Familias*, XIII (1855), pp. 172-174.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002558831&search=&lang=es>

quista, que mucho trabajo ha de costar el aristocratizar, ha hecho levantar el Gobierno imperial por monsieur Lefuel, el nuevo arquitecto del Louvre, el gran edificio de tablas y de yeso destinado a recibir esta Exposición de las Bellas Artes que era imposible alojar en el Palacio de la Industria, demasiado estrecho ya para la industria misma.

Cuando se vio que el Palacio de la Industria no bastaba para contener la Exposición de las Bellas Artes, la compañía anónima fue invitada a levantar un anejo especial, cuyos derechos de entrada cubriesen los gastos y aun diesen utilidad. Tratose de levantar este edificio provisional como el destinado a las máquinas, que se extiende hoy sobre el muelle de la Conferencia en las fachadas este y oeste del palacio, viniendo a parar por un lado a las cercanías de la plaza de la Concordia, por otro a la avenida de Antin. Pero este proyecto necesitaba el derribo de un gran número de esos grandes árboles seculares, tan queridos del parisiense, tan gratos a los inválidos y a las niñeras y sus chiquillos sobre todo, y así a estos ciudadanillos que apenas cabían ya en el jardín de Tullerías para sus juegos y sus ruedas el domingo se les ha dejado este paseo.

En el vago terreno situado al fin de la avenida de la Montaña, delante de la calle de Juan Goujon, se ha elegido el sitio para recibir la Exposición de las Bellas Artes. Este terreno de la anchura de ochenta metros, penetrando por una profundidad de más de doscientos, llega hasta la calle Marbeuf. De este lado se encontraba el espacio necesario para los apéndices. El edificio que se ha levantado, como tenía un destino efímero, bastaba que fuese de tablas y de ladrillo con adornos de yeso. No era preciso más que tres meses para su construcción, y correspondía además completamente al objeto de ofrecer el mayor número de superficie posible, iluminada con la mayor luz posible también.

Monsieur Lefuel ha dado dos entradas a su edificio, una a la avenida de la montaña, otra a la calle de Marbeuf. La fachada a la avenida de la Montaña es la principal; está formada de un hemiciclo de cerca de cincuenta metros de abertura en cuadrado en dos alas rectangulares, permitiendo así fácilmente que los coches puedan adelantarse, dar vuelta y dejar las gentes al pie de una escalera de siete escalones que conduce a siete puertas, las que dividen el hemiciclo en siete arcos. Un friso corona la puerta con una inscripción en letras de oro: EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE LAS BELLAS ARTES. Algunos adornos de yeso decoran los tímpanos y las cornisas. Esta fachada es más que suficiente para un edificio provisional. Las dos alas del hemiciclo tienen dos pisos. Un entablamento y un acrotero coronan estas dos alas del edificio. Sobre la calle de Marbeuf, segunda entrada pública del edificio, se presentan solamente tres arcos. Una guardia está instalada en el ala izquierda, en la de la derecha están los conserjes de la necrópolis, donde yacen vueltos hacia la pared los cuadros que el Jurado de admisión no ha juzgado dignos de figurar en la exposición, y que sus autores, incomodados, no han reclamado en el término prefijado. Volvamos a la fachada principal.

Se suben los siete escalones, se pasa una de las siete puertas y se coloca uno en un torniquete de hierro guarnecido de terciopelo rojo, imitación del Cristal Palace de Londres, y cuyo mecanismo marca el número de los que entran. Estamos ya en un gran vestíbulo, en cuyas dos extremidades hay dos escaleras que conducen a las galerías superiores consagradas a los dibujos, acuarelas, miniaturas, esmaltes, grabados, litografías, estampas, obras gráficas y otras cosas de pequeña dimensión. Este vestíbulo está adornado con treinta cuadros de Dinamarca; cuarenta y cuatro de la Suecia y

la Noruega; uno de Toscana; tres que han venido de Turquía; cinco del Perú; veintidós de Portugal y once procedentes de los Estados Pontificios. Estas diversas obras, preciso es decirlo, son las que menos mira la masa general de los espectadores, porque parecen más bien decorar el vestíbulo que estar allí expuestas, como son las contenidas en las salas donde uno se apresura en seguida a entrar.

El sistema que sigue está dominado por tres grandes salas que encuadran longitudinalmente una doble fila y latitudinalmente una sola fila de galerías. Las galerías de escultura, los salones chinos y los almacenes terminan a derecha e izquierda el edificio.

La primera travesía latitudinal ofrece, comenzando por la izquierda, dieciséis cuadros traídos de las ciudades hanseáticas, después, adelantando hacia la izquierda, noventa y siete cuadros suizos, después diez cuadros de Baden, en seguida treinta y seis americanos, y luego una nueva serie de trece cuadros romanos. A la derecha de esta primera travesía se halla un *bouffet* o ambigú rica y abundantemente surtido de apetitosos fiambres, helados y vinos. En medio de esta travesía está la entrada del primer salón, enteramente consagrado a la Prusia, y que contiene doscientos cuarenta y cinco cuadros. El inmenso grupo ecuestre colosal de Augusto Kiss representando a san Jorge ocupa el centro de este hermoso salón donde brillan los maestros de más reputación y los discípulos más brillantes de las célebres escuelas de Berlín y de Düsseldorf con Pedro Cornelius y Kaulbach a la cabeza. Esta sala está limitada a la derecha por una galería que contiene ciento siete cuadros austríacos, once cuadros de Württemberg y sesenta y cinco cuadros bávaros. Un diván de terciopelo carmesí ocupa el centro de esta galería que no tiene más que la longitud del salón prusiano.

Al lado, y medianera con ella, comienza la galería inglesa, que se extiende en una doble longitud. Contiene doscientos veinte cuadros y algunas acuarelas o pasteles sobre cristal. Dos puertas se abren en esta galería y dan a las dos salas de escultura inglesa, de ochenta grupos, y a la austríaca de noventa y un grupos.

Si tomamos la galería latitudinal que se prolonga por el tercer costado del gran salón prusiano, nos hallamos un poco en Sajonia y mucho en España. Sajonia tiene cien cuadros, la España sesenta y nueve. Transportados así sobre la izquierda del monumento, entramos en los Países Bajos, en donde vemos noventa y seis cuadros; después de los cuales nos encontramos en la doble galería tan brillantemente ocupada por la Bélgica con doscientos seis cuadros. En medio hay un largo diván como para indicar al público que aquel es un punto en donde uno debe detenerse. Treinta y seis cuadros sardos hay colocados en el salón chinesco. Este conjunto, que comprende un poco más de la tercera parte del espacio que ofrece la Exposición de las Bellas Artes, deja todo el resto a las obras de la escuela francesa, es decir, que se pasa por medio de todas las naciones artísticas para llegar a ella.

Los franceses se han reservado dos salones, el uno inmenso, y cinco galerías para las pinturas, y además una grande sala oblonga para la escultura y los bronce. La Francia posee las dos terceras partes de las galerías bajas, y el resto pertenece a la Inglaterra. Los franceses tienen mil ochocientos treinta y dos cuadros, la escultura trescientos cincuenta y cuatro grupos de todas dimensiones. En la suya, monsieur Ingres ha expuesto cuarenta cuadros al óleo, y Horacio Vernet veinte, entre los que se encuentran los más colosales del museo, *La toma de la Smala* y *La batalla de Isly*.

En una extremidad del palacio se hallan expuestos los tapices de las manufacturas de Beauvais y el museo de Sèvres.

No entramos aquí en ninguna mención, ni aun sumaria, de las obras principales que dan a esta Exposición un carácter tan precioso de importancia y de grandeza. Cada cosa vendrá en su lugar, y esperamos dar conocimiento de las que merezcan más la atención pública a nuestros lectores. Continuaremos hoy estos preliminares exponiéndoles todas las disposiciones generales del personal y las particularidades relativas a la organización de esta solemne reunión de obras maestras y de distinguidas obras, producto de las fuerzas del arte de todos los países en el siglo XIX.

El decreto que reglamentaba la Exposición de Bellas Artes decía que los artistas podrían presentar obras expuestas ya anteriormente, pero que no podrían ser admitidas las copias. La Exposición ha sido abierta a todos los artistas vivos hasta el 22 de junio de 1853, fecha del decreto constitutivo de la misma.

Vamos ahora a dar una idea del espacio perpendicular o de pared que ocupa cada nación para colgar sus cuadros.

La Inglaterra 800 metros, la Bélgica 752, la Prusia 750, la Holanda 310, la España 300, la Suiza 300, el Austria 210, la Suecia y la Noruega 130, el Gran Ducado de Hesse 52, el Wurtemberg 23, y el Hannover... uno solo, y aun este pequeño espacio no se ha llenado.

Un terrible pensamiento se ocurre al aspecto de semejante reunión de obras, de las que muchas son maestras: ¡un incendio! Ninguna compañía de seguros sería bastante para reembolsar semejante siniestro, y además el dinero no podría consolar una época, una civilización, de la pérdida de estos cuadros, llenos de las mágicas expresiones del arte por manos que no se repiten jamás. Así es que se han tomado precauciones que pueden decirse las más formidables, ya para prevenir el peligro, ya para limitarlo si terriblemente llegase a suceder. Un depósito constantemente lleno de agua, de 4 metros cúbicos, se halla colocado a las inmediaciones de la sala de los escultores. Bomberos circulan día y noche, con ojo y oído atento, por estas salas y por las más mínimas dependencias. Además, los tubos engastados en las murallas traen grandes caudales de agua dispuestos a saltar en cuarenta y ocho caños diseminados por todas partes. Se resguardarían los cuadros del fuego, pero se los anegaría.

He aquí las proporciones del edificio. El edificio general es un paralelogramo de ciento treinta y seis metros sobre treinta y dos. Los tres grandes salones, de los cuales uno de ellos es francés y otro prusiano, son cuadriláteros y casi regulares; el más grande, situado justamente en el centro del edificio, es oblongo, y tiene de medida cuarenta y dos sobre veinticinco. En el centro se ha colocado una cesta llena de flores, en medio de las cuales se ven blancas estatuas. Un diván circular la rodea. Las otras dos salas tienen veinticinco metros sobre veintiuno. Las galerías que se extienden alrededor de estos salones tienen una anchura media de diez a once metros, muy suficiente para obtener la distancia óptica necesaria para mirar los cuadros. Se han pintado las paredes de un color verde oliva, generalmente creído el más favorable para los cuadros. No hay ningún adorno interior que pueda hacer concurrencia con las obras expuestas. Las puertas o más bien las aberturas están guarnecidas de altos cortinones de tapicerías viejas de Beauvais y de Gobelines, y cuyos colores están armoniosamente debilitados por el tiempo.

La sala de escultura tiene ochenta metros de largo, espacio que ha parecido suficiente para aislar el mayor número de objetos, y que permite poder pasear entre ellos. Sobre las paredes pintadas del mismo color verde oliva se han puesto algunos cartones de monsieur Chenavard. Al final de esta sala se ha organizado un ambigú, igual al que hay a la entrada, donde comen y refrescan los que visitan la Exposición.

El Palacio de la Industria es apropiado a su objeto, se ha construido fácilmente, y puede uno encontrarse allí con mucha facilidad. La multiplicación de vallas hace que a cada instante se encuentre la perspectiva de puntos imprevistos; la luz se halla abundantemente distribuida, y ningún artista puede quejarse de que le falte a sus cuadros. Hablemos del aire. Se han tomado precauciones para renovarle. Un largo camino subterráneo que desemboca debajo de los divanes circulares de los grandes salones trae un aire tomado en cuevas frescas a que corresponden las ventanas que hay abiertas en el techo.

Se había pensado que la cifra total de las obras expuestas sería más considerable de lo que ha sido; la palabra *universal* había dado un gran aumento a la imaginación. Sobre los cinco mil veintiocho cuadros la Francia cuenta casi la mitad. El resto se divide desigualmente entre la Inglaterra, que ha tenido una parte leonina en la exposición, setecientos setenta y cinco objetos, a saber: ciento treinta y un cuadros, ciento treinta y cinco dibujos a la acuarela, ciento veinticinco dibujos de arquitectura, ochenta estatuas y bustos, y el resto grabados y litografías...

Los alemanes y los belgas vienen después. Los holandeses y los españoles están en un medio. Las gentes del Norte están poco representadas, rivalizan en número igual. La Italia, ¡ay!, no tiene más que un *mínimum* en cantidad y calidad.

La Rusia, que tiene también muy buenos pintores, se halla ausente.

Lo repetimos: es una fortuna sin igual para la generación presente la grandiosa Exposición de las Bellas Artes. Grandes artistas han transportado resueltamente allí la obra de toda su vida. Entre los franceses, Ingres, Delacroix, Decamps, Horacio Vernet, están en ese caso. Sería preciso recorrer toda la Europa, abrir todos los gabinetes, investigar todos los monumentos, todos los museos, para encontrar estos lienzos célebres que se han disputado todos los países. Pues bien, todos están bajo una llave, en un mismo sitio, por cuatro meses, en medio del más grande esfuerzo, de un concurso inmenso de artistas, la mayor parte excelentes, venidos de todos los puntos del globo. Aunque París no ofreciese a los que vienen a visitarle más que este solo espectáculo, París habría dado a la Europa y al mundo la más brillante hospitalidad.

LA ISLA DE COZUMEL

Isidro R. Gondra*

San Miguel de Cozumel es una isla del mar de las Antillas, cercana a la costa oriental de la península de Yucatán, de la que dista cuatro leguas. Tiene de largo de doce a catorce y cuatro o cinco de ancho. Su latitud norte es de 20° 30' y su longitud oeste 83° 28'.

Esta isla se ha hecho notable en la época anterior a la conquista por su influencia religiosa en todas las costas cercanas. No lo ha sido menos en la época del descubrimiento del continente por las relaciones de Fernández de Córdoba, de Grijalba y de Cortés. Y finalmente, después de la conquista ha llamado la atención porque siendo el primer punto que ocuparon los españoles, uno de los más poblados, y cuyas calles, edificios y construcciones presentaron desde luego la idea de un pueblo antiguo y civilizado, su destrucción ha sido la más completa y su despoblación tan extrema que ha llegado a quedar completamente desierta. Sin embargo, en estos últimos años ha merecido las curiosas investigaciones de algunos viajeros, tan ilustrados como M. Stephens.

Los padres Lizama y Cogolludo, que son los primeros y acaso los más minuciosos historiadores de Yucatán, aseguran que en lo antiguo la isla se llamaba Acuzamil, porque en su centro se encontraba un gran santuario adonde venían en peregrinación no solo los habitantes de toda la península, sino los de Tabasco, Chiapas y Guatemala, a cuyo efecto habían construido dilatadas calzadas y sólidos caminos, siendo el más notable uno que se dirigía desde el pie de la pirámide principal hasta el mar, para que, sin riesgo de perderse, como dice Cogolludo, llegasen al templo a cumplir sus promesas, a tributar sus ofrendas, a hacer sus sacrificios, a pedir el remedio a sus necesidades o a consultar los oráculos de sus deidades falsas. Entre las tradiciones conservadas a la época de la conquista, apenas merecen mencionarse una que otra, pues la inverosimilitud del resto haría inútil y fastidiosa cualquiera relación.

Se habla de un convento de monjas del que nunca querían salir, permaneciendo vírgenes, y cuyos retratos o estatuas, que se conservaban después de su muerte, llegaban a ser adoradas como diosas; y aún se conservaba el nombre Zuhuy Kok, esto es, fuego virgen, a la que estaban encomendadas las educandas de aquel monasterio, y a la que ofrecían sus sacrificios.

Adoraban por dioses a sus reyes difuntos, siendo los más notables el de la guerra, que se distinguía por una flecha y se llamaba Ahhulané o Akhulneb, y el patrón principal del gran templo, cuya visita causaba la peregrinación hasta aquella isla. Se dice

* Gondra, Isidro R., «La Isla de Cozumel», *El Álbum Mexicano*, I (1849), pp. 238-239. II. (Escrito para *El Álbum*) https://books.google.es/books?id=G7QsAAAAAYAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_gesnummary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

Hay referencias a esta isla de Cozumel en *Registro Yucateco. Periódico literario redactado por una sociedad de amigos*. Mérida de Yucatán: Imprenta de Castillo y Compañía, 1846, vol. 3 (firmado M. F. P.).

que era muy distinto de todos los demás y de una figura extraña, de enorme tamaño, de barro cocido, hueco y pegado a la pared con cal. A sus espaldas había una especie de sacristía, con una pequeña puerta oculta, por donde entraba alguno de los sacerdotes, y desde allí respondía a las preguntas y demandas que le dirigían los peregrinos. Creían los miserables alucinados, dice Cogolludo, que el ídolo les hablaba y no dudaban de lo que les decía, por lo que lo veneraban más que a los otros, le hacían cuantiosas ofrendas y le sacrificaban aves, perros y aun a veces hombres, siendo muy grande el concurso de todas partes y la multitud de los que venían a consultarle y a solicitar remedio en sus aflicciones y cuidados.

Cozumel hace un papel muy importante en la época de la conquista. Poco podríamos decir de los descubrimientos de Colón y de Córdoba, que pisó aquella isla, conducido por el piloto Juan Alaminos, en 1517, el que ya había acompañado a Colón en su cuarto viaje cuando reconoció la isla de Guanaja; pero sí podríamos decir mucho sobre el *Viaje* de Juan de Grijalva, capitán general de la flota del rey de España habilitada por don Diego Velázquez, publicado en italiano en Venecia, en 1522, y después en francés por los señores Ternaux-Compans en su *Colección de viajes y relaciones de América*, en el tomo décimo; y lo mismo del de Hernán Cortés, si los límites de este artículo nos lo permitiesen.

Diremos solamente, sobre su estado actual, algo de lo que refiere el célebre viajero M. Stephens, quien dice que el primer objeto que llamó su atención en Cozumel fue una fuente de agua pura y cristalina, cuya construcción denota desde luego su antigüedad e indica bastante haber sido obra de las mismas manos que construyeron la antigua ciudad de Uxmal. La fuente se encuentra en una gruta o caverna, con su bóveda y correspondiente cúpula, más ancha a la entrada que en el interior.

A primera vista se notan los restos de muchas construcciones de oratorios o templos, siendo la pirámide principal el objeto de los cultos y el término de la peregrinación de los antiguos habitantes de todo Yucatán, para los que, como Roma con respecto a los cristianos, era su orbe católico.

En medio de una vegetación exuberante de árboles seculares, se advierten todavía muchos vestigios de la antigua población. Uno de ellos se ve a cerca de doscientos pies de la playa, por encima de los árboles de los bosques que se acercan a la costa. Es una pirámide situada sobre un terraplén, con escaleras a los cuatro lados, y cuya base es dieciséis pies cuadrados; tiene cuatro puertas que miran a los cuatro puntos cardinales. El exterior es de piedra labrada, y se conoce que estaba cubierto de estuco y adornado de pinturas, cuyos vestigios se ven todavía. Las puertas dirigen en el centro, por un corredor estrecho de veinte pulgadas, a un cuarto de ocho pies y seis pulgadas de largo, con cinco pies de ancho.

A seiscientos pies de la playa se encuentra otro edificio levantado encima de un terraplén, y sobre él una pieza de veinte pies de frente y dos varas, diez pulgadas de profundidad; tiene dos puertas y una pared atrás de siete pies de espesor. Hasta la bóveda, que es triangular, hay tres varas y media de altura. Sobre las paredes se reconocen también vestigios de pinturas.

En la parte más espesa de la selva, detrás de los edificios mencionados, hay otra ruina no menos interesante. Es una iglesia construida después de la llegada de los es-

pañoles: su largo es de doscientos pies, y su ancho de setenta. La pared del frente ha caído enteramente; pero las de los lados conservan todavía la altura de siete varas. Queda también alguna parte de la obra de yeso y a lo largo una línea de adornos pintados. La parte interior está llena de las ruinas, de las bóvedas y cubierta de zarzales; un árbol ha crecido en medio del altar mayor, y todo presenta una escena de lamentable destrucción. La historia de esta iglesia no es menos oscura que la de los templos arruinados, *o cues* (de la palabra maya *cu*, que significa *Dios*), cuyo culto suplantó. Cuando se edificó y por qué se abandonó, como también su verdadera existencia, son cosas que enteramente se ignoran, pues no hay memoria ni tradición alguna, y sería infructuosa hoy cualquiera tentativa para investigar su historia, no quedando sino la idea de la vanidad de las empresas humanas y de la ignorancia de los conquistadores acerca del valor de las regiones descubiertas en América.

Cogolludo solo encontró la tradición de que en Cozumel estaba el supremo santuario, adonde no solo los moradores de esta isla, sino los de tierras muy distantes, concurrían a la adoración de los ídolos que en ella veneraban; lo que comprueba con los vestigios de las calzadas que atraviesan no solo a Cozumel, sino a todo Yucatán, siendo muy notable la que llega hasta la playa del mar, por el punto donde un brazo de él divide a esta isla de la península de Yucatán. En otra parte dice: «Estas calzadas eran como caminos reales, que guiaban sin recelo de perderse en ellos, para llegar a Cozumel, al cumplimiento de sus promesas, a las ofrendas de sus sacrificios, a pedir el remedio de sus necesidades y a la errada adoración de sus dioses fingidos».

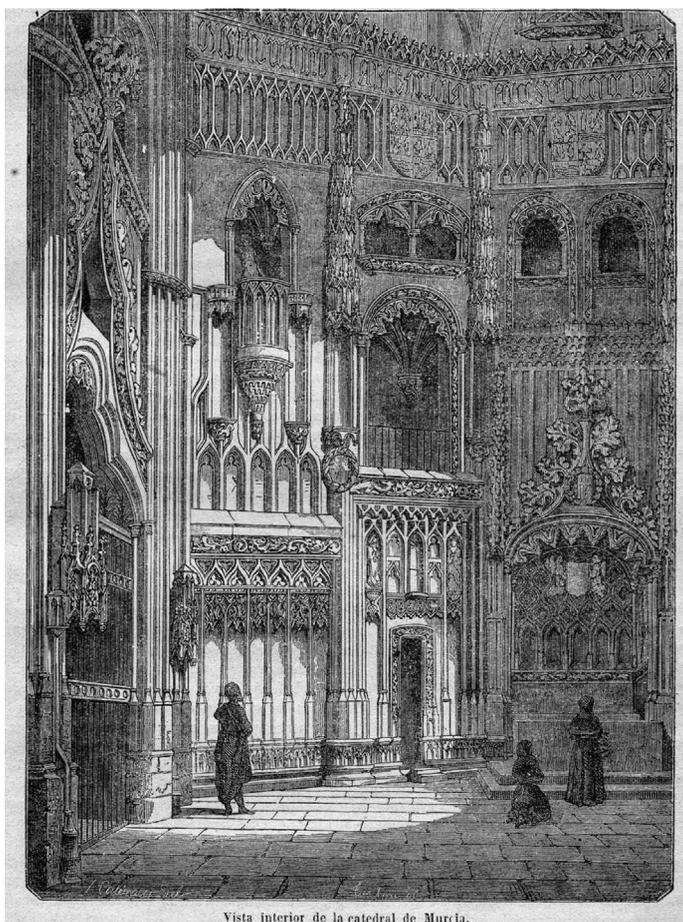
Cozumel, finalmente, se ha hecho célebre por el descubrimiento que hicieron los conquistadores en el expresado santuario de una cruz de piedra, que ocupa en los anales de Cogolludo y de Lizama muchos capítulos. Esta cruz se encuentra ahora en el convento de franciscanos, llamado la Mejorada, en Mérida, capital de Yucatán, adonde fue conducida probablemente por algún piadoso religioso cuando se des pobló esta hermosa isla.



Fig. 6. *San Miguel, isla de Cozumel*, p. 238.**

** La ilustración que se inserta en *El Álbum Mexicano* reproduce la publicada en 1846 en el *Registro Yucateco*.

LA GOLONDRINA Y LA CATEDRAL DE MURCIA *



Vista interior de la catedral de Murcia.

Fig. 7. Vista interior de la catedral de Murcia, p. 97.**

* s. f., «Estudios de viajes. La golondrina y la catedral de Murcia», *Museo de las Familias*, X (25 de mayo de 1852), pp. 97-99. II.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002554446&search=&lang=en>

Hay numerosas coincidencias entre este artículo y el firmado por C. de C., «L'Hirondelle de Murcie. Épisode de la guerre d'Espagne (1808)», *Musée des Familles*, XVIII, núm. 25 (abril de 1855), pp. 193-194.

** La ilustración reproduce la insertada en el artículo de *Musée des Familles*.

Magnífico y sorprendente es el efecto que produce la catedral de Murcia, tanto en su exterior como en su parte interior: atesora en su centro algunas preciosidades dignas de la mayor atención por su antigüedad y buen gusto. Cuando la silla episcopal de Cartagena se trasladó a la de Murcia, la catedral se instaló en la iglesia de Santa María de Gracia, reedificándose a mediados del siglo pasado: el coro era muy pequeño, carecía la iglesia de torre, y la puerta principal estaba dentro del claustro mayor. Esta iglesia perteneció por aquel tiempo al convento de los Templarios, habiendo sido mezquita de los moros en la antigüedad. Continuó siendo catedral hasta el año de 1320, época en que el señor don Pedro Peñaranda, obispo de la diócesis, la mandó demoler, y en el mismo sitio se reedificó la segunda, y en 1388 don Francisco Pedrosa, llevado de un espíritu altamente religioso, empezó al lado de aquella a la que hoy existe, y quedó habilitado el templo el año de 1467. En 1737 se dio principio a la fachada principal, la que por su magnitud y sencillez se considera como una de las mejores obras de España en el arte arquitectónico.

Es toda ella de sillería y de tan extraordinaria delicadeza que es la admiración de los extranjeros. Consta de varios cuerpos. El primero, que por su esbeltez puede llamarse colosal, está colocado sobre un zócalo o pedestal corrido de piedra negra pulimentada y cubierta de escultura del mejor gusto; es del orden corintio, embellecido con todo el adorno que exige el arte: sus columnas pareadas dan cabida a varios nichos en que se ven colocadas las obras de los mejores artistas españoles. El segundo es del orden compuesto, enriquecido más que el anterior; el todo de la fachada camina en figura piramidal, por ser la que da más realce a esta clase de monumentos; toda ella está adornada con multitud de relieves, estatuas y otros adornos de gran mérito.

Pasando al interior del templo por una de las grandes entradas que hay en esta fachada, se ve que la fábrica de este templo pertenece al estilo semigótico: sorprende a primera vista la elevación de un cuerpo de luces con su cúpula de arquitectura grecorromana, que, unida al resto del templo, constituyen por su enlace mutuo un solo edificio.

En el extremo oriental de la nave principal está situada la capilla mayor, cuyos muros se hallan cubiertos de escultura gótica dorada, con estatuas de reyes y santos en nichos laboreados con puntiagudos doseles. A la izquierda, conforme se entra, está la urna sepulcral con las entrañas del rey don Alonso el Sabio, en la que hay una inscripción que dice:

Aquí están las entrañas del S. R. D. Alonso, el cual, muriendo en Sevilla, por la gran lealtad con que nuestra catedral de Murcia le sirvió en sus adversidades, se mandó sepultar en ella.

Al lado opuesto se halla la que contiene las reliquias de san Fulgencio y santa Florentina. En el centro del presbiterio se eleva otra de plata, con los cuatro evangelistas, cuyas gradas y frontón son de aquel metal. Es una de las preciosidades de este templo; se construyó en Valencia a principios del siglo pasado, y tiene noventa y cinco onzas de oro y seiscientos veintidós esmeraldas. El copón de oro que reserva esta urna es otra de las preciosidades artísticas: pesa ciento veinte onzas y fue costado por don Franco Lucas Guill, chantre de esta catedral.

Siguiendo el orden que nos hemos propuesto, sobresalen en el género gótico las capillas del marqués de los Vélez y la de Junterón. La primera es una de las mejores de esta iglesia por su capacidad y elegante forma, como verán nuestros lectores por el adjunto grabado.

Forma un octógono de dos lados desiguales con grande altura y copiosas luces, y por fuera presenta la forma de un verdadero castillo de piedra con sus fuertes estribos y graciosas almenas. Su interior está magníficamente adornado al estilo gótico con pilares que reciben los arcos que forman la bóveda por arista. Los muros están decorados con delicados follajes y varias figuritas sobre repisas cubiertas con doseletes calados. La entrada la componen tres arcos con abundancia de calados que llegan hasta sus claves.

La torre es justamente admirada por todos los viajeros. La sillería del coro es obra del presente siglo, pues se colocó el año de 1803; toda ella es de nogal y caoba y está concluida con extremada delicadeza. En la sacristía hay un bajorrelieve de nogal de esmerado gusto que representa el descendimiento de Nuestro Señor. Las alhajas, vasos sagrados y ornamentos de esta catedral son de una riqueza y valor extraordinarios y de un grande mérito artístico, reputándose con razón esta basílica por una de las más ricas de España.

Circunscritos a dar solamente una ligera idea de este notable edificio, no nos extenderemos más y completaremos nuestro artículo refiriendo a nuestros lectores un episodio histórico coetáneo a la guerra de la Independencia, y es como sigue.

El 24 de mayo de 1808, en el momento en que la España entera se levantaba contra José Bonaparte con un patriotismo heroico, rezaba un joven en la catedral de Murcia, delante de las molduras de piedra de la capilla Marquesa.

Este joven era un comerciante francés, llamado monsieur Charles B***, que acababa de sustraerse al degüello de sus compatriotas, encerrados con él en la sacristía de la basílica. Le había libertado de esta desgracia un íntimo amigo suyo, miembro de la junta, quien le había mandado le esperase en la capilla.

Ahora bien, monsieur B*** había dejado un padre, un anciano, víctima del furor de los enemigos, y no podía resignarse a obedecer a su salvador, que solo a él le había concedido el salvoconducto que llevaba consigo.

Mientras que pedía a Dios una inspiración, distraían de un modo funesto su atención los clamores confusos y continuados que se oían por todos los ángulos de la catedral.

Era el populacho insurrecto y ebrio de cólera que llegaba allí a reclamar su presa, gritando:

—¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los franceses!

Y las armas blancas reflejaban al través los rayos del sol, y los tiros disparados al aire anunciaban la suerte desdichada que les esperaba a los pobres prisioneros de la sacristía.

Al ruido de los tiros, una bandada de golondrinas se escapó de las galerías del monumento y distrajo, ¡oh, ligereza popular!, la atención de los sublevados y la del mismo monsieur B***.

Estas aves de la primavera presentaron a sus ojos un espectáculo extraño y sublime al mismo tiempo. En lugar de alejarse después de su primer arranque, se replega-

ron en orden hacia la iglesia y comenzaron a revolotear piando en derredor de un ángulo de la fachada.

Una golondrina que había estado cautiva el día anterior en poder de algún niño (en semejante edad se tiene poca compasión), y que arrastraba todavía un hilo atado a una de sus patitas, se encontraba detenida por este hilo, enredado en los relieves de una escultura.

Como lo habían presenciado las demás, renunciaron a la fuga, y alentaban con sus fuertes píos los esfuerzos de la prisionera.

Pero esta aleteaba y no podía conseguir su objeto.

Entonces la golondrina que conducía la bandada vuela directamente hacia el hilo tendido por su compañera y le toca al paso, dándole un vigoroso picotazo. Todas llegan en seguida para hacer otro tanto, pero ¡ay!, inútilmente, pues la cadena resistía, excediendo a los ataques...

Durante este tiempo un hombre sin corazón, un hombre embriagado probablemente, dispara un tiro contra el batallón alado.

Dispérsase al instante, pero se reorganiza de nuevo y vuelve a la carga con doble ardor. Comienza el desfile y se redoblan los picotazos hasta que logran romper el hilo, y todas las golondrinas desaparecen cantando la libertad de la cautiva que la conducen en son de triunfo.

¡Todas es mucho decir! Una de ellas, herida por un segundo disparo, balanceó en el aire y cayó ensangrentada a los pies de monsieur B***.

—Pobre avecilla —dijo el joven francés—, muerta por salvar a su compañera... ¿Y yo seré capaz de huir solo? No, jamás... Yo pedía a Dios un consejo y él acaba de dármele: ¡quiero seguirlo!

Vuelve a entrar en la iglesia, corre a la sacristía, saca de allí a su padre, mostrando la firma del miembro de la junta, y desarma a esta con la significativa historia de la golondrina.

Este francés se halla actualmente en Madrid, y ayer noche me refería este suceso en el Café Suizo, y le encontré digno de referirse a los lectores del *Museo* y a todo el mundo.

Esta historieta hubiera podido formar uno de los más interesantes capítulos de una obra recientemente publicada bajo el título de *Espíritu de los animales*.

Si los hombres todos modelaran sus sentimientos con los instintos de estas golondrinas, las guerras civiles serían menos frecuentes y menos terribles, porque los pueblos imitarían, como monsieur B***, el noble ejemplo de unión y desinterés ofrecido a la humanidad por un pájaro.

ANTIGÜEDADES MEXICANAS

Edouard Pingret*

Monsieur Ed. Pingret, que ha pasado algún tiempo en México ejerciendo el arte de la pintura, ha traído del Nuevo Mundo varios objetos de antigüedades mexicanas, de los cuales ha dibujado algunos en la lámina adjunta, cuya explicación se encontrará en las siguientes notas que ha tenido a bien facilitarnos.

Mientras ejercía la pintura en México, dice monsieur Pingret, me fue imposible ver los vestigios de las obras de un pueblo destruido sin tratar de recogerlos, y, aunque privado de todo recurso, aunque tenía que luchar con dificultades sin cuento, logré, sin embargo, reunir unos dos mil cuatrocientos objetos del arte y de la industria azteca de una autenticidad incontestable, en diversas materias, y sobre todo en barro cocido. Así, reunidas a mucha costa, he traído a Francia estas curiosas pruebas de las creencias religiosas y de los usos domésticos de una nación que ha desaparecido y sobre la cual se poseen en Europa pocos documentos materiales. Mi colección, superior en número a las de los museos de Londres y París, me parece digna de llamar la atención de los arqueólogos, entre tanto que puede hallar su puesto correspondiente en un depósito público.

Bien que las antigüedades en materias duras sean en general las más auténticas y las más buscadas, la ciencia no debe excluir de su examen los objetos ejecutados en materias más blandas; algunas de las piezas de mi colección servirán, por el contrario, para demostrar el socorro que puede hallar la arqueología en el estudio de los barros cocidos y de las maderas esculpidas que la componen en su mayor parte.

Tomemos primeramente entre un centenar de figurillas esa tan feamente fantástica, aplastada, con los ojos saltones y la mandíbula armada de dientes agudos (1);** representa la imagen simbólica del dios terrible que presidía a la guerra y a los sacrificios humanos, consagración de la victoria entre los aztecas. Ese barro cocido es la reproducción del original auténtico y colosal en pórfido negro que posee el museo de México: es el gran dios Huitzilopochtli, el Marte mexicano que marcha a la cabeza de la mitología azteca. Esa figura repugnante se encuentra reproducida en bajorrelieve

* s.f. [Pingret, Edouard], «Antigüedades mexicanas», *El Correo de Ultramar*, VIII, núm. 196 (1856), pp. 223-224. II.

https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709423

Aunque aparece sin firma, el texto es obra de Edouard Pingret, como se indica en las primeras líneas del artículo. El original en francés apareció en *L'Illustration*: Pingret, Ed., «Antiquités Mexicaines», *L'Illustration. Journal Universel*, XXVIII, núm. 707 (13 de septiembre de 1856), pp. 175-176.

** Los números insertos en el artículo hacen referencia a los objetos representados en la ilustración que reproducimos al final de artículo.

sobre un cartucho que soporta una serpiente de plumas de piedra negra (2) que hallé en un cementerio donde servía de base a una cruz de piedra.

En un grupo de barro cocido de bastante buena ejecución representando un sacrificio humano (3), esa imagen se ve igualmente sobre un tajo que va a servir para explicar otra antigüedad de jaspe hasta aquí poco observada porque sirve de esquina en el ángulo de la morada de la familia Serventes, una de las más antiguas y nobles de México. Esa esquina sobre la cual está esculpida en proporciones enormes la máscara característica del dios de la guerra (4) no es otra cosa que el tajo fatal, el verdadero altar de los sacrificios humanos entre los aztecas y por consiguiente el monumento más curioso de México, pues, aunque hay otro colocado en otra calle de la ciudad, se encuentra en parte mutilado. Probablemente sobre ese altar los sacerdotes aztecas inmolaron seis mil prisioneros el día del advenimiento de su último emperador Moctezuma, y también pagaron allí la audacia de su conquista muchos compañeros de Cortés.

El descubrimiento en México de un verdadero altar de los sacrificios humanos destruye cuanto se ha publicado sobre lo que llaman la piedra grande de los sacrificios desenterrada en la plaza Mayor por un inglés que se llevó a Londres un modelo de yeso. Esta piedra, que hemos examinado con mucha atención, es de jaspe, color simbólico en el lenguaje de los aztecas. Su diámetro, que es de cuatro metros, y su forma aplastada y circular prueban que nunca pudo servir para los sacrificios humanos; más bien servía de arena donde los campeones combatían a muerte a la vista de la multitud en aquellas luchas singulares tan frecuentes entre las tribus de Anáhuac. El agujero que se ve en el centro y el supuesto canal para que corriera la sangre de las víctimas no son más que mutilaciones modernas que, como ya he citado un ejemplo, servían por medio de ganchos para fijar una cruz de hierro, símbolo del triunfo del cristianismo sobre la barbarie.

Esta doble opinión está basada en las siguientes descripciones que da mister W. Prescott, según los autores españoles, de los sacrificios humanos y de los sacrificios de gladiadores entre los aztecas:

«Para los sacrificios humanos los sacerdotes extendían la víctima sobre la piedra del altar, trozo de jaspe convexo en su parte superior; cinco sacerdotes sostenían la cabeza y los miembros del paciente y otro sacerdote, cubierto con un manto rojo, le abría el pecho con un cuchillo agudo de una materia volcánica tan dura como el guijarro y, metiendo la mano en la herida, sacaba el corazón, le presentaba al sol y le arrojaba palpitante a los pies de la divinidad protectora del templo.

Menos horrible era el sacrificio que llamaban *de los gladiadores*, porque se parecía a los juegos sangrientos de la antigüedad. Un cautivo de distinción recibía armas para combatir sucesivamente contra cierto número de mexicanos; vencedor, recobraba su libertad; vencido, lo arrastraban al altar donde era inmolado según el uso. Este combate tenía lugar sobre una gran piedra circular en presencia de los habitantes de la capital».

Otro documento precioso probará igualmente lo que puede enseñar el estudio de las muestras de barro cocido; es un pequeño modelo (5) del gran Teocalli (*casa de Dios* en México) descrito exactamente por los historiadores españoles, testigos oculares, y que Cortés mandó destruir para echar los cimientos de la catedral de México en aquel mismo sitio y con los materiales del templo. Este barro cocido es la copia autén-

tica del edificio sagrado que atraía a todos los pueblos de Anáhuac; subíase a él por dos escaleras, una para los sacerdotes y otra para las víctimas. En las dos torres cuadradas establecidas sobre la plataforma, las imágenes de los dioses protectores se hallaban colocadas en capillas o nichos derechos; el altar del sacrificio se elevaba al borde del último escalón de la escalera por la cual rodaban los cadáveres de las víctimas en los festines religiosos del pueblo. Los cráneos de los holocaustos del año se conservaban colocados simétricamente sobre la parte de delante de las torres donde los compañeros de Cortés contaron hasta 136.000. Cortés no pudo obtener en un principio sino una de las dos capillas del gran Teocalli de México para celebrar la misa en horas diferentes en que se practicaban las sangrientas ejecuciones.

He aquí una muestra en materia volcánica (6) de una de esas capillas que encierra todavía el dios protector: su boca con un candado es el emblema del silencio, así como la lengua colgando era el emblema de la palabra. Ese personaje sentado (7) que tiene la boca como el otro debe ser un dios protector. Esa otra figura (8) tiene una copa destinada a recibir la sangre del sacrificio humano, y he aquí separadamente (9) esa vasija de barro colorado como la sangre, y el cuchillo sagrado de piedra (10) que servía para abrir las entrañas de las víctimas. El incensario (11) se usaba en las solemnidades en que los sacerdotes daban incienso al emperador.

El fragmento de jaspé (12) forma parte de una argolla que uno de los seis sacerdotes encargados de la ejecución colocaba al cuello del paciente para sostenerle la cabeza; en el museo de México y en una galería particular hay tres de estas argollas muy escasas en México. La piedra funeraria (13) sobrecargada de emblemas de la muerte parece completar con lo que precede la serie de los instrumentos de destrucción que se usaban en los ritos sangrientos de la religión de los antiguos mexicanos.

Muchas figurillas de mi colección ofrecen la representación simbólica de otros dioses de los aztecas. Esa figura de mujer (14) harta de comida, que lleva una mazorca de maíz y una sandía, es la Ceres de los aztecas; esa otra figura tendida (15) con una copa es el dios del pulque, bebida fermentada que se usa todavía en México, es el Baco de los aztecas; en el museo de México está el original de pórfido negro.

Esta estatua de tamaño natural (16) de materia volcánica color de rosa representa un joven sentado en el suelo, lo que significa terremoto. Esa escultura, que sin duda estaba colocada en un templo erigido para apaciguar la ira del espíritu destructor, fue hallada por el señor Hidalgo, uno de los mejores arquitectos de México, en la hacienda que posee sobre las cuestas del Popocatepetl, volcán terrible donde los indios suponían su infierno. Cortés, una vez que carecía de azufre, mandó bajar a uno de sus capitanes al cráter de ese volcán que es hoy una mina de azufre muy productiva.

Inútil es insistir sobre los caracteres de autenticidad que distinguen los objetos que acabamos de describir. Los indios actuales no han podido en efecto imaginar esas formas extrañas que no proceden ni de las antiguas naciones del Oriente, ni de los griegos ni de los romanos y mucho menos de los tiempos modernos. Los mexicanos contemporáneos tampoco han podido inventar esos personajes de una mitología de la que no tienen la idea más remota; ¿con qué objeto los artistas o los alfareros del país habrían fabricado esas urnas extrañas, esas lámparas, esas pipas, esas vasijas de mil formas al uso de la vida privada que nadie compra porque son inútiles? ¿No es más

natural pensar que todos esos objetos son de una época muy antigua como lo prueba incontestablemente su carácter? He aquí la diosa que presidía a la maternidad, esa otra a la juventud, esta a la vejez y a la muerte. Aquí se ven caciques, guerreros armados y hasta seres humanos pero monstruosos que, como los enanos y los locos de la Edad Media, tenían el privilegio de divertir al soberano. Tampoco es posible ver imitaciones en esas piedras cortadas para usos desconocidos, en esos manuscritos sobre piel o sobre papiro y en esas maderas esculpidas o petrificadas que se encontraron en el fondo del antiguo lago de México, vasto depósito de antigüedades y quizá de riquezas ocultas.



Fig. 8. *Antigüedades mexicanas*, p. 224.***

*** La litografía, obra de Pingret, reproduce la que apareció en *L'Illustration*, p. 176. Véase la primera nota a este artículo.

Artículos científicos

Avances científicos y transferencias culturales

Raquel Pérez Valle
UNED

Las publicaciones ilustradas, recursos inigualables para la difusión de la cultura y el conocimiento en el siglo XIX, también se muestran como una herramienta de primer orden para la divulgación de contenidos científicos entre el gran público.

Recogiendo la ya arraigada vocación experimental de la Ilustración, presentan a los anhelantes lectores artículos procedentes de variadas investigaciones y disciplinas. La arqueología, botánica, astronomía, ingeniería, historia natural, óptica... entran en los hogares de las familias y conviven en un mismo medio de comunicación, como demuestra la atractiva miscelánea seleccionada para esta antología, abriéndoles las puertas hacia la otredad, entendida como patrimonio del ser humano.

En estas revistas enciclopédicas se exponían novedosas teorías, que en ocasiones se adentraban en un resbaladizo terreno próximo al conflicto teológico. Para hacerlo, se auxiliaban de un estilo ameno, con un singular protagonismo de las ilustraciones, escabulléndose del tedioso y encorsetado lenguaje científico y coqueteando con la creación literaria.

Más que ningún otro tipo de contenidos apuntaban hacia una identidad de los individuos como un todo dentro de la humanidad. Los avances se entendían en el marco del progreso del ser humano, lo que propició que en las publicaciones especulares la difusión permaneciera con un grado de fidelidad al original bastante mayor. Esa circunstancia no impide que los exitosos descubrimientos dejaran de suponer una magnífica propaganda específica tanto para el país en el que se producían como para el lugar de donde era oriundo el investigador.

Las características intrínsecas de este tipo de estudios se adaptaban de manera inmejorable a las revistas enciclopédicas, menos lastradas por los contenidos de actualidad. Gracias a ello encontramos, sin inconvenientes, artículos publicados en Francia, en el *Musée des Familles* o en el *Magasin Pittoresque* en la década de los treinta y en el *Museo de las Familias* o en *El Museo Mexicano* casi diez años después. Su aparición y amplia difusión en estas cabeceras tampoco impedían las posteriores ediciones en un formato más convencional dentro del mundo científico. Así, casi la práctica totalidad de los textos que hemos seleccionado posteriormente se distribuyeron y comercializaron en el mercado formando parte de libros, álbumes e incluso como capítulos de enciclopedias.

La gran mayoría de los investigadores de la época manejaban como herramienta esencial el dibujo, como en el caso de Pierre Boitard, aunque a muchos de ellos los acompañaba un dibujante. La fotografía también se convirtió en un óptimo instrumento con el que dar a conocer sus descubrimientos, como sucedió con el explorador y arqueólogo francés Désiré Charnay, mundialmente conocido por sus imágenes de las ruinas de las antiguas civilizaciones precolombinas en México. Como se

puede comprobar en esta antología, el protagonismo que alcanzan estas representaciones, habida cuenta del público al que se dirigían, trasciende el mero acompañamiento del texto.

Las andanzas de investigadores como Alexander von Humboldt (1769-1859), Linneo (1707-1778), Lamarck (1744-1829), Buffon (1707-1788), Georges Cuvier (1769-1832), Félix de Azara (1742-1821), Guillermo Dupaix (1746-1818), William Herschel (1738-1822) o François Arago (1786-1853) ya se habían difundido más allá de los reducidos círculos científicos. Un gran número de lectores siguieron con agrado sus atractivos textos. Los investigadores posteriores contaban con notificar sus descubrimientos gracias a este tipo de prensa.

La prensa diaria tampoco permaneció ajena a estos contenidos tan provechosos. Baste recordar la noticia falsa conocida como «Great Moon Hoax», difundida en agosto de 1835 por *The Sun*, que aumentó con ello sus ventas de 8.000 ejemplares a 19.000. Los seis artículos recogían las observaciones astronómicas, realizadas cerca de Ciudad del Cabo, recibidas en un telescopio gigante, del astrónomo John Herschel (1792-1871), hijo de William Herschel, sobre las características de la luna: flora, fauna, habitantes y hasta civilización, según el diario neoyorquino, publicadas antes en el *Edinburgh Journal of Science*. Aunque desde un primer momento muchos dudaron de la veracidad de lo relatado, su difusión se popularizó gracias a publicaciones de todo el mundo, y *The Sun* editó incluso un pequeño álbum con varias litografías fantásticas de las escenas descritas. El público quedó fascinado con los selenitas alados o con animales desconocidos semejantes a una *cabracornio*, un castor bípedo sin cola... Los lectores se acostumbraron a este tipo de representaciones, las celebraban y solicitaban, como ejemplificamos en estas páginas con la lámina «Sobre el aerolito».

Existe una variada casuística respecto a la autoría de los textos científicos, y la presente antología procura reflejarla: desde los traductores y adaptadores que firmaban con iniciales, pasando por los grabadores e ilustradores a los que limaron su identidad, hasta reputados investigadores del momento, todos ellos franceses; alguno cuyo eco ha resistido el paso del tiempo, aunque casi todos prácticamente desconocidos en la actualidad para el gran público.

Este es el caso del óptico y fotógrafo Auguste-Adolphe Bertsch (1813-1871), que gracias a los primeros daguerrotipos microscópicos capturó imágenes imperceptibles para el ojo humano. Pocos años después presentó en la Academia de Ciencias de Francia su investigación fotomicrográfica, obtenida mediante la combinación del microscopio solar y el cuarto oscuro (1853). Hoy en día seguimos encontrando pruebas de su influyente trabajo. En 2009, el Museo Albertina de Viena, que dispone de una de las más extensas colecciones gráficas del mundo, albergó la exposición «La fotografía y lo invisible», organizada por el Museo de Arte Moderno de San Francisco. En ella se exploraba el uso de la fotografía en la ciencia del siglo XIX, centrándose en imágenes de fenómenos no perceptibles a simple vista. Entre las obras seleccionadas se encontraban las de Auguste Bertsch.

Por su parte, el botánico, zoólogo y geólogo Pierre Boitard (1789-1859), especialmente recordado por la descripción y clasificación del diablo de Tasmania, cuenta con numerosas publicaciones desde 1821 sobre botánica, historia natural, entomolo-

gía o taxidermia, como *Galerie pittoresque d'histoire naturelle* (1837), sin olvidar aquellas más cercanas a la creación literaria como *Curiosités d'histoire naturelle et astronomie amusante* (1862), con grabados a partir de dibujos del autor, o *Paris avant les hommes: l'homme fossile, etc.* (1861). Esta última, que recuerda el artículo que se recoge en la antología, comienza con la historia de un prehomínido que habitaba en París. Desde 1838, Boitard publicó en su país, tanto en *Le Magasin Universel* como en el *Musée des Familles*, diferentes textos que suponen un antecedente de la teoría evolucionista de Charles Darwin.

Un admirable precedente de la teoría del psicoanálisis lo encontramos en el erudito y médico Alfred Maury (1817-1892), quien, en un primer momento, se dedicó a trabajos de arqueología, lenguas antiguas y modernas, medicina y derecho. Autor prolífico con obras como *Les fées au Moyen Âge* (1843) o *La magie et l'astrologie dans l'antiquité et au Moyen Âge* (1863), también publicó diferentes estudios sobre la interpretación de los sueños entre 1848 y 1878. Se basaba en ejemplos propios y de su entorno más cercano, y por ello se consideraron como muy fiables. Contemporáneo de Hervey de Saint Denys (1822-1892), sinólogo y onirólogo de gran prestigio, fue comparado con él en diferentes ocasiones. Maury es mencionado por Sigmund Freud en *La interpretación de los sueños* y por el escritor británico Sebastian Faulks en *Huellas humanas* (2005).

En este sucinto repaso de autores no nos olvidamos de los grabadores, dibujantes y fotógrafos que, con sus contenidos gráficos, enriquecen tanto el relato de estos textos científicos.

En Pierre Boitard tenemos el ejemplo idóneo de investigador para el que el dibujo supuso un método esencial para dar a conocer sus trabajos. Tanto los personajes sobre el aerolito, que luego dibujaría Louis-Etienne Guemied (1816-?), como *L'homme fossile*, ambos en esta antología, surgieron, en un primer momento, de la pluma del zoólogo francés, como lo avalan sus libros póstumos. El grabado «El hombre fósil» lo firma Susemihl (también lo podemos encontrar escrito como *Sushemil*). Al igual que los hermanos Johannot o los Girardet, varios miembros de la familia Susemihl se dedicaron al dibujo y al grabado: Johann Theodor (1772-h. 1847), Johann Conrad (1767-1847), quien además estableció una editorial en Darmstadt, y los hijos de este, Erwin Edward (h. 1806-1866) y Emilie. Parece que Johann Theodor fue el único de ellos que trabajó en Francia, donde realizó numerosos dibujos de historia natural (particularmente de cuadrúpedos y pájaros). Boitard lo consideró «uno de los mejores dibujantes de historia natural de París».¹

Las necesidades de mercado, favorecidas por el éxito de las publicaciones ilustradas, propiciaron la proliferación de talleres de grabado en madera en Francia, que muy pronto compitieron con los grabadores británicos, como Brown. Entre ellos destacó la empresa que firmaba con el anagrama ABL, en la que se reunían tres repu-

1. A pesar de los datos anteriores no se puede corroborar con total certeza el autor de esta imagen. Aportamos una referencia más que tampoco ayuda a ello. En el British Museum conservan una imagen del grabado de «El hombre fósil» restaurada con esta descripción: «Printmadeby: Johann Konrad Susemihl (?)».

tados xilógrafos: John Andrew (1817-1870), Jean Best (1808-1879) e Isidore Leloir, autores de muchos de los grabados de esta antología, como el de la lámina «Sobre el aerolito».

La difusión de los hallazgos arqueológicos siempre se acompañó de hechizantes imágenes que evolucionaron con los avances tecnológicos del siglo, desde las xilografías y litografías hasta las primeras fotografías. Con «El palenque» evocamos la tercera expedición real dirigida por el luxemburgués Dupaix, acompañado por el dibujante toluqueño José Luciano Castañeda (1774-h. 1834). Abrieron el camino de destacados exploradores y artistas que contribuyeron a la evolución de la ciencia arqueológica en México, como Carl Nebel (1805-1855) o Johann Moritz Rugendas (1802-1858).

Mientras, con «El cuarto palacio de Mitla», dibujado por Freeman, nos adentramos de lleno en el mundo de la fotografía de la mano de Désiré Charnay (1828-1915), pionero de la fotografía arqueológica.

Si en la época la arqueología estaba de moda no lo estaba menos el mundo de lo «desconocido», en el sentido más amplio de la palabra. Microscopios y telescopios iban de la mano para mostrar a la sociedad decimonónica insólitos contenidos cercanos en ocasiones a la ciencia ficción. No en vano, en «Viaje al sol en un aerolito» contamos con varios ejemplos que nos lo recuerdan, como el cuento filosófico de Voltaire *Micromegas* (1752) o las excursiones a la luna en *El otro mundo* (1657-62), de Cyrano de Bergerac, anticipándose a autores como Julio Verne y sus afamadas novelas de aventuras, tan vinculadas a los viajes, las exploraciones y los avances científicos. Otras referencias aportadas, *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, el omnipresente *Diable boîteux* de Lesage, inspirado en *El diablo cojuelo* de Vélez de Guevara, e incluso la gótica *Melmoth el Errabundo* de Charles Maturin contribuyen a acercar el texto a la creación literaria más que a la divulgación científica.

Para complementar un relato fidedigno de los intereses científicos del público decimonónico, no podían faltar en esta antología los temas de onirotología o el estudio paleontológico de Boitard, avanzada de la evolución de las especies. En su momento despertaron controversia y anticiparon posteriores investigaciones que inexorablemente marcarían el imaginario colectivo.

Textos científicos e imágenes al alimón, divulgadas en las publicaciones ilustradas, conquistaron los hogares del Viejo y del Nuevo Mundo como un inopinado convidado en sus lecturas. Una buena muestra de ello la vamos a encontrar en el variado abanico de autores y temas que refleja la selección de esta antología.

Bibliografía

- BOTREL, Jean-François (2011). «Imágenes sin fronteras: el comercio europeo de las ilustraciones», en RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja y GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel (eds.), *Literatura ilustrada decimonónica: 57 perspectivas*. Santander: PUbliCan, pp. 129-144.
- DÍAZ-POLANCO, Héctor (2016). *El nacimiento de la antropología: positivismo y evolucionismo*. México: Orfila-Valentini.

- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Francisco José (2011). «El descubrimiento del universo en los siglos XVIII y XIX: doscientos años de avances en las observaciones astronómicas», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, núms. 4-5, pp. 99-122.
- KOTWICA, Dorota (2019). *La evidencialidad en el artículo científico: historia de un género discursivo de 1799 a 1920*. Oxford: Peter Lang.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo (2021). «El pasado imaginado. Parte 2», *Arqueología Mexicana*, edición especial, núm. 100.
- (2003). *Las piedras negadas: de la Coatlicue al Templo Mayor*. México: Conaculta.
- SUNYER MARTÍN, Pere (1988). «Literatura y ciencia en el siglo XIX: los Viajes extraordinarios de Jules Verne», *Geo Crítica. Cuadernos Críticos de Geografía Humana*, núm. 76. Disponible en <http://www.ub.edu/geocrit/sv-56.htm>

EL MUNDO INVISIBLE

Augusto Bertsch*

[...] Después de algunas tristes reflexiones sobre el estado extraordinario en que me hallaba, confiado en los esfuerzos que haría la naturaleza para recobrar sus derechos, me puse a decirle con la tranquilidad de un discípulo de Epitecto mi audaz expedición nocturna y de qué modo, no encontrando la tierra demasiado grande, me escapé para visitar otros mundos.

—¡Bien, mi caro astrónomo! —me dijo el doctor suspirando, luego que cesé de hablar—, es un castigo del cielo porque está escrito: «Nadie podrá descorrer el velo que me cubre», y Dios acaba de castigar vuestra temeridad. A algunos da la roedora duda, a otros la locura; y queriendo manifestaros que en la Tierra las señales de Su Omnipotencia son tan visibles como en el cielo, ha vuelto vuestros ojos microscópicos.

»El foco de la vista está a algunas líneas de ellos; allí los objetos son singularmente aumentados, pero más lejos se hacen invisibles, y el infinito se encuentra a la distancia de vuestra mano. Las vigas que veis pasar son vuestras pestañas que ascienden y descienden con los párpados. Una fina aguja, un hilo de seda: he ahí el pararrayo y el enorme cable que habéis visto. Estad tranquilo, sin embargo, la enfermedad no puede durar más de tres días y, si me creéis, en tanto que subsista, aprovechémonos de ella, examinando en algunos de sus pormenores este mundo que habéis despreciado.

La esperanza penetra con tanta prontitud en el corazón de un enfermo, cree tan fácil, sencilla y violenta la curación que desea, que las últimas palabras del doctor me volvieron a la vida. [...] Fueron tan extrañas, tan ridículas e imprevistas estas sensaciones que, si las contara, sería necesario haber sido microscopio como yo, para conocer que no exagero. No distinguía el suelo ni las paredes, ni me atrevía a pararme por temor de caer en no sé qué abismo que se abría a mis pies: quedé como petrificado en el sillón y, no pudiendo verme, dudando aún fuese él mismo en cuerpo y alma, me dio tentación de ver mi mano para asegurarme que yo era el que se encontraba allí.

* Bertsch, Augusto (Auguste-Adolphe Bertsch), «Estudios de historia natural. El mundo invisible», *Museo Mexicano*, Segunda época, I (1845), pp. 117-126, 163-171, 211-220. IIs.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004623384&search=&lang=es>

El artículo se publicó, también en tres entregas, en el *Musée des Familles*: «Études d'histoire naturelle. Le monde invisible», *Musée des Familles*, VII (1839-1840), pp. 293-301 y 321-328; «Voyage au bout de mon doigt», *Musée des Familles*, VIII (1840-1841), pp. 81-88. En el *Semanario Pintoresco Español* se publicó una parte, traducida por J. de V., en seis entregas, sin ilustraciones: «Estudios de historia natural. El mundo invisible», *Semanario Pintoresco Español*, 51 (20 de diciembre de 1840), pp. 405-407; 1 (3 de enero de 1841), pp. 4-5; 3 (17 de enero de 1841), pp. 20-21; 4 (24 de enero de 1841), pp. 27-28; 7 (14 de febrero de 1841), pp. 51-52 y 10 (7 de marzo de 1841), pp. 76-78. La parte de la obra de Bertsch traducida para la revista española que coincide con la del *Museo Mexicano* se corresponde con las entregas de los números 4, 7 y 10.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué tengo en la mano? ¿Qué son estas montañas y este confuso enrejado de líneas tortuosas, sembrado de grandes agujeros? —pregunté temblando al doctor.

Él se rio y me dijo:

—Es vuestra piel. ¿No os parece singularmente afeada desde ayer?

—¡Mas soy un monstruo!

—De ninguna manera. Solamente veis un poco más abultados los objetos. ¡Ah! No conocéis todavía el cutis de vuestra mano, y ayer encontrabais el mundo demasiado pequeño: ¡qué ignorante vanidad! Ved ahora de cuántas escamas está formada esta epidermis tan delgada, cuántos agujeros contiene: se podrían contar más de mil sobre la superficie de una pulgada; y por consiguiente, casi dos millones cuatrocientos mil en toda la extensión de vuestro cuerpo. [...] Pero ¿queréis ver una cosa todavía más curiosa? —y tomándome la mano me dijo—: Mirad ahora por aquí... [...]

Tan ocupado estaba yo en considerar cinco o seis volvox, cuyas raras maniobras habían cautivado toda mi atención, que apenas oía al doctor.

Así como otras muchas especies, estos animales buscaban en mi dedo un lugar separado, que recorrían rodando siempre sobre sí mismos y sin salir jamás de él.

Este lugar, demasiado pequeño para que la cabeza de un alfiler grande pudiese cubrirlo enteramente, era para ellos nada menos que un extenso país. Allí nacían y pasaban su vida en rodar, comer y dormir, y envejecidos en un momento, terminaban pacíficamente su carrera. Aquella era su verdadera patria. [...]

—Cuidáis mucho, mi querido astrónomo, de estos pequeños animales, y no pensáis en que con uno de vuestros movimientos despedazáis millares de ellos, pues se encuentran en todas partes: en el agua, el aire, en vuestros muebles, vestidos, en la piel y aun dentro del cuerpo.

En efecto, por cualquiera lado que dirigiese la vista, miraba que millones revolaban en el aire.

—¿No será —pregunté con timidez— a ciertos animales venenosos sumamente pequeños que abundan en la atmósfera a quienes debemos nuestras enfermedades epidémicas?

Esta vez no tuve que arrepentirme de mi pregunta, porque el doctor era casi del mismo parecer.

—Nada tendría de imposible —me respondió—. No obstante que los micrógrafos no han confirmado aún esta teoría por la experiencia, ¿no se observa que las epidemias, tales como la fiebre amarilla y el vómito, reinan precisamente en los países cálidos, inmediatos a grandes pantanos, donde deben multiplicarse de un modo inaudito los animales microscópicos? Los químicos admiten en el aire una materia animal que bien podría ser el resultado de la descomposición de animalejos esparcidos en el mismo fluido que analizan.

»Por otra parte, ¿no se sabe ya que ciertas enfermedades del cutis, como por ejemplo la sarna, son ocasionadas por animales solamente visibles al microscopio?

—¡Cómo! —le dije sorprendido.

—Sí, querido astrónomo, un animal pequeño que se llama ácaro, horriblemente feo, llega al cutis, cava en él una habitación, se nutre con nuestra sustancia, pronto se

multiplica de una manera asombrosa, cubre inmediatamente todo el cuerpo, y entonces está uno inoculado por la asquerosa enfermedad. Ya comprenderéis que, si tocáis un enfermo, muchos animales de estos se os podrán comunicar. He aquí por qué la enfermedad es contagiosa, pues en menos de tres días...

—Ya no habléis de eso —dije interrumpiéndole—. Hace poco rato que se apoderan de mí terrores mortales luego que veo pasar un animal por el aire. En todas partes hay innumerables cantidades, sin que pueda comprender cómo no estoy sordo con su zumbido y magullado por sus golpes. [...]

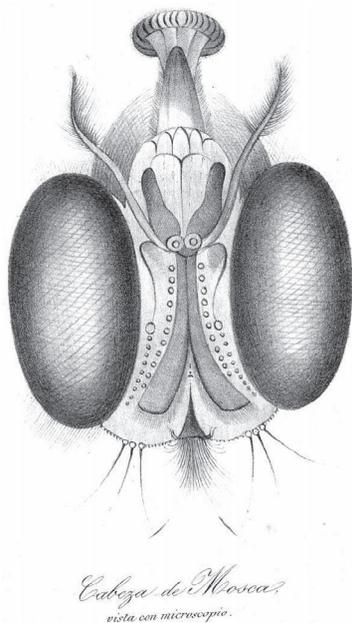


Fig. 9. Cabeza de mosca vista con microscopio, p. 170.

Apenas acabó estas palabras, cuando un animal tan grueso que solo miraba su cabeza vino a pararse en mi dedo, alargó su fea trompa y se engulló en un abrir y cerrar de ojos toda la población de los resucitados. El doctor me enseñó que una pequeñísima mosca de las que tienen vivos azules y dorados era el autor formidable de toda esta carnicería. A pesar de la experiencia que tenía de la facultad singular de mi vista, me abismé al pensar que la cabeza de una mosca fuese tan gruesa y horrible.

—Si hubieseis considerado la cabeza de esta mosca —me dijo mi sabio— con la atención que un observador filosófico debe prestar a los menores objetos, lejos de manifestar disgusto como al aspecto de una cosa monstruosamente deforme, ahora estaríais en una admiración profunda, reconociendo siempre el maravilloso ingenio que ha presidido a la creación y...

—Pero doctor —dije interrumpiéndole—, la sorpresa no me ha dejado experimentar más que un sentimiento de terror, muy disculpable, según creo, en un pobre mi-

cróscopo que hubiese visto un elefante donde vos solo veríais una pulga. Si la mosca se hubiera quedado más tiempo habría, quizá, con el socorro vuestro...

Un sacudimiento que resentí en el brazo me cortó la palabra: era la mano del doctor; y en el ruido ligero que pronto oí, no tardé en comprender que tenía dentro los dedos, la terrible carnívora de rotíferos u otra de su especie.

—No la he dejado escapar —me dijo con aire de triunfo—, y va a pagar bien caro el honor de haber atraído nuestras miradas. [...]

—Considerad un poco la cabeza de nuestra mosca: mirad si no es sorprendente.

—¡Sí —exclamé—, está cubierta del más fino terciopelo carmesí, salpicado de lentejuelas de plata, y trae en la punta un magnífico penacho de rubíes! Es un adorno natural que embelesa, mil veces más rico que lo que pudiera inventar la imaginación.

—¡Oh! —me dijo el doctor—, la naturaleza no es avara con sus riquezas, las dispensa por todas partes con profusión; y, cosa admirable, nada de lo que consideramos ordinariamente como simples atavíos de puro lujo es inútil al animal que los lleva. ¿Veis, por ejemplo, este penacho, cuyo brillo comparáis al del rubí?: es el órgano del tacto en la mosca. Con estas dos plumitas toca los objetos en quienes descansa para reconocer su naturaleza. [...]

»Notad —me decía— este tejido de escamas plateadas debajo del penacho; es una armadura elegante y sólida, bajo la cual la mosca esconde a la más ligera alarma los pliegues de su trompa. ¡Ved qué lindas pestañas de seda adornan sus ojos!

—¡Cómo sus ojos! —le dije—. No los veo.

—Son las brillantes lentejuelas salpicadas en el terciopelo carmesí de que hablabais poco ha.

—Pero entonces son innumerables.

—Sí, amigo mío; no habiendo dado la naturaleza a los insectos la facultad de mover sus ojos, ha cercado, por decir así, su cabeza con multitud de ellos, a fin de que pudiesen ver en todas direcciones a un tiempo, sin estar obligados por esto a ejecutar movimientos que los fatigasen. [...]

—La mosca es una de las creaciones más sorprendentes —dije al doctor.

—No —replicó—, pero sí una de las que por casualidad habéis observado más tiempo. El orden, la simetría y la riqueza se hallan tanto en los últimos límites de lo infinitamente pequeño como en los seres más gigantescos; y entre las creaciones naturales y las del hombre hay la enorme diferencia de que las primeras ganan mucho siempre que se ven de cerca, mientras que las otras requieren que uno se aleje de ellas para que parezcan menos monstruosas. [...]

Después de estas últimas palabras, el doctor quedó como sumergido en una profunda meditación; y luego, levantándose de repente, se puso a recorrer mi cuarto, a manera de un hombre a quien tiraniza una idea fija. [...]

—El pulso está en calma —dijo—, los ojos se hayan menos vidriosos; de aquí a mañana puede desaparecer la enfermedad; no debo perder un instante. ¡Oh, lo encontraré! —añadió tocándose la frente.

—¡Dios mío! ¿Qué buscáis? —pregunté con ansiedad.

—Dentro de cuatro horas será de noche —murmuró el doctor sin responderme—; ¡horas preciosas que la ciencia tal vez no volverá a encontrar!

Entonces oí que cerraba con precaución los postigos de la ventana, retiró la mesa a un rincón del cuarto y tomó su sombrero.

—Vuelvo en este momento —me dijo—, permaneced reposado en vuestro sillón si queréis estar sano mañana.

Después, abriendo la puerta, salió precipitadamente. No se podrá formar idea del penoso sentimiento que se apoderó de mí cuando los últimos pasos del doctor dejaron de resonar en la escalera. En el estado en que me hallaba, la soledad me parecía odiosa: mil pensamientos tristes vinieron en tropel a hacerme comprender todo el horror de mi posición excepcional, y el entusiasmo que hasta entonces me había sostenido no tardó en desvanecerse ante la realidad. No obstante, poco a poco repasé en mi memoria las maravillas que había contemplado sin cambiar de lugar. [...]

En fin, sin señalar una por una todas las circunstancias de esta penosa angustia, bastará decir que estaba bajo el peso de la más abominable pesadilla cuando un golpe fuerte que dieron a mi puerta me despertó al momento.

—¡Bendito sea el cielo! —exclamé, volviendo a ver mi cuarto por todas partes como antes, y reconociéndome a mí mismo—. Todo esto no ha sido más que un desvarío y jamás he sido microscopio.

—Tened buen cuidado de no caer —gritó desde afuera una voz que reconocí ser la del doctor—. Seguid la pared a la izquierda, tomad las jambas de vuestra chimenea, alargad la mano derecha y los dedos estarán en la cerradura.

—¡Se habrá vuelto loco el doctor de ayer acá —dije—, para creer que no pueda encontrar la puerta de mi cuarto! —y después de haber abierto los postigos de la ventana, me dirigí a abrirle al doctor—. Seáis bienvenido —le dije, apretándole la mano—; nunca vuestra visita me ha causado tanto placer, porque acaba de sacarme de la más cruel pesadilla que se puede imaginar.

»Sentaos, amigo mío —añadí presentándole una silla y desembarazándolo de una voluminosa caja que traía debajo del brazo—. ¡Oh!, voy a contaros extensamente el singular delirio que he tenido esta noche en mi sillón: es un verdadero romance. [...]

—No, no dormíais —me dijo acercándoseme—; no es un sueño: yo estaba cerca de vos hace poco.

Y me refirió brevemente algunas circunstancias de la jornada.

Yo me froté los ojos, creyendo estar aún bajo la influencia de la misma pesadilla.

—Si ambos estamos despiertos —repliqué—, lo que comienzo a dudar seriamente, procuremos entendernos algo, porque, hasta ahora, todo esto es para mí un extraño misterio. [...]

EL HOMBRE FÓSIL*

Fig. 10. *El hombre fósil*, p. 217.**

- * s.f., «Estudios de historia natural. El hombre fósil», *Museo de las Familias*, VII (25 de octubre de 1849), pp. 217-218. Il. <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002550730&search=&lang=es>
 En *Le Magasin Universel*, V (abril de 1838), pp. 209-240 y en el *Semanario Pintoresco Español*, 3 (19 de enero de 1840), pp. 17-19. El texto del *Semanario* reproduce algunos fragmentos del artículo francés; incluye la forma dialogada del original. En el *Museo de las Familias* se publica una adaptación libre. Boitard difundió en el *Musée des Familles* sus hipótesis sobre la evolución de las especies, acompañadas de grabados de Susemihl, en dos entregas, en la sección «Études d'histoire naturelle. Paris Avant les hommes», núm. 3 (1835-1836), pp. 257-281; núm. 5 (1838), pp. 45-62. En esta última entrega hay ilustraciones del propio Boitard grabadas por ABL [Andrew, Best, Leloir]. En *Paris avant les hommes. L'univers Avant les hommes. L'homme fossile, etc.* (Paris: Passard, Libraire-Éditeur, 1861), publicada póstumamente por su familia, se incluyen ilustraciones «d'après les dessins de l'auteur».
- ** En el frontispicio aparece la ilustración «L'homme fossile», grabada por Moreau, muy semejante al grabado de *Le Magasin Universel*. Entre las páginas 10 y 11 encontramos la ilustración «M. Boitard et le diable boiteau sur un aerolite» del siguiente artículo.

Hace mucho tiempo que en Öhningen, aldea del cantón de Schaffhausen, en Suiza, se encontró un famoso esqueleto que se creyó ser el de un hombre, y Scheuchzer le llamó por esta razón el hombre testigo del diluvio (*homo diluivitestis*). Varios naturalistas de aquella época se obstinaron largo tiempo en esta opinión, que ocasionó una acalorada polémica entre los geólogos hasta que monsieur Cuvier probó hasta la evidencia que el supuesto hombre fósil no era otra cosa que una salamandra, pero enorme, que tenía la cabeza más gruesa que la de un niño de diez años, siendo la longitud de su cuerpo la de seis pies. Esto nos mueve a manifestar lo que se sabe acerca del hombre fósil.

En una caverna de las cercanías de Lieja se encontró un ser de 1837, que es precisamente el que hemos dibujado aquí y al que llamamos hombre fósil. Tiene mucha semejanza con la raza de monos; pero es preciso notar que los caracteres que aparecen en dicho animal se encuentran, aun cuando aisladamente, en la naturaleza actual: la prominencia de su cabeza y la de su hocico han sido calcados sobre un cráneo fósil hallado en los arenales de Baden, cerca de Viena; pero los negros de Etiopía nos ofrecen la misma configuración. Acaso nos reconvenzan nuestros lectores diciendo que sus piernas son muy delgadas, que no tienen muslos, y que sus pies son de una longitud desproporcionada. Pero si los que nos reconviene repasan el viaje del capitán Dumont d'Urville, verán en los magníficos grabados que le acompañan que los habitantes del Puerto del Rey Jorge y de otros muchos países de la Oceanía tienen menos muslos que nuestro hombre fósil, y los pies de las mismas dimensiones.

Puede también extrañar ver un hombre tan velludo; pero léase la Escritura y se verá que Esaú era velludo como una cabra, y hoy existe todavía un gran número de individuos que no cederían en esta parte al que nos referimos.

Creemos que hubieran podido encontrarse muchos hombres fósiles en las cavernas de Biza, de Pondres, de Durfoty de Nabrigas, en distintas cavernas de la provincia de Lieja y en la Guadalupe, etc. Se observará, sin embargo, que las osamentas humanas de estos distintos parajes pertenecen generalmente a razas que difieren en un todo de las que existen hoy en Europa. Por eso las cabezas halladas en los arenales de Baden, y sobre las cuales hemos calcado nuestro hombre fósil, tienen mucha analogía con las de las razas negras africanas, pero con un hocico todavía más prominente. Las que se han desenterrado en las márgenes de Rin y del Danubio parecen menos antiguas.

Es cuanto ha podido averiguarse acerca de este animal que muchos han tenido por fabuloso. Nosotros, sin embargo, no somos de esa opinión, sino que, al contrario, creemos que ha existido por las razones que dejamos apuntadas.

VIAJE AL SOL EN UN AEROLITO

Pierre Boitard*

Estaba en mi ventana escuchando el canto melancólico de un ruiseñor que había anidado en un jardín vecino. La noche era magnífica y la bóveda celeste brillaba con mil fuegos movedizos. Con los codos en la ventana y la barba en mis manos, escuchaba al ruiseñor... Pero una armonía de otra manera sublime poco a poco se apoderó de mi alma: caí en esa meditación pasmosa que conocéis, por poco que hayáis viajado en una bella noche estrellada: cesé de oír al melodioso pájaro que solo alteraba el silencio de mi soledad, y mi espíritu se lanzó a la inmensidad de los cielos. Ya semejante a *Micro-megas*, de un brinco pasaba de uno a otro planeta, ya como los genios románticos, me sentaba en la frente radiante de un cometa; y allí, si no conducía a los astros del modo que lo hacía el hechicero de Melmoth, al menos admiraba su armonía celestial. Pronto mi desvarío se hizo tan profundo que mi alma, abandonando enteramente la Tierra, creyó haber encontrado un guía misterioso que la condujese en el laberinto de lo infinito y le explicase la multitud de maravillas que ocultan los cielos. Este guía era el Diablo Cojuelo, que ya otra vez me había mostrado a *París delante de los hombres*. [...]

El demonio me tomó por el brazo: sentí deslizarme en los aires con más velocidad que uno de esos meteoros que algunas veces se perciben, dejando una huella brillante en el cielo durante la oscuridad de una calurosa noche de estío. El demonio ya aumentaba o disminuía la celeridad de la marcha, según el mayor o menor interés que ofrecían los objetos que me hacía notar durante el viaje. [...]

Pregunté al demonio si había escogido por punto de partida la profundidad de los mares y si pronto llegaríamos a la superficie de las ondas.

—Mi querido discípulo —me respondió—, hemos partido de la ventana de tu gabinete: no cruzaremos las aguas, sino solamente el aire de la atmósfera. Únicamente antes de marchar te he despojado del sentimiento habitual que el contacto continuo del aire te ha hecho contraer: tú juzgas del fluido que atravesamos como el que por primera vez se encontrase sumergido en él, es decir, sin las preocupaciones que nacen del hábito.

* Boitard, Pierre, «Estudios astronómicos. Viaje al sol en un aerolito», *Museo Mexicano*, Segunda época, I (1845), pp. 333-342, 357-368, 405-410, 429-441, 516-532, 550-557. IIs.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004623384&search=&lang=es>
Con anterioridad, en «Études Astronomiques», *Musée des Familles*, VII (1839-1840), pp. 33-46, 129-136. A lo largo de las seis entregas del texto mexicano se utilizan diferentes grabados de la publicación francesa. Unos son reproducidos de manera idéntica, pero en otros se aprecia una ligera variación del protagonista. Alguno de ellos, como el que adjuntamos, incluido en *Paris avant les hommes...*, aparece calcado al revés. Boitard recoge estos relatos en *Curiosités d'histoire naturelle et astronomie amusante. Réalités fantastiques, voyages dans les planètes, etc.* (Paris: Passard, Libraire-Éditeur, 1862).

»Por último, no te asombre que el aire te parezca tan pesado; porque en la Tierra llevas una columna que tiene dieciséis o diecisiete leguas de altura y cuyo peso equivale a una de agua de treinta y dos pies, o a otra de mercurio de veintisiete pulgadas. Lo que has tomado por corrientes submarinas no es otra cosa que vientos que soplan de diferentes puntos del horizonte y que pasan unos sobre otros. [...]

He olvidado deciros que, durante esta conversación, el genio y yo estábamos sentados en un aerolito y que del mismo modo viajamos, como sobre un dragón volante. Solamente, como nuestra luna en miniatura, dando vueltas alrededor de la Tierra, tenía un movimiento propio de rotación sobre sí misma: a cada una de sus revoluciones diurnas llegábamos a tener la cabeza abajo y las piernas en el aire comparativamente al sol; mas esta posición, por extraordinaria que pueda parecer a las lindas señoritas que me lean, nada tenía de incómodo para mí. Estaba como los habitantes de la Nueva Holanda, que son nuestros antípodas, y con los cuales nuestros parisienses andan exactamente pies con pies, sin que ni ellos ni nosotros encontremos la menor cosa que nos lo indique. [...]



Sobre el aerolito.

Fig. 11. *Sobre el aerolito*, p. 333.

De repente hice una reflexión, pero el miedo se apoderó de mí. Había leído el *Micromegas* de Voltaire, *Los viajes de Gulliver*, igualmente divertidos, las excursiones de Cyrano de Bergerac en la luna, y me decía: «Si los hombres de Júpiter y Saturno tienen de altura algunos centenares de toesas, ¿qué deberán ser los gigantes del sol? Ciertamente que si encuentro alguno de ellos en el camino, ¡me aplastará bajo sus pies sin verme!». Y en tal concepto, andando con más precaución, me puse a mirar a

derecha e izquierda, levantando los ojos al cielo, lo menos a la altura del monte Blanco, temiendo a cada instante percibir cerca de las nubes la espantosa cabeza de un enorme gigante. Resultó de esto que, no mirando hacia delante, tropecé bruscamente contra una cosa que se encontraba a mi paso: era, nada menos, una pequeña mujer de tres pies de alto que, derribada por el choque, rodó sobre el césped dando lamentables gritos. Sus quejidos atrajeron a su padre y a su marido, creí que iba a tener que habérmelas con ellos, mas no me inquieté mucho después que arrojé una mirada a los recién llegados.

Figuraos dos personajes que tienen cuatro pies de tamaño, piernas cortas y muy delgadas, pies muy anchos y sin dedos, pero armados de una sola uña, muy dura y gruesa, guarneciendo el contorno de la extremidad de la garganta del pie, a manera de un pequeño casco de caballo. [...]

—Perdonadme, señor mío —dije al demonio—: me parece que abreviáis singularmente; y si nos hacéis caminar de este modo, pronto estaremos al fin del mundo.

—Mi intención es —me dijo— haceros pasar una revista, con la mayor violencia posible, al sistema planetario, a fin de que tengáis al momento una idea neta y precisa de él; y como después debo pasearos en esos mundos, tendréis tiempo de estudiarlos minuciosamente. [...]

—Antes que partamos —dijo el soliliano dirigiéndome la palabra—, ¿no podríais hacer una corta recapitulación de lo que nos habéis dicho sobre el volumen y tamaño de los planetas, tan sencilla cuanto sea posible, por medio de una comparación vulgar?

—No solo vulgar, sino que llegará hasta lo trivial y Herschel os la hará. He aquí lo que dice: «Imaginémonos un campo o prado bastante liso y descombrado, y coloquemos allí un globo de dos pies de diámetro para representar al sol: entonces Mercurio se figurará por un grano de mostaza, teniendo por órbita la circunferencia de un círculo de 164 pies de diámetro; a Venus por un garbanzo, en un círculo de 284 pies; a la Tierra también por un garbanzo, en un círculo de 430 pies; a Marte por la cabeza de un alfiler grande, en un círculo de 654 pies; a Juno, Ceres, Vesta y Palas por granos de arena, en órbitas de 1.000 a 1.200 pies; a Júpiter por una naranja mediana en un círculo de 2.200 pies, o cerca de una sexta parte de legua; a Saturno por una naranjita en un círculo de 4.000 pies, o cerca de un tercio de legua; Urano por una guinda grande en un círculo de 8.200 pies, o tres quintos de legua. Si se quieren imitar los movimientos de los planetas en sus órbitas, Mercurio debe describir una longitud igual a su diámetro en 41 segundos; Venus en 4 minutos, 14 segundos; la Tierra en 7 minutos; Marte en 14 y 48 segundos; Júpiter en 2 horas, 65 minutos; Saturno en 3 horas, 13 minutos, y Urano en 2 horas, 16 minutos».

Apenas acabé de hablar cuando el demonio, cogiéndonos por una oreja al soliliano y a mí, nos arrebató de la cima de la montaña y nos lanzamos en el espacio con tal velocidad que no hay palabra con qué expresarla. En menos de un minuto atravesamos las dos atmósferas del sol y el espacio vacío y parduzco que nos separaba del planeta que teníamos más cerca; es decir, de Mercurio. [...]

En esto estábamos de la conversación, cuando el soliliano despertó y el pongo dejó de saltar: entonces abandonamos el cometa y partimos para Venus, adonde no tardamos en llegar. [...] Me froté los ojos, pellizqué los brazos, sacudí la cabeza; hice,

en fin, todos los gestos y contorsiones de un hombre que se cree atacado de una pesadilla y se esfuerza en despertar, al ver ratones y perdices cazar perros, gatos y halcones: creí que dormía y soñaba, tan extraordinario y contranatural me parecía esto. El demonio leyó lo que pasaba en mi espíritu.

—Señor mío, siento decíroslo, pero no seréis de la tela de que se hacen los grandes naturalistas si no sentís el poder de la analogía. ¡Hoy juzgáis de todo por analogía, y he ahí por qué en Francia abundan tantos hombres grandes, desde el cuarto del portero hasta la más alta guardilla! ¡La analogía es la regla de todo, todo lo gobierna, y jamás se engaña: es la sibila de los legisladores mismos! Ved cómo conduce infaliblemente a la verdad; he aquí un ejemplo. Se encuentra en la Tierra una cabeza fósil, un omópato y una falange, todo monstruoso; prontamente, al momento, buscamos analogías, y sabemos lo que es ese extraño fósil.

»“Tenía trompa la analogía”, dice un sabio, “os prueba que era elefante”. “No”, dice otro, “ved la fuerza que debían tener los músculos de su pescuezo; era ballena”. “Os engañáis”, responde el tercero; “estos largos dientes os prueban que era una morsa”. En cuanto a mí, llegué con una falange del pie delantero y probé que era un topo de dieciocho pies de longitud, sin la cola, y sostuve que la *dinotherium giganteum* no era otra cosa que la abuela del topo, que...

No tuve tiempo de acabar, porque el demonio, el soliliano y hasta el mismo pongo reían locamente a pierna tendida. Esto me chocó singularmente, y guardé silencio. [...]

Habíamos llegado a una comarca en la luna de la cual tendréis una idea muy exacta si habéis visto las montañas volcánicas de Puy de Dôme o viajado en los Campos Phlégréens. Herschel ha visto perfectamente el país en que estábamos, menos algunas particularidades que la distancia le impedía percibir a pesar de la perfección de su telescopio. He aquí lo que dice: «La constitución física de la luna se conoce mejor que la de los otros cuerpos celestes. Con la ayuda de los telescopios, distinguimos desigualdades en su superficie que solo pueden ser montañas y valles, puesto que vemos que las primeras proyectan sombras cuya longitud se acerca exactamente a la inclinación de los rayos solares en los lugares de la superficie de la luna donde se observan esas desigualdades». [...]

Al instante corrimos a una pequeña colina para ver de qué se trataba. Descubrimos dos monstruos horribles: uno era un plesiosaurio con cuello de serpiente, y el otro un pterodáctilo de cuerpo escamoso y alas de murciélago. Se parecían mucho a aquellos animales que el demonio me había mostrado en *París delante de los hombres*; con la diferencia de que estos eran seis veces más grandes, es decir, que el plesiosaurio tenía ciento cincuenta de largo, y el pterodáctilo noventa pies del extremo de una ala a la otra. Este último revoloteaba alrededor del otro de una manera hostil; pronto iba a comenzar un terrible combate, mas el demonio sacó de su bolsa un reloj de Breguet, miró la hora y nos dijo:

—Mis caros amigos, ya es más de medianoche, hora bastante regular para enviaros a acostar; así pues, dormid bien. Tal vez nos volveremos a ver el día menos pensando si el viaje que os he hecho hacer os ha divertido.

Diciendo estas palabras, desapareció, y los demás de la expedición nos encontramos en el baluarte de París, atónitos, como personas que habían caído de la luna. El

ángel celestial, que hasta entonces tranquilamente había dormido en su caja, alzó la cabeza por la tapa y percibió el magnífico coche de un elegante que volvía de la ópera. Al momento el ángel celeste dio un grito diabólico, pidió auxilio como si lo matasen y lo llevasen a fuerza. El elegante carruaje se detuvo, los curiosos se reunieron en gran número y nos circundaron; el pueblo tomó piedras y la sarracina comenzó de tal modo que parecía deber terminar mal para el pongo, porque no quería dejar su caja a pesar de los requerimientos del comisario de policía y de los cañonazos de la guardia nacional. En cuanto a mí, llegué a deslizarme en medio del tumulto y a todo correr entré en mi casita de Montrouge, de donde no salí en quince días.

Entonces supe que el sabio soliliano había sido alojado y alimentado por el Gobierno en Charenton (hospital de locos). El ángel celestial de un momento a otro debía estrenarse como bailarina de la ópera. El pongo, el venusiano y el saturniano habían sido reclamados por el propietario de una colección de animales, el cual sostuvo descaradamente que se habían huido de su casa. Se los entregaron y los enseña por dos sueldos a los curiosos que desearan ver el orangután, el chimpancé y la mujer salvaje de los albinos mares del Norte. Por lo que respecta al martiano, fue más feliz porque obtuvo el empleo futuro de criado del etíope, dueño de la jirafa.

PRESENTIMIENTOS, SUEÑOS, PROFECÍAS

Alfredo Mauri*

Hoy día la confianza en los sueños ha desaparecido: raramente se citan sueños proféticos, cuando en la Antigüedad eran tan generales. Esto prueba que antes abundaba más la superstición que la observación. Lo que no puede negarse es que tiene en nosotros mucha influencia aquello que nos preocupa. La preocupación puede existir en cualquier caso sin que de ello tengamos conciencia. Una vida activa y ocupada impide frecuentemente a nuestro espíritu detenerse en reflexiones e inquietudes que hacen trabajar a diversas partes de nuestro cerebro. La voluntad, dirigiendo nuestros pensamientos, aparta de nuestro espíritu estas preocupaciones particulares; pero en el sueño la voluntad no obra, o si es caso, débilmente, y el espíritu se abandona a impulsos instintivos o automáticos. En este caso las preocupaciones tienen su imperio, y los sentimientos o ideas que anteriormente nos agitaban, ignorándolo nosotros, se manifiestan libremente y toman tanta más fuerza cuanto que el sueño les da un carácter objetivo. Vemos en sueños la muerte de aquellas personas por cuya vida sufrimos secretas inquietudes; encontramos a los amigos cuya ausencia prolongada acrece el deseo de volver a verlos y que no deben de tardar, frecuentemente, en encontrarse a nuestro lado. Se llega uno a figurar la realización de estos deseos, los lances de una preparada entrevista o el desvanecimiento de nuestras esperanzas, cuyos diversos precursores nos hacen conocer nuestra fragilidad. Vemos personas que nunca creíamos haber visto, y que sin embargo nos hemos encontrado, habiendo sido la causa de haber hablado con ellas o visto su retrato.

Todos estos motivos nos predisponen a presentir naturalmente lo que debe de suceder, y así se explica el carácter profético de los sueños a que daban los antiguos tanta importancia. De aquí trae su origen la famosa profecía de Cazotte, transmitida por La Harpe, que contiene la canción titulada «Tingotine». Espíritus bien perspicaces presenciaron entonces las revoluciones a que condujeron los sucesos del siglo XVIII. Un oficial que yo conocí y cuya imaginación se encontraba preocupada con una guerra futura con la Rusia soñó en 1852 que había sido enviado contra los rusos a Turquía y que había perecido en la guerra.

* Mauri, Alfredo (Alfred Maury), «Presentimientos, sueños, profecías», *Museo de las Familias*, XXI (25 de septiembre de 1863), p. 196.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002591930&search=&lang=es>

Este artículo es una traducción del capítulo XII de *Le sommeil et les rêves, études psychologiques sur ces phénomènes et les divers états qui s'y rattachent, suivies de recherches sur le développement de l'instinct et de l'intelligence dans leurs rapports avec le phénomène du sommeil* (Paris: Didier et C^{ie}, Libraires-Éditeurs, 1861), pp. 288-291.

Este sueño se realizó algunos años más tarde; este es un ejemplo de profecía que conmovía a nuestros padres y que nada tiene de sobrenatural.

Analícense las causas que motivan un sueño reputado como profético y nos convenceremos que siempre precede a los sueños algún suceso que nos preocupa, que las representaciones de los sueños siempre pueden tener un fondo de probabilidad.

PROYECTOS DE EXPLORACIÓN DE MONUMENTOS TRANSATLÁNTICOS

C. de U.*

Desde principios del siglo se han multiplicado en América los descubrimientos arqueológicos. Hasta entonces las investigaciones de los hombres científicos se habían limitado casi al Egipto y la Grecia, cuyos dos países fueron explorados en todas sus partes.

Los soldados de la república francesa escoltaban, en los ocios que les dejaba la victoria, los sabios que Bonaparte había agregado a la expedición, a las pirámides y hasta el centro de las ruinas de Menfis. Abrióles sus puertas de Tebas; y Desaix, al pasar a Filé, grabó su nombre en la grupa de una grande esfinge. Después de ellos, siguiendo el camino que tan gloriosamente dejara trazado, fue Champollion a descifrar los jeroglíficos de Luxor y Medinet Habu.

Así pues, hace largo tiempo que es conocido el Egipto; y la mayor parte de sus monumentos, traducidos por el buril, nos han transmitido las artes y la religión de los faraones. Palmira, esa ciudad fabulosa, por decirlo así, a la cual el celoso árabe no deja al viajero acercarse, ha visto a Volney sentarse a la sombra de sus mil columnas. Dudando de todo, interrogando a lo pasado, el filósofo reclinó su cabeza sobre las gradas del templo del Sol. Allí fue donde meditó sobre las ruinas. Conocemos Persépolis: el incendio que Alejandro, embriagado de vino de Persia, aplaudió desde las rotas gradas del trono de Darío no lo ha consumido todo. Nobles restos se han salvado de la sacrílega tea de la cortesana que, para rivalizar con su real amante, quiso también vengar por sí misma la Grecia, quemando el palacio de Jerjes.

Babilonia y Nínive, esas dos ciudades reprobadas de Dios, no habían dejado entrever nada de sus suntuosos edificios, sepultados bajo vastos montecillos, y a no haberles conservado, por tradición, el camellero árabe sus nombres antiguos de Babel, Neinivech, ¿quién señalaría hoy el lugar de su asiento? Los restos de estas ciudades malditas habían escapado siempre a las más exquisitas investigaciones; y prescindiendo de algunas inscripciones ininteligibles, ninguna huella quedará de ellas. Dios había querido que, arrojadas al viento sus cenizas y esparcidos sus huesos, atestiguaran que aquellas dos reinas del Asia habían quedado insepultas. Después del transcurso de más de dos mil años, la muerte y la soledad han sucedido a los clamores de los pueblos, a la admiración de aquellas capitales tan florecientes. Sin embargo, en esas naciones tributábanse honores al arte; conocíanse en ellas la escultura asiria y babilónica, y esa escultura había desaparecido. ¡Qué vasto vacío en la historia del arte! Así,

* C. de U., «Proyecto de exploración de monumentos transatlánticos», *Semanario Pintoresco Español*, X, núm. 42 (19 de octubre de 1845), pp. 334-336. II.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003122646&search=&lang=es>

la ciencia se lamentaba de él y continuaba sus investigaciones interrogando bajo su tienda al beduino del Éufrates para aprender alguna cosa acerca de Babilonia, e, interrogando al kurdo del Tigris lo que sabía de Nínive, parecía que Dios había descargado su brazo vengador con bastante enojo sobre aquellas ciudades. Los templos a que no alcanzara su maldición estaban muertos; ¿no había llegado el día en que debían dejarse ver de las nuevas generaciones las huellas imponentes de un castigo severo y merecido? En las orillas del Tigris es donde ha sido revelado ese grande e impenetrable misterio del arte asirio y donde se hallan todas las magnificencias de esta revelación.

Lo que en general se ignora es que la América, y con especialidad las provincias de México, encierran monumentos que recuerdan cuánto el Asia, la Grecia y el Egipto han ofrecido de más notable a la admiración de los sabios. La España es a quien se deben esos magníficos descubrimientos, que son una de las más preciosas conquistas de la ciencia moderna. En 1750, penetrando algunos viajeros en los bosques de la provincia de Chiapas, descubrieron las ruinas de una rica ciudad de seis leguas de extensión y, como su relación hubiese sido acogida con una incredulidad general, el virrey de México envió en 1785 una expedición que llegó hasta Palenque, comprobó la exactitud de los hechos referidos e hizo la descripción de los edificios que aún estaban en pie; pero se perdieron los diseños durante la vuelta de la expedición.

En 1803 mandó el virrey de México, por orden de Carlos IV, que se hiciese una nueva expedición. Duró esta tres años, y durante ellos el capitán Dupaix, que la mandaba, hizo tres viajes. El tercero de ellos le condujo a Palenque, en donde quedó sorprendido a la vista del más imponente e inesperado espectáculo, pues descubrió una ciudad de ocho leguas de circunferencia, un gran número de monumentos antiguos, de puentes cíclopes, túmulos de imponentes formas, de sepulcros subterráneos sólidamente abovedados, edificios majestuosos, estatuas de granito y pórfido, bajos relieves colosales esculpidos en piedra, mármol y granito; en fin, jeroglíficos muy parecidos a los de Egipto, testimonio elocuente de la existencia de naciones acaso tan florecientes como las antiguas de la India y de Egipto.

Los diseños de Castañeda, escultor en jefe de la expedición, y la relación del capitán Dupaix se depositaron en el museo de México y más tarde llegó a Francia una copia, la cual sirvió en París para hacer una obra que produjo gran sensación en el mundo científico, y de la cual han hablado con una especie de entusiasmo monsieur Humboldt, monsieur de Chateaubriand y la mayor parte de los sabios de París y Londres. Monsieur Alejandro Lenoir, fundador del Museo Egipcio, después de hacer una descripción de Palenque, concluye así: «No terminaré sin expresar de nuevo el asombro y la admiración que deben causar los vestigios de tan magnífica civilización en el centro de ese hemisferio considerado desde hace trescientos años como saliendo apenas del estado salvaje. Una ciudad de ocho leguas de extensión, capital de un pueblo que debió ser grande y poderoso, edificada bajo un clima fértil y en una posición de las más favorables, adornada con edificios que, además de su aspecto original, conservan aún un carácter de grandeza y sencillez muy notables, tal ciudad olvidada, ignorada por espacio de siglos, acabando en la soledad una destrucción comenzaba por alguna inmensa catástrofe de que no hay recuerdo, debe sin duda excitar grande inte-

rés entre los pueblos ilustrados, entre los hombres amantes del arte y de la ciencia histórica. La escultura, la plástica y los jeroglíficos, pruebas elocuentes de una civilización tan adelantada como la de Egipto y Asia, en la época en que la historia se oculta en las tinieblas de los tiempos antiguos, abren un vasto campo a las conjeturas. Todas las épocas del arte merecen ser estudiadas; empero las épocas más remotas inspiran mayor interés, porque la curiosidad halla en ellas un alimento más, y nuestra veneración hacia el antiguo género humano se aumenta al reconocer en los pueblos a quienes asignamos un origen lejano los sucesores mediatos de pueblos infinitamente más antiguos y que han desaparecido de la superficie del mundo».

Como era de esperar, la discusión se apoderó de estos nuevos y maravillosos descubrimientos, y en esta, como en todas las materias, se dividieron las opiniones de los sabios. Han disputado sobre el carácter y origen de los monumentos descubiertos, y el único hecho que la discusión consignó casi como indudable fue que el continente llamado Nuevo Mundo es tan antiguo como el viejo. La gran dificultad, que aún está por resolver, es el saber desde qué época datan los monumentos. No han faltado diarios ingleses que han sostenido que son antediluvianos; aserción que nos parece una de esas exageraciones en que abundan todos los debates científicos.

Monsieur de Chateaubriand, que tomó parte en la discusión, concluyó por proponer el siguiente medio de poner término a todas las incertidumbres: «Ahora», dijo, «solo me resta manifestar un deseo, a saber: que se envíe a México una compañía de hombres científicos a fin de estudiar las ruinas de Palenque y de Mitla. Esa compañía debería componerse de ingleses, instruidos en las antigüedades del Ganges y versados en las lenguas indias, y franceses compañeros de Champollion, iniciados en la lengua jeroglífica del Egipto. La exploración de tales hombres derramaría grandes luces».

La idea de monsieur de Chateaubriand fue acogida con la mayor solicitud, y en consecuencia se estableció en París una comisión científica para organizar una exploración transatlántica encargada de estudiar las antigüedades descubiertas en las provincias del Yucatán y de Chiapas. Esta comisión se compone de los hombres más notables de las academias y de las corporaciones científicas, entre los cuales figuran los nombres de monsieur de Élie de Beaumont, monsieur Boussingault, monsieur Jomard, monsieur Champollion, y, para asegurar el buen éxito de una empresa que en tanto grado interesa a la ciencia, ha hecho un llamamiento a todas las notabilidades, y no solamente cuenta con el apoyo y cooperación de las corporaciones científicas, sino también con la protección de la mayor parte de los príncipes de Europa.

El director de las *Antigüedades mexicanas*, de esa gran obra que fue la que sugirió la idea de una exploración, ha puesto su libro a disposición de la comisión científica, y con el producto de las suscripciones se debe realizar el proyecto de exploración. No dudamos que los hombres ilustrados de todos los países se asociarán a la idea de monsieur de Chateaubriand, y hacemos sinceros votos por el buen éxito de una empresa, que, al paso que ha de hacer grandes servicios a la ciencia, llamará la atención de los sabios, y de rechazo, de toda la Europa, sobre unos países muy poco conocidos aún, y que merecen tanto como Egipto y la Grecia fijar la atención de los sabios y de los hombres de Estado.

Nosotros poseemos una linda vista del palacio principal de Palenque con su descripción, la que insertaremos en uno de nuestros próximos números.

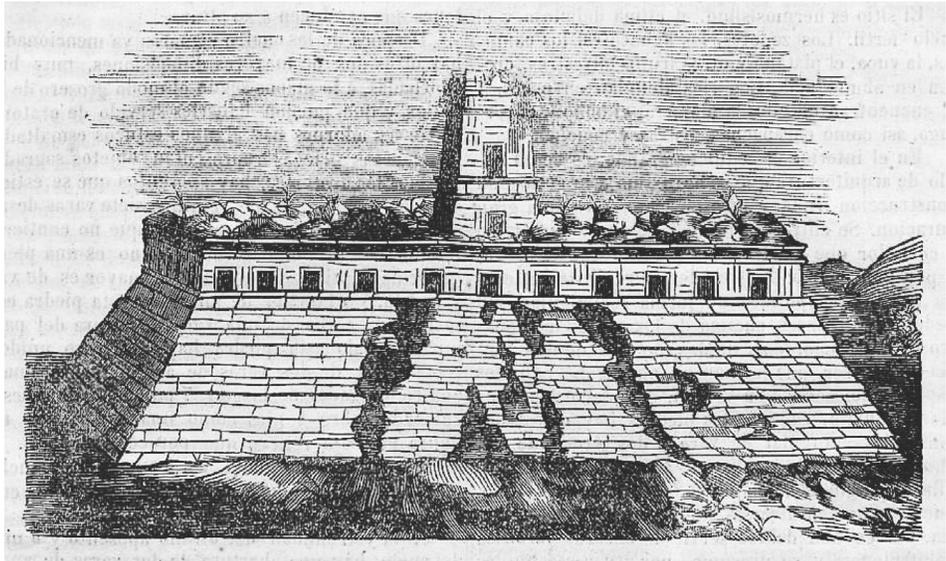


Fig. 12. *El Palenque*, p. 377.**

** El grabado encabeza el artículo «El Palenque. Extracto del viaje de don Antonio del Río a las ruinas del Palenque en 1787», publicado en el *Semanario Pintoresco Español*, X, núm. 48 (30 de noviembre de 1845), pp. 377-379, como anuncia el final de este artículo. Esta ilustración acompaña (p. 384) al artículo de Albert Lenoir «Antiquités mexicaines. Villes inconnues», *Musée des Familles* (agosto de 1835) pp. 377-384, con el título «Edifice civil à Palenque». H[enry] Brown [Grabador]. Los grabados se realizaron a partir de los dibujos de José Luciano Castañeda (Baradère, 1834, planche XII).

ANTIGÜEDADES AMERICANAS

H. L.*

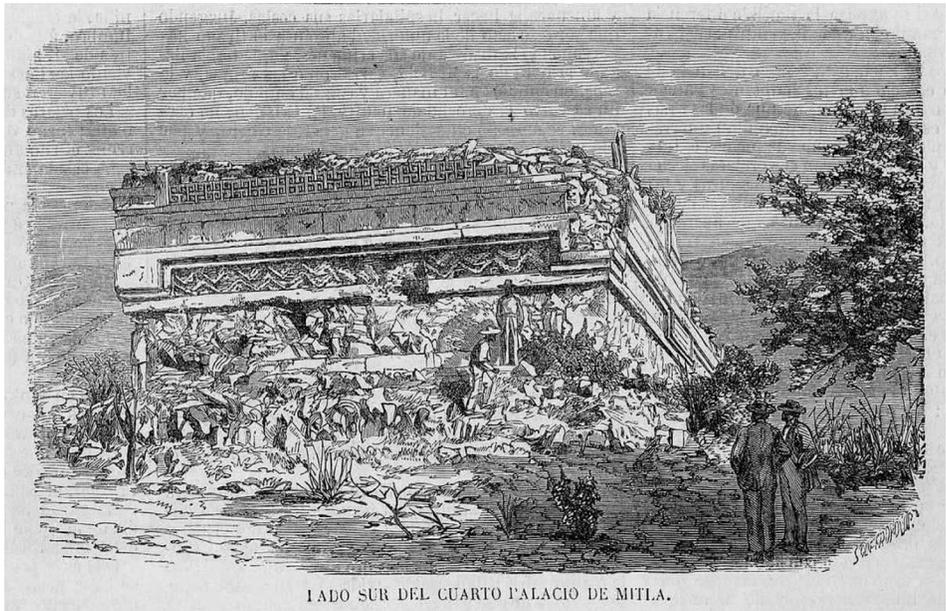
El Nuevo Mundo, que en los pasados tiempos tanto preocupaba a nuestros navegantes europeos, atrae todavía a sus regiones a los hombres de ciencia y de saber más intrépidos y determinados. Pronto hará cuatro siglos que fue descubierto, y sin embargo aún está por explicar. Si la América es conocida en la inmensa extensión de su territorio, en cambio es ignorada en su pasado y su historia, es decir, en su historia remota, que para nosotros es letra muerta todavía. A vista de esos monumentos inmensos tan numerosos en México, en presencia de esos bajorrelieves, restos de los grandes edificios del Yucatán, sobre los cuales está representado un pueblo que ha desaparecido, cuyos tipos, trajes y usos geráticos recuerdan el antiguo Egipto y la Persia, se pregunta uno si solamente la casualidad ha creado esas semejanzas, o si no existen algunos lazos desconocidos que reúnen en el pasado a los dos mundos; si no ha habido emigraciones, cuya fecha es imposible determinar, que llevaron de los altos países del Asia hasta el corazón de la América bandas viajeras de raza blanca. Estos grupos de pueblos semíticos habrían pasado el estrecho de Bering y se habrían acantonado momentáneamente en la América septentrional; poco a poco habrían bajado hasta México; de aquí habrían sido arrojadas por otras poblaciones, siendo rechazadas hasta el Yucatán, límite definitivo de su retirada. Stephens, Humboldt y otros sabios han suscitado esta importante cuestión, que hasta el día ha permanecido en las hipótesis más o menos ingeniosas, más o menos admisibles. Lo que faltaba sobre todo al estudio de este curioso problema era el conocimiento seguro y exacto de los monumentos en que se funda la cuestión, conocimiento del que puede recibir su solución. Un viajero francés ha ido a visitar esas regiones armado de un aparato fotográfico, y de ellas nos ha traído un curioso álbum donde se ven reunidos esos preciosos restos. Ahora la ciencia puede juzgar y pronunciarse.

Monsieur D. Charnay, desembarcado en Veracruz, ha atravesado en todos sentidos los estados de Puebla, Oaxaca, Veracruz, Chiapas, Tabasco y Yucatán. Este modo de recorrer comarcas ora impracticables, ora ocupadas por indios sublevados, para hacer la conquista fotográfica del Nuevo Mundo, exige un valor a toda prueba, una enérgica voluntad de alcanzar un resultado útil. Ha sido preciso que monsieur Charnay soportara con un calor de 42 grados todos los peligros de una expedición semejante hecha sobre un trayecto de 1.200 leguas. La relación de su viaje abunda en aventuras: ladrones a cada paso y, por consiguiente, luchas constantes para poner a salvo los instrumentos fotográficos perdidos más de una vez, y no obstante, en medio

* H. L., «Antigüedades mexicanas», *El Correo de Ultramar*, XVIII, núm. 468 (1861), pp. 407-410. Ils. https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709693

de estas dificultades de cada día, ha concluido el importante atlas de antigüedades americanas que se dispone a dar al público en París, y del cual tomamos los dibujos que acompañan a este artículo.

El viajero, al encaminarse de Sisal a Mérida, encontró prodigiosos edificios. Tenía el deseo de visitar la isla de Cozumel con sus torres de muchos pisos, pero tuvo que renunciar a este proyecto ante dificultades insuperables, y debió llegar a Mérida siguiendo la costa septentrional. Se dirigió a Palenque por medio de las selvas, atravesó el istmo, pasó el estado de Oaxaca, salvó las montañas y se encaminó de Mitla a la ciudad de México, última etapa de tan largo y penoso viaje.



LADO SUR DEL CUARTO PALACIO DE MITLA.

Fig. 13. *Lado sur del cuarto palacio de Mitla*, pp. 408-409.**

De todos los países, el Yucatán es el que más ha ocupado a monsieur Charnay y es naturalmente el que le ha dado más asuntos para sus estudios fotográficos. Esta península se halla sembrada de ruinas que presentan pocos caracteres comunes con los restos de edificios que se ven en los países contiguos. Sabida es la naturaleza de ese terreno calcáreo, de vegetación raquítica, donde la seca llanura se cubre de cactus, de

** Las nueve ilustraciones que acompañan al artículo provienen de las fotografías de Désiré Charnay, que se reprodujeron en diferentes publicaciones tanto europeas como americanas. En México el editor Julio Michaud publicó el *Álbum fotográfico mexicano de fotografías tomadas por Charnay de la ciudad de México* (hacia 1858), con textos de Manuel Orozco y Berra y de Julio Lavarriere. Estas fotografías cautivaron a la sociedad europea tras su regreso a París, donde se contemplaron en una exposición y en el libro, patrocinado por Napoleón III, *Cités et ruines américaines: Mitla, Palenqué, Izamal, Chichen-Itza, Uxmal* (1863), que llevaba las imágenes en gran formato (53 x 74 cm.). Eugène Viollet-le-Duc escribió el prólogo.

palmeras enanas y de arbustos espinosos. Naturaleza desolada, muy ingrata para el trabajo del hombre. Y sin embargo, un pueblo ha preferido esa península a las fértiles tierras que se extienden al pie de esas áridas mesetas. ¿Por qué se condenaría a vivir sobre esas rocas? Sin duda las encontró como un postrer refugio en su fuga.

En esta hipótesis preciso es admitir que las tribus llegadas en tiempos muy remotos del Asia, como ya hemos dicho, estaban establecidas en el territorio mexicano cuando tuvieron que huir ante las invasiones de los aztecas, nación viajera, que se apoderaron en breve de una gran parte de México, fijándose en las tierras fértiles y rechazando hacia las comarcas orientales a los pueblos invadidos. Así se explica la sensible diferencia que existe entre los monumentos de la península del Yucatán y los del continente.

Entre los primeros se encuentra a poca distancia de Valladolid un vasto edificio que los habitantes llaman el Circo. Sobre las paredes interiores de una de las salas de este Circo se ven esculturas que representan guerreros combatiendo serpientes y animales de formas extrañas. Las armaduras y los cascos, con sus orejas circulares y sus plumas altas, recuerdan las armaduras y los cascos militares que se ven en los bajorrelieves de los monumentos del Asia. También se diría que aparecen en las esculturas del Circo los guerreros asirios con la ballesta y el venablo. Hasta la construcción de los monumentos recuerda la de los edificios pelásgicos por sus disposiciones principales, por sus dos planos inclinados que se acercan hasta sus cumbres terminadas por una losa. Muy distinto es el sistema de arquitectura que domina, por ejemplo, en las ruinosas construcciones de Palenque. En cuanto a los tipos de las figuras que presentan los monumentos de los dos países, difieren también completamente: los rostros de los soldados esculpidos en los bajorrelieves del Yucatán no tienen nada de común con los de los guerreros de Palenque; más bien parecen pertenecer a las razas blancas que a las razas turanianas; los primeros llevan barba, los segundos no. ¿Qué se debe sacar en consecuencia de estas dos formas distintas? Que en sus emigraciones hacia América llegaron pueblos procedentes del centro del Asia hasta el centro de México, trayendo consigo los métodos de construcción que usaban en su patria; que más tarde unas oleadas de nuevos invasores, de la misma América, hicieron retroceder a esa población extranjera y la obligaron a buscar un refugio en el Yucatán. Esto sin duda demostrará monsieur Viollet-Le-Duc, que está encargado del texto explicativo que debe acompañar a las cincuenta láminas fotográficas de monsieur Charnay en unión de monsieur F. Denis, que enriquecerá la obra con una bibliografía. Esperamos este curioso trabajo donde se deben ventilar tan importantes cuestiones, y que, patrocinado por Su Majestad el emperador, no dejará de merecer la acogida más lisonjera.

Costumbrismo literario

Tipos y costumbres (trans)nacionales: un diálogo a tres bandas

Montserrat Amores

Universitat Autònoma de Barcelona

Toni Dorca

Macalester College Saint Paul

De entre todas las modalidades a través de las cuales se expresó el costumbrismo en el siglo XIX, los artículos publicados en la prensa se caracterizan por describir o criticar rasgos del carácter de un pueblo en relación dialógica con otras naciones. En el caso concreto de esta antología, dicha relación se establece mediante una vinculación triangular desigual en poder e influencia. Los diez textos que se reproducen en esta sección responden a los códigos de ese tipo de literatura, a pesar de que la urdimbre de alguno de ellos no se corresponda con lo que entendemos como poética del género debido a su procedencia. Unos pocos provienen, en efecto, de artículos periodísticos de carácter general, de los que se han seleccionado los pasajes relativos a la descripción de los habitantes de un territorio.

La presencia de los modelos costumbristas franceses, también ingleses, es frecuente en el costumbrismo español y mexicano, sobre todo en aquellos artículos que podemos considerar programáticos, en los que los escritores, a menudo ocultos detrás de un seudónimo, mencionan a sus referentes. Los más citados por los escritores españoles y mexicanos serán Louis-Sébastien Mercier y Victor-Joseph Étienne de Jouy, junto con las colecciones panorámicas *Paris, ou Le Livre des Cent-et-un* (París, 1831-1834) y *Les Français peints par eux-mêmes* (París, 1839; 1840-1842). Así, Ramón de Mesonero Romanos (1993: 129) declara en «Las costumbres de Madrid» su pretensión de «presentar al público español cuadros que ofrezcan escenas de costumbres propias de nuestra nación, y más particularmente de Madrid», siguiendo las «elegantes plumas de Addison [sic], Jouy y otros». Igualmente, Mariano José de Larra, en su reseña del *Panorama matritense* de *El Curioso Parlante*, recordará a Addison, Mercier, Jouy y a algunos autores del «*Ciento y uno*» como cultivadores del género en Inglaterra y Francia.

Caso aparte es el de *Fidel*, seudónimo del mexicano Guillermo Prieto y autor del quizá primer artículo programático de la literatura mexicana con el que iniciamos esta selección, «Literatura nacional. Cuadros de costumbres», que se publicó en la *Revista Científica y Literaria* en 1845. El autor inscribe su obra en la tradición de Addison, Jouy, *Fíguro* y Mesonero Romanos. El análisis del estado de la sociedad actual que en él se lleva a cabo pone de manifiesto la singular finalidad que esos cuadros tendrán en las letras mexicanas: faltos de tradición literaria y de costumbres en los que se vean representados todos los miembros de la recién creada república, los escritores patrios reivindicaban con orgullo los hábitos y los tipos populares nacionales como una manera de paliar los nocivos efectos de la colonización española (Amores, 2022a: 277-283). Si la literatura panorámica francesa estableció y propuso reformas para sus tipos ur-

banos y regionales, y la española supo mostrar a través de sus textos la emergencia de la burguesía en el estado liberal —aunque sin olvidar la honda preocupación de Larra por lograr un progreso social uniforme—, Guillermo Prieto enuncia de qué forma el costumbrismo mexicano se ve en la necesidad de constituir/construir una ciudadanía partiendo de la fractura social. *Fidel* se dirige a sus compatriotas con la intención de dar respuesta a un problema político: cómo crear una literatura nacional sin ciudadanía, cómo crear un pueblo a partir de poblaciones heterogéneas. La literatura costumbrista será una herramienta más para vertebrar la sociedad, siempre y cuando sea capaz de consolidar modelos de progreso y moderación desde dentro, desterrando a franceses y españoles.

El rechazo frontal respecto de España por parte del grupo letrado criollo dominante, la necesidad de romper el lastre de la colonización y la serie de desencuentros políticos entre México y España en el espacio acotado en esta antología pueden explicar por qué, en relación con la literatura panorámica, no se han encontrado en las revistas mexicanas analizadas artículos de costumbres en los que la mirada transatlántica se dirija desde México a España, aunque abundan las reproducciones de piezas costumbristas españolas en la prensa mexicana (Rea Spell, 1983). En cambio, como se verá, cobran protagonismo la presencia e influencia francesas en diferentes hábitos de la vida cotidiana de México y, por supuesto, de España. En el mismo sentido, si es esencial tener en cuenta desde dónde se escribe al abordar estos textos desde una perspectiva transatlántica, resulta igualmente fundamental considerar el público al que van dirigidos. Juan Martínez Villergas, autor de «La Andalucía», alienta a los periodistas españoles a evitar las críticas «a todo lo que en nuestra patria es deplorable» y a destacar las delicias que ofrece esta región. Y es que este escritor satírico, que entonces se encontraba en París dirigiendo la «Parte Literaria Ilustrada» de *El Correo de Ultramar* —vehículo de difusión de la cultura española en Europa y América—, escribe su artículo, del que hemos seleccionado la última parte dedicada a sus pobladores y a sus hábitos, pensando sobre todo en los lectores no españoles. Dada la atención que desde el extranjero se prestaba a Andalucía como emblema de lo hispánico, el periodista vallisoletano quería deshacer la apreciación metonímica que equiparaba lo español con esa región. Como mediador cultural y practicando un «costumbrismo a la defensiva» (Gutiérrez Sebastián, 2017: 272), el autor recurre a una de las ideas medulares del género, a saber: el orgullo con el que los oriundos de una población defienden sus tradiciones y se niegan a entregarse a la uniformidad de las modas urbanas, como se aprecia en las trece ilustraciones que acompañan al artículo, dos de ellas seleccionadas para esta antología. Reivindica con ello a los andaluces incluso frente a las miradas despectivas de los españoles. No obstante, al centrarse justamente en los tres tipos masculinos representativos de la región —el torero, el contrabandista y el ladrón—, contribuye, a pesar de su desagrado por las corridas, a perpetuar los estereotipos sobre lo meridional.

Reproducimos a continuación una parte de «México», firmado por P. B. y publicado igualmente en *El Correo de Ultramar*, concerniente a las clases populares del país americano. En este caso, la pieza corresponde a un relato de viajes ilustrado con siete litografías de las que se han seleccionado dos, las que atañen a los tipos mencionados en la entrega. Como Martínez Villergas, el autor se lamenta de la uniformiza-

ción que las modas europeas imponen también en México y singulariza algunos de los tipos del país atendiendo a su indumentaria: las botas y el sombrero del jarocho; los zapatos, la camisa, la basquiña y el rebozo de la china poblana; la manta agujereada y el sombrero de paja de los léperos en las capas más bajas de la población. Cada una de esas prendas se vincula a la tierra y al carácter de sus tipos.

La distancia que se establece entre las prendas de moda europea y las genuinas del país, así como la relación que presenta el autor entre la *grisette* parisina, la manola madrileña y la china poblana, otorgan un carácter peculiarmente transatlántico sobre los tipos costumbristas al texto que sirve de introducción al artículo siguiente. Nos referimos a «Tipos de la República Mexicana», de Vicente Calvo, publicado en 1845 en el *Semanario Pintoresco Español*. Es la tercera de una serie de seis piezas en las que el viajero español describe algunas ciudades de la nueva república y se detiene también, como en este caso, en la descripción de sus habitantes. En la entrega anterior, «Tepic», el autor había distinguido «cuatro clases de habitantes: el blanco, el indio, el lépero y el ranchero» (Calvo, 1845: 369); entre los primeros diferenciaba a los blancos de los criollos. En este mostrará los rasgos característicos de los restantes grupos desde una mirada paternalista e imperial. Calvo desciende a las clases más desfavorecidas y problemáticas de la sociedad mexicana, los indios y los léperos. Describe los rasgos físicos de los primeros, su carácter y costumbres presentes también en los textos escritos por mexicanos de la primera mitad del siglo XIX (Amores, 2022b), aunque, a diferencia de estos, sin culpar a la colonización de la degradación en que se encuentran. Si P. B. relacionaba tres tipos femeninos nacionales, ahora Calvo aproximará a los lectores españoles el tipo del lépero vinculándolo con los *lazzaroni* napolitanos y los chulos madrileños. Finalmente, la breve aproximación al ranchero, «habitante de los campos», se detiene en la descripción pormenorizada del traje, en contraste con la reivindicación de aquel como «un verdadero tipo nacional», (Revilla, 1844: 551), como se presenta en las revistas ilustradas mexicanas.

De la mirada distanciada desde la otredad, característica de estos artículos sobre los mexicanos, pasamos a la mirada crítica y reformista de dos escritores de costumbres que describen con espíritu manifiestamente regenerador, en revistas también de su país, ciertos hábitos de la burguesía mexicana de la que forman parte. Desarrollan escenas de costumbres propias de su nación, aunque vinculadas a Francia, con el propósito de valorar el beneficio que puede obtener la nación mexicana al adoptarlas.

Con «El educado en Francia», publicado en la *Revista Científica y Literaria* en 1846, Ramón de la Sierra contribuyó a fijar una imagen de lo francés en México a través de la polémica cuestión acerca de la utilidad de que los jóvenes se educasen en la capital cultural de Europa, controversia también presente en textos españoles como «El extranjero en su patria» de Mesonero Romanos o «El casarse pronto y mal» de Larra. A través de la experiencia de un allegado o familiar y el uso de nombres parlantes —recursos ambos típicamente costumbristas—, el narrador presenta ante los lectores a su primo político educado en París, don Juan Bullicio, que a su regreso ha olvidado su lengua y se muestra prepotente, superficial y, sobre todo, inútil para su patria. Su petulancia es la causante de que decida no trabajar, a la espera de que le nombren ministro para volver a Europa. El saber de este joven «educado en Francia»

es a la vez infructuoso y perjudicial. Como en España, galofilia y galofobia actuarán como la cara y la cruz de las relaciones con Francia.

La pereza de los mexicanos, la tendencia a procrastinar, es el asunto central de «Para mañana», de Manuel Payno, que firmó con el seudónimo *Yo* su entrega para *El Álbum Mexicano* en 1849. El modelo español de «Vuelva usted mañana» de Larra es evidente (Rea Spell, 1983: 23), incluyendo la presencia del autor implícito en la conclusión. Ambos escritores convierten el cliché más difundido sobre españoles y mexicanos —en general sobre los habitantes de las naciones consideradas inferiores— en el argumento del artículo, condensado en dos conocidas expresiones. Sin embargo, mientras el segundo crea una breve ficción en torno a un inversor francés empeñado en emprender un negocio en España, Payno decide centrar su atención en diferentes ámbitos de la vida cotidiana mexicana en los que se muestra la indolencia nacional. La mirada transnacional es evidente en ambas piezas, aunque con referentes distintos, pues el reflejo de laboriosidad y dinamismo que llega a los mexicanos no es el francés, como ocurre en «Vuelva usted mañana», sino el estadounidense y el inglés. La reflexión final de Payno coincide asimismo con la línea del costumbrismo crítico y reformador.

El juego intertextual, aunque de distinto calado, es el que encontramos en «¿Dónde hay mujeres?» (1853), de Francisco Zarco, uno de los escritores mexicanos más importantes de la época, que, con el seudónimo *Fortún*, publicó un buen número de colaboraciones en *La Ilustración Mexicana*. La pieza es singular por varios motivos. Como en los dos artículos anteriores, se escribe para los lectores nacionales, centrándose en la clase media urbana, en concreto en la mujer. Sin embargo, *Fortún* se sirve de la modalidad costumbrista y de sus recursos —un narrador personaje conocido por el lector que entabla un diálogo con un ficticio interlocutor— para tratar un asunto no circunscrito a la identidad nacional sino general, «el desequilibrio de los géneros, a saber: el doble rasero con que se miden las acciones de los seres humanos» (Dorca, 2021: 49). El autor tiene como referente la *Physiologie du mariage* (1829) de Balzac, algunas de cuyas opiniones contraviene a fin de presentar una imagen de la mujer desprovista de los prejuicios habituales. Zarco defiende que hombres y mujeres comparten las mismas pasiones y debilidades, aunque, haciéndose eco de las ideas de la época, afirma la superioridad del varón en la esfera intelectual.

Los dos textos siguientes presentan costumbres concretas relacionadas con celebraciones nacionales y con una mirada transatlántica de sentido completamente opuesto. «Corridas de toros en México» es el penúltimo artículo que Niceto Zamacois —escritor español afincado en México, como se apuntó en la sección dedicada a las «Descripciones histórico-geográficas y monumentales»— publica en una de las revistas españolas de gran tirada como *El Museo Universal*. La primera de sus colaboraciones de 1857, reproducida en esa sección, venía acompañada de una nota del editor en la que anunciaba la publicación de una serie de entregas sobre México con el fin de dar a conocer a los lectores españoles un país «conquistado y colonizado por nuestros mayores», aunque «hoy desconocido para nosotros», en un momento en el que la situación política distanciaba enormemente a las dos naciones. «Corridas de toros en México» se publica en 1863, cuando el autor se encontraba ya en México, y

su aparición parece obedecer de nuevo al interés de la revista por estrechar las relaciones entre los dos países. La hispanofilia que inspira este texto —un acabado artículo de costumbres que pinta diferentes escenas en torno al espectáculo taurino en Ciudad de México— retrata con colorido y vivacidad de qué modo la tradición original española ha arraigado en la república, deteniéndose en la descripción de las particulares características de este rito al otro lado del océano. Con el fin de estrechar o fortalecer los lazos entre mexicanos y españoles, Niceto Zamacois muestra la continuidad cultural de los dos países.

Una actitud contraria, que podría calificarse de proteccionista e incluso galófoba, muestran Payno y Prieto al traducir, extractar y anotar de la revista parisina *Le Magazine Pittoresque* el artículo «Una procesión en México», publicado en *El Museo Mexicano* en 1844. Lo precede una breve introducción y se acompaña de una serie de notas al pie en las que Prieto o Payno defienden a los indios que protagonizan una procesión en una población cercana a México, descritos como semisalvajes, entregados a danzas poco decorosas, al alcohol y al juego. El texto francés se hace eco de los prejuicios que sobre los indios habían difundido las obras de Pawn, Robertson o Raynal (Brading, 1991). Por su parte, los redactores defienden de esas acusaciones a los indios, recriminando a los franceses la venta de bebidas alcohólicas y los puestos de lotería, y destacando la moderación de aquellos. El interés de esta pieza como transferencia cultural es múltiple. Su configuración formal —la traducción y las notas al pie— presenta palmariamente el espacio de negociación en el que se ha convertido el artículo, dividido en las dos representaciones antitéticas. Las respuestas a las imágenes provenientes de Francia defienden la sincera religiosidad del pueblo mexicano, a la par que denuncian el desconocimiento o la superficialidad con las que los extranjeros miran y describen los hábitos de otros países, un juicio que hemos visto en otros contextos respecto de españoles y franceses.

Sin embargo, a pesar del rechazo que producen algunas de las imágenes procedentes de Francia, París, la gran capital europea, será siempre el modelo al que los escritores volverán los ojos para observar las nuevas costumbres de sus ciudadanos y para admirar sus nuevas modas. Esa actitud es la que se aprecia en el último artículo reproducido en esta sección, «Cafés cantantes en los Campos Elíseos», que publicó el *Museo de las Familias* en 1855. El refundidor del texto español —probablemente José Muñoz Gaviria, hijo del conde de Fabraquer, que entonces dirigía la revista madrileña— centra su atención en el paseo de los Campos Elíseos como espacio de sociabilidad, donde el París elegante se mezcla con el popular, para pararse en la descripción de los cafés cantantes iluminados por las luces de gas. El bullicio de hombres y mujeres de distintas edades y clases sociales, espectadores de este gusto cosmopolita, despierta la admiración del narrador, que se traslada a los lectores españoles.

En definitiva, tras este recorrido queda patente la implicación del costumbrismo con una descripción de la realidad que tiene un propósito de reforma social. La perspectiva ética coexiste con una perspectiva estética que combina las representaciones mimética y pictórica con el objetivo de observar el presente para atisbar, y a veces para construir, el futuro.

Bibliografía

- AMORES, Montserrat (2022a). «El costumbrismo en *El Museo Mexicano* y *Revista Científica y Literaria*: representar e imaginar a los mexicanos», *Revista Chilena de Literatura*, núm. 105, pp. 273-298.
- (2022b). «México en el *Semanario Pintoresco Español* (1836-1857)», *Revista de Indias*, vol. 82, núm. 284, pp. en prensa.
- BRADING, David A. (1991). *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CALVO, Vicente (1845). «Tepic», *Semanario Pintoresco Español*, X, núm. 46 (16 de noviembre), pp. 361-363; núm. 47 (23 de noviembre), pp. 369-371.
- DORCA, Toni (2021). «Esencia de mujer: los artículos costumbristas de Francisco Zarco en *La Ilustración Mexicana*», *Hispanófila*, núm. 191 (primavera), pp. 45-58.
- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel (2017). «Un satírico en París. Juan Martínez Viller-gas en *El Correo de Ultramar*», en FREIRE LÓPEZ, Ana María y BALLESTEROS, Ana Isabel (coords.), *La literatura española en Europa (1850-1914)*. Madrid: UNED, pp. 265-278.
- MESONERO ROMANOS, Ramón (1993). «Las costumbres de Madrid», en *Escenas y tipos matritenses*, ed. de Enrique Rubio Cremades. Madrid: Cátedra, pp. 121-135.
- REA SPELL, Jefferson (1983). «El movimiento costumbrista en México», *Universidad*, tomo V (febrero-abril), pp. 5-11, 23-28, 21-26.
- REVILLA, Domingo (1844). «Costumbres y trajes nacionales. Rancheros», *El Museo Mexicano*, III, pp. 551-551.

LITERATURA NACIONAL. CUADROS DE COSTUMBRES

*Fidel**

No es mi ánimo sacar en este artículo a luz mi erudición periodística, citando a Addison, martirizando a Jouy y aventurando magistrales comentarios al inmortal *Fígaro* y al sesudo Mesonero Romanos.

Los cuadros de costumbres son hijos legítimos del periodismo, como la empleomanía de las revoluciones; mejor dicho, el primitivo pensamiento filosófico degeneró en una especie de comodín para llenar las insaciables columnas de un periódico. De ahí nacieron esa multitud de artículos estrambóticos, caracteres, tipos, reseñas y bosquejos; de ahí se criaron recursos para acallar las exigencias del cajista y del editor desinteresado y filántropo.

Los cuadros de costumbres en todos los países ofrecen dificultades, porque esas crónicas sociales, sujetas al análisis de todas las inteligencias, esos retratos vivos de la vida común, que pueden calificarse de una sola ojeada, comparándolos con los originales, requieren de sus autores observación prolija y profunda del país en que escriben, tacto delicado para presentar la verdad en su aspecto más risueño y seductor, y un juicio imparcial, enérgico y perspicaz, que los habilite para ejercer con independencia y tino la ardua magistratura de censor.

Si en todos los países, repetimos, ofrecen dificultades estos trabajos morales y literarios, en México más por razones que se palparán a primera vista. Una generación nueva, europea, de lo más atrasado de Europa, vino a injertarse con la punta del sable conquistador en otra sociedad, si bien civilizada a su manera, es forzoso confesarlo, semibárbara y hasta cierto punto heterogénea con la raza invasora.

Los españoles planteaban la religión como recurso político para asegurar su conquista; no se valieron del cristianismo como un medio civilizador para regularizar las costumbres de la comunidad.

De ahí es que entre el español o criollo y el indio mediaron casi siempre las relaciones del señor y del esclavo, del caballero y su corcel.

Sea por espíritu orgulloso e intolerante de dominación, sea por una mera política, los españoles convertían al criollo en extranjero en el que llamaba su país, inspirándole ideas de superioridad sobre la clase abyecta a quien debió unirse desde el principio con lazo fraternal.

Por otra parte, el indio se convencía de su inferioridad y abatimiento, y aun las imágenes cristianas, sustitución ideal y sublime de su culto grosero, eran otros tantos

* *Fidel* [Guillermo Prieto], «Literatura nacional. Cuadros de costumbres», *Revista Científica y Literaria*, I (1845), pp. 27-29.

<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a40c?intPagina=30&tipo=publicacion&anio=1845&mes=01&dia=01>

monumentos que en la tiniebla de su superstición los hacían aparecer como verdugos cuando combatían contra las banderas españolas.

Causa profundo sentimiento recorrer la historia y ver citado como auténtico que Santiago, la Virgen de Guadalupe, la de los Remedios y otros santos aparecieran en medio de las huestes de Cortés y Alvarado: el primer santo como Atila, hollando a sus contrarios con su bridón inteligente y cruel, y a la Virgen símbolo inefable de ternura, cegando a los indios con tierra en calor de la pelea.

Esta diversidad aun en la creencia, la que existía en las costumbres y el idioma, y la separación que zanjó más y más la soberbia castellana, hacían que en el desarrollo de las razas sus intereses permanecieran disímbolos y que fueran sus afecciones hipócritas y superficiales.

Esta diferencia caracterizó desde tiempo inmemorial la sociedad mexicana, presentando sobre las ruinas recientes del pueblo azteca el reflejo colonial, descolorido y monótono durante tres centurias.

De aquí nació que los restos de la antigua historia se exhumasen por una que otra mano inteligente, para colocarse como los ídolos de barro, en un museo y en las librerías de una parte reducidísima de hombres ilustrados.

Como hemos dicho, esta fracción criolla no tenía existencia propia: vivía con el aire de España, descubría su cabeza al nombre del monarca de ambos mundos, y con los escombros de los templos y palacios de los aztecas edificaba las casas feudales a los risibles aristócratas que se improvisaban de este lado de mar.

La literatura pudo haber conservado ese sacerdocio recogiendo las reliquias de un gran pueblo que zozobraba en el dominio rudo de los hijos de Pelayo, pero la literatura era un eco de España y la historia hasta el siglo XVIII, y por decirlo así, conspirando oculta para inquirir la verdad, apareció en extraño clima a la sombra de Clavijero, del diminuto Cavo y de otros.

Hubo uno que otro ingenio esclarecido que, como Góngora y Alzate, quisieron pertenecer a su país, pero era tan reducido su número, tan indiferente su auditorio, que algunos más se conocían en ultramar que en México, en donde más de una vez su talento les preparó una especie de ostracismo, como sucedió a Gamboa y a Portilla.

Volviendo a mi objetivo diré que, siendo los que hoy nos llamamos mexicanos una raza anómala e intermedia entre el español y el indio, una especie de vínculo insuficiente y espurio entre dos naciones sin nada de común, su existencia fue vaga e imperfecta durante tres siglos.

La historia de los indios, vista con tanta indiferencia por la mayoría, quedó virgen y estacionaria en algunos archivos de conventos y algunos gabinetes de recónditos sabios; arrojamos indolentes o despreciadores al olvido ese tesoro de ciencia y poesía que después han explotado con más o menos éxito observadores extranjeros, y rompimos ese vínculo con el que, aunque de un modo puramente ficticio, podíamos enlazarlos con los que después, a la luz sublime de la libertad, llamamos de un modo verdaderamente irrisorio nuestros hermanos.

Nuestro periodo colonial fue de marasmo y vergüenza, sin costumbres, sin idioma, sin nada propio; conjunto de hipocresía y de avaricia, de insuficiencia y petulancia. Es más bien el suelo que la vida, más la vegetación que la existencia.

Entonces promover cualquier cosa que se pudiese llamar nacional hubiera sido una tentativa revolucionaria. El espionaje organizado por abuso del confesonario penetraba hasta el hogar doméstico. La mano de hierro de la política, a un tiempo sutil y conciliadora, hacía insegura y trabajosa la respiración de todas las clases, y el ojo de buitre del fanatismo, asomado por entre las verjas de la Inquisición, era una amenaza para el pensamiento y un anatema que nos seguía implacable más allá de la tumba.

El grito sublime de independencia parecía habilitarnos para configurar como nación, amalgamar todos los intereses, robustecer y confirmar las creencias de una sociedad nueva en un mundo virgen y espléndido, revelado a las sociedades caducas, a la luz de la gloria y en pro de la causa sacrosanta de la humanidad. Como nuestro objeto no es político, por eso no preguntaremos: ¿adónde está esa raza de héroes? ¿Por qué se han frustrado tantas esperanzas, por qué se desvanecieron tan dulces ilusiones? ¿Por qué donde existió un bosque de laureles hay solo fango y sangre que dejó en pos de sí la discordia fratricida?...

La potencia popular era nula, su soberanía ficticia, en los destinos sociales se ha ejercido una especie de monopolio, y nosotros con pocas diferencias, por impericia, por desdén o por corrupción, continuamos siendo extranjeros en nuestra patria.

Los cuadros de costumbres eran difíciles, porque no había costumbres verdaderamente nacionales, porque el escritor no tenía pueblo, porque solo podía bosquejar retratos que no interesasen sino a reducido número de personas.

¿Cómo encontrar simpatías describiendo el estado miserable del indio supersticioso, su ignorancia y su modo de vivir abyecto y bárbaro?

Nosotros, causa de sus males, nos avergonzamos de su presencia, creemos que su miseria nos acusa y degrada frente al extranjero. Sus regocijos los vemos con horror, y su brutal embriaguez nos produce hastío...

El resto de las costumbres españolas también lo ocultamos con vergüenza: mientras el anciano venerable de una familia representa el célebre *castellano viejo* de *Fíguro*, el niño mimado de la casa es un *lion* parisiense almibarado e ignorante, cuyo delicado tímpano, acostumbrado a oír mentar los *boulevards* y los *Champs-Elisées*, se heriría a los nuestros de *Ixtacalco* y *Santa Anita*. Esta es la causa de la rechifla en contra de los que, conociendo la noble misión de formar una literatura nacional, se hayan referido en sus composiciones a los objetos que tenían ante los ojos.

¿Quién no llama ordinario y de mal tono al poeta que quisiese brindar a su amada *pulque* en vez del néctar de Lico? ¿Quién no se horripila con la pintura de una china a la vez que aplaude ciego a la *manola* española, y recorre con placer los cuadros espantosos de Sue, refiriéndose a aquella familia nauseabunda de Bras Rouge y de la Chouette? ¿Será culpa de los escritores hallar en una mesa el *pulque* junto al *champagne*, y en un festín el *mole de guajalote* al lado del suculento *rosbeef*? ¿Será su culpa que, en vez de la *Marsellesa*, de *Dios salve al rey*, y de todos esos himnos que formulan el regocijo o la plegaria solemne de un pueblo, no tengamos verdaderamente nuestro más que el alegrísimo *jarabe*? La vergüenza es para nuestros gobiernos, que aún no saben formar un pueblo, para muchos de nuestros hombres, que desdeñan pertenecer a su pueblo. El escritor cumple, porque mientras más repugnante aparezca su cuadro, será más benéfica la lección que encierre.

Esos críticos espantadizos y niños que ven la superficie de las cosas, que lloran de rabia contra el escritor que habla en Santa Anita de *juiles* y *canoas* porque no ve ni sardinas ni góndolas, que no puede hacer que sus actores sean Rugieros ni Petros porque son y se llaman Juan Antonio o Pedro José; esos fulminan sus rayos contra el escritor de costumbres y le agobian con sus insolentes sarcasmos.

Hay otro inconveniente: el número de las personas que en México lee es reducido, las costumbres comunes a ciertas personas se conocen al momento, y la poca frecuencia de leerse estos escritos hace que se crean llenos de alusiones personales.

Esta sin duda es la causa de que los hombres dotados de más elevado ingenio hayan sobresalido o en las ciencias en el siglo pasado o en la poesía religiosa, y que ni los artistas ni los sabios presenten nada verdaderamente nacional.

Este juicio público extraviado ha hecho que la literatura dramática haya sido nula, porque poetas como Alarcón y Gorostiza más pertenecen a España que a nosotros. Soria buscaba sus asuntos en la historia y las vidas de los santos, y Calderón revolvía las crónicas extranjeras para poner en escena sus generosos paladines.

¿Qué sucedió a Rodríguez? Que el solo nombre de *Tezozómoc*, puesto a uno de sus personajes en *El privado*, arrancaba risadas de burla y desprecio.

Sin embargo, se aplauden con furor miles insustanciales *vaudevilles* y otras obras de *panelucrando* de poetas españoles. Pero no por eso debe desmayar el escritor de costumbres: sus cuadros algún día serán como las medallas que recuerdan una época lejana. Serán como las señales que haya ido dejando la sociedad al internarse en el laberinto de las revueltas políticas, y que marcaron un día su punto de partida. Serán como el tesoro guardado bajo la primera piedra de una columna, que recuerda a las edades futuras el nombre de la generación que ya no existe.

Si la primera de nuestras necesidades, como yo creo, es la de la morigeración social, si el verdadero espíritu de una revolución verdaderamente regeneradora ha de ser moral, los cuadros de costumbres adquieren suma importancia, aunque no sea más que poniendo a los ojos del vulgo, bajo el velo risueño de la alegoría y entre las flores de una crítica sagaz, este cuadro espantoso de confusión y desconcierto que hoy presentamos.

Entonces el escritor de costumbres, auxiliar eficaz de la historia, guardará el retrato del avaro que se enriqueció con las lágrimas del huérfano; entonces la caricatura del rastrero aspirante será una lección severísima; y el chiste cómico derramado en la pintura de esos enlaces mercantiles y disímbolos influirá en la ventura doméstica.

Si en ese estilo, que parece insustancial y grosero, pintamos nuestras revueltas, sus resortes secretos, los móviles recónditos del patriotismo fermentado, nos aterrarían esas revelaciones, y el toque del pincel del artista vestido de arlequín sería como la mano de *Homodey* puesta sobre el hombre de *Ezzelino de Romano* al advertirle su nombre verdadero.

Cierto es que para esto se necesitaba la pluma de *Fígaro*; pero estos hombres no nacieron en la cuna de las sociedades, y mucho avanzan los que abren una senda, por más que el buen éxito no corone sus esfuerzos. Esto es más noble que en México, donde lo que existe en la literatura, bueno o malo, con pocas excepciones, lo decimos con orgullo, es obra de los esfuerzos aislados de una juventud eminentemente patriótica y generosa.

Donde el joven que se lanza a una nueva vía, por mal que lo haga, puede ponerse frente a frente a sus críticos y preguntarles: ¿quién lo hace mejor? ¿Cuál es la herencia que nos legaron nuestros mayores? ¿Qué han hecho esos hombres que solo murmuran y se llaman a sí mismos los luminares de la nación?

Por hoy nadie ha sobresalido en el difícil género de costumbres. Su novedad, las pocas afecciones que tiene, dependen tal vez de la poca habilidad de los escritores, de sus descripciones sin vida, de sus episodios pueriles, de sus gracias insípidas y de mal gusto; pero ellos han comenzado y deben proseguir en su honrosa tarea, hasta el día que, deponiendo sus plumas humildes ante un ingenio rival de Jouy y de Mesonero, al retirarse del escabroso sendero puedan decir satisfechos: «Nuestros trabajos se dirigieron al bien. Este es nuestro premio. Recoge tú los lauros de gloria que en vano buscamos en la senda que nosotros pisamos los *primeros* en nuestro país».

LA ANDALUCÍA

*Don Emilio**

Estamos de acuerdo con el escritor francés que ve en la célebre Sierra Morena el límite puesto por la naturaleza entre las regiones templadas y las tropicales, citando esta culminante punta de la Andalucía como prueba geográfica de que las columnas de Hércules fueron violentamente separadas por una irrupción del océano, acontecimiento que la superstición ha presentado de un modo que repugna a la ciencia tanto como a la razón, pero acerca del cual pueden ya felizmente emitir su voto la arqueología, la filosofía y la historia, desvaneciendo los crasos errores con que la ignorancia acude siempre a lo maravilloso para explicar los fenómenos naturales. Creemos también con el mencionado escritor que, si algún pueblo ha conservado su originalidad, su fisonomía propia, resistiendo al monótono nivel de la imitación, extendido por todo el mundo, ese pueblo es el de Andalucía, aunque no pensamos como el autor que llevamos citado que esto consiste en el clima y en el largo periodo que duró allí el imperio de los árabes, porque esto sería como tomar el efecto por la causa. El clima y la mezcla o contacto de raza explican perfectamente la diversidad o la homogeneidad de caracteres, pero no la conservación de estos, pues vemos otros muchos pueblos de igual origen y en idénticas latitudes que ofrecen prodigiosas metamorfosis.

Lo que resulta de cierto en todo lo que hasta aquí se ha observado es que, efectivamente, la Bética, esa hermosa y alegre comarca a que los naturales dan graciosamente el nombre de *tierra de María Santísima*, presenta en todo indestructibles rasgos de originalidad, siendo digna de estudio por la fertilidad de su terreno, por los ricos y varios monumentos que contiene, y sobre todo por lo que se refiere a sus habitantes.

[...]

Echemos ahora una ojeada sobre los habitantes del suelo andaluz y, conviniendo con el susodicho escritor francés en las causas que han contribuido a la formación de un tipo tan original, digamos por qué esta originalidad de carácter y de costumbres ha rechazado la plaga de la imitación, conservando su primitiva pureza en la privilegiada *tierra de Jesús*.

Esto consiste en que los andaluces, calumniados de continuo por jueces incompetentes, han conocido el valor de todo lo que les es característico y saben bien que siempre saldrían perdiendo en el cambio. Porque es claro, ni el ave del Paraíso ni el faisán de la China, penetrados de sus gracias, querrán trocar voluntariamente sus vistosas plumas por las del milano y sus gallardas formas por las del mochuelo. Que en los salones de París parodien la severa al par que fría etiqueta de los de Londres, o que

* *Don Emilio* [Juan Martínez Villergas], «La Andalucía», *El Correo de Ultramar*, I, núm. 2 (1853), pp. 19-22. IIs. https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709283

los lechuguinos de Madrid esperen con impaciencia el figurín de Francia para posponer un paletó costal a un arlequinesco frac, santo y bueno, puesto que lo que toman, siendo tan malo, no puede ser peor que lo que dejan; pero ni los sofismas de los antiguos griegos, ni la dialéctica de los modernos alemanes, ni los esfuerzos de todo el género humano podrán nunca persuadir a un andaluz de que sus bailes, su traje, su lengua, su acento, sus costumbres y calidades, todas en perfecta armonía con su organización, con su carácter especial, deban abandonarse para entrar en esa sociedad seca y desabrida donde los seres vivientes carecen de movimiento como las estatuas o solo se agitan obedeciendo a la estrecha ley de un caprichoso compás, para llevar una vida glacial monótona, desabrida, muy conforme al refinado estudio de la coquetería y muy contraria por lo mismo a las leyes de la naturaleza. Nada de eso: los andaluces, como antes he dicho, conocen el valor de todo lo que les pertenece. Hay en sus bailes, en sus cantares, como en un traje mismo, cierta voluptuosidad que habla, con harto expresivo lenguaje a los sentidos; pero el instinto del decoro desarrollado en los andaluces hace que en todas sus diversiones como en sus picantes chistes caminen en feliz alianza la gracia y la urbanidad, mostrando tal vez bajo los incitadores atavíos de la malicia los más puros encantos de la inocencia. Así pues, los hijos de la tierra de Dios, amigos de todo lo que es bullicioso sin perjuicio de tercero, como amantes de esa voluptuosidad que tan bien sabe hermanarse con la decencia y convencidos de que, en cambio, la sociedad austera de otros pueblos encubre muchos vicios bajo la seductora apariencia de las virtudes, rechazan y han rechazado siempre el yugo de la imitación que todo lo corrompe diciendo de sus costumbres lo que el sencillo aragonés del señor Bretón decía de su traje:

Que yo gusto de estar horro
y tener holgado el bazo,
y mover el pie y el brazo
sin necesitar socorro.

Dijimos antes que los andaluces eran con frecuencia calumniados por jueces incompetentes y, en efecto, no solo en tierra extranjera se les tiene por fanfarrones, sino que en España mismo estamos cansados de ver a los hijos de Andalucía desempeñar un triste papel en las comedias. Esta preocupación puede pasar entre los que no comprenden que todo en el mundo es relativo y que nada acaso ofrece tan varias singularidades como el valor de los hombres. Personas hay que se baten bien en campaña y tienen miedo en un desafío, del mismo modo que muchos marineros, acostumbrados a arrostrar con frente serena los peligros de las tempestades, temblarían ante la boca de una pistola descargada. Así son los andaluces: tímidos en ciertos casos, presentan en otros rasgos de asombrosa temeridad; inferiores como soldados de infantería a algunos habitantes del Norte, son superiores a todos en el arma de caballería, y los mismos que por su conducta en un lance de honor dan pábulo a las anécdotas y rechiflas de la maledicencia, cautivan la admiración del público poniendo banderillas, picando o matando con firme pulso a un toro que haría tomar las de Villadiego al Cid Campeador.

En efecto, los toreros andaluces han llevado siempre la palma: nacen lidiadores y, empezando por capear novillos en una aldea, llegan a obtener un día esa celebridad de los Romeros y Montes, Cúchares y Chiclaneros, espadas inmortales que solo puede producir el suelo de Andalucía. Y cuéntese que no es para mí esta la mejor prenda de los andaluces, porque enemigo como soy de las corridas de toros a las cuales atribuyo en primer término la causa del retraso intelectual de mi patria, quisiera ver para siempre desterrados esos espectáculos que pugnan a la vez con los sentimientos humanos y con los progresos de la civilización; pero esto no obsta para hacer justicia a los que dan verdaderamente pruebas de valor, aunque sea empleándolo en deplorables pruebas.

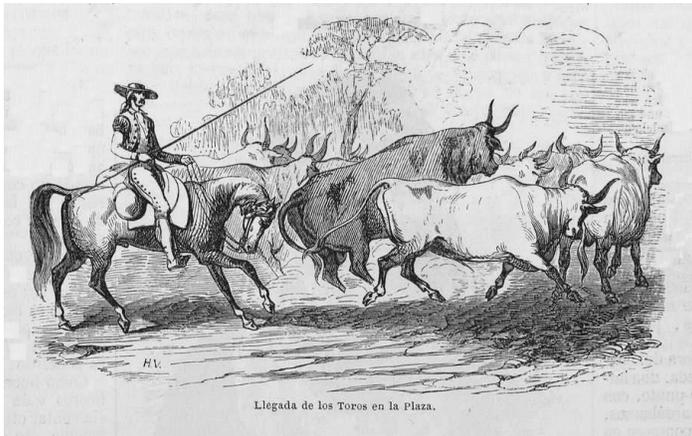


Fig. 14. *Llegada de los toros en la plaza*, p. 21.

Algo más que el torero me agrada el contrabandista, magnífico tipo que, revelándose contra las restricciones que la sociedad ha inventado, pasa los días y las noches a la intemperie, superando mil obstáculos y burlando las persecuciones, llevando por toda garantía de seguridad su trabuco y su caballo, y abreviando las horas de soledad a que su vida le condena con la poesía de sus cantares y de sus amores. ¡Qué bello es imaginar cómo un contrabandista, cruzando en el silencio de la noche por solitarios páramos, entona en la música que lleva su nombre o en la de la cachucha este y otros parecidos cantares de que la musa del pueblo andaluz es tan pródiga!

Los ojos de mi morena
se parecen a mis males:
negros como mi fortuna,
grandes como mis pesares.

Y más bello es todo esto cuando el hombre entregado a esa vida aventurera, llena de vicisitudes tristes y de mortales peligros, se ve en la precisión de llevar a la mujer de sus ilusiones a las ancas de su caballo. ¿Podremos describir todo lo que esa vida errante tiene de original, de amarga y al mismo tiempo sublime? Tan difícil sería esto

como hacer al contrabandista abandonar su carrera de agitación eterna, que en medio de los más amargos sinsabores le deja apurar alguna vez la copa de los placeres. En todo el mundo hay contrabandistas, y los habrá en nuestra opinión mientras la sociedad quiera conservar las barreras que en perjuicio de los más favorecen a los menos. Dentro de España mismo viven en todas las provincias multitud de hombres y aún pueblos enteros consagrados al contrabando; pero el contrabandista andaluz descuellos entre todos y merece principalmente mis simpatías, como todo lo que pertenece al suelo de Andalucía.



Fig. 15. *El majo y la maja*, p. 20.

La abundancia de materiales nos impide hoy detenernos a considerar todo lo que hay de encantador en las diversiones, bailes y música de los andaluces, donde las hijas del país lucen sus gracias naturales, llegando un día, sin otro aprendizaje, a merecer los aplausos como eminentes bailarinas en los principales teatros de Madrid y aún de las cortes extranjeras. Omitimos asimismo referir algunos de esos cuentos y metáforas con que los paisanos del célebre Manolito Gázquez amenizan una reunión y otras cosas que sería prolijo enumerar, y para terminar este artículo vamos a ocuparnos de una clase de gente que espanta a los extranjeros y causa también fundados temores a los naturales. Hablamos de los ladrones de Andalucía. Esta, en efecto, es una clase que hace poco honor al país, pero ¿a qué país puede dar honra semejante gente? Los Chafandines de Castilla y los Jaimes de Valencia dicen que alguna vez tuvieron rasgos de generosidad como los famosos niños de Écija, y para mengua de nuestra patria muchos escritores contemporáneos se han dedicado a escribir comedias haciendo la apología de semejantes bandidos con escándalo de la moral y a vista y paciencia de los censores que no han comprendido todo lo que dichas apologías encierran de peligroso. Por nuestra parte estamos lejos de aceptar semejante responsabilidad, y lo

único que diremos, circunscritos siempre al tema de este artículo, es que los ladrones andaluces no son temibles solo por ser andaluces, sino porque deben serlo los ladrones de todo el mundo. Por favor, ¡oh, periodistas españoles!, abandonad alguna vez esas estériles críticas y noticias de toros, para anatematizar todo lo que en nuestra patria hay deplorable y haciendo este servicio a la civilización, colocaréis a España en el rango que debe ocupar la más bella de las naciones. Nosotros, que de buena fe nos interesamos en las glorias de nuestra patria, elevaremos sin cesar nuestra voz débil, aunque alentada por un santo deseo, a fin de extirpar los lunares que empañar puedan el esplendor de nuestro carácter y costumbres. Por eso censuramos lo que nos desagrada y recomendamos al mundo entero todo lo que hay más delicioso bajo el cielo encantador de Andalucía.

MÉXICO

P. B.*

[...] Como en todo el mundo, el paletó, el sombrero de copa alta y la crinolina se han apoderado de los que en México dan la moda. Respeto el gusto de la elegancia mexicana, pero a mí me parece mil veces más elegante el traje que a cada paso se descubre en las calles de México. Si se quiere la variedad de los colores, nada más vistoso que el sarape¹ y, si se busca la riqueza, hay jarochos que llevan en la chaqueta y en sus anchos pantalones el valor de muchos miles de francos en botones de oro o de plata.

Nos quejamos del precio del calzado de París; no obstante, preguntemos a ese jinete tan erguido sobre su caballo cuánto le han costado las botas vaqueras que rodean sus piernas y le defienden de la picadura de los reptiles en sus correrías al través de las enredaderas: cinco o seis onzas de oro han pagado apenas el maravilloso trabajo que las adorna. Todo el mundo conoce la historia de la casaca de paño de plata forrada de paño de oro; lo mismo sucede en México en cuanto al tocado. El ancho sombrero que llevan con mucha gracia está rodeado en la base de la forma con un cordón de cuentas arrollado que representará, a mi juicio, la serpiente de los Aztecas: un ancho galón de oro adorna el ala, pero está puesto por dentro. Así vestido y montado en uno de esos caballos de las hermosas razas importadas de España, el jarocho representa verdaderamente el rey de las selvas, el hombre a quien son conocidos todos sus misterios, que desafía y vence todos los peligros gracias a su machete y, sobre todo, a su presencia de ánimo que no le abandona nunca.

Hay una clase de mujeres que existe en todos los países. En París a esta mujer la llaman *griseta*; en Madrid, *manola*, y *curra* en Andalucía. En México la designan con el nombre de *poblana*, y no porque sea de la ciudad de Puebla más bien que de otra parte; pero, dejando a otros el cuidado de buscar la etimología de su nombre, diremos que su vida se reduce a unos cuantos años de locuras seguidos de la miseria. No obstante, la miseria bajo el hermoso cielo de México ¿es verdaderamente la miseria? ¿Es esa desnudez absoluta que solo se halla en nuestros helados climas del Norte? No, es la privación del lujo y nada más. Mirad pues esa poblana orgullosamente plantada en el suelo, que parece morder con sus menudos pies; no lleva medias, pero sí un preciosísimo zapato. Su camisa de fina tela blanca, adornada con un elegante bordado de color, apenas está sostenida sobre sus hombros. Los brazos desnudos. Un rebozo o rebocillo de armoniosos colores cubre su cabeza colgando graciosamente su pecho

* P. B., «México», *El Correo de Ultramar*, XIX, núm. 478 (1862), pp. 151-154. IIs.
https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709703

1. Sarape, manta larga de lana con muchos dibujos de colores vivos y un agujero por donde se mete la cabeza. Es la dalmática de nuestros antiguos heraldos de armas, y el poncho de la América del Sur.

que apenas oculta. Lo restante de su traje se compone de una basquiña corta de colores chillones. Mestizas regularmente, esto es, nacidas de indias y de blancos, su cutis se acerca un poco al bronceado florentino. Vivas y graciosas, deben a la mezcla de las dos razas la inteligencia del europeo y la pureza de formas que distingue a las razas primitivas. También la poblana se ha sujetado a la moda de la crinolina; también ella ha cubierto sus hermosas formas con esos horribles aros que las desfiguran. Veremos si mejor aconsejada por la coquetería volverá otra vez al traje que sabe llevar con tanta gracia.



Fig. 16. *Tipos mexicanos*, p. 152.

Hay una raza de parias que abunda en las calles de México: son los léperos. Mestizos en su mayor parte, hacen los más viles oficios. Estos no tienen en sus pantalones ni oro ni plata, gracias que gasten pantalones. Una manta agujereada, un sombrero de paja de alas anchas, he aquí su vestidura, que puede compararse en sencillez a la de los *fellahs* de las márgenes del Nilo. [...]

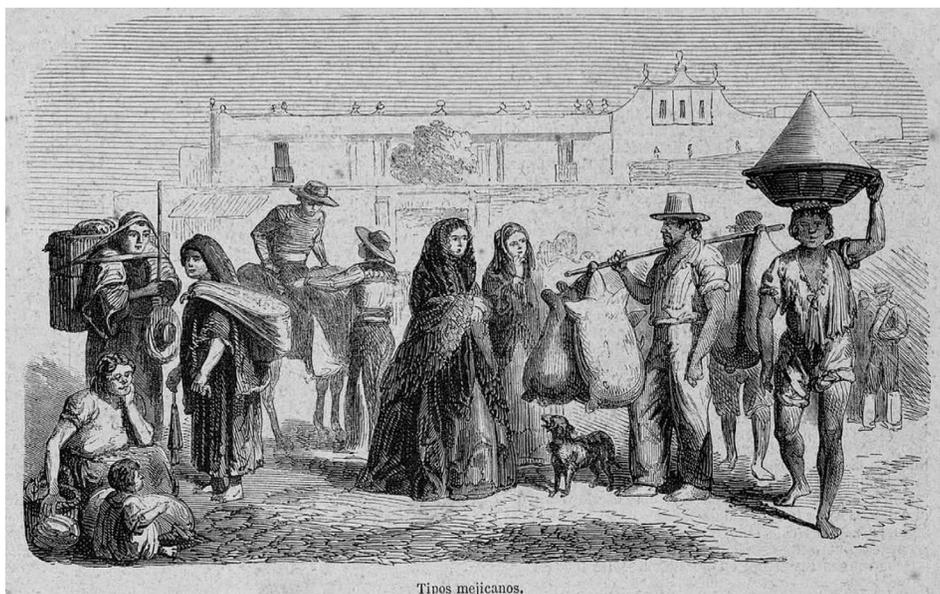


Fig. 17. *Tipos mexicanos*, p. 153.**

** La ilustración tiene como base la lámina XXVI del volumen *México y sus alrededores. Colección de monumentos, trajes y paisajes* (México: Establecimiento Tipográfico de Decaen, 1855-1856) con el título «Trajes mexicanos» (C. Castro y J. Campillo). Se han conservado algunos grupos de figuras humanas y se ha añadido, entre otros, el jarocho a caballo, cuya figura se comenta en el artículo.

TIPOS DE LA REPÚBLICA MEXICANA

Vicente Calvo*

Si las relaciones fidedignas del viajero interesaron siempre al filósofo y al hombre filántropo, no dudamos llamar la atención suya al describir algunas impresiones que hemos recibido recorriendo países remotísimos, o detallando las observaciones que durante diez años de permanencia entre los indios hemos podido hacer. Vamos a dar a conocer algunos tipos de seres humanos en los que la civilización europea ha impreso pocas huellas, a pesar de haberlos sacado de la vida salvaje, y en una relación somera de usos, costumbres y hábitos, hijos de la naturaleza, presentar vivo, aunque silencioso, el combate de la civilización con la ignorancia.

En otros artículos nos hemos ocupado de Jalisco y de Tepic, poblaciones bellas y civilizadas, ricas y comerciales en el departamento de Jalisco. Sin extendernos demasiado, hemos hecho ostensibles las raíces que la civilización europea ha ido echando en aquel país de oro, todavía sin explotar lo bastante. Hoy vamos a presentar al lector un cuadro de los tipos originales e indígenas, que ven casi con indiferencia al extranjero atesorar riquezas para ellos desconocidas.

Tres son los tipos de que vamos a ocuparnos: del indio, del lépero y del ranchero.

Está ya fuera de duda que los primeros pobladores del continente mexicano entraron por el Noroeste y que América estuvo algún tiempo unida a Asia, como lo acreditan varios célebres viajeros.

Los chichimecas¹ y otomíes, los toltecas y aztecas fueron las principales tribus que poblaron el Anáhuac,² región cerca del agua, desparramándose después en diversas direcciones. De estas tribus descienden los indígenas de la República Mexicana, que en un todo son iguales a los naturales de la India.

Los indios, en general, llevan el sello de la sencillez y rudeza, caracteres de todos los pueblos primitivos. Son de color cobrizo, pero varían accidentalmente. Los que viven en las sierras son más oscuros que los que habitan en los pueblos civilizados; aquellos andan sin sombreros y por lo común, desnudos, aunque no totalmente. En el Norte son los indios bien formados, de alta estatura, de fuerte musculatura, fiero mirar y color sombrío, con pelo largo, lacio y de un negro reluciente que dan a la fisonomía un aire

* Calvo, Vicente, «Tipos de la República Mexicana», *Semanario Pintoresco Español*, X, núm. 48 (30 de noviembre de 1845), pp. 381-383. II.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003122851&search=&lang=es>

1. Hombres muy bárbaros y silvestres que solo se mantenían de caza, y por eso les pusieron el nombre de *chichimecas*.
2. Este nombre fue dado antiguamente al país llamado por los españoles Nueva España y hoy República Mexicana. Antes de la conquista solo se designaba con este nombre al valle de México y a los territorios circunvecinos.

expresivo y gallardo. Los del centro de la república, los que viven en las ciudades y en las villas principales, son de talla más aplastada, de seca contextura, de nariz gruesa y muy chata, ojos negros y redondos, y de una apariencia de endebles y extenuación.

Sus costumbres son sencillas, apacibles y risueñas, como las de todas las tierras montuosas, en que la vida pastoral ha dominado largos años, dejando en ellas un cierto sabor de patriarcalismo.

La hospitalidad es la virtud que más respetan los indios, y la venganza, su vicio predilecto y dominante. Al blanco le aborrecen interiormente, pero también reconocen su superioridad y lo acatan en lo exterior, en especial tratándose del español, cuya franqueza y liberalidad empeñan su sumisión y respeto.

Es, además, el indio muy codicioso y aficionado a la bebida (la del mezcal, aguardiente del país) y dado a la lascivia, llegando a cambiar su mujer con facilidad, sin más trato ni convenio que haberse juntado uno con la de otro. Los incestos son muy comunes entre ellos, porque, no conociendo el honor ni la afrenta, nada hay que los pueda retraer de la inclinación de sus apetitos. Su alimento consiste en la tortilla de maíz que le muele y amasa la india, la cual moja en una salsita de chile sazónada con otros ingredientes que la dan un gusto muy exquisito y sabroso. Sus vestidos son varios según la provincia a la que pertenecen, pero los que usan comúnmente cuando se avecinan en los poblados, o están en cierto modo civilizados, se componen de sandalias, gregüescos de cuero y una ropilla de lana o algodón que se mete por la cabeza y se ajusta a la cintura con un correón, llevando descubiertos, aun en tierra fría, los brazos y las piernas. En algunos pueblos solo el que está casado tiene el derecho de llevar sombrero, otros se visten de pellejos de animales, particularmente de venado, y todos son por lo general muy afectos al abalorio y a las telas de color de grana. Son por lo general muy suspicaces y desconfiados, pero se debe creer que esto proviene del modo con que los han tratado los españoles desde la conquista. En toda la extensión de la nación varían sus usos, así como sus idiomas, que sería muy largo describir en esta sencilla noticia. Las ocupaciones más corrientes de aquellos que viven cerca de grandes poblaciones son introducir el fruto de sus pequeñas labores y crías, algo de caza y de pesca. El perro y el asno son los inseparables compañeros de fatigas del pobre indio.

También son muy aficionados a la música y al baile, y aunque aquella es monótona como igualmente sus cantos, bailan con bastante compás y armonía, dando alguna significación a sus contradanzas. La música se halla bastante atrasada. Sin orquesta se reduce al tambor y chirimía o pito. El primero es semejante al tambor marcial, sin más diferencia de la de aquel, que, por dejarle las cuerdas flojas, emite un sonido ronco y desagradable, así como el pito o chirimía le producen tan agudo como ingrato. Es la música que generalmente acompaña a las imágenes que salen de pueblo en pueblo a coleccionar limosnas para sostener el culto. Además, los emplean para sus diversiones y bailes.

En algunas poblaciones del interior ambos instrumentos se han perfeccionado un poco más en cuanto a lo apacible del sonido, porque el tamboril es del tamaño de un pandero, se toca con una sola mano, mientras que la otra sirve para sostener y manejar una especie de flautilla de sonido más grato que el de la chirimía.

Las mujeres se distinguen de los hombres únicamente en ser más laboriosas y tener más superstición.

El traje de la india consiste en zagalejos burdos, camisa de algodón y rebozo.

Se distinguen también por su vigor en caminar a pie, haciendo viajes largos sin la menor pena ni fatiga, cargadas con los frutos de su industria, que son algunas crías, caza y pesca para irlos a vender al mercado. Su vida es bastante prolongada y se hallan exentas de los achaques propios de las mujeres entregadas al lujo y a la molicie.

El parto viene a ser para las indias un acto natural, porque no le tienen como enfermedad. Dan a luz la criatura, si se ofrece, detrás del metate,³ y siguen moliendo con la mayor frescura, pasando desde esta ocupación al lavadero de algún río o de alguna fuente a limpiar la ropa o traer agua para sus casas y haciendas.

LÉPERO

El lépero es una variedad del indio, cuya palabra significa lo mismo que haragán en español, y aplícase a cierta clase de hombres que lleva pintada en su frente la libertad que disfruta, y en sus acciones y movimientos, la independencia en que se crio. Los léperos se encuentran en las poblaciones principales de la república, dedicados únicamente a sostenerse de la vagancia, muy semejantes a los *lazzaroni* de Nápoles y a los chulos de Madrid. Desprecian al indio por considerarse de más valía para vivir en la ciudad y tenerse por más entendidos. Los medios de que se valen para sostener sus vicios son el juego, la estafa, la rapiña y a veces el robo. No tienen casa ni hogar, ni otro vestido que un calzoncillo con jareta y la frezada⁴ que llevan al hombro y les sirve de cama. Comen lo que se les antoja y a cualquiera hora, pues andan siempre vagando de lugar en lugar, pero jamás salen del país ni saldrían, aunque se les forzase, prefiriendo antes todo género de tormentos. En lo general tienen la habilidad de tocar algún instrumento, y algunos llegan a saber leer y escribir, sirviendo a veces de memorialistas en todo género de transacciones vulgares. Su animal favorito es el gallo, al que se están contemplando a veces en cuclillas cerca de media hora. Es vicio dominante en ellos la embriaguez por el uso inmoderado que hacen de licores fuertes a todas horas.

Sus mujeres tienen casi los mismos defectos y propensiones que ellos. La lépera es siempre una mujer prostituida, siendo capaz de las acciones más torpes en su estado de embriaguez. Sus vestidos varían en muy poco según las provincias a las que pertenecen, pero en todas usan de enaguas, si bien llevan los brazos, pechos y piernas desnudos. Su mayor lujo consiste en los zapatos, que han de ser de raso, seda o cosa semejante, aunque todo su vestido sea lo más ordinario. Aborrecen a los extranjeros, solo aman su vida licenciosa y los goces groseros que les proporcionan su viciada ignorancia y malicia astuta.

3. Piedra con que se amasa la harina para hacer tortilla con el maíz o con la misma harina.

4. Es una manta de jerga o de lanilla, matizada de colores más o menos vistosos.

RANCHERO

Bajo este nombre se indica en lo general a todo habitante de los campos, pero, restringiendo más la acepción de la palabra, se aplica a los que usan el traje imitado pero lujoso de un rancharo, es decir, un vecino rico de cualquier lugar que ha querido vestirse como un campesino.

Hay personas ajenas de esta profesión que por gusto o capricho le visten, aunque esto no es ya común desde que entre los mexicanos domina la moda de imitar a los extranjeros.

Hay trajes de esta clase modestos y los hay riquísimos. La manga⁵ es del más rico paño, de una figura cuadrilonga, y la bocamanga, de terciopelo guarnecida de franjas de oro o de plata, con fleco de la misma tela, forrada de indianilla ribeteada con galón o redecilla. Los calzones, anchos, de cuero o paño, sobre calzoncillo blanco, guarnecidos aquellos en las costuras y extremidades de trenzas de hilo de oro o de plata y galones con botones en las cerraduras de metal amarillo o blanco, en analogía con el color de las guarniciones. Las botas son siempre de piel de venado, curtidas al efecto, y a cuyo beneficio toma el color de avellana más o menos subido. Para darles la forma conveniente, se estampan con un cincel varias labores en ellas, principalmente en la parte que queda al descubierto, sobreajustada en la pierna, en la que se da varias vueltas, y cuando lo demás del traje es de lujo, se adorna estas piezas con unas tiras sobrepuestas con bordaduras que representan varias flores bordadas de hilo de oro y plata en que suelen mezclarse sedas de varios colores y galón al canto, quedando dicha tira colocada en dirección vertical, de la rodilla al tobillo, en la parte anterior de la pierna. Estas botas se aseguran un poco más abajo de la coyuntura, con cintas tejidas de seda, a las que se dan el nombre de *ataderas*, con botones en las extremidades, revestidas de figurillas que representan flores, frutas y animales, también de seda de diversos colores.

Los arreos de su caballo se componen de la silla vaquera con sus grandes estribos. Las armas que sirven en tiempo de aguas están ajustadas en la cabeza de la silla, que son dos pieles curtidas de pelo de cabra, y que por ambos costados bajan hasta las piernas del caballo y sirven para cubrir las del jinete en caso de lluvia.

Las mujeres montan en el cojín, quedando el jinete a la grupa, al revés de como se estilaba en Europa.

Los rancheros miran con una especie de compasivo desprecio al hombre tímido a caballo o que tiene poca destreza en manejarlo. Son grandes jinetes y a caballo ejecutan evoluciones y movimientos sumamente dificultosos.

Las costumbres de los que viven en el interior no tienen más diferencia de las de los habitantes de las grandes poblaciones y de las costas que el de ser más puras, siendo en lo general laboriosos, honrados y hospitalarios.

Hemos dado una sucinta idea de cuadros que han pasado a nuestra vista, descrito costumbres que hemos observado con avidez y manifestado la situación de clases

5. Especie de capote de monte que se usaba en el siglo XIV y XV.

miserables y abyectas para quienes no ha lucido todavía la aurora de la verdadera emancipación, el día de la regeneración social. Grandes reflexiones pudieran surgir del bosquejo que hemos trazado, pero nuestra pluma, insuficiente para deducir las grandes consecuencias que del estudio de los países emanan, se ha concretado únicamente a reunir hechos que otras más certeras inteligencias podrán explorar. Nos daremos por satisfechos si hemos podido interesar la curiosidad de nuestros lectores.

Madrid, 5 de noviembre de 1845.

EL EDUCADO EN FRANCIA

Ramón de la Sierra*

Hace cuatro meses que llegó de Francia mi primo político don Juan Bullicio, enviado a París con el objeto de recibir una brillante educación que correspondiera a su elevada nobleza. Salió de México cuando apenas tenía dieciséis años, y en los cuatro que dedicó a su educación murió su buen padre, que no tuvo el consuelo de despedirse de Juanito, ni la grande satisfacción de verlo, como él decía, un hombre de provecho, puesto que había *corrido cortes*. Y en verdad que había venido el más civilizado que se pueda encontrar, como lo atestigua su buena madre, que lo ha presentado con orgullo a todas sus amistades. Yo, que participo del noble orgullo de mi tía, quiero presentar al público el retrato más perfecto de mi ilustrado primo.

Comenzaré por decir que la tarde en que llegó, después de abrazar a su familia, y pasadas las emociones de gozo, que eran consiguientes al volverse a ver una madre a un hijo, empezaron las preguntas de viajero; pero las respuestas de Juan eran parte en mal castellano y parte en pésimo francés, por lo que mi tía se quedaba con la boca abierta sin entender una jota.

—¿Qué te pareció París, hijito? —le decía mi tía.

—Ay, *ma mère, je vous dit* que no hay *dans le tout le monde* ciudad más *jolli* que París.

—Juanito, no te entiendo.

—¿*Ne vous entendes pas* cuando yo parlo *le francés* como si fuera *fiils de France*?

—Juanito, hijo mío —decía mi tía arrugando sus pequeños ojos—, ¿qué tienes? Creo que estás tartamudo.

Y Juanito volvía a mezclar los idiomas, sin saber ninguno.

Al cabo de algunos días ya se iba acostumbrando a hablar castellano. En cuanto a su instrucción, puedo asegurar que mi primo perdió el tiempo, su padre, el dinero, y los que lo oyen pierden la paciencia.

—¿En qué colegio estudiaste? —le pregunté un día.

Y él, fijando sus ojos en mí y con una risa maliciosa, me respondió:

—Yo estuve en la Escuela Politécnica, señor mío.

—¿Y qué aprendiste?

—Todo lo que en ella se enseña: matemáticas, física, mineralogía, cirugía, táctica de línea, teneduría de libros, farmacia, humanidades, esgrima, etc.

* Sierra, R[amón] de la, «Costumbres. El educado en Francia», *Revista Científica y Literaria*, II (1846), pp. 326-327.
<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a40c?intPagina=892&tipo=publicacion&anio=1845&mes=01&dia=01>

Ya veis, lectores, cuán instruido está mi primo; y luego no queremos enviar a París a nuestros hijos.

Sigamos el retrato. Mi tía determinó que Juanito tomase alguna profesión, pero este le dijo con magisterio:

—¿Quiere usted, madre mía, que un joven como yo abata su encumbrada nobleza con entrar a una oficina, o a otra parte, después de haber viajado y hecho su educación en París?

—Pero, hijo mío —le respondió mi tía—, yo no cuento más que con esta casa que me dejó tu padre, que en Dios descanse, y mis palabras no le ofendan.

—No importa, mamá, el Gobierno, al saber que estuve en París, que conozco su situación geográfica y su política, me enviará de ministro plenipotenciario, y ya usted ve que de empleado en la tesorería, a lo más con dos mil pesos, a embajador hay una diferencia como del cielo a la Tierra.

Y, en efecto, para acabar de persuadir a mi tía de cuán instruido está en la política, le enseñó y leyó una proclama que hizo con motivo de la última revolución de diciembre. El insertarla aquí toda entera sería impacientar a mis lectores, por lo que tan solo copiaré algunos trozos. Dice el primero: «Marchad, marchad, hijos del pueblo. Sostened con las armas en la mano vuestras libertades, como en otro tiempo los soldados de Leónidas defendieron las libertades de Esparta. Imitad a Marat cuando su potente voz hacía estremecer las bóvedas del Capitolio para asegurar la independencia de la antigua Galia. Imitad el valor de Danton cuando combatía contra Milcíades».

Y en otra parte dice: «Este pueblo mexicano, nutrido con la leche de España, imitará el valor de los hijos de Pelayo cuando en las escarpadas rocas de Asturias proclamaron la caída del imperio de los godos y vándalos».

Sabe de memoria *Los misterios de París* y *El judío errante*, aunque no conoce el mérito ni comprende el objeto de estas obras. Dice que conoció a muchos de los personajes que figuran en ellas y que dio algunas noticias a Eugenio Sue para formar los *misterios*, y está tan ocupado de estas obras que cualquier cosa que habla la refiere a alguna de ellas. Así es que a todos los porteros y zapateros les llama *monsieur Pipe-llet*; a su caballo le dice *jovial* y trata de dejarse crecer los bigotes como Dagoberto. Si pasa por un bodegón, dice: «He aquí *Le lapin blanc*». En punto de amores no hay quien le iguale en el estilo patético de sus cartas, como puede verse por la que copio: «Adorable Nicolassita: las divinas ilusiones que abrigaba mi mente desde que usted me dijo que me amaba hanse hundido en el horrible abismo de la duda en estos días de desesperación. El amor de usted parece resfriado, y para explicarme como un hombre grande del siglo, monsieur Eugenio Sue, las caricias de usted son glaciales. ¡Ah, mujer incomprensible! Si usted hubiera visto la feroz exaltación que sentí al verla, quizá me habría proporcionado éxtasis inefables de felicidad suprema. Ámeme usted, niña graciosa, hermosa como la Venus de Fidias, gentil como la rosa del jardín de las Tullerías, fresca como una manzana en París, seductora como la margen del Sena, flexible como la columna de la plaza de la Concordancia, y viva como Adriana de Cardoville. Si usted no me ama me daré un balazo, aunque no creo en el infierno, pero desde los oscuros antros del negro Cocito me acordaré de la mujer a quien consagré mi existencia y mi educación parisiense. Juan Bullicio».

Para completar el cuadro que me he propuesto, diré que ha sacrificado a su buena madre para vestirse a la moda. No ha tomado ninguna carrera porque espera salir a Europa de ministro. En cuatro meses que cuenta en México ha tenido diez o doce riñas con otros jóvenes, que sin haber ido a Francia han sido más fuertes que él, y lo han hecho huir después de lastimarlo. Mi tía está al perder el juicio por no saber dirigir a su hijo. Días pasados le consultó a su confesor si sería buena ponerlo en la casa de corrección. El padre le contestó que haría mejor en encerrarlo en la *casa de locos*, lo que, oído por Juanito, exclamó colérico:

—Yo no he de ir a *Bicêtre*, no he de ir a *Bicêtre*, que yo soy hombre *comme il faut*.

PARA MAÑANA

Yo*

Cuando tengáis un poco de dinero desocupado, queridos lectores, y la resolución suficiente para exponeros al vómito de Veracruz y a los caprichos de ese pícaro mar, que algunas veces es más inconstante que una coqueta de quince años, dad una vueltecita por el extranjero. Si vais a los Estados Unidos, veréis, entre otras cosas curiosas, atropellarse los hombres y las mujeres en los caminos de fierro, en los vapores, en las diligencias, en el teatro, en las calles, y, si queréis la explicación de toda esta barahúnda, observad que todo lo hacen *hoy*. La mujer enamorada se casa *hoy*; el ladrón ratero es arrestado *hoy*; el comerciante concluye su negocio *hoy*; el proyectista realiza su proyecto *hoy*. En Inglaterra ya se sabe que es lo mismo, y ninguno de los nobles *lores* guarda sus vinos *para mañana*, sino que se los bebe todas las tardes.

Pero los descendientes de los antiguos hidalgos españoles vivimos muy despacio y muy a la bartola para apresurarnos a concluir nuestros negocios *hoy*.

Si va un pretendiente al ministerio a agitar el despacho de la centésima solicitud que tiene presentada para que le paguen íntegro por haberse incorporado en la villa de Guadalupe con el Ejército Trigarante, el oficial, agobiado de fatiga, teniendo con una mano que manejar los papeles mientras con la otra se limpia los dientes con un popote, pues acaba de almorzar, le dice:

—Es imposible despacharle a usted, amigo mío. Tengo un mundo de quehacer, y los papeles me ahogan. Son las dos de la tarde y no hay tiempo para nada. Me voy a acordar con el ministro.

—Señor, con esta van treinta solicitudes que presento, y todas se han perdido.

—Pues bien, *para mañana* sin falta buscaré la solicitud.

—¿Y cuándo estará despachada?

—*Para mañana* también.

—Es decir, que confío en que usted...

—Sin falta *para mañana* queda todo terminado.

El infeliz patriota antiguo en un mes no consigue sino que se pierdan otras diez solicitudes, sin dejar de oír todos los días la misma promesa: *para mañana*.

—¿Qué ha habido, por fin, de aquellos planecitos? —dice en voz baja uno de estos corredores políticos a don Bruno Gazapo, corifeo y misionero de la Restauración.

—Estuvo la junta magnífica. Se habló con mucha energía, se combinaron importantes medidas, se colectó dinero, y ya todo está arreglado.

* Yo [Manuel Payno], «Crítica y costumbres. Para mañana», *El Álbum Mexicano*, I (1849), pp. 89-90.
https://books.google.es/books?id=G7QsAAAAAYAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

—Es decir, ¿que terminó ya?

—No, porque al último se ofrecieron sus dificultades, y quedamos citados *para mañana*.

Se despiden nuestros personajes muy contentos, y después de quince días se vuelven a encontrar; se saludan, se estrechan la mano, se miran con *fraternidad*, con *igualdad* y con *libertad*.

—¿Conque está todo arreglado?

—Perfectamente —responde don Bruno.

—Entonces...

—Lo único que falta es el dinero, pero *mañana* lo dan sin falta.

—Entonces, *para mañana* nos veremos.

—*Para mañana* seguramente.

—Vea usted, dice un agente de policía secreta a un personaje, que esos hombres *trabajan* sin descanso, tienen sus juntas, y en la calle de...

—Es verdad, y no van a hacer una de todos los diablos; pero no tenga usted cuidado, *para mañana* todo se habrá compuesto, pues tengo que ver al presidente y a los ministros... Pero ¡qué diablos! Tengo un asunto muy urgente, y hay que dejar esto *para mañana*.

—Pues no hay que dormirse, y ya le diré a usted algunos secretos más, pues *para mañana* me ha citado un amigo que está bien impuesto.

Veinte días después todavía conspiradores y pacientes se hallan en el mismo estado, es decir, los unos dejando *para mañana* sus planes, los otros dejando *para mañana* sus pesquisas. Las cosas, pues, ni en uno ni en otro sentido andan listas.

—Lo ves, infiel —le dice Laura a su amante—. Me prometiste que a mí sola me amarías, y has quebrantado tus juramentos llevando al teatro a esa fastidiosa Isabelita. *Mañana* no estaré en el balcón a la hora convenida; *mañana* no te escribiré; *mañana* habrás perdido para siempre mi amor.

—Hoy estás preocupada y furiosa, Laura, y no se te puede hablar; *para mañana* habrá calmado tu cólera, y entonces te haré explicaciones.

—Pero ¿por qué no te justificas hoy, si es que eres inocente como dices?

—Porque hoy tengo que ir a la oficina, o de lo contrario me descuentan el sueldo, pero te aseguro que *para mañana* te diré una porción de cosas, que te dejarán convencida y tranquila.

Y como por corta que fuera la explicación el amante oficinista se dilató más de lo regular, tuvo que entrar a la oficina una hora más tarde.

—Son las once —le dice el jefe—, y ya sabe usted que la multa..., y la ley, y mi deber..., y no es justo tolerar...

—Señor, hoy tuve una fuerte jaqueca, pero le aseguro a usted que *para mañana* vendré muy temprano.

—Bien, pase por hoy, una vez que tuvo usted jaqueca, pero *para mañana* no habrá remedio si usted no viene temprano.

Y al día siguiente, por miedo de la multa, el amante no tiene más remedio sino decir a Laura:

—Bien mío, dejáremos la conversación *para mañana*.

Los virtuosos, que tienen, como es natural, gran cuidado por la salvación de su alma, si ven un lindo palmito por la calle van siguiéndolo con disimulo y echándole tiernas miradas, ocultas bajo el ala del sombrero. La conciencia les remuerde inmediatamente, pero ellos se hacen este argumento: «Como este es un pecado mortal de esos chiquitos y leves, pues a todos se les alegran los ojos cuando ven una muchacha bonita, yo me resignaré a abandonar por este día la virtud: al fin *para mañana* me voy a confesar».

Si vais, querido lector, con el sastre, os dirá: «*Para mañana* sin falta está concluida la ropa»; el zapatero os prometerá *para mañana* enviaros con el aprendiz las botas; el abogado os jurará que *para mañana* vuestro pleito estará concluido; el deudor os citará *para mañana*; el escribano os dirá: «*Para mañana* estará concluida la escritura»; el muchacho promete al maestro hacer *para mañana* una plana buena; el estudiante, aprender *para mañana* su lección de Jacquier; el político a su vez prometerá que *para mañana* va a deshacer sus compromisos y cambiar de vida; el jugador dice: «*Para mañana* pago a mis acreedores y no vuelvo a tentar una baraja». El borracho bebe hoy y asegura que *mañana* no probará el licor. En fin, nadie hace las cosas a su debido tiempo, sino que las deja para mañana, y aun los enfermos que están en las orillas del sepulcro dicen: «Si *para mañana* no amanezco más aliviado, entonces me pondré el cáustico que me mandó el doctor».

Si veis algunos pobres que de repente se han hecho ricos; si veis a muchos hombres oscuros que han llegado a ser generales y ministros; si veis a ciertos revolucionarios que triunfan o a gobernantes que se conservan en el poder, pensad que la razón capital es que esos hombres no han dejado *para mañana* ninguna de las cosas que debían hacer *hoy*.

A mi vez, frágil barro, indigno hijo de nuestro padre Adán, desde antes que comenzara a salir el *Álbum* me proponía escribir este artículo, pero lo he ido dejando *para mañana*. Lo escribí por fin, y ya veis, bueno o malo, está ya en letras de molde, lo cual no es grano de anís. Todavía el asunto no está concluido. Si, como es probable, no os gustare, os ofrezco, amabilísimos suscritores del *pintoresco*, que *para mañana* os haré otro mejor, porque ya veis, *para mañana* comienzo un método nuevo de estudio, *para mañana* tengo preparados voluminosos pergaminos que registrar, y *para mañana*, de mucho mejor humor que hoy, espero comenzar una novela que tenga más muertos y heridos que reglones. Os ruego, asimismo, que vuestras amargas críticas las dejéis también *para mañana*.

¿DÓNDE HAY MUJERES?

*Fortún**

No sé si los benévolo lectores de la *Ilustración* se acordarán de un artículo que titulé «Tras de la cruz está el diablo», en que les referí la historia de unos amores de mi amigo Antonio, el que llamaba *crisis* a todos los acontecimientos un poco graves de su vida. Es preciso que yo aluda a ese artículo para que mis lectores conozcan al interlocutor que voy a presentarles, que es el mismo Antonio, quien después de una larga ausencia ha vuelto a visitarme, como siempre, para contarme sus *crisis*.

Más de un año hacía que yo no lo veía. Ignoraba yo absolutamente su situación y me lo figuraba escarmentado en materia de amoríos, después del triste desengaño que llevó con su prometida, la devota Inés. Estos amigos que nos ven rara vez saben dar a sus visitas el carácter de acontecimientos, tienen mucho que preguntar, mucho que referir, nos recuerdan una multitud de incidentes que habíamos dejado pasar desapercibidos, y por fin no dan a su conversación la monotonía que llegan a adquirir las relaciones de gentes que se ven muy a menudo. Los hombres más espirituales, los que tienen gracia para narrar, los que muestran más originalidad, al cabo de una semana nos han hecho conocer todo lo que saben, todo lo que puede ocurrirles, y después, después les podemos tener afecto, pero su gracia ha disminuido, en sus palabras no hay novedad y tenemos que oírles frecuentes repeticiones. El arte de la conversación es difícilísimo, pero los más consumados en él no son inagotables... En esa especie de improvisación que debe ser ligera, viva, rápida, las repeticiones llegan a ser necesarias y el que habla no conoce cuándo están gastadas ciertas narraciones. Defecto es este en que incurrir suelen ciertos escritores, aunque con menos frecuencia, porque al escribir hay más tiempo que al hablar, para reflexionar, para recordar y para inventar.

Como Antonio me ve tan de cuando en cuando, siempre hallo algo nuevo en sus ideas y aun en su estilo. En el fondo siempre es el mismo, aturrido, ligero, impresionable, exagerado en todas sus impresiones; pero el efecto de estas impresiones da distinto giro a sus ideas y a sus sentimientos, y, por consecuencia, a su expresión. En él se verifican cambios extraordinarios, tiene la manía de establecer principios generales, fundándose en casos aislados, y se cree muy conocedor del mundo cuando llega a conocer a una persona. Más de dos años hace que me contó sus últimas aventuras de amor. Hoy ha vuelto a verme, y si entonces desconfiaba de las mojigatas y de las tímidas diciendo: «Tras de la cruz está el diablo», ahora se me presenta como hombre de mundo, como lleno de experiencia y de desengaños, como escéptico, y cada vez que

* *Fortún* [Francisco Zarco], «¿Dónde hay mujeres?», *La Ilustración Mexicana*, IV, núm. 14 (1853-1854), pp. 420-427.

<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a2f3?intPagina=436&tipo=publicacion&anio=1853&mes=01&dia=01>

termina sus narraciones o sus razonamientos pregunta: «¿Dónde hay mujeres?». Esta cuestión me ha parecido demasiado original en un joven que ha pasado sus mejores años en aventuras galantes y ha tenido amores más o menos puros, viviendo siempre entre el bello sexo.

¿Dónde hay mujeres? La pregunta es sin duda extravagante. En todas partes, le dirá cualquiera. Dondequiera que hay hombres, pues, según los datos estadísticos más bien reunidos en todos los países, nacen con poca diferencia en igual número los individuos de ambos sexos. ¿Dónde hay mujeres?, seguirá preguntando Antonio, que tiene la monomanía de esa cuestión, y al fin llegará a negar que son mujeres, individuos a quienes fisiológicamente nadie puede negarles esa clasificación. Atacada así la base de toda la cuestión en el particular, no hay medio de convencerlo. Es preciso dejarlo con su tema y compadecerlo, como se compadece a todo delirante.

Vais a ver por sus palabras que su manía es incurable. Hoy se presentó en mi casa, me abrazó afectuosamente, se informó con interés de mi salud, de mis negocios, y se sentó, exclamando:

—¡Tiempo hacía que deseaba verte! Pero vivo fastidiado, cansado, siento pereza para moverme, y se me hace duro llevar mi tedio y mi desaliento a la casa de mis amigos. Para sacudir este cansancio he viajado, he corrido por todas partes; pero nada..., la vida ya no tiene atractivo para mí...

—Pues ¿qué ha sucedido? ¿Nuevas crisis?

—¡Ah! ¡Crisis! Ya me acuerdo, siempre te contaba esas tonteras, boberías que ahora me avergüenzan..., tan falsos eran mis placeres como mis dolores.

—¡Extraña filosofía! —le dije—. ¿Sostienes ahora que en la vida todo es mentira?...

—Casi, casi... Pero no, yo no sostengo nada, no profeso ningún sistema... El caso...

—¿Te has vuelto fatalista?

—Tampoco, te aseguro que no soy nada...

—Pero ¿de dónde te vienen tantas negaciones? Vamos, algún amor desgraciado... Siempre las mujeres...

—¡Mujeres! Estás loco... Dime, dime, ¿dónde hay mujeres?

—¡Hum!

—Sí, responde: ¿dónde hay mujeres?

—En las cinco partes del mundo...

—Mentira.

—¡Cómo!

—Entendámonos, ¿qué entiendes tú por *mujeres*?

—Hombre, no encuentra uno modo de definir de pronto cosas de que no espera que le pidan nunca definición; pero mujeres son... las hembras del género humano...

—Es decir...

—Eso me parece bastante claro.

—Sí, es verdad, tu definición es un poco zoológica, un poco materialista, pero así la acepto; las hembras del género humano, está bien. Pero el hombre no tiene solo la necesidad de reproducir su especie, tiene otros deseos, otras ambiciones con respecto a la mujer. La hembra del género humano, como tú has dicho, debe tener no solo rela-

ciones físicas con el hombre, sino relaciones morales, relaciones espirituales, relaciones del alma, del corazón...

—¡Y las tiene, eso es indudable!

—Pues entonces, ¿dónde hay mujeres?

—En todas partes.

—Eso es mentira. Hemos hablado de esas relaciones morales...

—Que existen perfectamente entre los dos sexos; se encuentran en ellos las mismas buenas cualidades, los mismos defectos, lo que al uno falta se compensa en el otro. La debilidad femenina necesita como amparo de la fuerza del hombre; si el hombre raciocina mejor y hay más exactitud en sus juicios, en la mujer hay más imaginación, más sentimiento. La unión del hombre y la mujer los completa, forma de ellos un solo ser, como decía Platón, que veía en cada uno la mitad de un solo individuo. Todo se compensa: el hombre vive por los músculos, la mujer vive por los nervios, como dice...

—Nunca acabarás de citarme opiniones ajenas sobre contraste y compensaciones entre los dos sexos, pero yo repito que no hay mujeres, que no he hallado en ellas lo que buscaba, y por eso preguntaré siempre a naturalistas y filósofos, a médicos y poetas, ¿dónde hay mujeres?

—Y todos te contestarán que en todas partes. Pues si tú te has formado una idea absurda y quimérica de las mujeres, de eso tú tienes la culpa...

—Yo he buscado esas analogías, esos contrastes, esas compensaciones. No las he encontrado, me cansé ya, y así, ¿dónde hay mujeres?

—Yo no sé lo que tú buscabas, pero mujeres son, y muy mujeres, las que se dicen tales, y en ellas hallarías las mismas pasiones, los mismos sentimientos, los mismos infortunios que en los hombres, los mismos defectos, las mismas debilidades... ¿Han de tener más razón los animales que el hombre? El toro no busca alas en la ternera, el gallo no se admira de que sea ave la gallina...

—Todo eso parece sin réplica, incontestable, pero ¿tengo yo la culpa de que la mujer haya dejado siempre un vacío inmenso en mi corazón, de no haber sido comprendido, de haber sufrido tantas decepciones y desengaños, de verme obligado a reprimir el deseo de amar como quien teme hundirse en abismos, caer en precipicios?

—Esos son caprichos. Habrás querido cosas imposibles. Te habrás dejado llevar de la ridícula manía de creer en tu superioridad y reputarte incomprendido, finges miedo y temor para tener de qué quejarte...

—¡No hay mujeres! ¡No hay mujeres! Lo repito. No son como yo me las figuraba, como yo las quería...

—Querrías sirenas o nereidas...

—No, yo quería un encanto duradero, un amor constante, un placer eterno..., pero todo cansa.

—De tu volubilidad haces cargo a la mujer.

—Ella tiene la culpa de que seamos volubles.

—No, la volubilidad es un defecto. Pretendías lo imposible. En este mundo nada puede ser eterno...

—Eso es justificar la volubilidad...

—No es eso, pero al desear, se cede a un capricho, y no se piensa en que poseer tiene menos encanto que esperar...

—Sea de eso lo que fuere, no hay mujeres...

—Si no oyes, si te encaprichas... Pero no tienes remedio. Al fin veamos de dónde viene esa paradoja... Cuéntame tus aventuras. Estoy casi seguro de que tus *crisis*, tus aventuras, son el fundamento de tu extravagante manía.

—¡Paradoja! ¡Manía! Sea enhorabuena, pero llámala como quieras, me mantengo en mis trece. Esas no son mujeres, no lo pueden ser; no: seres neutros, como los zánganos de las colmenas...

—Esos son disparates.

—¡Corriente! Pero puesto que me preguntas, escúchame, y escúchame hasta el fin.

—Vamos a ver.

—Una vez que te gusta apelar a autoridades de ciertos escritores, comencemos por citar a Balzac en sus...

—En sus *Petites misères de la vie conjugale*... Recuso esa autoridad...

—No, no es esa obra. En su *Fisiología del matrimonio*, en cuanto a datos estadísticos...

—No entiendo...

—Balzac en Francia prueba que para ciertos hombres no hay mujeres. Según esa analogía que tú mismo has dicho que debe existir entre los dos sexos, resulta que, en el actual estado del mundo, sin que en esto haya idea de orgullo, puede decirse que hay hombres superiores a muchas mujeres...

—Es verdad, pero no es menos exacto, según ese cálculo, que hay mujeres superiores, muy superiores, a muchos hombres... Ya recuerdo el cálculo de Balzac... Descuenta para el parisiense a las mujeres de campo, a las mendigas, a las hilanderas, y de ahí infiere que quedan pocas mujeres para el hombre bien educado, para el *bourgeois*...

—Ese cálculo es exactísimo y puede hacerse en México, donde debe dar un resultado más triste, porque son mayores las diferencias que aquí nos separan unos a otros, contándose aun la de raza; es mayor la ignorancia del pueblo, su desaseo, todo lo que lo hace repugnante...

—¡Alto ahí! Aquí y en todas partes el mismo cálculo puede hacerse por ambas partes. ¿Ha de entristecerse la parisiense porque no son para ella los obreros, los soldados, los marineros, todos los que tienen *petits métiers*? Aquí sucede lo mismo, descuenta para los hombres a las castas, a ese enjambre de fruterías, de gente del campo, pero descuenta también para las mujeres a los albañiles, a los cargadores, a los criados y quedamos a mano.

—Pero Balzac tiene razón, siempre resulta que debe uno preguntar dónde hay mujeres.

—¿Y por qué no preguntas también dónde hay hombres?

—Eso no es cuenta mía.

—Buena salida. Pero ese descuento, siendo igual para ambos sexos, da para todos iguales resultados, con una diferencia, sin embargo, con una desigualdad. ¿Qué mujer, la más humilde de la clase media, no se sentiría humillada, ofendida, de que un hombre del pueblo se atreviera...? Mientras, en un hombre nada se pierde en un des-

liz; y si la mujer más baja, socialmente hablando, es un poco bonita, procura que no se incluya en el descuento de Balzac, de manera que para los hombres como tú no hay mujeres en todas partes, en lo más alto y en lo más bajo, y en último resultado la queja es infundada...

—Hay algo de verdad en eso, pero yo hablo de amor...

—¿Y crees que queda en el hombre algo de pureza, de esa pureza que buscamos en la mujer después de descender a lo más bajo, a lo más material?

—Queda y no queda, pero de esa degradación nadie es culpable.

—Eso es otra cuestión.

—¿Admites al fin la rebaja de Balzac?

—Sí, pero la hago extensiva a los dos sexos, con la diferencia que he establecido, que no deja de ser importante. Pero aun admitiéndola sin observación, habrá mujeres en la cifra que queda...

—Allá voy. Ya sabes, y eso está fuera de toda duda, que el hombre es un compuesto de alma y cuerpo, y que, sea por lo que fuere, si en la mujer no encontramos algo de hermosura, no le hallamos atractivo, aunque sea buena y virtuosa, y aunque sepamos que nos ama... De menos de un millón que quedarán de nuestra clase, rebajo entre tuertas, bizcas, corcovadas, contrahechas...

—¡Basta, por Dios! Yo comenzaré la rebaja de los tuertos y cojos, y de todos los hombres que tienen tanto de monstruoso. Tú al fin no tienes mala figura, pero ¿no es injusticia pedir a la mujer que venza el poder de los sentidos cuando es más débil que nosotros? Si seguimos esa rebaja, estoy seguro de que es mayor el número de feos que el de feas... No es lisonja decir *bello sexo*, sino verdad, verdad pura. Hay siempre más belleza en la mujer...

—Pero ¿no es tontera en una mujer preferir a un buen mozo, preferirlo a un hombre de buenas cualidades?

—Tal vez, pero es tontera más frecuente en los hombres que, como tú dices, buscan hermosura antes de nada...

—Yo veo la cuestión por un lado, y en mi cuenta hago siempre la rebaja de las feas superlativas...

—Si las mujeres hicieran otro tanto, se acercaría el fin de las generaciones.

—Las mujeres excesivamente feas, lo mismo que las viejas, pertenecen al género neutro. A ellas son tal vez a las que los alemanes dicen *das Weib, lo mujer*...

—Rarezas del idioma en que se dice *la sol y el luna*...

—Pero puesto que yo y algunos otros conmigo establecemos esa rebaja, convendrás en que tenemos razón para preguntar dónde hay mujeres.

—Aun así, se puede contestar que en todas partes, a menos que no quieras Venus de Fidias... Con todo y ese rebajo, estoy seguro que mujeres feas, sí, feas conforme a las reglas de la escultura, te han de parecer lindas si tienen brillo en la mirada, gracia en la sonrisa, voluptuosidad en el andar... Si solo fuera posible amar a mujeres que reunieran todas las perfecciones físicas, ¡pobre género humano! Una verruga, una peca, la robustez, la flacura acabarían con el amor... Tu rebaja de las feas es un absurdo... A veces ellas inspiran pasiones tanto más vehementes cuanto que no se fundan en una mera exterioridad...

—Fenómenos, extravíos de las pasiones...

—No, sino que en el compuesto de alma y cuerpo suele tener más fuerza el alma. Y como no se ama con los sentidos, sino que en el amor verdadero goza el espíritu, el pensamiento y se embellecen las ideas todas, la hermosura física puede llegar a ser un mero accesorio... Si así no sucediese, se dejaría de amar a una mujer cuando vemos que otra es más bella.

—¡Temiendo estoy que seas capaz de enamorarte de la mujer más fea del universo!

—De eso no hay quien no sea capaz..., y eso prueba que el descuento es absurdo. Lo repito, hay mujeres en todas partes.

—Ya no disputo; bien ves que no insisto en nada, no porque me declare vencido, sino porque, encerrado en mis últimos atrincheramientos, me encuentro fuerte y siempre con mil razones para decir que no hay mujeres, no hay mujeres como yo las soñaba, fuente perenne de ventura, realización de todas mis ilusiones...

—Si has soñado mujeres de dos cabezas, o con alas, o con una protuberancia como la del unicornio...

—Paso ya a la parte moral...

—Las hallarás iguales al hombre, ni mejores ni peores en general. Esa igualdad existe: otra cosa sería monstruosa.

—Niego esa igualdad. Lo monstruoso es lo que existe y yo tengo mundo, tengo experiencia...

—De excepciones, de casos aislados...

—¿Conque todo lo que me ha sucedido, todo lo que he sufrido, no me da derecho ni de quejarme?

—Quéjate cuanto quieras. Esa que llamas experiencia debe hacerte más cauto, pero no tienes derecho a sentar reglas generales, y no lo tendrías aunque vivieras mil años.

—¡Cómo!

—Lo dicho, dicho. ¿Tienes tú acaso la pretensión de ser el único que pueda jactarse de conocer a fondo al género humano? ¿No sabes que es eso imposible, que cada hombre, el más oscuro, el más insignificante, tiene algo que no se encuentra en todos los demás?

—No alambico tanto la cuestión, pero, en punto a mujeres, tengo mil razones para quejarme porque son falsas, pérfidas, inconstantes, coquetas, volubles, ingratas, frías, insensibles, ambiciosas, vanas...

—Son como los hombres...

—Pero hay hombres que no son así...

—Y mujeres que no tienen ninguno de esos defectos.

—¿En dónde? ¿En dónde?

—No es difícil encontrarlas.

—¿Cómo? ¿Ahora no me respondes que en todas partes?

—Porque eso no sería cierto.

—¿Al fin convienes?

—No convengo en nada. Pero sí creo que hay mujeres excelentes, mujeres en que prevalecen las buenas cualidades sobre defectos que ellas saben y pueden moderar y corregir...

—Mujeres que yo nunca he encontrado.

—Peor para ti.

—No las he encontrado porque no las hay.

—Ese es un solemne desatino. De que tú no encuentres algo no se infiere que ese algo no existe...

—Pero al menos no existe para mí...

—Eso puede ser, pero de ahí nada resulta en contra de la mujer, sino de ti, que te habrás alucinado, que te habrás dejado engañar...

—¡Perfectamente! Hazme creer ahora que yo tengo la culpa de todos mis sufrimientos y, sobre todo, de este miserable tedio que me consume, porque a pesar de mis desengaños, confieso que no puedo vivir sin amor...

—Pero como no hay mujeres...

—Me queda el fastidio, la desesperación, desear lo imposible es el más horrible de todos los martirios, es el sufrimiento eterno del Satán de Milton..., pero ya al menos no me has dicho que mujeres, como yo las quiero, se encuentran en todas partes. Al fin has de convenir conmigo en que la mujer se ha perdido como se perdieron en el diluvio los mastodontes...

—Poco bella es la comparación y falso el pensamiento.

—Pues señor, sigo en mi descuento. Para hombres que tienen la desdicha de tener ideas superiores a las del vulgo, una imaginación ardiente, un espíritu poético. Ya sabes que Byron decía que entre los que no escriben puede haber muchos poetas ignorados. Para esos hombres, pues, deben descontarse todas las mujeres que, aunque sean bonitas, son tontas, estúpidas, insulsas, sin alma, sin ideas.

—Convenido. Pero quedamos en la misma. Para las mujeres de imaginación y de ideas elevadas, como hay muchas, debemos rebajar la multitud de tontos, de salvajes, de idiotas...

—Pero hay una diferencia. Los hombres son tontos de más buena fe, no engañan, no disimulan, y las mujeres, con sus reservas y su fingida modestia, se confunden todas. ¿Cómo después de un año de monosílabos y mudas sonrisas hemos de adivinar que mujeres lindísimas adolecen de cretinismo? A propósito de esto, te diré que tuve unos amores más platónicos que todos los demás; era una niña bella, primorosa, encantadora, comprendía que yo la amaba, pero la veía yo solo entre su familia, este permanente obstáculo avivaba el deseo... Al fin una casualidad me proporcionó un *tête-à-tête*... La cabeza de mi adorada era una región virgen de ideas, era el idiotismo en toda su deformidad, y no lo parecía... Creí que la turbación de una primera entrevista a solas..., otra, luego otra..., era una máquina, un autómata... ¡Cuántas habré así, como el busto de la fábula! ¿Cuántas rebajamos?...

—No sé.

—Pero ¿dudas de ese fenómeno?

—No.

—Pues ¿dónde hay mujeres que no sean un portento de estupidez?

—Ese extremo es raro.

—Y yo tengo la fortuna de tropezar con fenómenos. Otra rebaja. Las muy ignorantes..., las muy mal educadas... En esto al menos no se puede poner en duda la in-

ferioridad del sexo. La preocupación, la costumbre, hace que se les eduque de una manera distinta del hombre... ¿Puede uno resignarse a vivir con una de esas mujeres que nada saben, que nada leen, que hablan mal su lengua, que ponen a uno en ridículo mostrando la más crasa ignorancia? ¡Vamos! Y te diré que de estas he conocido muchas... ¿Dónde hay mujeres que no sean así?

—¿Quieres literatas?

—¡*Vade retro!* Eso es otra plaza...

—Entonces...

—Ni uno ni otro. Quiero que la mujer tenga talento natural, que no ostente instrucción, pero que la posea suficiente en todo lo que puede hacer grata su conversación y su trato diario, que en ella haya algo que valga más que la hermosura...

—Pues así hay muchas. Ahora la educación ha mejorado...

—Pero las que algo saben se vuelven orgullosas, vanas, charlatanas...

—Ese es el escollo de la superioridad en cualquier género...

—Yo tengo razón; no hay mujeres...

—¡Absurdo!

—En estos dos años he adquirido tan triste convicción. Habrá, habrá todo lo que quieras. Pero cuesta tanto trabajo encontrar algo bueno... En un campo de malezas puede haber una rosa delicada, pero para alcanzarla llega uno desangrado, hecho pedazos... En un vasto arenal puede existir un grano de oro... Pero te concedo que existen todas las virtudes, todos los encantos; yo no los he encontrado y me cansé ya. Para mí no hay mujeres... Pudiera yo ir siguiendo mis descuentos... Soy víctima de mil desengaños... Prescindiendo de las feas, de las tontas, de la vanidosas, ¡cuántas veces las lindas, las que tienen talento sin orgullo, me han desencantado con otros defectos! No comprenden el amor puro y desinteresado, el sentimiento santificado por el exceso de la pasión... Después de mi devota, me hice el ánimo de no volver a amar... Pero fui débil, amé una vez más y después, lleno de amargura, seguí estudiando a la mujer sin amarla, ¡y estoy horrorizado!

—Cuando uno no ama, los defectos crecen, se abultan...

—¡Puede ser!... Pero la idea poética de la mujer no es más que una quimera cuya realización no se halla en este mundo... ¿Disculpas a las que se venden a la riqueza?

—Según; variando el pensamiento de Madame de Staël, puede decirse que el matrimonio es el asunto de toda la vida en la mujer, mientras que en el hombre no es más que un episodio... Si la mujer calcula lo que es la subsistencia, lo que importa la miseria, lo que vale la fortuna para la educación de los hijos, puede tener razón en negar su mano a un Adán...

—El amor no piensa tanto, no ve tan lejos.

—Hace mal en ser tan miope.

—A otra cosa. ¿Qué te parecen los genios fuertes, iracundos, violentos?

—Cuestión de temperamento.

—¿Y qué remedio?

—Sufrirlos.

—¡Cómo!

—Sí, en toda clase de uniones puede haber desigualdades. Cuando las hay, para que haya paz se necesita que haya víctima y verdugo. Si ambos quieren verdugos, si nace la resistencia, se enciende la guerra civil...

—¡Vaya una moralidad!

—En la práctica es tal vez la mejor. Pero las mujeres iracundas son fáciles de gobernar sin gritos, sin disputas. La astucia logra más que la fuerza. La dulzura hace más que el rigor.

—¿Y las celosas por imprudencia?

—Dan una prueba de amor...

—O de orgullo y de envidia.

—A veces se mezclan las tres cosas en los celos. Pero o son fundados o no. Si lo son, la culpa es del marido; si no lo son, es fácil calmarlos y deben lisonjear el amor propio del esposo.

—No opino así. ¿Y las infidelidades? Vamos, en este punto, que es la cuestión culminante del matrimonio, supongo que no hallarás defensa, que no negarás hechos que pasan a la vista de todos...

—Las infidelidades están en la naturaleza de las cosas. ¡Cuestión de reciprocidad!

—Hay en eso algo de cinismo. ¿Con qué debe uno conformarse?

—Yo no sé lo que deba hacer nadie. Pero el hecho es igual por ambas partes; la falta, idéntica; y si hemos de clamar contra la mujer, clamemos contra el hombre...

—Pero no es el mismo, hay más culpa en ella; los resultados...

—El amor no ve tan lejos... Esta respuesta es tuya... Considera que, en punto a infidelidades conyugales, las faltas son menos frecuentes en las mujeres que en los hombres, ya por falta de ocasión, ya porque ellas tienen que decidirse a manchar su honor, ya por timidez... En cuanto a resultados, que los estime la jurisprudencia... El hecho, moralmente hablando, tiene igual gravedad. Si hay reciprocidad, no hay de qué quejarse. Pero tú, que tantas razones has enumerado para probar que se pierde la ilusión en la mujer, y hasta que no hay mujeres, ¿no has pensado nunca en todo lo prosaico, lo cansado, lo repugnante que ojos femeninos pueden ir descubriendo en el hombre, ya seas novio, amante o marido? Si tú tienes razón para cansarte, para buscar otra cosa, ¿por qué no la han de tener ellas para eso y para decir después que no hay hombres? ¿Admites que hay hombres buenos? Pues fuerza es que admitas que también hay mujeres excelentes.

—Palabras, sofismas...; yo tengo experiencia, yo tengo mundo, me han engañado, no hay mujeres...

—Basta de esa eterna letanía. Comprendo que tu alma esté gastada, que tu corazón se haya secado, porque con las pasiones no se juega impunemente. Creo que has sido burlado y engañado... Eso merece compasión sin duda, pero, con todo, tus declamaciones son el colmo de la injusticia... Oye, Antonio, para que comprendas que eres soberanamente injusto, respóndeme: ¿te crees bueno y puro todavía?

—Sí.

—¿Te crees aún capaz de amar si encuentras una de esas mujeres de tus ensueños?

—Con toda el alma.

—¿Y piensas que una mujer así sería feliz a tu lado, y serías digno de ella?

—Evidentemente.

—Ahora bien: figúrate una mujer buena, pura, inocente, llena de las ideas y sentimientos que tú tenías en los primeros años de tu juventud...; esto se concibe, es posible... Figúrate además que esa mujer engañada, burlada por sus amantes, hubiera tenido unos tras de otros: militares, médicos, poetas, abogados; que unos le hubieran parecido tontos, otros fríos, estos vanidosos, aquellos inconstantes. Figúrate todavía que además de amoríos platónicos, de noviazgos frustrados, hubiera tenido algunos deslices, uno siquiera..., y que por fin de cuentas nos gritara que no hay hombres, y que ella es una perla, un diamante... ¿Qué dirías tú de esa mujer?

—¡Hum!

—¡Responde!

—¡Quién sabe!

—¡Ah! No quieres hablar..., conoces que te condenarías a ti mismo... Pero yo diré lo que tú dirías. Despreciarías a esa mujer, no la creerías, y de sus males le echarías la culpa.

Antonio calló, se paseó por el cuarto, y después dijo con la firmeza y seguridad de un maniático:

—Lo repito: no hay mujeres.

En seguida me refirió escenas de amor más o menos insulsas, rompimientos, riñas, y concluyó como apoyándose en su narración:

—¿Dónde hay mujeres?

Se ve, pues, que el pobre de mi amigo no tiene remedio, que por ahora es un loco incurable... ¿Se le debe condenar? ¿Se le debe despreciar por su obstinación? No, porque a pesar de todo tiene buen fondo, y acaso no es culpable en su rara monomanía.

No pretenderé defenderlo después de haber combatido casi todas sus paradojas, pero en sus exageraciones, hijas de dolorosos desengaños, hay, sin embargo, un triste y amargo fondo de verdad.

Las ideas de suma perfección quedarán siempre burladas.

Es absurdo buscar la realización de quiméricos ensueños.

En la mujer es preciso resignarse a encontrar los mismos defectos que en el hombre; unos en mayor, otros en menor escala.

Tal vez no carece de todo fundamento la rebaja estadística de Balzac.

Son desgraciadas las naturalezas en que predomina la imaginación, y los que buscan grandes bellezas, grandes perfecciones, cualidades inmaculadas, nada encuentran en este mundo que llene sus deseos.

Yo, francamente, no me inclino ni en pro ni en contra del uno ni del otro sexo. Me parecen iguales. Creo que no puede haber más grande imparcialidad, a menos de no volverse hermafrodita.

CORRIDAS DE TOROS EN MÉXICO

Niceto de Zamacois*

Todas las naciones de la Tierra que han recibido leyes y costumbres de los pueblos que las han dominado presentan rasgos más o menos marcados que designan de una manera determinada el origen que reconocen. No habrá una exacta igualdad entre los países que han sido dominados y los dominadores, pero existirá el parecido. Serán diferentes en colorido, entonación y fuerza de tintas, pero presentarán semejanza en el contorno. No habrá una perfecta igualdad en cada una de las partes del dibujo, pero se notará una similitud deslumbrante en el todo de la figura. Sin embargo, si se colocan bajo el dominio de un detenido examen, veremos que toda esa semejanza que nos sorprende, toda esa íntima relación que advertíamos entre las costumbres de unos países y otros, y que casi la calificábamos de igualdad, desaparece, dejando apenas percibir ligeros lineamientos, leves perfiles, suaves tintas que no entrañan otra verdad que la de permitir se trasluzca que la mano de un mismo artista ha invertido en el cuadro. Seméjense en esto las naciones a los individuos de una misma familia: parécense los hijos a los padres, pero si entra el análisis, salta inmediatamente a la vista la diferencia de formas, la desigualdad en las facciones que entre unos y otros existe. Vistos de golpe se presentan idénticos; examinados, aparecen enteramente distintos.

En México todo está palpitando la dominación española; están saltando a los ojos los usos de esta nación que hizo cambiar la faz de aquel poderoso imperio en que vació sus formas, imprimiendo en él un carácter enteramente nuevo. Pero examinadas esas formas vemos que, aunque parecidas, no son exactamente iguales: el molde en que fueron fundidas las costumbres de la potente Iberia prestó a estas nuevas formas nueva fisonomía que las hace originales; creó un nuevo tipo que, si bien vestido con el leve tinte que revela el origen que reconocen, no por esto deja de ser enteramente diferente de aquel quien cambió sus antiguos y venerados usos.

Entre las mareadas costumbres que los mexicanos han heredado de España, entre las que forman uno de los rasgos característicos de esta nación y que han dejado allí una huella indeleble, reflejando el origen español, es la de las corridas de toros. No bien penetra el viajero en cualquiera de las dos magníficas plazas de toros que cuenta la antigua capital del Imperio azteca cuando le ocurre esta observación: diversión española. La distribución del local, el aparato, los dichos, la concurrencia, la animación, los trajes de la compañía tauromáquica, todo, en fin, está palpitando el origen español de una manera marcada y firme. Y, sin embargo, al someterla a examen

* Zamacois, Niceto, «Corridas de toros en México», *El Museo Universal*, VII, núm. 34 (23 de agosto de 1863), pp. 267-270.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003389407&search=&lang=es>

presenta un colorido enteramente distinto, una fisionomía peculiar, propiamente mexicana, que solo conserva una leve tinta, suficiente únicamente para dar a conocer su procedencia.

Si, pues, revestidas de atractivo se manifiestan las costumbres mexicanas para los viajeros de otros países que tratan de estudiarlas, para los españoles que ven reflejados en ellas los caracteres y rasgos de las suyas se presentan ataviadas con nuevos incentivos que las hacen aún más interesantes, tanto por la predilección con que mira el hombre todo lo que guarda analogía con su carácter, cuanto por la curiosidad que en el alma despiertan las variantes introducidas en sus mismos usos, prestándoles nueva fisionomía.

La plaza de toros en México está situada en uno de los puntos más pintorescos de la grandiosa ciudad, al principio del concurrido Paseo Nuevo o Bucareli, a 40 varas de la colosal estatua ecuestre de Carlos IV, mirando descorrer a sus lados las vistosas florestas de San Cosme, Tacubaya y la Piedad que, ostentando siempre una vegetación variada y prodigiosa, van a perderse en el horizonte, formando entre las nubes mil caprichosas formas.

Envanecida con el hermoso paisaje que la rodea, la plaza de toros preséntase elegante, graciosa y coqueta, como una de esas bellísimas mujeres a quienes rinden amoroso culto mil elegantes adoradores que la cercan y sirven, quemando a sus pies el incienso de la lisonja y del amor.

Su exterior es grandioso y de exquisito gusto, como son grandiosos y de exquisito gusto los edificios anejos a ella, junto con los cuales ocupa un área de 20.695 varas cuadradas. Prolónganse a sus lados, al Oeste y al Sur, sobre un zócalo que circunda todo el edificio, dos elegantes balaustradas de hierro que de seis en seis varas van a encontrarse con una labrada pilastra de cantería que, en número de treinta, están formando simetría hasta circunvalar enteramente el pintoresco local.

El interior corresponde dignamente al exterior. Después de la talanquera y de la valla, que se levanta entre aquella y el foso, se descubre el espacioso tendido con siete órdenes de gradas, brindando comodidad a la numerosa concurrencia. Siguen al cómodo tendido dos órdenes de palcos, sostenidos por doscientas setenta y dos columnas esbeltas y elegantes; y coronando la belleza del recinto, se ostenta alrededor la magnífica azotea, cercada a derecha e izquierda con pintadas balaustradas de madera, punto que domina una gran parte del extenso valle de México, y que siempre suele estar atestado de gente.

La altura total de la plaza es de doce varas, y caben en ella diez mil personas: su coste ascendió a 97.202 duros, 6 reales.

Las comodidades que al público presta este punto consagrado a uno de los espectáculos más favoritos del pueblo pocas plazas de Europa las presentarán. En el ancho espacio que media entre el zócalo y balaustrada de fierro que circunda la plaza y el lugar en que esta se levanta, se encuentran anchas caballerizas donde dejan sus caballos sin que nada paguen los jóvenes que después de la corrida quieren asistir al paseo, montados en sus briosos corceles, como acostumbra la mayor parte de los mexicanos. Además de las caballerizas, hay baños espaciosos y limpios destinados para bañar los caballos, mesas de billar y café.

Pero ya va a dar principio la corrida; ya las dos músicas, colocadas una frente de otra, tocan a competencia las más exquisitas piezas de Rossini, Bellini y Donizetti, vertiendo en cada dulce nota ese grato sentimiento que conmueve y nos hace sentir goces los más íntimos y tiernos. El tendido está cubierto de elegantes jóvenes, que en su apostura y finos modales revelan esa educación esmerada que se nota en los atentos mexicanos. En los palcos preséntanse ricamente ataviadas las lindas hijas de ese privilegiado suelo: amables sin coquetería, afables con dignidad, pudorosas sin encogimiento, francas, con ese señorío que tiene a raya la osadía del que tratase de faltar al respeto que su sexo merece. Los ojos negros, grandes y llenos de vida, de torneadas manos y diminutos pies, bellas como las hurís del Profeta, y más puras que el límpido pabellón que forma su límpido cielo, y que las lindas flores de sus magníficos pensiles.

Pero al sonido de la corneta que anuncia al numeroso público que va a dar principio la función, los ojos de todos se fijan en una de las puertas de la plaza por donde llega la compañía tauromáquica compuesta de los tres espadas que abren la marcha; de los banderilleros y chulos que marchan detrás; de dos *locos*, llamados así a dos vestidos de arlequines, pintado el rostro de mil colores, y cuya misión es llevar banderillas a los banderilleros, cubrir la sangre que queda en la arena y hacer mil ridículas monadas en el corto intervalo que media desde la muerte de un toro a la salida del otro. A los denominados *locos* siguen los picadores en caballos, que no tienen de carne más que la lengua, como sucede exactamente con los jacos que sacan en nuestras corridas; a continuación marchan tres coleadores y otros tantos lazadores, todos montados sobre arrogantes corceles y mostrando la maestría en el arte de regir al brioso animal. Estos coleadores y lazadores no van uniformados sino vestidos con el traje que les es propio, y cierran la marcha. Van las mulas destinadas a sacar de la plaza los toros muertos adornadas con hermosos penachos y banderitas tricolores.

Por lo dicho verá el lector español que nada hay nuevo para él en esas corridas, excepto los *locos*, los coleadores y los lazadores, pero esta circunstancia basta, como al principio dije, para cambiar la fisionomía de esta costumbre española y darla un aspecto enteramente nuevo, enteramente mexicano.

Por lo general, los carteles anuncian que se lidiarán ocho toros y que se amenizará la función con tres de cola, que es el espectáculo favorito del país. Cuando un toro no quiere entrar a la pica y huye de ella, el público a una voz grita: «¡Cola, cola!», como en España se grita «perros»; e inmediatamente los coleadores, en sus caballos más ligeros que el viento, parten tras la fiera, procurando cada cual ser el primero en cogerle la cola para tener el derecho de ser él quien derribe al toro. Una vez apoderado de ella, los demás coleadores le dejan libre el campo y entonces él, sin cesar en su carrera y alzando la pierna para colocar debajo el brazo, con cuya mano tiene asida la cola de la fiera, lo cual se llama en el país *meter arción*, derriba al toro, y sigue su galope en medio de los aplausos de la multitud. No bien el toro se levanta, echa a correr temiendo a los jinetes, e inmediatamente vuelve a disputarse la cola, repitiendo la suerte el que tuvo la fortuna de ser el primero en cogerla, hasta que la fiera queda tendida sin quererse levantar del suelo.

Esta suerte es sumamente difícil y peligrosa, y requiere que el que monta a caballo sea tan buen jinete como lo son los mexicanos, para que no se mate al ejecutarla. Esto

mismo se repite con los toros anunciados para cola, debiendo únicamente advertir que estas suertes tan pronto las ejecutan con la mano derecha como con la izquierda, pero siempre con la misma facilidad y limpieza.

Aunque el colear es una cosa que la practica en el país toda la gente de campo, hay algunos que lo hacen con tal perfección y ejecutan cosas tan difíciles a caballo que se hacen notables entre los mismos mexicanos. Yo vi a don Ignacio Gadea en la plaza de toros de México ejecutar suertes que verdaderamente me asombraron. Salió a la arena sobre un caballo, veloz como el mismo pensamiento. La maestría en el manejo del corcel, su airoso modo de sentarse, su juventud y su simpática presencia predisponían en su favor desde el instante que se presentaba. Tocábale a este excelente jinete banderillar a caballo y colear. A la señal convenida, tomó un par de banderillas del tamaño común, detuvo el corcel frente al toro, llamó a este, y al verse acometido saltó con el caballo sobre el pescuezo de la fiera, colocándola al mismo tiempo las banderillas sin que el toro tocara al caballo, que siguió corriendo regido por el jinete, que se dirigía a coger nuevas banderillas en medio de los estrepitosos y merecidos aplausos de la numerosa concurrencia. Esto mismo repitió varias veces y con igual limpieza hasta que dejó cubierto de banderillas al toro.

Confieso que, aunque había visto a otros muchos banderillar a caballo, jamás con tal perfección, limpieza y maestría. Tocábale después colear otro toro de cola, y lo hizo con el mismo acierto con que había banderillado al anterior, pero, deseando distinguirse, siguió corriendo y, cuando iba el caballo en la fuerza de toda su carrera, lo desensilló sin desmontarse, persiguiendo siempre al toro, quedando montado en pelo y coleando con la misma facilidad con que lo había hecho antes. Los aplausos se repitieron con más entusiasmo y para completar el triunfo, y cuando el caballo continuaba corriendo, alzó del suelo la silla que poco antes había arrojado y, sin desmontarse, ensilló el corcel y siguió desempeñando mil suertes difíciles enteramente mexicanas.

Como el toro destinado a cola no es de muerte, cuando la trompeta anuncia que se le lace dos lazadores corren tras la fiera; agitando en el aire sus reatas corredizas se las arrojan desde lejos uno a las astas y el otro a las patas. No bien le han lazado, amarran el extremo de la reata que ellos tienen a la cabeza de la silla, y conduciendo así al toro hasta la puerta del toril, entra en él sin que en esta operación se tarde tanto como yo en relatarlo.

Aunque el lazar no presenta los riesgos y las dificultades que el colear, es, sin embargo, una de las cosas más útiles. Cuando se trata de coger en el campo una fiera o en la ciudad un caballo que se ha huido, los mexicanos, provistos de su reata, corren en su corcel, le arrojan de lejos el temible lazo y, sujetando la reata a la cabeza de la silla, detienen de pronto su caballo, y el animal, que aún seguía huyendo, recibe repentinamente tan terrible golpe que cae inmediatamente al suelo.

Pero no es solo esto lo que da a las corridas mexicanas esa fisonomía especial que solo conserva un ligero rasgo de las corridas españolas.

Anúnciase con frecuencia que uno o dos toros se picarán en caballos cerreros, esto es, que nunca han sido montados ni criados en caballerizas, sino acabados de coger de las grandes ganaderías que vagan por los montes de alguna hacienda. A la hora conveniente déjanlos salir a la plaza desde un punto en que los tienen encerrados, y los

lazadores, lazándolos al instante, los sujetan en tanto que otros los ensillan, y en cuanto los jinetes han montado, les sueltan los lazos; al verse libres los caballos, empiezan a dar saltos y corcovos espantosos sin que saquen de la silla al picador, que parece que forma una sola pieza con el jaco. Por mucho tiempo insiste el indómito caballo pretendiendo arrojar al suelo la extraña carga a que no está acostumbrado, hasta que cansado y fatigado se resuelve a sostenerla. Entonces el jinete se aproxima al toro, pero cada vez que este embiste, empieza el caballo a dar nuevos corcovos y saltos que entretienen al espectador y muestran la maestría del que lo monta. Animado el público con la habilidad de los picadores, grita que monten al toro, e inmediatamente los lanzadores lazan a la fiera, la sujetan en tanto que en ella monta alguno, y luego la sueltan. El toro se deshace por arrojar la carga, pero al fin queda rendido sin conseguir derribarla.

Estos varoniles juegos encierran un interés vivísimo para los espectadores, que prorrumpen en vivas y en aplausos, acabando por arrojar a la plaza varias monedas de plata para premiar la habilidad del excelente jinete.

A estas agradables escenas suelen agregar en algunas funciones extraordinarias lo que en España llamamos *cucaña* y en México se conoce con el nombre de *monte Parnaso*. Allí, lo mismo que aquí, consiste este juego en colocar en el extremo de un alto palo ensebado algunas piezas de ropa que sirven de premio al que ha tenido la habilidad de cogerlo. Sin embargo, entre el monte Parnaso mexicano y la *cucaña* española existe una circunstancia notable que los hace completamente diferentes.

Entre nosotros solo se coloca en medio de la plaza un mástil, cuya subida se disputa el populacho, sin que en tan críticas circunstancias tenga que habérselas con fiera ninguna; pero en México, además del mástil principal, que está en medio, forman una montaña con ramas, a la cual se sube por varios palos puestos alrededor que conducen al centro del monte Parnaso, en que ostentan camisas, chaquetas, chalecos y pañuelos. Mas no bien salta la plebe a la plaza y se dirige al punto codiciado, sale un bravo toro embolado que arremete con cuantos en la arena encuentra. Los empeñados en apoderarse de los objetos emprenden por distintas direcciones la subida a la montaña, que se bambolea con el paso de tanta gente y amenaza hundirse a cada instante.

Esto es altamente divertido: tal vez cuando uno anduvo la mitad del mástil principal, descende sin poderse sostener por más tiempo y va a caer en las astas de la fiera, que lo arroja lejos de allí, dejando libre el campo a los que estaban abajo y que aprovechan aquella coyuntura para subir ellos, expuestos a los mismos golpes y riesgos. De repente, los que por distintos palos subían a la montaña llegan a la cumbre, pero inmediatamente empieza a oscilar, y cuando van a apoderarse de los codiciados objetos, se hunde la montaña y caen todos rodando, pero sin soltar lo que han cogido, aunque el toro los revuelque.

Como de tiempo en tiempo suelen venir a la capital algunos indios salvajes a proponer treguas al Gobierno, prometiendo no hacer excursiones en el territorio mexicano si los mexicanos no se internan en el suyo, los empresarios de la plaza de toros suelen aprovechar la coyuntura para presentar en los intervalos de la corrida alguna entretenida variedad. Al efecto celebran un contrato con los indios salvajes, que con facilidad se allanan a todo, y los empresarios anuncian la corrida en grandes carteles,

diciendo que uno de los toros será corrido y luego matado a flechazos por los indios. Preciso es advertir que estos indios llaman la atención por el traje que usan y que, cuando vienen a la capital a proponer treguas al Gobierno mexicano, andan de la misma manera por las calles, llevando tras sí un gran número de muchachos atraídos por la novedad. Van, y yo los he visto muchas veces, con plumas de varios colores en la cabeza, sostenidas por una diadema que les cerca la frente; llevan el rostro y los brazos pintados de rojo, y marchan provistos siempre de carcaj, arco y flechas. Como pertenecen a tribus errantes que lindan con la República Mexicana, el público ve en ellos a los mismos que en otro tiempo formaron parte del gran Imperio de Moctezuma y que, por no recibir leyes de la nación conquistadora, se pusieron lejos del alcance de las armas españolas.

No bien va a salir el toro destinado para que lo corran, ellos se presentan en la plaza con desembarazo y arrogancia, mostrando una soltura, agilidad y fuerza sorprendentes. La concurrencia los aplaude en cada suerte que desempeñan burlando la furia de la fiera, y, cuando llega la hora de matar, uno de los indios, armado de arco y flecha, se coloca frente al toro a distancia regular, prepara sus terribles armas, impulsa la cuerda del arco, sale silbando la flecha, que va a clavarse en el toro, que cae muerto inmediatamente.

No se puede negar que estas agradables novedades agregadas a los toros de muerte que alternan en la corrida, y que se torear, pican, banderillan y matan lo mismo que en España, dan un aspecto original a la función de toros. Descúbrese, es cierto, en su fondo, el origen español, pero en todo presentan un aspecto verdaderamente mexicano. Presentan de golpe las corridas de toros en México el aire de su antigua metrópoli, pero, analizadas, se advierte que tienen distinta fisonomía, distinto colorido, distintas formas.

Los toros que generalmente se corren en la capital del antiguo Imperio azteca son de Ateneo, raza navarra y valiente, aunque más pequeños que los que se torear en España.

También los caballos, aunque de raza andaluza, son de menor tamaño, pero en cambio son ligerísimos, briosos y tan delicados de boca que en un círculo que no pase de tres varas de circunferencia les hacen los jinetes que en ellos montan dar multitud de vueltas sin que salgan de la línea.

La primera corrida de toros que hubo en México tuvo lugar el 24 de junio de 1526 para celebrar el regreso del célebre conquistador Hernán Cortés, que volvía de Las Hibueras. Entonces vieron los mexicanos por primera vez ese espectáculo, al que asistió toda la nobleza española, y que a los indígenas les sorprendió agradablemente.

Gran número de la gente principal que ha ido a caballo o en coche suele salir a mitad de la corrida para asistir al paseo de Bucareli, que, como dije al principio de este capítulo, parte desde allí mismo; así es que las personas que ocupan la espaciosa azotea de la plaza, aunque son las que pagan menos, son a la vez las que disfrutan más que ninguna obra del bello panorama que se descubre por todas partes. Desde allí gozan, en los intervalos que median desde que matan un toro hasta la salida del otro, de las vistas más deliciosas que puede presentar la naturaleza. El paseo que se extiende en línea recta se ve animado por más de trescientos carruajes particulares, elegan-

tes y lujosos, que recorren incesantemente aquel delicioso sitio, en tanto que otras muchas carrozas de igual mérito yacen quietas alrededor de la hermosa glorieta principal, en medio de la que se eleva una magnífica cuenta. Por en medio de las dos hileras de coches que en continuo movimiento se encuentran, cabalgan en arrogantes corceles millares de jinetes de lo más escogido de la sociedad mexicana, tan diestros en el manejo del brioso caballo como finos y urbanos con las personas con quienes tratan. ¡Cuántas veces al declinar el sol he dejado el tendido y he subido a esa azotea para disfrutar de la magnífica perspectiva que ante los ojos se presenta! ¡Cuántas veces, al dirigir la vista por la deliciosa campiña, vestida de pintorescos jardines y agradables bosquecillos, cobijada por un brillante pabellón de mil colores, he visto envuelto entre cortinajes de niebla como una visión aérea y celestial, ese magnífico palacio de Chapultepec, lleno de tradiciones y recuerdos, que al fin desaparecía entre las sombras que venían a suceder al último rayo del moribundo sol! ¡Qué dulces afectos se despertaban entonces en mi corazón!... El recuerdo de mi patria, de mi inolvidable España, venía envuelto en todos como el más dulce de ellos, así como hoy, que me encuentro lejos de la virgen América, viene envuelto el recuerdo de México en todos mis pensamientos.

Además de la plaza del Paseo Nuevo que acabo de describir, tiene México otra llamada de San Pablo, tan ventajosamente situada como la primera. Encuéntrase próxima al delicioso Paseo de la Viga. De ese pintoresco canal, cubierto de canoas, por donde la gente marcha embarcada a Santa Anita para recorrer las deliciosas chinampas o jardines flotantes de que ya he hablado. El empresario de la plaza del Paseo Nuevo paga al de la de San Pedro, porque no haya corridas en esta, cuatro mil duros al año.

UNA PROCESIÓN EN MÉXICO*

Registrando uno de los más acreditados periódicos que se publican en Francia, el *Almacén pintoresco*, encontramos un artículo que lleva el título expresado arriba y, deseando dar a nuestros lectores una muestra de la manera como se presentan en Europa nuestras costumbres, lo traducimos en seguida, añadiéndole algunas notas que demuestren las inexactitudes en que ocurrió su autor.

«No deja de ser un hecho singular que en todas las sociedades, en cualquier grado que se les considere, ya civilizadas, ya salvajes, el baile ha parecido siempre a los hombres un medio conveniente de manifestar su admiración y respeto al Ser Supremo. Desde la más remota antigüedad ha estado en uso el baile para honrar y alabar a los dioses. En la India, las danzas que hay en todas las procesiones religiosas no son más que una tradición del culto antiguo. En Egipto, durante la celebración de la gran fiesta isiac, las hijas de los sacerdotes ejecutaban bailes serios mientras se ofrecía el sacrificio a Isis. El pueblo de Israel que bailaba delante del área imitaba en esto, así como en otras cosas, el baile de los egipcios delante del tabernáculo de Isis. Entre los griegos, los coribantes de Cibeles y las vacantes de Baco se entregaban con furor al baile. De una manera semejante se bailaba en varias ocasiones por Neptuno. En Roma se bailaba durante las fiestas de purificación llamadas *lupercales*.

En tiempos modernos encontramos en todas partes generalizada la costumbre de mezclar el baile con el culto. Los viajeros encuentran a los negros de África bailando delante de sus ídolos; en los Estados Unidos, los cuáqueros tembladores, gentes demasiado civilizadas, adoran, bailando, a la divinidad; y en México hemos visto a los católicos bailando religiosamente ante la imagen de Jesucristo.¹

En San Ángel, a dos leguas de México,² hemos sido testigos de este espectáculo el día de la fiesta llamada de Jesús Nazareno,³ patrón del pueblo, porque en México

* s. f., «Una procesión en México», *El Museo Mexicano*, III (1844), pp. 83-84. Traducido, extractado y anotado para *El Museo* por los E.E.

<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a376?intPagina=89&tipo=publicacion&anio=1844&mes=01&dia=01>

Proviene de «Une procession au Mexique», *Le Magasin Pittoresque*, VI, núm. 43 (octubre 1838), pp. 339-341.

1. Triste idea se formarán los extranjeros de los católicos de México, a quienes generalmente pinta bailando el articulista. Únicamente los indios, que conservando aun en medio de la civilización sus antiguos usos, cuyo origen debe tal vez buscarse en las naciones asiáticas, son los que en algunas procesiones y festividades de los pueblos cercanos a México acostumbran formar danzas. Ya se deja conocer por esto, que no son, como expresa el articulista, los católicos mexicanos los que bailan.
2. San Ángel dista de México tres leguas, y no dos.
3. Se conoce esta función bajo el nombre de *Festividad del señor de Contreras*.

se adora al Salvador bajo varios nombres, como los paganos adoraban a sus dioses Júpiter o Apolo, Minerva o Diana bajo varias formas según sus diversos atributos.⁴

Los mexicanos manifiestan tanto ahínco y entusiasmo como nosotros en concurrir a estas fiestas de pueblo. Así es que había en San Ángel numerosas concurrencias, ya en carruajes, ya a pie y, sobre todo, a caballo. Los jinetes estaban gozosos luciendo sus caballos pequeños, pero nerviosos, finos y llenos de fogosidad, y sus vestidos nacionales bordados enteramente de oro, de plata y de seda, según puede verse en el grabado que acompañamos al frente de este artículo.⁵

Por lo demás, allí, como aquí, había numeroso pueblo que grita, que se remueve; mercaderes de baratijas y bizcochos; mucho ruido y posadas o mesones donde se os desuella.⁶ Solamente había, además de nuestras peras y manzanas, multitud de esas hermosas, variadas y sabrosas frutas de América de las que se hace un gran consumo en estas solemnidades. Para recordaros que estáis en una antigua colonia en lugar de las pequeñas *roulettes* (imperiales), donde apostáis un sueldo para ganar una docena de macarrones, encontráis a cada paso mesas de juego donde se admiten albures de mil y dos mil pesos, porque los mexicanos han heredado de los españoles la pasión del juego, y son hoy el pueblo más jugador de la Tierra. Entre ellos toda festividad es un pretexto para jugar.⁷

Mas volvamos a la procesión, que es, por decirlo así, la señal de la fiesta. Se abre con una docena de indios en paños menores,⁸ peinados con pequeños caballos de cartón, llenos de fuegos artificiales encendidos, con los cuales danzan adelante y atrás, haciendo mil contorsiones, atropellando a la multitud y arrojando gritos de alegría cuando uno de los cohetes ha alcanzado a algún hombre o quemado la ropa de alguna mujer.⁹ Siguen a estos truhanes unos músicos detestables, armados de guitarras, de violines de madera blanca y de un instrumento del país, poco más o menos semejante al *flageolet*.¹⁰ Llega en seguida la Santísima Virgen, soliviada por ocho o diez hombres sudorosos y fatigados con la sagrada carga. Es una buena escultura de

4. Suma malicia o ignorancia envuelve esta comparación. En México, como en todos los países católicos del mundo, se adora al Salvador bajo la forma que las Escrituras nos lo demuestran en los actos de su vida, pasión y muerte. Los cuadros de los más célebres pintores antiguos que se hallan en las ciudades civilizadas de Europa atestiguan que no es una invención de los mexicanos adorar a Jesucristo bajo diferentes formas.
5. El grabado que se cita está bastante bien ejecutado y enteramente parecido al del viaje de don Carlos Nebel que habrán visto nuestros lectores.
6. Esto es una verdad, pero los desolladores, en esta clase de solemnidades, son justamente los fonderos franceses, que llegan a cobrar muchas veces hasta cuatro pesos (veinte francos) por una botella de vino corriente de Burdeos.
7. Es absolutamente falso que se encuentran a cada paso esos juegos de que habla el autor. En San Ángel lo que hay son esos pequeños *roulettes* imperiales y juegos de dados donde se apuestan pequeñísimas cantidades. Es también inexacto que todas las festividades sean un pretexto para el juego, pues, excepto la Pascua de San Agustín de las Cuevas, no puede citarse otra.
8. En México los vestidos de los indios y clase pobre se componen de camisa y calzón blanco. A este paso puede decirse que una gran parte de la población usa paños menores.
9. Esta descripción ya se conoce que es lo que llamamos *toritos*, en verdad que no hay cosa más desagradable que esto en las procesiones.
10. Chirimía.

madera como hay muchas en México, vestida con una túnica de cola, de terciopelo violeta, bordada de pedrería, así como la del Niño Jesús a quien lleva en sus brazos: es la patrona del convento de frailes carmelitas de San Ángel. Detrás de la Virgen vienen los frailes con ricos ornamentos, ceñidos con su bella cuerda blanca y su fisonomía abierta, franca y feliz; después, como treinta individuos más notables del pueblo con cirio en mano, y al fin un número igual de indios, viejos y jóvenes, casi todos borrachos,¹¹ que con la cabeza envuelta en un pañuelo y la cara cubierta con una máscara grotesca, y blandiendo pequeños sables de madera, saltan, bailan y arrojan gritos prolongados delante de un grupo de escultura que representa a Jesús cargando la cruz y al cirineo que le ayudaba en su dolorosa travesía. El Cristo, a pesar de la enorme cruz que pesa sobre sus hombros, de la sangre que gotea de la corona de espinas e inunda su noble rostro, está vestido con una túnica de terciopelo escarlata recamada de oro, mientras que el apóstol está vestido en traje indio. Quince o veinte personas se disputan siempre el honor de cargar estas dos imágenes, cuyo tamaño es un poco más grande que el natural, y que son además notables por la extremada verdad de la acción y por una exactitud del movimiento. Da lástima contemplar entregadas a tales profanaciones estas imágenes del sublime sacrificio, a las cuales los buenos indios, en su inocente y bárbara credulidad, se complacen en hacer gestos y enviarles besos.¹² En fin, la procesión se cierra con el clero y el Santísimo Santo.

Sin contar la multitud de cohetes voladores que se queman durante la carrera de la procesión, hay colocados por el tránsito inmensos soles o ruedas de cohetes que se queman cuando pasa el Divinísimo. El cura tiene cuidado de hacer alto hasta que la rueda se ha quemado y, entre tanto, las danzas y los gritos se redoblan con furor. Es una verdadera bacanal. Todos estos fuegos artificiales, como puede suponerse, no producen otro efecto en medio del día que un gran estruendo, pero esto basta para encantar al pueblo mexicano, frenéticamente apasionado al ruido y a la batahola. Al entrar en la iglesia se observa debajo de las bóvedas de la puerta un gran comercio de cruces, de rosarios y de medallas con la efigie de Jesús o la Virgen, y, penetrando al santuario, se encuentra uno de nuevo con los danzantes, con sus pequeños sables de madera, sus violines y sus guitarras, que hacen sus estaciones en cada capilla. ¡Tal es el espectáculo de una festividad a dos leguas de México!».

11. Nunca se ha notado que los indios que componen una danza se emborrachen antes de desempeñar sus papeles. Bailan, hacen sus muecas, rezan en la iglesia y, concluidas todas estas cosas que consideran como obligación forzosa, se entregan a sus diversiones, entre las que en efecto no es raro que adopten la de beber pulque o mezcal.
12. No es por cierto exagerada la crítica del articulista, mas es de tenerse presente que, apegados los indios a las exterioridades, cifran en ellas una parte de su creencia. Muchos curas ilustrados han pretendido reformar abusos semejantes, sin conseguir más resultado que enajenarse la voluntad y respeto de sus feligreses.

CAFÉS CANTANTES EN LOS CAMPOS ELÍSEOS*

Hemos hablado varias veces a nuestros lectores de los Campos Elíseos, ese magnífico paseo que, comenzando en la plaza de la Concordia, una de las plazas más bellas del mundo, viene a terminar en el gigantesco arco de triunfo de la Estrella. A la izquierda de este paseo está el Palacio de la Industria y de las Artes, donde se ha verificado este año la exposición. Enfrente casi está el gran jardín de la exposición de horticultura. Al atravesar los Campos Elíseos se cree uno transportado a *Las mil y una noches*. No hay hipérbole bastante para describirlo. Es una cosa verdaderamente hermosa, grande, alegre, brillante y amable, rica y elegante, popular y aristocrática. Yo no sé que haya un sitio donde se hallen reunidas todas estas cosas más que este. Cada uno obra allí en conciencia y por su cuenta. Los unos van para ser vistos, los otros para ver. Allí se pasea en coche, a caballo, y allí se está sentado, allí se juega, y sobre todo se ríe. Hay hasta sitios donde se puede meditar en el ruido lejano del océano parisiense. Es el país grave de los jóvenes buenos mozos y de las coquetas, el imperio de los vendedores de caballos y de los saltimbanquis. Para todos, el verdadero Campo Elíseo, no el que entrevemos entre las nubes de la antigüedad, y en el que pálidos héroes pasean las sombras melancólicas de su pasada grandeza bajo los sombríos bosques, sino los Campos Elíseos positivos, donde se bebe al aire libre, un Eldorado donde se ven caballos de madera y caballos vivos a elección: cosas prosaicas y poéticas a la vez, teatrillos elegantes y bufones, titiriteros, perros sabios, juegos de todas clases, una ensalada, en fin, de talento y de tonterías. Tales son, a vista de pájaro, los Campos Elíseos.

Este paseo es el fórum de todos los payasos de Francia. Allí se ve la gigante, el cocodrilo vivo, la sirena o la mujer pescado, sin contar toda clase de animales de dos cabezas, de tres o de cinco patas, físicos, magnetizadores, hércules y acróbatas. La mujer gorda que pesa trescientas libras y no tiene más que diecisiete años, y su compañero el hombre esqueleto, que solo gasta al día algunas onzas de pan, lo que prueba que la profesión de este desgraciado es morir de hambre para vivir.

Los Campos Elíseos ofrecen de particular que, a dos pasos de la elegante y encantadora calzada, sobre la que desfila de tres a cinco de la tarde París elegante, sus coches con armas y blasones, los carruajes diplomáticos y esas ligeras carretelas suspendi-

* s. f., «Estudios de costumbres. Cafés cantantes en los Campos Elíseos», *Museo de las Familias*, XIII (1855), pp. 280-281. II.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002558831&search=&lang=es>

El texto es traducción de algunos párrafos de «Le Nouveau Paris. Les plaisirs des Champs-Élysées» de Hyppolyte Castille, publicado en el número de octubre de 1854 de *Musée des Familles*, pp. 2 y 7-8. En la revista francesa abre el número. Su parte central se dedica a la descripción de los espectáculos circenses.

das por el placer y la galantería, lucen todo el lujo de su miseria los pobres, rodeando a los histriones de la multitud, confundiéndose así las alegrías populares con los placeres de la sociedad elegante. Si después de haber paseado y recorrido los Campos Elíseos tan llenos de incidentes se siente uno con apetito y tiene una necesidad de comer, encuentra elegantes pabellones donde, saboreando las maravillas de la cocina parisiense, ve pasar los carruajes, ve la multitud bajo los árboles y correr las aguas de las fuentes.

Pero apenas comienzan a iluminar el cielo las constelaciones nocturnas, cuando por todas partes los Campos Elíseos brillan con millares de luces de gas. «Ave María, ¡bendita sea esta hora encantadora!», decía lord Byron, «¡es el viento el que se estremece y vibran las hojas!». No, son los primeros rumores de las orquestas que templan sus instrumentos debajo de los árboles. La noche baja sobre la tierra. En las calles más sombrías pasan susurrando parejas acopladas, familias enteras. Dulces coloquios de la noche, pasos armoniosos de los últimos paseos, roce de los vestidos cuya seda barre la tierra. Vosotras, amables y fugitivas impresiones, sois vosotras lo que se busca desde tan lejos y con tantos inútiles trabajos: la felicidad.

Ahora elegid el espectáculo que queráis, y si preferís permanecer al fresco, al aire libre, id a sentaros en uno de esos bonitos cafés que pueblan los Campos Elíseos. Saboreando una taza de café, un vaso de sorbete o una botella de cerveza, disfrutaréis de los placeres del teatro. Delante de vuestros ojos se levantan pabellones dispuestos a manera de escena. El lujo y la elegancia han presidido a su construcción. Las pinturas, el oro, el terciopelo, las flores y la luz están allí distribuidas con arte. Una orquesta entera ocupa el fondo del pabellón. En la parte de delante, sobre sofás colocados en círculo, están sentadas lindas y preciosas cantoras vestidas de blanco, escotadas, con manga corta y guantes largos.

Sin duda el canto y la música no es tan bueno como el de la ópera italiana, pero asombra que se pueda hacer tanto con tan poco. La generosidad del consumidor debe subvenir a todos estos gastos. Sorprende, sobre todo, oír muchas veces cantar muy bien y con gusto piezas difíciles que necesitan al menos muchos estudios músicos. ¡Ay!, es que entre estos cantores al aire libre se encuentran desgraciados artistas que los rigores de la fortuna reducen a la más dura extremidad. Así es como en todos los grados París oculta sus miserias y dolores. No hay necesidad de tener un corazón de aficionado a la música para lamentar estas anomalías.

Pero llega la hora fatal. Suenan las doce. El último golpe del arco del violín se pierde bajo los arcos de árboles arrebatado por un tiempo más fresco. Pero aún ruedan los coches, aún circulan las gentes de a pie, en vano aguarda la luna la hora de las invocaciones. Pasará la noche. La estrella de la mañana habrá arrojado su moribunda luz sobre los pálidos humanos antes que los paseantes hayan dejado de surcar la vía Apia de esta segunda ciudad eterna, los Campos Elíseos...



Cafés cantantes en los campos Eliseos .

Fig. 18. *Cafés cantantes en los Campos Elíseos*, p. 281.**

** En el *Musée des Familles*, la litografía «Un café chantant aux Champs-Élysées. Dessin de G. Janet» se encuentra en la p. 8 (J. Fagnion S.C. - Gustave Janet). Véase la primera nota de este artículo.

Retratos de personajes ilustres

Pensar, organizar y escribir la nación

Rebeca Viguera

Universidad de La Rioja

Raquel Irisarri Gutiérrez

Universidad de La Rioja-Universidad de Berna

Un tema recurrente en las revistas ilustradas decimonónicas analizadas en esta antología es el de las biografías de destacadas personalidades del ámbito de las letras, las ciencias, la política o el campo militar. Sus trayectorias los convirtieron en exponentes y modelos de sus respectivas naciones. Es por ello por lo que todos los artículos incluidos dentro de esta sección, así como los personajes seleccionados por las distintas revistas, aportan información sobre las imágenes nacionales que se están construyendo y transmitiendo a los lectores en torno a la historia de España, México y Francia.

Siguiendo el objetivo fundamental de este volumen, dentro de la gran variedad de artículos de personajes ilustres que encontramos en las páginas de las distintas publicaciones estudiadas, se han seleccionado, a modo de ejemplo, catorce artículos de destacados hombres y mujeres de la historia de las tres naciones en los que se refleja más claramente ese diálogo transnacional establecido entre ellas.

El primero de ellos es el que aparece en *La Ilustración Mexicana* (1852) bajo la firma de S. C., titulado «La Monja Alférez». En él se incluyen varias ilustraciones entre las que destaca un retrato realizado por el pintor español manierista Francisco Pacheco, que constituye un ejemplo de la circulación internacional de imágenes y textos. Su contenido es interesante porque presenta desde un tono negativo a uno de los personajes más emblemáticos del Siglo de Oro español, doña Catalina de Erauso (San Sebastián, h. 1570-Cotaxtla, 1650), monja, militar y escritora española. En el artículo, además de abordar la participación de Erauso en las campañas del proceso de conquista de América «matando y asesinando solo por ver sangre», se pretende exponer un ejemplo de «mujer extraordinaria» o excepcional, que contraviene la concepción de la feminidad mexicana convirtiéndose en lo que se denomina «una criatura sin sexo», un «aborto en la especie humana». Asimismo, al tratar de caracterizarla quedan reflejados los atributos vinculados a cada sexo según el ideario del autor: «Nada encontramos en su vida que recuerde a la mujer; nada de ternura, ni de sensibilidad, ni de amor. Su ferocidad salvaje, su valor brutal, sus disipaciones y su vida siempre agitada, sin querer reposar jamás, no presenta tampoco ninguno de esos rasgos de heroicidad, ni de generoso entusiasmo, que revelen nobles instintos viriles». El texto coincide en su idea en torno a la feminidad y la masculinidad como identidades opuestas pero complementarias con otro artículo dedicado a la Monja Alférez en el *Semanario Pintoresco Español* (núm. 122, de 1838).

Como contrapunto a este contramodelo de feminidad, encontramos varios artículos en los que se describen las vidas de mujeres también excepcionales, pero que destacaron rompiendo los moldes de la feminidad de forma considerada positiva. El primero de ellos es el artículo anónimo «Biografía. Juana Inés de la Cruz», del *Semanario Pintoresco Español* (1845). Juana Inés de Asbaje Ramírez de Santillana, comúnmente

conocida como Juana Inés de la Cruz (San Miguel Nepantla, h.1650-Ciudad de México, 1695), religiosa jerónima, escritora novohispana y gran exponente de la literatura en español del Siglo de Oro. En el texto se ensalzan sus tempranas cualidades y conocimientos, así como sus «gracias» y virtuosismos propiamente femeninos: «Sus conocimientos eran extensos; sus noticias, copiosísimas; su discreción, maravillosa y su conversación, agradable, natural y sencilla, sin la bachillería ni resabios, escollos en que suelen tropezar por desgracia algunas mujeres que pican de instruidas».

Lo más destacado de este texto es que fue extraído, con algunas modificaciones, de la obra escrita por el padre Diego Calleja *Fama y obras póstumas del fénix de México, Décima Musa, poetisa americana, Sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesora en el monasterio de San Jerónimo de la Imperial Ciudad de México* (1714). Este hecho hace patente el alcance de este personaje femenino mexicano cuyo talento y fama trascendieron el territorio nacional de la denominada «nueva» España (denotando la vinculación entre ambas naciones) para llegar a la «vieja España, pasando aun a las naciones extranjeras y obteniendo así el reconocimiento internacional por parte de “los hombres más instruidos de su tiempo”».

Si continuamos con la presentación de personajes femeninos, está el trabajo del periodista gallego Antonio Neira de Mosquera (1823-1854) titulado «La doctora Guzmán y la Cerda» para el *Semanario Pintoresco Español* (1853). Su autor destacó como articulista en algunos periódicos gallegos (*Semanario Instructivo, El Iris de Galicia, El Idólatra de Galicia, El Recreo Compostelano* y *El Eco de Galicia*, de los que fue director) y madrileños (*Semanario Pintoresco Español, El Imparcial, El Globo...*). Asimismo, fue miembro de la Real Academia de la Historia y de otras sociedades de distintos campos culturales.

El texto se centra en el nombramiento como catedrática honoraria de filosofía moderna y examinadora de cursantes filósofos de doña María Isidra Quintina de Guzmán y la Cerda (Madrid, 1767-Córdoba, 1803), primera mujer española a la que se le otorgó el grado universitario de doctor y el reconocimiento de académica honoraria de la Lengua. Resultan interesantes las ideas planteadas por Neira de Mosquera sobre la compatibilidad entre las «labores domésticas» y la actividad intelectual, de modo que «el trabajo de manos no interrumpe el laboreo del entendimiento» y «la inteligencia no escoge sexo». No obstante, este discurso, que enlaza con las demandas en torno a las mejoras en la condición de las mujeres que se proponían en la época, es reconducido por el autor cuando plantea que con el reconocimiento del público lector masculino es suficiente: «En nuestros días la prensa es la cátedra y la academia de las escritoras españolas. El teatro y el liceo ofrecen su foro y su tribuna a las inspiraciones de las poetisas».

La última de las biografías femeninas seleccionadas es la de doña Rosa Peluffo, presentada por los redactores de *El Álbum Mexicano*. El artículo está dedicado a la actriz española de fama internacional doña Rosa Peluffo de Armenta. En él se evidencian las redes e influencias culturales establecidas entre Francia, España y México en la recepción del movimiento romántico, «que había hecho una revolución en Francia y España, llegó por fin a México y el público concurría ansioso», o en la trayectoria de la artista que transcurrió por Madrid, La Habana, Puerto Rico, París, Cataluña y México,

adquiriendo en este último una fama y prestigio internacionales que le granjearon el reconocimiento como profesional. También cabe destacar cómo llama la atención sobre sus maestros, los célebres actores españoles Andrés Prieto, Manuela Molina y Joaquín Cabrera, y sus conocimientos a partir de la afirmación de que «en su conversación se nota desde luego que no ha cesado de estudiar constantemente el teatro».

Dentro de los diálogos culturales triangulares, están también las biografías de escritores franceses, españoles y mexicanos que, a través de sus obras, reflejaron las sociedades en que vivieron. Estas imágenes creadas por los literatos fueron recibidas en los diferentes países e influyeron en su percepción de las otras naciones.

El primero de ellos es el escritor, militar, diplomático y político francés Lamartine (Mâcon, 1790-París, 1869) en la biografía titulada «Estudios biográficos. Alfonso de Lamartine» publicada por X*** en el *Museo de las Familias* (1844). Se transmite una imagen muy positiva de Lamartine, al que se describe como «un hombre de carácter decidido y profundas convicciones», del que se resalta sobre todo su faceta de gran poeta del romanticismo francés cuya influencia trasciende fronteras: «Un ser que como todos los elegidos de Dios [...] son cosmopolitas, pues si su nacimiento pertenece a un pueblo, las obras, producciones o resultados de las empresas de estos elegidos son propiedad del mundo».

De gran interés resulta el artículo «Sobre la vida y obras de Alejandro Dumas», escrito por Manuel Payno para *El Museo Mexicano* (1844). En su biografía hace especial hincapié en la falta de difusión de las obras de Dumas en México a pesar de haber conseguido formar «un teatro suyo, por decirlo así, cosa que en Francia [...] no es dado sino a los hombres de un talento colosal». Este desconocimiento parece haberse tratado de paliar mediante la difusión de alguno de sus escritos traducidos en las revistas presentadas en esta antología. En el texto de Payno se achaca la fama de Dumas a su capacidad de reflejar la sociedad francesa como «una sociedad o más civilizada o más corrompida; [...] en medio del lujo y del refinamiento social existe en el corazón de Europa cierta dosis de barbarie y una absoluta falta de creencias religiosas». Esta visión cruda de Francia, nación de referencia de México, supone un choque frontal con la imagen idealizada de nación de la modernidad y la prosperidad presentada en otras secciones y publicaciones.

En la misma línea de representación de la realidad encontramos el artículo «Espronceda», escrito por el militar y poeta romántico mexicano Marcos Arróniz para *La Ilustración Mexicana* (1851). Arróniz entrelaza la producción literaria del joven poeta con su carrera política de revolucionario como defensor de «los derechos del pueblo». Señala cómo su influencia «se desarrollará prodigiosamente en lo sucesivo, tanto en la literatura como en la sociedad», ya que con sus obras «pinta el mundo en su triste desnudez».

Por su parte, el artículo «Alarcón», escrito por el dramaturgo y novelista español Luis de Eguilaz (1830-1874) para *El Correo de Ultramar* (1858), es un nuevo ejemplo, junto con el dedicado a Juana Inés de la Cruz, de la influencia cultural cruzada entre España y México. En él se aproxima a la figura de Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza (Taxco, h. 1575-Madrid, 1639), un autor novohispano del Siglo de Oro que nuevamente desempeña ese papel del escritor como plasmador de la realidad, pues

«estudió las sociedades y disecó con el escalpelo de su inteligencia los corazones». Asimismo, cabe destacar la comparación que establece entre la «España decrepita y México lleno de vida», y la visión edulcorada de la conquista de América, percibida como una beneficiosa contribución por la que «tendría la Europa más que suficiente motivo para estar obligada a nuestra España por haber lanzado a la mar sus carabelas».

Atendiendo a las publicaciones en que aparecen recogidas las biografías de estos escritores y la exaltación que se hace de su vida y obras, se puede vislumbrar un foco principal de emisión de influencia cultural, que irradia desde Francia, y uno secundario, desde España hacia México, que se establece como receptor de todos estos referentes.

Vinculado con esos talentos cosmopolitas, está el artículo «Hombres útiles. Orfila», dedicado al químico y médico español Mateo José Buenaventura Orfila (Mahón, 1787-París, 1853), obra del escritor y traductor español José Muñoz Gaviria (1831-1906) para el *Museo de las Familias* (1856). Destaca este texto por la crítica que contiene hacia España como nación incapaz de sacar partido de sus genios: «¡Qué desgracia la de esta nación, que cuando produce un genio, ella misma lo arroja de sí y lo deja para que se aprovechen de sus talentos y de sus luces las naciones extranjeras, frente a la cual se alza Francia como nación de la ilustración y la modernidad!». Una visión que se repite en otras secciones de estas revistas ilustradas, como se puede observar en el apartado relativo a las descripciones histórico-geográficas y monumentales.

Otra cuestión que encontramos recurrentemente a partir de las biografías es el descubrimiento y conquista de América en dos discursos enfrentados: la versión edulcorada y conciliadora emitida desde España, y la visión cruel, sanguinaria y destructora mexicana. Entre las seleccionadas encontramos dos ejemplos de la primera, ambos escritos por españoles que trataron de dar un enfoque positivo a la conquista y a los conquistadores, mostrándolos como potenciadores de un pueblo con grandes capacidades y del papel de España en el auge de la nueva República Mexicana. El primero de ellos es el artículo del poeta, escritor, periodista y bibliófilo español Vicente Barrantes Moreno (1829-1898), quien, bajo el seudónimo de *Modesto Infante*, publicó en *El Mundo Pintoresco* (1859) «Los conquistadores de América». En él se reproducen las breves biografías de «los hombres más extraordinarios», Hernán Cortés, Vasco Núñez de Balboa, Francisco Pizarro y fray Bartolomé de las Casas, extraídas de su obra *Plutarco de los niños. Libro de lectura para las escuelas* (1857). En el texto se defienden las acciones de los conquistadores en su labor de asentar «de esta gloriosa manera la dominación española y la religión cristina en aquellos remotos climas». Asimismo, se justifica este discurso conciliador español como defensa ante «todos los odios y de todas las ambiciones» que ensuciaron la memoria de estos hombres y la historia nacional de España.

En la misma línea está el trabajo «Apuntes sobre la vida y escritos de fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas», escrito por el letrado, periodista y político español José Arias Miranda (1795-1890) para *La América* (1862). En él denuncia la imagen negativa del proceso de conquista ofrecida por otras naciones: «La envidia, el miedo y el odio son malos historiadores, y estas tres pasiones se habían apoderado del ánimo de

los extranjeros», especialmente en el caso de Francia, «que como más resentidos, y de cerca amenazados, desplegaban mayor dosis de irascibilidad contra nosotros», siendo presentada de este modo como principal fuente del discurso difamatorio. Asimismo, fray Bartolomé de las Casas (Sevilla, 1474-Madrid, 1566), defensor de los derechos de los indígenas, es caracterizado como un hombre «turbulento y desasosegado» al que se responsabiliza de los enfrentamientos: «Todo aquel vasto Imperio se convierte en un campo de sangre y de crímenes, por seguir los consejos del padre Casas».

Contrariamente a la visión negativa de los conquistadores encontramos la biografía de «El capitán de fragata don José María Narváez» escrito para *La Ilustración Mexicana* (1851-1852). En él se ensalza la figura del oficial de la Armada española, realista y explorador de la zona noroeste del Pacífico, José María Narváez y Gervete (Cádiz, 1766-Guadalajara, México, 1840). A pesar de sus intervenciones en la guerra de la Independencia de México, se le reconoció por «haber contribuido muchísimo al adelanto de la geografía de la República Mexicana».

Si continuamos analizando las grandes personalidades del ámbito político-militar presentes en las diferentes revistas estudiadas, podemos fijarnos en la «Biografía extranjera. Napoleón Bonaparte» del *Semanario Pintoresco Español* (1843). En ella, tras unas breves notas sobre los principales hitos vitales de Napoleón, orientadas a ensalzar la imagen del que es considerado por el autor como el «hombre grande del siglo», el autor se centra en la exhumación y traslado de sus restos mortales a París.

En último lugar está la breve biografía de «El almirante Jurien de la Gravière», en *El Mundo Militar. Panorama Universal* (1863). Gravière (1812-1892) fue un almirante francés que sirvió en las guerras revolucionarias francesas y en las guerras napoleónicas, además de ser autor de una obra sobre la historia naval. Este personaje muestra las relaciones establecidas entre las tres naciones, reflejadas en la amistad con el militar y político español Juan Prim y en el apoyo con que parece contar en México, donde «aun cuando hoy no tiene mando [...] la opinión general es que si es preciso volverá a encargarse del mando de las fuerzas navales que allí operan».

Bibliografía

- ALONSO, Cecilio (2001). «La formación de la conciencia nacional en las primeras revistas ilustradas españolas (1836-1954)», en GIL NOVALES, Alberto (coord.), *La Revolución liberal. Congreso sobre la Revolución liberal en España en su diversidad peninsular e insular y americana*. Madrid: Ediciones del Orto, pp. 611-634.
- AMORES, Montserrat (2010). «Vicente Barrantes en el *Semanario Pintoresco Español*», en CAÑAS MURILLO, Jesús, GRANDE QUEJIGO, Francisco Javier y ROSO DÍAZ, José (dirs.), *Literatura popular e identidad cultural: estudios sobre folclore, literatura y cultura populares en el Mundo Occidental*. Cáceres: Universidad de Extremadura, pp. 131-136.
- (2016). «*Museo de las Familias* (1843-1870), veinticinco años de magacín enciclopédico», en MARTÍN, Rebeca y PARELLADA, Joaquim (coords.), *Una horma para*

el cuento: del relato legendario histórico al cuento moderno en la prensa española del siglo XIX. Madrid: Iberoamericana, pp. 51-82.

LIDA, Clara E. (2006). «Los Españoles en el México independiente: 1821-1950. Un estado de la cuestión», *Historia Mexicana*, vol. LVI, núm. 2, pp. 613-650.

SABLONNIÈRE, Catherine (2008). «*El Correo de Ultramar* (1842-1886) y la ciencia: entre labor educativa y propaganda política», en DEL PALACIO, Celia y MARTÍNEZ, Sarrelly (eds.), *Voces en papel. La prensa en Iberoamérica de 1792 a 1970*. México: Universidad Autónoma de Chiapas, pp. 463-476.

VILAR, Juan Bautista (2012). *La España del exilio: las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*. Madrid: Síntesis.

LA MONJA ALFÉREZ

S. C.*

Si no estuviera tan comprobada la existencia de esta mujer extraordinaria, dudaríamos de que el bello sexo hubiera producido un carácter como el de doña Catalina de Erauso, tan contrario no solo a la delicadeza y a la debilidad de la mujer, sino a la época en que vivió, en que la educación recogida del sexo se prestaba poco a despertar el gusto por la vida aventurera. [...]

Nada encontramos en su vida que recuerde a la mujer; nada de ternura, ni de sensibilidad, ni de amor. Su ferocidad salvaje, su valor brutal, sus disipaciones y su vida siempre agitada, sin querer reposar jamás, no presentan tampoco ninguno de esos rasgos de heroicidad ni de generoso entusiasmo que revelen nobles instintos viriles. ¿No consistiría el fenómeno de su carácter en algún defecto de organización física que la hiciera, por decirlo así, una criatura sin sexo? Vemos en todas sus aventuras un destino funesto que la arrastra ciegamente, y no hallamos placeres ni goces en su existencia. En medio de sus crímenes, nos parece desgraciada, cansada, y nos inspira más lástima que odio, más compasión que desprecio, más piedad que admiración.

Comprendemos la vida de la mujer que ama y que se enternece y que emplea su sensibilidad inagotable en las afecciones de familia; la comprendemos también dominada por el ascetismo y el misticismo, entregada a la oración y al recogimiento, reprimiendo sus pasiones y lacerando su cuerpo para castigarlo de sentir las necesidades de la naturaleza; no nos parece extraordinario que la mujer se encuentre en los campos de batalla si sigue a un amante, a un esposo o a un hijo, o si en su corazón germinan los nobles sentimientos de la patria y de la libertad; pero la mujer siguiendo la guerra solo por inquietud y agitación, matando y asesinando solo por ver sangre, nos parece imposible. No, doña Catalina de Erauso no era mujer; no era hombre, era un verdadero aborto en la especie humana. Las mujeres más criminales y más corrompidas han tenido algún instinto que les recuerde su sexo, han amado, y aun en sus excesos han tenido alguna pasión que las hace interesantes. En la Monja Alférez no hay más que instintos salvajes y feroces, y, lo repetimos, no hay sexo.

Véase el retrato que acompañamos, copiado del que hizo el pintor Pacheco en Sevilla, y cuyo original existe en Aix-la-Chapelle, en el gabinete del coronel Scheppler, y búsquese algo que anuncie una cualidad femenina en esa frente tosca y sombreada por espesos cabellos, en esos perfiles fuertes de un rostro que no expresa ningún sentimiento. Esa fisonomía no es de mujer.

* S. C., «La Monja Alférez», *La Ilustración Mexicana*, III, núm. 9 (1852), pp. 221-230. II. <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a2f3?intPagina=227&tipo=publicacion&anio=1852&mes=01&dia=01>



Fig. 19. *La Monja Alférez*, p. 222.

Catalina de Erauso nació el 10 de febrero de 1585 en Guipúzcoa, en San Sebastián, y fueron sus padres el capitán Miguel de Erauso y doña María Pérez de Galarraga y Arce. Apenas tuvo cuatro años cuando su familia la puso en el convento de San Sebastián el Antiguo, al cuidado de su tía sor Úrsula de Unza y Sarasti, que era priora de la casa. Entrando a esa edad a un monasterio, lo natural parece que la niña se acostumbre a las prácticas religiosas, que no piense en lo que pase más allá de los muros del convento, y que solo un incidente extraordinario la haga desear gozar de libertad. [...]

Catalina creció en el convento, y ninguna circunstancia interrumpió la igualdad de su vida, hasta que llegó a la edad de quince años. Ninguno de sus biógrafos, ni ella misma, que escribió su vida, explican lo que contribuyó a engendrarle el gusto por las aventuras. [...] Quince años tenía Catalina de Erauso cuando entró al convento otra monja llamada Catalina de Aliri. A pocos días se suscitó entre las dos una disputa: ambas tenían un genio impetuoso y violento; llegaron a las manos, y la Erauso quedó

vencida. Furiosa de no poder vengarse, y sintiendo un odio terrible a su antagonista, se escapó, saltando las tapias del convento.

Se refugió en un bosque, donde permaneció tres días sin que nadie la viera, y sin saber a dónde ir, tomó el camino de Vitoria. [...] En Vitoria se acomodó como escribiente en casa de un tío suyo que no la conocía y que la tomó por hombre. Cansada pronto de su nueva ocupación, se dirigió a Valladolid, donde fue admitida como paje por don Juan de Idiáquez, secretario del rey y amigo del padre de Catalina. Una de las cosas que parecen más extrañas es que una niña de quince años, educada en un convento, no tuviera ni en la voz, ni en el modo de andar, ni en ninguno de sus modales nada que traicionara su disfraz, ni aun esa timidez natural al entregarse a una vida nueva y desconocida. El padre de Catalina llegó una noche a casa de Idiáquez para comunicarle lleno de dolor la fuga de su hija. Ella oyó la conversación y, sin sentirse conmovida por las lágrimas de su padre ni por la aflicción de su madre, compró aquella misma noche una mula y al día siguiente salió de Valladolid para Bilbao bajo el nombre de don Francisco de Loyola.

En Bilbao tuvo casi al llegar una pendencia con varios jóvenes y fue conducida a la cárcel, donde estuvo un mes, sin intimidarse ni dar la menor señal de debilidad.

Puesta en libertad, marchó a Estella de Navarra, donde sirvió a don Carlos de Arellano, caballero de Santiago. Estuvo con él dos años disfrutando de buen trato y de buen sueldo, y viviendo con mucha tranquilidad. Pero ella, que de todo se cansaba pronto, por un raro capricho volvió a San Sebastián. Oyó misa un día en la iglesia del convento de donde se había escapado, vio allí a su madre que estaba rezando. [...] Salió de la iglesia sin emoción al ver a su madre, a las compañeras y amigas de su infancia, vagó por varias ciudades y por fin se alistó en la expedición que salía para Holanda al mando de don Luis Fernández de Córdoba y de don Luis Fajardo. Catalina, que entonces se daba el nombre de Pedro de Oribe, cambió de resolución y, encontrando a un tío suyo que mandaba un buque que iba a salir para las Indias, se pasó a su servicio para aprender la profesión de marina. [...] Llegó a América y cuando el buque iba a volver a España huyó ella, robando a su tío quinientos pesos.

Robar a un hombre que le había dispensado aprecio y consideraciones es el primer paso que da al tocar al Nuevo Mundo, que había de ser teatro de la espantosa y continuada serie de sus delitos. Se destinó en la factoría real de Panamá con el capitán don Juan de Ibarra, con quien duró poco porque le pareció avaro, y se embarcó para Paita después de haber celebrado un convenio con el comerciante de Trujillo Juan de Urquiza. [...] Tuvo allí Catalina una disputa con un hombre violento que la amenazó con cortarle la cara. Ella, furiosa, se embozó en su capa, se armó de daga y espada (que era la primera vez que ceñía) y se fue a esperar a su contrario a la puerta de una iglesia. Se lanzó sobre él con la mayor furia, hiriéndole el rostro y gritando: «¡Esta es la cara que se corta!». Un amigo del herido tomó su defensa y Catalina le dio una estocada mortal. Asustada de su crimen, se refugió en la iglesia; pero el corregidor, creyendo que no era asilo suficiente, la arrancó del templo y la llevó a la cárcel, de donde la sacó el valimiento de su amo Urquiza. Ella salió sin arrepentimiento, sin horrorizarse de su crimen y pasó a Trujillo, donde tuvo otra disputa con uno que era amigo del que había herido en Saña. Encolerizada la monja, sacó su espada y, según sus propias palabras,

«Le entré una punta no sé por dónde y cayó». Entonces tomó asilo en la catedral. La apóstata volvía a la iglesia cada vez que cometía un delito; pero nada conmovía su corazón. Gracias a su amo, se escapó de la catedral y con algún dinero marchó a Lima, provista de buenas cartas de recomendación.

Fue a vivir con don Diego Solarte, y por matar el tiempo enamoró a una de sus hijas, proponiéndole un casamiento irrealizable. La joven correspondió al aventurero, quien, viendo que pronto se podía aclarar la verdad, se alistó en un cuerpo de tropas que iba a hacer la guerra a Chile y que marchaba para Concepción. [...]

Era secretario del gobernador de Chile don Miguel de Erauso, capitán de una de las compañías que hacían la guerra en aquel país. Catalina se informó de quién era aquel joven que llevaba su mismo apellido, y por las noticias que tuvo se cercioró de que era su hermano, que desde muy niño había salido para América. Ella lo buscó y, sin descubrirsele, se hicieron amigos, y el joven Erauso tomó el mayor empeño en conseguir a su hermana el grado de alférez.

Catalina dio pruebas de gran valor en los encuentros que las tropas españolas tuvieron con los indios. [...] Y allí estuvo contenta la monja, tiñéndose a todas horas de sangre enemiga y mirando expirar a sus soldados.

Entre tanto se había desarrollado en ella de una manera incontenible la pasión del juego. [...] Creía encontrar en los naipes el medio de adquirir una cuantiosa fortuna, pero era tal la violencia de sus palabras y de sus acciones en el juego que todos tenían miedo de sentarse con ella en la misma mesa. [...]

En el convento de San Francisco [...], una noche fue a verla un amigo suyo, don Juan de Silva, que servía en el mismo regimiento. Don Juan había sido insultado, tenía un duelo y no encontraba padrino. Catalina, aunque vaciló temiendo una traición, consintió en acompañar a su amigo. Salieron embozados en sus capas con sus espadas al cinto y cubiertos los rostros con anchos sombreros.

En el bosque cercano a la ciudad encontraron al contrario de don Juan y a su padrino. No bien se vieron los dos contrarios cuando desenvainaron sus aceros y comenzaron a atacarse vigorosamente; [...] los dos padrinos entablan una lucha terrible empleando sus espadas y sus dagas, pero un momento después Catalina tenía a sus pies a su contrario casi moribundo y pidiendo un sacerdote con quien confesarse...

Catalina se acercó al herido, oyó su voz, y a la luz de la luna vio... que Dios castigaba sus delitos..., que el hombre a quien había matado era Miguel de Erauso... ¡Era su hermano! [...]

Catalina corrió al convento para llevar un sacerdote a aquellos tres moribundos. Solo don Miguel de Erauso alcanzó confesión, fue trasladado a la casa del gobernador y antes de morir dijo:

—Me ha asesinado el alférez Alonso Díaz.

La monja se refugió en el convento, de donde la autoridad creyó que debía sacarla porque el alférez abusaba horriblemente del derecho de asilo. Fue la tropa al monasterio, pero los religiosos defendieron los fueros de su iglesia. [...] En el mismo convento enterraron a don Miguel y entonces, por la primera vez de su vida, sintió remordimientos la desgraciada monja, y muchas noches la vieron rezar y llorar arrodillada

sobre la sepultura de su hermano. Vivió así ocho meses humillada y envilecida. Esta situación hubiera causado un verdadero cambio en un alma de otro temple; pero Catalina comenzó a pensar en recobrar su libertad, lo cual le era muy difícil porque no había pueblo en que la autoridad no tuviera su filiación y grande empeño en detenerla. Resolvió irse a Tucumán y atravesó la cordillera de los Andes, caminando por lugares intransitables. [...]

Llegó por fin a Huamanga, pero por todas partes la buscaba la justicia. Había órdenes terminantes de perseguir como asesino al alférez Alonso Díaz Ramírez de Guzmán. El virrey del Perú previno al corregidor de Huamanga que lo pusiera en la cárcel, pero Catalina resistió a los alguaciles; y el obispo, que por allí pasaba, hizo el papel de mediador y consiguió que el alférez pasara su prisión en el palacio episcopal. Allí confesó todo al buen prelado, que dudaba de lo que oía, pero al fin le dio la absolución con tal que volviera a tomar sus hábitos de monja. Se celebró con toda pompa la reconciliación de la apóstata con la Iglesia y entró al convento de Santa Clara en 1620, cuando tenía veintiocho años de edad.

[...] La conversión de doña Catalina era un suceso importante que llamaba mucho la atención del pueblo y del clero; así es que era visitada por todos y vista con vivas señales de asombro. [...] Obligándola a entrar a un convento, ella quiso tener libertad de escoger y recorrió todos los monasterios de Lima, estando una semana en cada uno de ellos. Por fin, se decidió por el de la Santísima Trinidad de la orden de San Bernardo, donde permaneció dos años. [...]

Como ella no era monja profesa, sino solo novicia, sus frecuentes memoriales a la corte dieron por resultado que se le permitiera regresar a España, con tal que saliera del convento con sentimientos que no fueran contrarios a la religión. Se embarcó en Cartagena en 1624. [...] Llegó a Cádiz el 1 de noviembre de 1624 y su arribo produjo gran sensación en la ciudad: la fama de sus hazañas y la distancia en que ellas se habían verificado la hacían demasiado notable. La multitud la seguía en las calles gritando: «¡La Monja Alférez, la Monja Alférez!».

Quiso ir a Roma, atravesó Francia y en el Piamonte fue robada y conducida a una prisión. Volvió a España, se presentó a la corte, hizo valer sus servicios pidiendo alguna recompensa y el asunto, que era difícil de resolver, pasó al Consejo de Indias. [...] Después de maduras deliberaciones, el Gobierno le concedió una pensión vitalicia de ochocientos escudos anuales, autorizándola para llamarse el alférez doña Catalina de Erauso.

Sus servicios militares tenían recompensa, y su vida mundana llegaba a buen término. Faltábale habérselas con mayores dificultades que las de la corte de Madrid: las de Roma.

Pasó ella a la capital del orbe católico y se presentó a la Santidad de Urbano VIII, quien después de oírla y de consultar con sabios prelados le dio un breve en que la autorizaba para usar durante su vida traje de hombre, prohibiéndole el uso de armas ofensivas, y se le recomendaba eficazmente que en el prójimo respetara la imagen de Dios, temiendo la unción del Señor; [...] lo que sale de los límites comunes, impone no solo al vulgo y a las preocupaciones, sino a los Gobiernos (que suelen ser vulgo) y a las más rectas opiniones. Una mujer tan excepcional debía ser juzgada de una mane-

ra distinta que las demás, como si se reconociera que todos sus defectos eran el resultado de la organización que le había dado la naturaleza.

Vio oficiar al Sumo Pontífice en la catedral de San Pedro el día 29 de junio de 1626 y volvió a España pasando por Nápoles. En todas las ciudades de Italia fue muy bien acogida y excitaba la mayor curiosidad.

Estuvo cuatro años en España y volvió a América, pero absolutamente se ignora cuál fue su paradero. Nunca prescindió de su manía de viajar, y puede decirse que siempre siguió la vida de aventurero. Lo más notable de su vida es que jamás faltó al pudor de su sexo y que en medio de soldados, de asesinos, de jugadores, de grandes señores, fue tan casta que todos ignoraban que era mujer. [...] Las mujeres que más se han distinguido por sus cualidades varoniles, cuando menos en sus faltas, han sido mujeres. Doña Catalina, aun en su arrepentimiento, es excepcional y prodigiosa. [...]

Por fortuna, este tipo, aunque raro, es tan difícil que no ha encontrado imitadoras en el transcurso de más de dos siglos.

JUANA INÉS DE LA CRUZ*

Nació esta mujer célebre en el pueblo de San Miguel Nepantla, cerca de Amecameca, el día 12 de noviembre de 1651. Fueron sus padres don Pedro Manuel de Asbaje, natural de la villa de Vergara, en la provincia de Guipúzcoa, y doña Isabel Ramírez de Santillana, del pueblo de Yecapixtla, en esta república. Desde muy niña manifestó un ingenio prodigioso. [...] A los seis años, sabía leer, escribir, algunos principios de aritmética, la costura, labrado y otras habilidades mujeriles. A los ocho compuso una loa en verso para conseguir un libro que le ofrecieron de premio. Oyó decir en esta edad que había en México universidad donde se enseñaban las ciencias y empezó a importunar a sus padres para que la enviasen a ella vestida de hombre. Tenía su abuelo materno varios libros y doña Juana los leyó todos con una aplicación increíble; así es que, habiendo venido a pocos días a México, quedaban sorprendidos cuantos la trataban, así de lo agudo de su ingenio como de las noticias y conocimientos adquiridos en una edad tan tierna. Tomó cosa de veinte lecciones de gramática latina y, no habiendo podido su maestro darle mayor número, se dedicó ella por sí sola con tanto ardor al estudio de este difícil idioma, que llegó a hablarlo con suma facilidad. Crecía en ella con los años el deseo de saber. [...]

Llegó doña Juana a lo más florido de su juventud, tan rica de conocimientos, con tantas gracias y con tanto donaire y gala que fue la admiración y el encanto de todo México. El virrey marqués de Mancera la llevó a palacio haciéndola dama de honor de su esposa la virreina; y habiéndola tratado de cerca, le entraron dudas de si el saber que miraba en una joven tan tierna podía ser adquirido a costa de estudio o era debido a ciencia infusa. Quiso desengañarse y juntó un día en palacio a cuantos hombres profesaban letras en la universidad y Ciudad de México. Su número llegó a cuarenta entre teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas y humanistas. Todos examinaron a doña Juana (que acababa de cumplir diecisiete años) en sus respectivas facultades, y todos quedaron sorprendidos de ver tanta discreción, tanta ciencia y tanta gracia en la edad juvenil. El mismo marqués afirma que no cabe en juicio humano creer lo que vio, pues a la manera que un galeón real se defendería de pocas

* s. f., «Biografía. Juana Inés de la Cruz», *Semanario Pintoresco Español*, X, núm. 2 (12 de enero de 1845), pp. 12-14.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003120505&search=&lang=es>

Nota biográfica tomada, con algunas variaciones y correcciones, de la escrita por el padre Diego Calleja, *Fama y obras póstumas del fénix de México, Décima Musa, Poetisa Americana, Sor Juana Inés de la Cruz, Religiosa profesora en el Monasterio de San Jerónimo de la Imperial Ciudad de México*. Madrid: Imprenta Antonio González de Reyes, 1714 (incluye una «Vida de sor Juana Inés de la Cruz» en la edición madrileña de 1698).

chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos y cada uno en su clase le propusieron. Por aquí se vendrá en conocimiento del estudio, talento, memoria y agudeza que serían necesarios para salir con lucimiento de tan difícil prueba.

A esta joven galana y discreta no era posible que faltasen adoradores, así es que se le ofrecieron buenos partidos, solicitando su mano con empeño hombres muy distinguidos; pero ella prefirió la vida monástica al matrimonio con ánimo de consagrarse a las letras. [...] Profesó de religiosa en el convento de San Jerónimo, donde vivió veintisiete años hasta el de su muerte.

Crecía en ella con la edad la pasión del estudio y, sin más maestro que los libros, llegó a saber con perfección la latinidad, de que ya hemos hablado, varias lenguas vivas, retórica, lógica, filosofía, teología, escritura, matemáticas, ambos derechos, historia, poesía, arquitectura y música, que supo con perfección, y de la cual compuso un tratado elemental en verso. Sus conocimientos eran extensos; sus noticias, copiosísimas; su discreción, maravillosa y su conversación, agradable, natural y sencilla, sin la bachillería ni resabios, escollos en que suelen tropezar por desgracia algunas mujeres que pican de instruidas. Es verdad que la madre Juana sabía demasiado para caer en un defecto que es propio de la gente que sabe poco.

Dotada de una facilidad prodigiosa para expresarse, se le ve muchas veces luchar (quizá en vano) para deshacerse de la alocución clara y castiza; [...] ella usa de la lengua castellana con pureza, la maneja con gracia y soltura y versifica con tanta facilidad que es casi imposible poner sus pensamientos en prosa, tan ligados así están a la rima y al metro. Puede decirse de ella lo que se ha dicho de Lope de Vega, que pensaba en verso. [...] Si esta mujer hubiese vivido en el siglo presente, hubiera sido otra madama Staël; pero tocole vivir en una edad y estar colocada en una situación que impidieron el completo desarrollo de sus prodigiosos talentos.

Bien pronto se extendió su fama en la nueva y la vieja España, pasando aun a las naciones extranjeras. Fue celebrada a porfía de los hombres más instruidos de su tiempo.

Escribió una crítica sobre un sermón del padre Vieira que acredita su ingenio, varias obras en prosa y en verso que andan impresas y otras muchas que quedaron inéditas.

Contagiada de la epidemia que reinó en México el año de 1695, murió en él, a 17 de abril, de edad de cuarenta y cuatro años y cinco meses.

El juicio que Feijoo hace sobre esta mujer es, sin duda, muy exacto y muy imparcial. Dice así: «La célebre monja de México, sor Juana Inés de la Cruz, es conocida de todos por sus eruditas y agudas poesías; y así es excusado hacer su elogio. [...] Si discurrimos por las mujeres sabias y agudas, sin ofensa de alguna, se puede asegurar que ninguna dio tan altas muestras (que saliesen a luz pública) como la famosa monja de México sor Juana Inés de la Cruz». [...]

LA DOCTORA GUZMÁN Y LA CERDA

Antonio Neira de Mosquera*

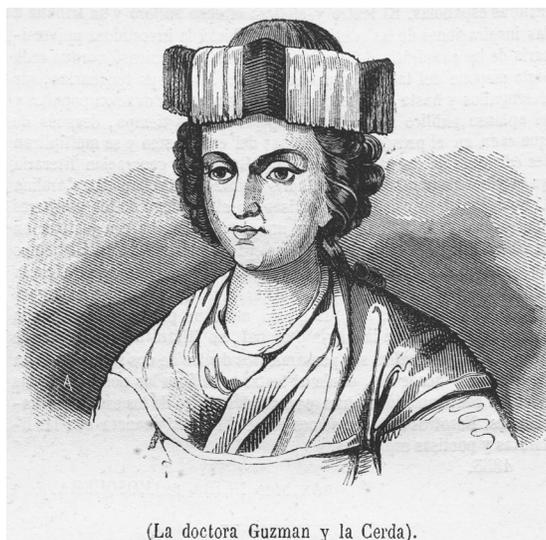
Achaque común de las gentes es cerrar a las damas las puertas de las aulas y academias, como si naciesen condenadas a ser testigos indiferentes de nuestros primeros hábitos o compañeras impasibles de nuestros postrimeros desengaños. Corre de boca en boca, con irónico reproche, el principio de que se aviene mal la aguja con la pluma y el libro con el costurero, como si una reina magnánima, española, no hubiese corregido con la rueca en la cintura los desafueros de la nobleza y no suspendiese la oración religiosa para dar comienzo a la traducción latina. Las labores domésticas pueden alternar con las lecciones filosóficas. El trabajo de manos no interrumpe el laboreo del entendimiento. Bien se puede elevar la imaginación hasta las regiones australes de la poesía o sazonar el ingenio con las prescripciones de las bellas letras, sin olvidar las privaciones de la virtud y los deberes de la familia. Respetemos a la naturaleza sin violentar sus obras. Algunas mujeres santas escribieron, y muchas excelentes madres publicaron sus pensamientos. Recordemos que el politeísmo romano ha dado los contornos de la mujer a la expresión de las bellas artes. Las musas pertenecen al sexo de las Gracias. El cristianismo también empieza en las tribulaciones de una madre predestinada.

La inteligencia no escoge sexo. La república literaria no se fija en el autor, sino en la obra. [...] La historia literaria de España viene en nuestro auxilio y nos ofrece el abundante catálogo de las escritoras y poetisas que alcanzaron justo y merecido renombre, desde las *almeths* de Granada hasta las catedráticas de Salamanca y Alcalá de Henares.

[...] Nosotros vamos a presentar a nuestros lectores los detalles biográficos de una ilustre joven, cuyo retrato estampamos al frente de este artículo, que ha sido nombrada a últimos del siglo pasado catedrática honoraria de la Universidad de Alcalá y socia de la Real Academia española.

Doña María Isidra Quintina de Guzmán y la Cerda, hija de don Diego Guzmán Ladrón de Guevara, conde de Oñate, y doña María Isidra de la Cerda, condesa de Paredes, nació el 31 de octubre de 1768. Desde sus primeros años descubrió un claro y privilegiado talento cultivado con inteligente pulso por su maestro don Antonio de Almarza. Su aplicación corrió parejas con su ingenio. La lenguas vivas y muertas, las bellas artes, la filosofía y la teología son el caudal científico con que se presenta a los diecisiete años a sostener los ejercicios de un grado académico. Sus padres fueron

* Neira de Mosquera, Antonio, «La doctora Guzmán y la Cerda», *Semanario Pintoresco Español*, XVIII, núm. 24 (12 de junio de 1853), pp. 188-189. II.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003145288&search=&lang=es>



(La doctora Guzman y la Cerda).

Fig. 20. *La doctora Guzmán y la Cerda*, p. 188.

respetuosos guardianes del abolengo literario que se conserva en su distinguida familia desde el siglo xv, que ha visto a un antepasado del condado de Paredes desempeñar el magisterio en la Universidad de Salamanca, hasta el siglo xviii, en el cual se ha retirado del mundo. Luisa Manríquez de Lara, monja y escritora piadosa, solicita de Carlos III una autorización para que doña María Isidra Quintina de Guzmán sea laureada, como Arias Montano y otros célebres ingenios, en la Universidad de Alcalá. Por una real orden dada en Aranjuez en 20 de abril de 1785, se ordena que se le confieran por este estudio general los grados de filosofía y letras humanas, «precediendo los ejercicios correspondientes», y por otra real orden de 7 de mayo se autoriza al claustro de la universidad para que varíe el ceremonial todo lo que exija el decoro de la ilustre descendiente de la condesa de Paredes.

Una numerosa muchedumbre de vecinos y estudiantes sale a recibirla en las afueras de Alcalá. El palacio arzobispal es el suntuoso hospedaje de su persona. En la noche del 3 de junio, día de su llegada, el claustro de la universidad la visita en corporación, y el señor López del Salazar, consiliario del establecimiento, pronuncia el mensaje oficial «donde se hace mención del agradecimiento que tienen en su corazón —se refiere a los habitantes de la ciudad— a la piedad de nuestro Soberano y a la alta distinción que ha de merecer en la república literaria una sabia excelentísima, primera maestra complutense, y en toda España». Doña María Isidra Quintina de Guzmán contesta en nombre de sus padres con respetuoso decoro.

En la mañana del 4 vuelve la universidad en corporación y el secretario le da los puntos de Aristóteles para el ejercicio académico, entre los que escoge la conclusión de que *anima hominis est spiritualis* (capítulo III, libro 2, *De Anima*). A las veinticuatro horas, acompañada de sus padres y del cancelario, rector y bedeles, se dirige en

coche a la iglesia de la universidad, donde los doctores y maestros la esperan entre seiscientas personas citadas por la solemne novedad de la recepción. Los acentos melodiosos de la música son interrumpidos por la discusión académica. La ilustre dama prueba en castellano la conclusión de Aristóteles y responde a los tres argumentos de los catedráticos de prima Martínez Alonso, fray Tomás de San Vicente y fray Rodríguez del Cerro. El examen de preguntas recorre los estudios graves y profundos de la filosofía: la lingüística, la retórica, la metafísica, la historia de animales y plantas, la ética, la teología, la mitología, la geografía, la astronomía y la física general y particular ocupan durante hora y media el razonamiento científico del ejercicio. Los examinadores fray Gaspar, fray López, doctor Pastor, fray Velasco, doctor Valverde, doctor Peñuelas de Zamora y doctor Cañavate reconocen la sólida instrucción y claro ingenio de la joven erudita. El claustro y la concurrencia la aclaman como doctora entre los vítores de la multitud y los ecos de la música.

A las diez de la mañana del 6 tiene lugar la solemne investidura del doctorado. La universidad se presenta con la mayor pompa y magnificencia. Un concurso numeroso entorpece el paso de la brillante comitiva que acompaña a la distinguida heredera de los condes de Oñate. El doctor López del Salazar pronuncia el discurso paraníptico, en el cual celebra las ascendencias y mérito personal de la ilustre doctora. Los vivas y los plácemes señalan el momento de cubrir sus sienes el bonete académico. El cancelario del estudio le propone una tesis deducida del Concilio IV cartaginense sobre si la mujer, aunque virtuosa y docta, podía enseñar en las universidades las ciencias profanas y sagradas, y subiendo a la cátedra sostiene la afirmativa y hace público su reconocimiento a la Universidad Complutense. El rector, en nombre del estudio general, la nombra catedrática honoraria de filosofía moderna y consiliaria perpetua de su claustro, así como los maestros le adjudican el título de examinadora de cursantes filósofos, ejerciendo inmediatamente este cargo universitario en el examen de algunos discípulos de las antiguas sùmulas.

Las felicitaciones se cruzan; los elogios se multiplican. El repique de campanas es acompañado de la música de las serenatas. Los estudiantes siguen alborozados a la distinguida doctora. La universidad coloca entre tarjetones y vítores el retrato de doña María Isidra Quintina de Guzmán, dibujado por Inza, y acuña una moneda de plata para celebrar su doctorado. Durante la noche, se ilumina la fachada del estudio general y los condes de Oñate ofrecen un suntuoso refresco, al cual asisten la universidad, el ayuntamiento y el colegio. A la despedida de la esclarecida doctora precede otro abundante refresco dado por su familia a los estudiantes que han festejado su grado con serenatas y aplausos. La celebrada recepción de doña María Isidra Quintina de la Cerda se consigna en el archivo de la universidad como un título de gloria para el establecimiento, y el conde de Campomanes, en la contestación que envía al cancelario del estudio, después de una minuciosa relación de todo lo ocurrido, asegura que la solemnidad del acto ha merecido el agrado y aprobación de Su Majestad.

No es esta la primera ovación consagrada a la ilustre dama. También la Real Academia Española la ha nombrado su socia por unanimidad el 2 de noviembre de 1784. Llama a su seno a una laboriosa y profunda literata que ha dedicado sus vigiliass a estudio de las lenguas vivas y muertas. Alberga una popular reputación para enrique-

cer el catálogo de sus celebridades. Asocia su gloria al renombre de una esperanza legítima. Para algo más que para autorizar y corregir han nacido las academias: sirven para alentar por medio del aplauso, para enaltecer por medio de la fama colectiva y para fomentar por medio del estímulo honroso. «¿No ha sido necesario —pregunta la docta joven con ingenua sorpresa—,¹ «apurar toda la liberalidad de la Real Academia Española para elevar a un honor, que es el más distinguido empleo y encumbrado premio de los más esclarecidos literatos, a una joven de diecisiete años que no ha conocido sino por los nombres los gimnasios, las academias, los seminarios, ni ha tocado los umbrales del famoso templo de Minerva ni aun oído otra voz que la de un solo maestro?».

En nuestros días, la prensa es la cátedra y la academia de las escritoras españolas. El teatro y el liceo ofrecen su foro y su tribuna a las inspiraciones de las poetisas. No recibirán la investidura universitaria de los catedráticos o el diploma de los académicos, porque cada siglo dispone del talento como exigen sus ideas, sus tendencias, sus desengaños y hasta sus preocupaciones; empero, la ovación popular y el aplauso público no se hacen esperar mucho tiempo, después de que caen en el proscenio las coronas del entusiasmo y se multiplican las ediciones de las obras del ingenio. La actual generación literaria ya escribió los nombres de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Carolina Coronado y otras celebradas poetisas en el catálogo de los escritores contemporáneos. El nombre que una vez se escribe con justicia en el libro de las reputaciones literarias ya no se borra jamás. El tiempo no destruye el libro: el hombre erudito siempre se encamina hacia la biblioteca pública. Si es una gloria nacional, la nación se encargará de repetir su nombre, aunque no sea más que por orgullo; si es una laboriosa aspiración a la gloria personal, no faltará un rebuscador de antiguallas que analice sus pensamientos dentro de dos siglos. A falta de cátedra y academia, desde el teatro y liceo los nombres de las poetisas contemporáneas han pasado al registro de los escritores nacionales. Nosotros también somos justos a nuestra manera con las literatas y poetisas españolas.

1. En su oración de gracias publicada en el *Memorial Literario* de mayo de 1783, el *Diccionario enciclopédico de Bouiollon* (tomo 1 de 1758, parte II, p. 555) alaba la presente recepción de la Real Academia Española.

DOÑA ROSA PELUFFO

Los Redactores*



Fig. 21. *Doña Rosa Peluffo*, p. 263.

Generalmente hablando, el teatro de México ha sido uno de los más favorecidos. En el ramo de ópera hemos poseído las más notables habilidades, y muchos de los actores y actrices que han contado en la capital han ido a Europa a continuar su brillante carrera de triunfos. [...]

Como la tendencia de las sociedades es no solo conservarse, sino mejorar el teatro, que nos parecía modelo de la perfección y obra del talento, fue reemplazado por otro no solamente amplio y decente, sino espléndido y lujoso. Las generaciones de actores que han desaparecido han sido reemplazadas por otros, y los nuevos adelantos del arte han venido naturalmente a plantearse también en los nuevos teatros. Desde que se construyó el de Nuevo México, la mejora se hizo sensible. El Romanticismo, que

* R. R. [Los Redactores], «Doña Rosa Peluffo», *El Álbum Mexicano*, I (1849), pp. 263-264. II. https://books.google.es/books?id=G7QsAAAAYAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gb_s_gu_mary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

había hecho una revolución en Francia y España, llegó por fin a México y el público concurría ansioso. [...]

Esta variación era debida al ingreso de nuevos actores, que contribuyeron a hacer esta transformación en la escena. [...] Entre las actrices, desde luego sobresalió doña Rosa Peluffo, hoy bastante conocida y apreciada de todo el público. Debemos al favor de un amigo algunos apuntes biográficos y los consignamos con mucho gusto en las columnas de nuestro periódico.

Doña Rosa Peluffo nació en Cartagena de Levante y dotada de una verdadera vocación para el arte. A los once años empezó su carrera, haciendo sus primeros ensayos en Mallorca, Tarragona y otros lugares. Las felices disposiciones que poseía y los rápidos adelantos que logró le proporcionaron pasar al teatro de la capital de Cataluña.

Se hallaban allí don Andrés Prieto y doña Manuela Molina, ambas personas dotadas de talento privilegiado y que fueron la gloria y el orgullo de la escena española. Con la enseñanza y ejemplo de tan buenos maestros y las felices disposiciones que hemos dicho poseía la señora Peluffo, en muy poco tiempo consiguió el ser una actriz de tal mérito que fue contratada para segunda dama de los teatros de la corte, donde permaneció dos años con mucha aceptación del público. Deseosa siempre de adelantar, recibió en ese tiempo las lecciones del célebre actor don Joaquín Cabrera, que fue su segundo maestro, y al tercer año pasó al teatro de Sevilla a desempeñar el papel de primera dama. Un año después, volvió a los teatros de Madrid, donde, a fuerza de estudio, de observación y de trabajo, acabó de formar su carrera y ocupó el puesto de primera dama en el Teatro del Príncipe. En esta época (año 1820), se había ya casado con don Francisco Javier Armenta y, a causa de lo mal que le probaba a su esposo el temperamento, tuvo que abandonar los teatros de Madrid y pasó al de Cádiz.

Habiendo, como queda referido, obtenido la más completa aceptación en los teatros más notables de España, concibió la idea de continuar su carrera en América, lo que por fin ejecutó el año de 1830, embarcándose para La Habana y Puerto Rico, en cuyos teatros desempeñó diversas temporadas el papel de primera dama. No satisfecha con lo que sabía, y siempre amante y entusiasta por el arte como en los primeros años de su vida, emprendió un viaje a Francia, donde permaneció un año, frecuentando los teatros y estudiando a las más célebres actrices. De París pasó a Cataluña y a Barcelona y, por último, volvió a La Habana, donde permaneció hasta el año de 1842, época en que vino a la república. Después de tantos viajes, la mayor parte de ellos emprendidos con el fin de adelantar, de estudiar y de conseguir la perfección en el difícil arte del teatro, ha fijado su residencia en México, comprometida por la gratitud al aprecio que han merecido sus distinguidos talentos.

Con un cuidadoso esmero, conserva tres medallas: la primera la recibió en La Habana, por el desempeño de un papel en el drama titulado *Claudio Stoe*; la segunda le fue dada en la misma por el desempeño del drama *El destructor*; y la tercera se la regalaron los distinguidos e ilustrados jóvenes de Veracruz por el desempeño también de un papel en el drama de don Rodrigo Calderón. Los dos primeros dramas mencionados han sido traducidos por la misma actriz, que en los ratos que le dejan desocupados los quehaceres de su profesión se dedica al cultivo de la literatura.

Como se ha publicado en los periódicos el juicio crítico de los dramas que se han representado en esta capital, y la mayor parte del público que concurre al teatro ha podido juzgar del mérito de la señora Peluffo, nos abstenemos de hacer ahora un análisis de los papeles en que sobresale más su talento, llamando solo la atención sobre el que desempeña en *El destructor*, *Don Juan Tenorio* y en *La Emilia*, que recordamos de pronto y que, por la diversidad de asuntos, de pasiones y de sentimientos de cada uno, puede calcularse la generalidad de estudios que posee. [...] Si como actriz es generalmente estimada, en su trato particular no lo es menos; posee finos modales, amabilidad, y en su conversación se nota desde luego que no ha cesado de estudiar constantemente el teatro.

Algunos, injustamente, la han acusado de alejar a toda persona que pueda oscurecerla; creemos que este es un error y que, por el contrario, procura que las jóvenes que comienzan en esta difícil carrera obtengan un buen lugar en la escena. Los rápidos progresos de la señorita López y los primeros ensayos de la señorita Moctezuma son sin duda alguna debidos a las instrucciones, consejos y enseñanza de la señora Peluffo. Nosotros, deseosos de honrar la carrera artística, tan difícil, y para la cual tan pocos elementos hay todavía en nuestro país, consagramos estos renglones como justo tributo del aprecio y estimación que nos merece una actriz tan distinguida.

ALFONSO DE LAMARTINE

X*** *



Fig. 22. *Alfonso de Lamartine*, p. 274.**

Después de la rápida y célebre revolución del mes de julio de 1830, que en el vecino reino de Francia derrumbó el poder de una dinastía para ensalzar al solio otra que para el pueblo ofrecía más garantías en los derechos generales que restableció; cuando aún no habían transcurrido dos años de este suceso que arrancó de las sienes de Carlos X una rica corona con que premió a su actual soberano Luis Felipe I, al cabo de este tiempo, levantó áncoras en una placidísima tarde del otoño un navío que con majestad y a toda vela se apartaba del puerto de Marsella, dirigiendo a Oriente su rumbo. En

* X***, «Estudios biográficos. Alfonso de Lamartine», *Museo de las Familias*, II (25 de noviembre de 1844), pp. 274-276. II.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002544505&search=&lang=es>

** El grabado, firmado por [Calixto] Ortega y [Eusebio] Zarza, se inspira en el retrato del poeta obra de Carel Christiaan Antony Last.

aquel navío partía un varón bajo, mas de un concepto notable, un despojo, aunque voluntario, de los muchos esclarecidos que la revolución lanzaba a su antojo aquí y allá, más cerca o más lejos, a un francés que desde cubierta dirigía tiernos adioses a su patria, a un hombre de carácter decidido y profundas convicciones, a un diplomático que lo mismo vertiendo su sangre que en hábiles negociaciones había sostenido con lustre el honor de su pabellón, a un poeta, en fin, que había soñado con la gloria y que veía cercano el momento de tocarla, de elevarse a la altura que sus merecimientos y su genio le conquistaban; conducía a Lamartine, a un ser que, como todos los elegidos de Dios, no tienen patria, son cosmopolitas, pues si su nacimiento pertenece a un pueblo, las obras, producciones o resultados de las empresas de estos elegidos son propiedad del mundo. [...]

Lamartine, este personaje de quien hoy nos ocupamos, aunque ligeramente, cuenta cincuenta y dos años de vida, pues nació cuando comenzaba a rugir con violencia la sangrienta Revolución francesa; al fin, por fortuna su corta edad en aquella época no permitió que su corazón encalleciese con las escenas de desolación y luto que cubrían su patria. [...]

Lamartine en su juventud fue soldado; su padre también lo era, y el brillo de las armas y los sueños de poeta se repartían por el año 1820 toda la atención de su espíritu. Poco tiempo después publicó su primer volumen de poesías; su nombre, poco conocido hasta entonces, no excitaba la curiosidad pública a pesar de la belleza de sus primeros ensayos; pero cuando poco a poco fueron estos conocidos, se granjeó el autor del libro las simpatías de las almas sensibles y afligidas y el afectuoso y sincero entusiasmo de los corazones apasionados y religiosos.

Desgraciadamente, el poeta dio tregua a su fantasía por esta misma época, para ocuparse de los asuntos diplomáticos; fue primero nombrado para la secretaría de la embajada de Nápoles, y a poco encargado de negocios en Toscana. En el gran duque de este título halló un verdadero amigo, y por este tiempo también fue cuando, en un duelo con el general Pepe, recibió una profunda herida que puso en eminente peligro sus días; él mismo desde su lecho impetró del gran duque indulgencia para su rival. El hombre poeta abriga por naturaleza en su pecho instintos generosos; además, la sangre que vertía su herida borraba la mancha que los labios de su rival habían arrojado en el pabellón de su nación.

Pálidos parecerán estos detalles biográficos, pero cómo no buscarlos en un poeta aparte de sus producciones, cuando en ellas es donde vierte la savia de su vida, donde acumula los encantos de su existencia, sus impresiones, sus delicias y sus penas. [...]

Llegó a Beirut Lamartine, al pie del monte Líbano, después de contemplar desde su embarcación la Sicilia y el golfo de Palma, Cartago y otros mil pueblos miserables unos, arruinados muchos y todos célebres en la Antigüedad. Otros le habían precedido en este viaje, enseñándole el camino, Chateaubriand y lord Byron, que halló en la tierra ateniense el término de su existencia.

Seductor era el aspecto de la villa de Beirut cuando saltó en tierra el poeta con su mujer y su hija. [...]

Monsieur Alfonso Lamartine comenzaba a realizar desde este momento el más ardiente deseo de su juventud: ya estaba en Oriente; pero como no hay dicha completa, le

acibaraba aquel placer la enfermedad que había contraído durante la navegación, y de resultas de la que sucumbió más tarde su hija única, que formaba toda su delicia.

Pero si bien le era dolorosísimo este contratiempo, si su corazón de padre se lastimaba de tamaña desdicha, su alma de poeta se recreaba en toda su expansión, porque estaba ya contemplando las ruinas del país clásico de la civilización, estaba en el Oriente, en este mismo país adonde dos años antes rehusó venir en una misión diplomática que le confirió Carlos X, y que le confirmó el Gobierno de julio porque estalló la revolución entre tanto, y porque ambas causas políticas tenían derecho a reclamar los servicios de este hombre ilustre. Pero Lamartine es consecuente a sus convicciones y creencias; agradecido al monarca que le había distinguido, Lamartine rechazó la apostasía, no quiso pasarse de las filas derrotadas a las banderas del vencedor.

Desde Beirut, donde llegó, debía el poeta lanzarse al desierto; el camino era penoso y arriesgado, y como padre y como esposo le imponía su deber el de no exponer a las aventuras de un viaje incierto la seguridad de tan caros objetos. [...]

Lamartine se alejó de Beirut; interesantes y amenos son los detalles de su relación, el fondo de ella, encantadora, y cómo expresar, cómo reproducir nada de lo que contiene su bellísima obra del viaje a Oriente. En ella, su autor descubre más sus inclinaciones del poeta que sus observaciones de viajero. Cada página alterna con la otra, expresando en esta los sueños del hombre, los transportes y arrebatados vuelos de una imaginación fantástica; en aquella, las oraciones del peregrino; aquí se considera al historiador que relata con voz elocuente; más allá, al poeta que canta. Llevaba de séquito dieciocho caballos, que todos perecieron antes de llegar al término de su expedición. Sus armas eran relucientes como las de un príncipe, y con este aparato visitó las campañas de Tiro, ciudad que derrocaron los anatemas de Ezequiel. Así recorrió la tierra de Canaán y la Judea; surgió por las colinas de Zabulón y de Nazaret; dio vuelta al monte Carmelo y contempló con sus ojos el sombrío valle que sirvió de cuna al Redentor; por fin se detiene el poeta a la orilla del río de los profetas y del Evangelio. Como aquellos, quiso purificarse en las dulces y agradables aguas del Jordán; y últimamente, llega el viajero a Jerusalén.

[...] Una circunstancia hay muy notable en este viaje a Jerusalén y en la estancia que en aquella ciudad hizo el poeta francés; una circunstancia que revela su valor y lo poco en que tiene su vida terrestre. Pocos días antes de llegar a la ciudad, se había desarrollado con increíble rapidez la desoladora epidemia del cólera. [...] En medio de este cuadro terrífico, penetra impasible un europeo, un poeta, un gran poeta, un padre de familia que ha dejado allí bajo a su esposa y a su hija; he aquí un hombre singular que cruza sin temor al través de los riesgos de una epidemia hasta besar la tumba del Salvador. Y las páginas en que refiere esto en el libro del viaje a Oriente son tanto más solemnes cuanto que están escritas con más sencillez y naturalidad.

Hasta aquí solo hemos considerado a monsieur Lamartine como poeta principalmente, y más superficialmente como diplomático y padre de familia. Ahora ya le podemos considerar legislador. Estando en Jerusalén fue elegido para representante de un departamento en la Cámara de Diputados. Sus nuevos deberes le llamaban a su patria. Regresó, en efecto, y sus apasionados y amigos temblaban al considerar si el poeta naufragaría ante la discusión de intereses tan materiales y positivos como los

que allí se ventilan; pero su temor se disipó bien pronto. Subió el poeta a la tribuna y, hermanando esta calidad con la de diputado, sus discursos, al principio cortos y tímidos, fueron después más robustos y floridos. Hoy ya son modelos de elocuencia y de poesía que ha conseguido aplicar aun a las cosas más materiales.

Monsieur Lamartine ocupa hoy como orador un puesto distinguido al lado de Guizot, Thiers, Odilon-Barrot y Berryer, y si como diputado se ha conquistado este lugar, como poeta ocupa el primero, como diplomático, otro muy aventajado, y como padre de familia, como hombre quizás el más glorioso de todos, el de hombre leal y honrado.

Tales son, pues, aunque desaliñadamente, respecto de monsieur Lamartine sus detalles biográficos.

SOBRE LA VIDA Y OBRAS DE ALEJANDRO DUMAS

Manuel Payno*

Muy pocas personas no conocen a Dumas, ya porque hayan visto en el teatro algunas de sus piezas o bien porque lo hayan oído nombrar como uno de los padres del Romanticismo. No obstante esto, muchos no tienen una idea exacta de este autor, y solo un pequeño número de personas ha leído sus obras; pues mientras han llegado ejemplares de las de Víctor Hugo, Balzac y otros escritores, apenas existe en México una que otra colección incompleta de las del autor de que hablamos. Los lectores del *Museo* no quedarán disgustados de que una que otra vez nos ocupemos, aunque rápidamente, de esos hombres singulares que, como unos semidioses en la Tierra, sacuden su pluma y brotan de ella multitud de magníficas creaciones.

Alejandro Dumas nació el 24 de junio de 1803 en Villers-Cotterêts, pequeña ciudad del departamento de Aisne, que solo dista veinte leguas de París. Su padre, originario de Santo Domingo, fue el valiente general Dumas de la república francesa, amigo íntimo de Joaquín Murat, del general Brune, y de todos esos soldados que Napoleón convirtió después en duques y reyes. [...] Alejandro, en una anécdota histórica titulada *Blanca de Beaulieu*, hace una tierna memoria de su padre. Muy pequeño era todavía Alejandro cuando murió el general Dumas, y la viuda quedó reducida a vivir miserablemente, pues la viudedad concedida a los que morían al servicio de la patria era demasiado corta. Así pasaron algunos años, hasta que ya Dumas, de una edad madura, tomó definitivamente su partido y resolvió marcharse a París a buscar una colocación para mantener a su madre. [...]

Dumas continuó en su oficina por la mañana y estudiando por la noche; mas para llegar a la ejecución de su obra, le pidió permiso a monsieur Oudard, jefe de su oficina, para no concurrir por las tardes. A pesar del cariño que este individuo profesaba a Dumas, no se atrevió a concedérsela por no introducir el mal ejemplo entre sus compañeros; pero sí lo trasladó a la Dirección de Bosques, donde no se asistía más que por la mañana. Las dificultades de Dumas no disminuyeron. [...]

La vocación del autor estaba decidida, y a pesar de los empleados platicones, de las hostilidades del portero y de la falta de consideración del director, hizo un ensayo de una tragedia y una traducción de Goethe que condenó al fuego hasta que produjo *Cristina*, drama que leyó al barón de Taylor, comisario real del teatro francés. La

* Payno, Manuel, «Sobre la vida y obras de Alejandro Dumas», *El Museo Mexicano*, IV (1844), pp. 293-301. <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a376?intPagina=939&tipo=publicacion&anio=1844&mes=01&dia=01>

El artículo parte de la biografía referenciada en: Dumas, Alejandro, «De qué modo llegué yo a ser autor dramático», en *Teatro de Alejandro Dumas. Primera Serie*, trad. de don Jaime Tió. Barcelona: Imprenta de don Juan Oliveres, 1844.

pieza agradó a Taylor y la recomendó; pero intrigas de bastidores, que nunca faltan, hicieron que se dilatara la representación mucho tiempo. [...] Dumas vio un día un tomo de la historia de Anquetil, y de allí le vino la idea de hacer el drama *Enrique III*, que se representó y obtuvo un éxito brillante, habiendo asistido al teatro el duque de Orleans y todo lo más distinguido de la nobleza de Francia. Desde entonces ya no hubo duda alguna: Dumas era un gran poeta y un hombre que no necesitaba del miserable sueldo en la Dirección de Bosques.

No era una concepción única la que Dumas tenía en su cabeza; era un teatro entero, pues a muy poco tiempo dio sucesivamente *Carlos VII*, *Cristina*, *Antony*, *Ricardo de Arlington*, *Teresa*, *Ángela* y otras. Todas tuvieron un éxito brillante en los teatros en que se representaron, a lo cual contribuyó mucho la célebre madama Dorval y Bocache, que comprendían y desempeñaban admirablemente sus papeles.

Después, el infatigable escritor no ha cesado de dar al teatro sus producciones. *Catalina Howard*, *Paul Jones* o *Pablo el marino*, *Gabriela de Belle-Isle*, *Un casamiento en tiempo de Luis XV*, *Halifax*, *Mac Allan*, *Les demoiselles de Saint-Cyr* y otras que se han representado ya en los teatros de México repetidas ocasiones prueban la fecundidad de Dumas.

Ahora, dejando aparte la fecundidad del escritor, si entramos en el examen literario de sus obras, hallaremos que Dumas ha formado un teatro suyo, por decirlo así, cosa que en Francia, donde hay tanto crítico y tanto autor, no es dado sino a los hombres de un talento colosal. En todas las piezas dramáticas de Dumas se observa un profundo conocimiento del corazón humano, un estudio detenido de las pasiones y un tacto fino para presentar a la sociedad de una manera verídica y que sin embargo sorprende. El estudio que hizo Dumas de los autores alemanes e ingleses, y la manera con que creyó que debía aplicarlo a la moderna sociedad, formó en Francia una revolución dramática, y el joven desconocido que despreciaba el portero y el director de Bosques llegó a ser uno de los caudillos que se lanzaban a la arena pretendiendo resucitar a nueva y gloriosa vida la antigua escuela de Calderón y de Shakespeare, que había sido condenada al desprecio por la filosofía del siglo XVIII, exceptuándose a Voltaire, que antes que ninguno conoció el mérito del teatro inglés y a Racine y Corneille, que bebieron en las fuentes inagotables del genio español. [...]

Muchos consideran más dramático a Víctor Hugo. En cuanto a nosotros, si guiados por el respeto que también nos inspira este hombre admirable omitimos sentar una calificación, sí decimos que es el único que puede rivalizar con Dumas. Víctor Hugo ha buscado siempre en el teatro las sorpresas, los lances comprometidos, las situaciones peligrosas que casi contienen la respiración del auditorio. Dumas, sin poner tanto estudio en esta parte, por cierto demasiado interesante, se ha valido del arbitrio de hablar al corazón, de conmovir vivamente el ánimo y de interesar a su auditorio, presentándole esos lances supremos de la vida, revestidos de una poesía y de una gala en el lenguaje que arrebatan la admiración aun de los ancianos más encaprichados en que solo lo escrito por Moratín es bueno y que apenas conceden al *Tartufo* de Molière un mediano mérito.

En *Antony*, *Ángela* y *Teresa*, que fueron unas de las primeras producciones de Dumas, se echa de ver que el autor, que daba sus primeros pasos, quería consignar

unos tipos eternos que jamás hicieran olvidar a quien los había concebido. En México han parecido algunas de estas piezas inmorales, y las dos primeras no se han representado; mas es necesario tener presente que Dumas escribe en medio de una sociedad o más civilizada o más corrompida, y que esos suicidios, esos venenos, esos desafíos que aquí nos asustan y parecen imposibles, se verifican allí diariamente. [...] En medio del lujo y del refinamiento social existe en el corazón de Europa cierta dosis de barbarie y una absoluta falta de creencias religiosas. Era, pues, preciso que el drama fuese parecido a la sociedad, porque es sabido que los escritores reciben las impresiones de lo que ven, de lo que oyen, de lo que les rodea.

En sus dramas posteriores Dumas ha sido muy piadoso consigo mismo y con el público. *El mulato* es una producción de un fin altamente moral, y que tiende nada menos a destruir esa preocupación, esa lucha eterna que han sostenido los blancos con la gente de color. Este mismo objeto se propuso con más extensión en una novela que publicó en 1842, titulada *Georges*.

Pablo el marino ha sido una de las obras más acabadas de Dumas, y que en mi concepto puede servir de modelo de drama romántico, si bien algunos críticos han notado ser un defecto valerse del arbitrio de presentar en espectáculo los sufrimientos físicos. [...]

Dumas emprendió un viaje a Suiza y produjo una obra titulada *Impresiones de viaje*. Es imposible leer otra cosa más interesante y más tierna. Aquellos lagos espaciosos y tranquilos, aquellos valles fértiles y pintorescos y aquellas altísimas montañas coronadas de nieve están descritos con tanta sencillez y dulzura que parece que está uno leyendo las suaves pinturas que Virgilio hace del campo; y después la historia, las tradiciones populares y la poesía de esos amables pueblos de montañeses están contadas con tanta sencillez y naturalidad que más bien se cree que sea una ficción y no una realidad la que se lee. En cuanto a nosotros, algunas veces que en un rincón de México, privados de nuestros amigos y excluidos, por decirlo así, de la sociedad, hemos tenido a mano *Impresiones de viaje*, no hemos podido menos de besar las hojas del libro, de regarlas con nuestras lágrimas y de bendecir al hombre que tan dulces emociones nos ha hecho sentir.

Otra de las obras llenas de sentimentalismo y de bellezas es la novela titulada *Paulina*. Es la historia diaria de esas pasiones malogradas, de ese amor indiscreto que depositan las mujeres en un hombre que las deshona y las traiciona, y cuya llaga profunda solo se cicatriza con el amor respetuoso y santo de otro amante. [...] Es un libro que se lee sin fastidio dos o tres veces, y en punto a novelas somos de los que quedamos enteramente satisfechos con una sola lectura.

De regreso Dumas a Francia pensó dedicarse a estudios más serios. La historia cayó bajo su dominio y la embelleció, porque Dumas, como los mágicos de *Las mil y una noches*, encanta y llena de brillo y de magnificencia cuando toca con la pluma. [...]

En el año 1841 o 1842, según creo, Dumas se dirigió a hacer una excursión a las orillas del Rin, y a su vuelta a París publicó *Las excursiones a las riberas del Rin*. Por este tiempo Víctor Hugo hizo también un viaje y publicó una obra en dos tomos, *El Rin*. Hemos leído las dos obras y le damos la preferencia a la de Dumas. [...] Dumas contó sencillamente las tradiciones populares y los recuerdos históricos, y nos pre-

sentó a Alemania, como a Suiza, con toda su poesía, con todo el romanticismo, con la naturaleza y los acontecimientos han engalanado a esos países.

Posteriormente, Dumas ha abandonado el drama sentimental y se ha apoderado de la comedia maligna y satírica, ha dejado la anatomía de Shakespeare y examina ahora los cadáveres de Molière y de Picard. [...]

Últimamente hizo un viaje al Mediterráneo y produjo *El Speronare*, *El Corricolo* y el *Capitán Arena*. Estas obras no son más que unas nuevas impresiones de viaje bastante agradables y bien escritas, pero en nuestro juicio de menos mérito que las que tratan de Suiza y el Rin.

El estilo que generalmente usa Dumas en todas sus producciones en prosa es generalmente sencillo y puro, y solo de vez en cuando deja caer un pensamiento suave y poético, como esas estrellas que van luciendo en las tardes al ausentarse el sol.

Dumas, según se nos ha dicho por personas que lo han conocido, es de un trato amabilísimo, con un excelente corazón, como se echa de ver en sus escritos; sin orgullo alguno y franco hasta tocar el pródigo, así es que, después de las considerables sumas que ha ganado con sus escritos, está lo que puede llamarse pobre. [...]

En México, algunas personas preocupadas que no han leído nunca las producciones de Dumas lo creen un loco, un hombre sin genio y sin instrucción, un romántico, en fin, como ellas dicen; pero por estos apuntes biográficos se echará de ver que ese es un concepto de todo punto equivocado.

Citaré en apoyo de mis opiniones una bastante respetable. El señor Quintana Roo, educado y nutrido con la literatura clásica, jamás había querido leer nada de las producciones modernas. Una vez *El Correo Francés* publicó un artículo de Dumas con motivo de la desgracia acaecida al heredero del trono de Francia. El señor Quintana lo leyó y le agradó tanto que, según nos dijo, lo había leído tres veces. A pocos días le mandé el *Rin*, y cuando lo volvió a leer me dijo que materialmente estaba enamorado de Dumas. Esto lo citamos para que se vea que nuestros elogios no son exagerados.

Por último, asentamos que, exceptuando algunos dramas, todas las creaciones de Dumas son morales, llenas de sencillez y de virtud, y que ciertamente no es de los románticos que han causado menor daño ni a la sociedad ni a la moral.

A Chateaubriand, a Lamartine, a Dumas, es preciso adorarlos como personas de nuestra familia cuando se leen sus obras. Respecto al último, sin hacer un paralelo de su talento, somos fanáticos por él y sus acérrimos defensores. Hemos leído casi todas sus obras, y los ratos de placer que nos ha proporcionado este hombre fecundo, amable y casi candoroso como un niño cuando escribe, solo las podemos pagar consagrando a su memoria estas líneas.

Octubre de 1844.

ESPRONCEDA

Marcos Arróniz*

I. SU VIDA

Entre los poetas que han descollado en esos últimos tiempos en Europa, debe contarse sin duda alguna al célebre Espronceda, cuya fama cada día se aumenta, y cuya influencia se desarrollará prodigiosamente en lo sucesivo, tanto en la literatura como en la sociedad. Verdad es que en sus poesías no se encuentra la melancolía dulce y expresiva de Bermúdez de Castro, ni el éxtasis profundo de Nicomedes Pastor Díaz, ni la lujosa sencillez de Arolas, no; pero en cambio, cuánta fuerza, amargura y valentía que seducen y fascinan las almas. Muy raro es el poeta español de este siglo que pueda competir con él en estas facultades, y de los extranjeros solo recuerdo en este momento a Byron, quien no se hubiera desdeñado a adoptar como suyas las producciones del bardo español. Puede decirse con justicia que Espronceda es el Byron de España: ved la misma belleza física, el mismo preclaro talento, la misma sensibilidad ardiente, la misma audacia y energía, igual vida desenfadada e idéntico entusiasmo por lo grande que a uno lo impele a combatir por Grecia y al otro a ofrecer su brazo en defensa de la oprimida Polonia. Leyendo las obras de ambos escritores, se nota analogía entre ellas. [...] Nacidos con corta diferencia en una misma época, bebieron la amargura en las mismas fuentes emponzoñadas; en la sociedad hipócrita y malvada que los rodeaba [...] ellos cantaron las vacilaciones de la conciencia, cuando la religión les predica unas máximas y la sociedad las contrarias. [...] Por eso los cantos de ambos poetas son escépticos, crueles y fúnebres.

Muchos creen que escritores de esta clase hacen mucho daño al mundo, pues sirven para derramar el mal. Yo creo lo contrario, porque ellos no lo derraman, puesto que ya lo sufre solapado la sociedad; no hacen más que desenterrarlo y presentarlo a la vista de todos en su entera deformidad, sin la máscara con que se ocultaba, y al mismo tiempo lo escarnecen y se mofan de él, llegando a conseguir tal vez de ese modo un alivio en las dolencias que causa. Menos conseguirán este resultado aquellos que ensalcen las apariencias mentirosas, porque inciensan el mismo mal oculto tras de aquellas, e inducen a los pueblos a persistir en él.

[...] Las poesías de Espronceda nos hacen recordar esos paisajes formados por montañas salvajes y escarpadas, llenas de horribles precipicios adonde se desploman torrentes impetuosos, lleno todo de una belleza terrible.

* Arróniz, Marcos, «Espronceda», *La Ilustración Mexicana*, I, núm. 11 (1851), pp. 210-224. II. <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a2f3?intPagina=222&tipo=publicacion&anio=1851&mes=01&dia=01>

El padre de nuestro poeta era coronel del regimiento de caballería de Borbón. [...] Durante su infancia arrullaban sus sueños los cantos marciales del soldado, el relincho de los corceles y el ruido de las armas; y cuando ya pudo manejar un caballo, entró de cadete en el regimiento de su padre, [...] pero la suerte le deparaba una corona lozana de laurel, más valiosa que la del guerrero, pues no está reñida con sangre.

Concluida la gloriosa lucha de independencia que arrojó de España las formidables huestes del coloso siglo, la familia Espronceda se fue a vivir a Madrid y él entró al colegio de San Mateo, que dirigía el célebre literato don Alberto Lista, quien, viendo la vocación de su joven alumno por las musas, comenzó a instruirlo en las reglas del buen gusto y a corregirle los defectos con la mayor dulzura que se atraía el cariño de Espronceda. Después que se cerró el colegio de San Mateo, Lista siguió dándole lecciones privadas, entusiasmado por su prodigioso talento, que había causado la envidia de sus condiscípulos, quienes en vano se esforzaron por aventajarlo a fuerza de estudio; él, sin tomarse grandes trabajos, descolló entre todos. Poco tiempo después, en compañía de otros jóvenes amantes de las letras, fundó la Academia del Mirto, donde se reunía la juventud entusiasta a leer composiciones literarias para purgarlas de los defectos de que naturalmente adolecen los primeros ensayos de los poetas. Amante también de todo lo grande y noble, ansiaba por la libertad de su patria, que sufría el yugo del ministro Calomarde, y, para conseguir su objeto, formó en compañía de Ventura de la Vega y otros jóvenes una asociación que llamaron Los Numantinos; pero los ecos de sus fogosas arengas y los vivas que daban a la libertad llegaron a oídos de la policía y fueron reducidos a prisión. Salvó a Espronceda de una desgracia su corta edad, pues apenas contaba entonces quince abriles, y los empeños de sus parientes no pudieron conseguir otra cosa sino debilitar su sentencia, y salió desterrado de Madrid para el convento de San Francisco de Guadalajara, donde se supuso el Gobierno que aquellos religiosos trocarían sus nobles aspiraciones por ideas serviles y retrógradas. El silencio misterioso de los claustros, el toque religioso de las campanas y las notas solemnes del órgano volvieron a encender en su corazón el fuego sacro de la poesía que había amortiguado la política, y arrebató con entusiasmo la trompa épica, arrancando de ella acentos llenos de varonil vigor. Empezó entonces a escribir el poema *El Pelayo*, héroe muy digno de ser cantado como redentor de la monarquía española, [...] solo sentimos que no lo concluyese, pero ¡ay!, de ello es culpable la muerte, que arrebató a Espronceda la flor de su juventud cuando su patria le preparaba una corona de laurel, que no sirvió más que para ornar su tumba.

Después de cuatro meses de reclusión, volvió nuestro poeta a la corte, donde pasó como dos años entregado a una vida desordenada en que quería ahogar los dolores que le causaba la sociedad. [...] Viéndose durante ese tiempo continuamente acechado por la suspicaz policía, y deseando gozar de más libertad, se marchó para Gibraltar; en este puerto no permaneció mucho tiempo, porque de allí se dirigió a Lisboa, donde, pasados algunos días después de su llegada, empezaron las convulsiones políticas a causa de las intrigas y manejos de don Miguel y la Regente. Tuvo el Gobierno sospechas de los emigrados, ordenando que fuesen encerrados en el castillo de San Jorge; entre ellos se contaba nuestro joven poeta, a quien la fortuna siempre miró con ceño, sin condolerse de su tierna juventud ni de su brillante talento. En aquel lóbrego

recinto pronto vio aparecer el ideal de sus pensamientos de amor en la figura de una mujer de divinas facciones, de talle esbelto y elegante: era la hija de un coronel que venía a acariciar a su padre, compañero de prisión de Espronceda. Pronto una voraz pasión comenzó a incendiar su corazón y a convertirle aquella fúnebre cárcel en un paraíso de delicias. Ella le correspondió, y así pasaron momentos de felicidad donde no debían esperar más que dolores y tristeza. [...] De súbito fue arrancado de la cárcel y transportado a un buque que pronto le condujo a Gran Bretaña, donde estudió con ahínco la bella y vigorosa literatura inglesa, recreándose con las obras de Shakespeare, Milton, Young y Byron. Compuso muchas de sus poesías allí, entre las nieblas del Támesis, y empezó *El Diablo Mundo*, ese poema que nos pinta el mundo en su triste desnudez. Después de algún tiempo llegó a Londres la adorada de su corazón y dividió sus horas entre la poesía y el amor.

Los acontecimientos novelescos de su pasión, que le causó muchos compromisos, lo obligaron a partir para Francia en 1829, y fijó su residencia en París. En julio del año siguiente estalló la revolución que arrojó del trono a Carlos X y Espronceda, siempre amante de la libertad dondequiera que se proclamase, expuso su existencia en defensa de ella, batiéndose bravamente en el puente de las Artes y en las barricadas contra los realistas. Espronceda tuvo que dejar el territorio español y regresar a París, donde llegó a saber que se formaba una expedición para ir a libertar a la esclavizada Polonia, y al momento se alistó en ella, pero fue frustrada por Luis Felipe.

Luego que Cea subió al poder, se proclamó una amnistía, y favorecido de ella entró Espronceda a España, pudiendo entonces contemplar el cielo donde pasó su infancia y los campos donde pasaron sus juegos infantiles después de una ausencia tan larga. Entró a servir en Madrid en el cuerpo de Guardias de Corps, y volvió a recordar las ocupaciones de su niñez cuando era cadete al lado de su padre y se instruía en los rudimentos de la milicia. Pronto, en su nuevo empleo, se captó el aprecio de sus jefes y compañeros por su exacto cumplimiento en el servicio y por sus felices disposiciones para la carrera de las armas.

Pero no asustaron a las musas sus arreos marciales, y compuso unos versos en que criticaba la política del Gobierno, que fueron muy aplaudidos y llegaron a manos del primer ministro, quien mandó desterrar al poeta a la villa de Cuéllar a pesar de las súplicas de sus jefes, que intercedieron por él. Allí se ocupó en sus ocios en escribir la novela titulada *El castellano de Cuéllar*.

De vuelta a Madrid, cuando se proclamó el Estatuto, se hizo periodista, con el fin de defender las ideas liberales por las que había sacrificado su salud, que tanto sufrió en su vida agitada. El periódico en que escribía era *El Siglo*, que gozaba de bastante fama, y que tanto sirvió al partido progresista. [...]

En los baños de Santa Engracia se hallaba Espronceda, y se fue desde allí a reunir a la octava compañía de cazadores de que era teniente, para defender con su espada como otras tantas veces las libertades patrias. En esta ocasión fue feliz, y un completo triunfo coronó a su partido. [...]

Hasta el año de 1841 había sido Espronceda cadete, estudiante, revolucionario, poeta, expedicionario, guardia de corps, periodista y oficial de guardia nacional. Solo le faltaba ser diputado y diplomático: ambas cosas realizó poco después. Fue nombrado secretario

de la legación española en La Haya, donde desempeñó por corto tiempo su comisión, porque sus males se empeoraron con el frío de la Holanda, y porque fue nombrado representante al Congreso por Almería, y ambas cosas lo decidieron a volver a Madrid. Sus ensueños más ardientes se vieron así realizados, pues el defender los derechos del pueblo en un cuerpo legislativo siempre había sido objeto de sus deseos más intensos.

La muerte, que ya lo seguía de cerca, lo arrebató al mundo el 23 de mayo de 1842, después de sufrir por espacio de cuatro días una inflamación de garganta. Todo Madrid se llenó de luto, y España perdió a uno de sus hijos predilectos.

Sus facciones tenían una hermosura varonil, en su frente estaba retratada la tristeza de su corazón, y su estatura era elevada y gallarda. Uno de sus biógrafos, hablando de él dice: «Poeta de esplendorosa fantasía, de numen potente, de entonación robusta, osado en las formas, elegante en las locuciones, daba lujo, facilidad y elocuencia a su nervioso estilo [...]». Más adelante, también se expresa así: «Espronceda blasona de su amor a los peligros en la “Canción del pirata”. Su espíritu belicoso se halla patente en “El canto del cosaco”. Lo acrisolado de su patriotismo, en la “Despedida del joven griego de la hija del apóstata”. Sus delirios de socialista, en “El mendigo” y en “El verdugo”. En el “Himno al sol”, su elevación de ideas. Cuando canta “A un lucero”, llora la pérdida de ilusiones. Cuando “en una orgía” se dirige “a Jarifa”, el hastío lo devora. Cuando compone *El estudiante de Salamanca*, dibuja en don Félix de Montemar su propio carácter. Con leer ese precioso tomo de poesías publicado en 1840, estudia uno al poeta y se familiariza con el hombre: sus versos vienen a ser un exacto compendio de su historia».

A las cuatro y media de la tarde del día siguiente al que murió Espronceda, tuvo lugar el entierro de su cadáver, que antes fue depositado en el templo de San Sebastián. Por delante iban los pobres de San Bernardino, los senadores y diputados por Almería marchaban al lado del féretro, que iba colocado en un hermoso carro fúnebre tirado por cuatro briosos caballos enlutados; y el señor patriarca de las Indias, el señor presidente del Congreso, los señores condes de las Navas y Moreno, juntamente con los parientes del difunto artista, jóvenes de la grandeza, oficiales del ejército y de la milicia, comisiones del Ateneo y del Liceo, senadores, generales, diplomáticos y, en fin, el pueblo formaban el cortejo fúnebre, cerrando la marcha una multitud de coches. Todos se apresuraban a rendir los últimos homenajes a los restos del claro ingenio que había desaparecido, todos derramaban tristes lágrimas por el poeta que había muerto en la pompa de su juventud. En todas las clases de la sociedad había hallado simpatías durante su vida y en su muerte fue sentido generalmente. La literatura francesa también estaba representada en el duelo por monsieur Viardot, esposo de la señora Paulina García, que quiso también pagar un tributo de respeto y admiración al joven cuya fama era europea. [...]

Fue conducido al sepulcro donde yacen las reliquias de Calderón, y allí, delante de algunos amigos íntimos del difunto, fue abierto el ataúd, y el señor Maraci tomó una de las coronas de laurel que estaban colocadas sobre la urna que guarda las reliquias del primer poeta dramático español, [...] y colocó la corona sobre las sienas heladas de Espronceda. [...]

Luego fue llevado el féretro al nicho donde debía dormir el sueño eterno. [...]

ALARCÓN

Luis de Eguilaz*

Si el descubrimiento de América no hubiese traído al mundo más ventajas que la de que un hijo inmortal de aquel virgen suelo, el sublime autor de *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa*, viniese desde el fondo de sus selvas seculares a imprimir al teatro el sello de su genio filosófico, todavía tendría la Europa más que suficiente motivo para estar obligada a nuestra España por haber lanzado a la mar sus carabelas en busca de la región incógnita; todavía debería elevar estatuas al marino genovés por haber soñado en Catay; todavía el precio de las joyas de Isabel la Católica habría producido cuantiosísimo rédito para la humanidad.

La alborada del teatro español, el más grande y magnífico de cuantos nación alguna tiene, comenzaba a lucir en el horizonte literario. A las fuerzas del ingenioso Lope de Rueda y demás *maestros de hacer comedia*, a las fábulas informes de Torres Naharro, mal apreciadas y peor conocidas, sucedían las galanas y poéticas creaciones del Fénix de los ingenios, las tiernas a la par que picarescas comedias de Tirso de Molina, los robustos dramas de don Guillén de Castro, el autor de *Las mocedades del Cid*, que traducido al francés dio a la Francia su *Corneille* y a la escena europea, la tragedia moderna, y las obras de otros cien poetas que aún más que entonces se miran hoy con respeto y admiración.

Nunca teatro en el mundo fue más rico, más poderoso, más lleno de preciosas galas. [...]

Nunca poetas fueron más aplaudidos y admirados. [...]

Pero, hablando de nuestro hermoso y desgraciado país, nos olvidamos del objeto principal a que van encaminados estos renglones, y eso que pocas veces sale de nuestra memoria la del sublime y desventurado don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, el filósofo dramático que no vacilamos en llamar Príncipe de los poetas españoles, sin que esto signifique que no creamos digno al gran Calderón de empuñar el cetro que una multitud de generaciones prosternadas ante su inmenso genio han colocado en sus manos. [...]

Poco más de un siglo después que las carabelas de Cristóbal Colón partieron para cruzar el Atlántico en busca de un mundo desconocido, una galera española [...] caminaba a toda vela hacía la madre patria, [...] y a bordo de ella venía Alarcón.

Si Alarcón hubiera sido un poeta de la naturaleza, quizás nunca Europa supiera su existencia. [...] Entre España decrepita y México lleno de vida no era dudosa la elección. Alarcón no habría venido a Europa nunca, y sus cantos divinos se hubieran per-

* Eguilaz, Luis de, «Alarcón», *El Correo de Ultramar*, XII, núm. 307 (1858), pp. 322-323.
https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709481

dido entre el vago y majestuoso concierto que aquellos bosques, no pisados aún por planta de hombre civilizado, elevaban cumpliendo su misterioso destino al Dios que los crío.

Pero, afortunadamente para nosotros, ya que no para él, el autor de *Todo es ventura* era el poeta del corazón, el filósofo poético por excelencia; [...] y dejando el suelo en que se meció su cuna y donde acaso estaba la tumba de su madre, vino a Europa y estudió las sociedades, y disecó con el escalpelo de su inteligencia los corazones, y escribió cuanto sus ojos de lince descubrieron, y nos lo dejó para que aprendiéramos los que detrás de él hemos venido.

En cambio, del rico presente que la Nueva España envió a la España vieja hace dos siglos y medio, hoy la madre, ansiosa de satisfacer su deuda, envía a la hija otro presente no menos rico: Zorrilla. [...]

Desde el momento en que Alarcón puso el pie en tierra española, puede decirse que empezó a alborear una literatura nueva: el teatro moderno, síntesis de la literatura de esta época.

El gran poeta, como todos los genios, no siguió el rumbo que el público de entonces le trazaba. Con la idea más alta, adivinando el espíritu de los futuros siglos, con la vista en el porvenir, desdeñando una gloria pasajera de que puede gozar la más diminuta medianía, con tal que aprenda el arte de adular los caprichos de sus contemporáneos, lanzose con planta segura y voluntad de hierro en el camino que de antemano se había trazado.

[...] Comprendiendo que el teatro era algo más que un entretenimiento y que el poeta dramático podía y debía ser un sacerdote de las costumbres, hizo de la escena púlpito a la vez que cátedra; y una vez en ella colocado, tuvo el valor suficiente para echar en cara con voz entera a los mismos que lo habían de escuchar, sus vicios y sus virtudes.

Al teatro solo se iba por diversión; nuestro gran poeta adivinó que podía irse por enseñanza y acaso por arrepentimiento, por un consejo saludable, por una lección en cabeza ajena que apartase a muchos de un mal camino.

Al reinado de la fantasía y del sentimiento quería añadir, y acaso adelantar, el reinado de la razón; quería que los versos no fuesen solo discretas y lozanas descripciones o sentidas quejas, sino lecciones de moral, máximas que, aprendidas sin sentir, viniesen un día a formar reglas de conducta para los espectadores. Quería, en fin, que la comedia se escribiese por algo y para algo, que fuera el ejemplo práctico de una verdad útil, y que todas y cada una de las situaciones condujesen a este resultado; quería, en fin, lo que mucho tiempo después se ha proclamado como condición indispensable para que sea buena una obra dramática, y quería que todo esto se hiciera conservando al teatro todas las galas de que los poetas sus antecesores lo habían adornado.

La revolución teatral que en su mente revolvía era completa: el teatro de la Edad Moderna, sustituyendo al de la Edad Media, transformaba por completo la faz del mundo escénico.

Esta idea desenvuelta por un solo hombre, que tenía que luchar con los poetas más grandes y fecundos que ha tenido España, era una empresa loca y temeraria que solo podía emprender un creyente o un desesperado.

Si el sublime jorobado se hubiera hallado en el último de estos casos, tiempo era de guerra, y nunca en tiempos tales falta una pelota de plomo que acabe dignamente con un caballero, dado caso de que en Madrid no hubiera —que sí había— una espada desnuda detrás de cada esquina, y un santo al lado de la espada que podía servir a la vez para alumbrar con su farolillo el combate y para que a él se encomendasen a la hora de morir el que forzaba el paso atrevido o el que valiente tenía cerrado a todos el de la calle.

¡Era mucha corte aquella del buen rey Felipe, de grata memoria para esto de danzas de dagas y de espadas!

No, Alarcón no estaba desesperado, puesto que murió en la cama. Era un creyente.

HOMBRES ÚTILES. ORFILA

José Muñoz Gaviria*

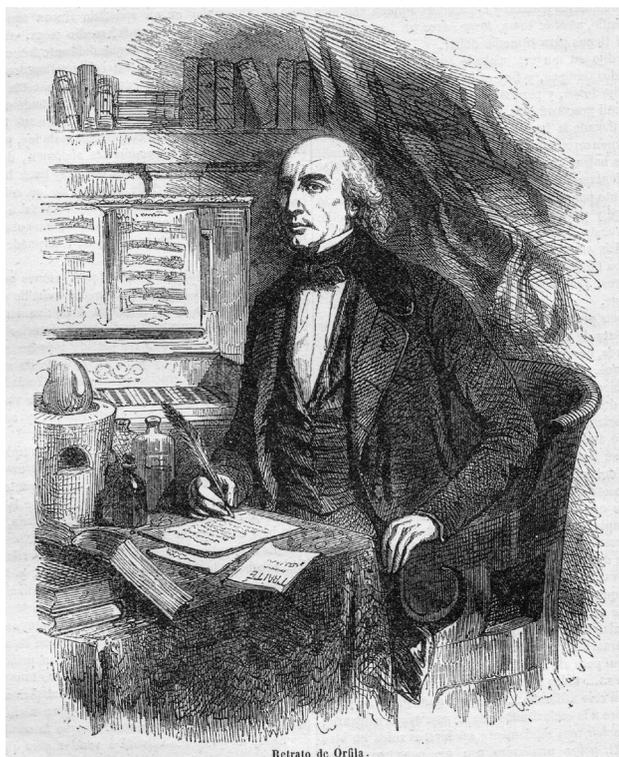


Fig. 23. Retrato de Orfila, p. 88.

En una de las noches de invierno, hace algunos años, se hallaba reunida la más elegante y distinguida sociedad de París en casa del conde de Balk. Habían concurrido allí los *dilettanti* más célebres y las notabilidades de la ópera italiana. Notábase allí un joven de expresiva y noble fisonomía que excitaba y atraía a sí todas las simpatías.

—¿Quién es ese personaje? —preguntó a sus amigos monsieur Champein.

* Muñoz Gaviria, José, «Orfila», *Museo de las Familias*, XIV (1856), pp. 88-92. Ils. <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002559844&search=&lang=es>
Encontramos el mismo artículo publicado en José Muñoz Gaviria, «Don Mateo José Buenaventura Orfila», *Escenas contemporáneas: Revista política, parlamentaria, biográfica, necrológica, científica, literaria y artística*, III (1858), pp. 447-457.

—Es un español protegido por el conde, estudiante en París, y la organización musical más hermosa que he conocido. [...]

Se escuchó una fantasía de Creutzer que obtuvo un éxito de grande entusiasmo... Pero el amigo no oía más que con un oído no apartando los ojos del español, proponiéndose dar con él una buena lección a su amigo.

Prevenido por Champein, el conde de Balk dijo una palabra al oído del joven desconocido y este, sin más ceremonias y sin hacerse de rogar, se puso a cantar uno de los trozos más difíciles y más admirados del *Matrimonio secreto*.

Fue un verdadero golpe teatral. Voz, método, ligereza, fuerza, gracia, elegancia, adornos, expresión, todo era perfecto, maravilloso, increíble en el ejecutante. Nunca la suave melodía de Cimarosa se había visto más dulcemente interpretada... Jamás la música en sí misma había producido nada más delicioso, más simpático, más encantador. [...]

Todos los que han oído a Orfila en sus salas, antecámara de los teatros líricos, saben que no hay exageración en lo que acabamos de contar. El ilustre decano de la Facultad de Medicina era realmente el más admirable cantante de su época. A los sesenta y seis años poseía todavía la frescura de su voz y todas las perfecciones del método, como conservaba en la cátedra, y con la pluma en la mano, todo el penetrante encanto de su elocuencia, todo el vigor de su feliz inteligencia.

La vida de Orfila es una verdadera novela, tantas son las peripecias por que pasa. Orfila es a la vez un sabio de primer orden, un hábil administrador, un orador completo, un hombre de mundo ejemplar y el primer cantor de su época.

Don Mateo José Buenaventura Orfila nació en Mahón, isla de Menorca, el 24 de abril de 1787, de una familia de modestos comerciantes que hubieran podido envanecerse de su nobleza, porque uno de sus abuelos había figurado en el siglo XIV en los consejos del rey y dotado a su ciudad natal de un hospicio y de un convento. El padre del químico a los quince años le lanzó sobre un buque de cabotaje como segundo piloto, pero a su vuelta confió su instrucción a un padre franciscano que le enseñó un poco de griego, de latín y mucha escolástica; y como Gil Blas en Oviedo, hizo de él el primer ergotista y disputador de Menorca. Sostuvo unas conclusiones públicas de tres horas en la iglesia de San Juan. Conociendo Orfila con su gran talento que no sabía nada, y arrastrado violentamente a la ciencia, fue a estudiar a Valencia la medicina, obteniendo en sus cátedras los primeros premios de física y química.

Al mismo tiempo cultivaba las matemáticas. Hemos dicho mal: ¡las enseñaba a dos muchachos que fueron sus discípulos! Aprendía el francés con un gascón y el inglés con un irlandés. Viendo a su maestro de química cien años atrasado compró los libros de Lavoisier y de Fourcroy, renunciando a la enseñanza oficial, convirtiendo su cuarto en un laboratorio, donde trabajaba con tal afán y tesón que aun a las altas horas de la noche se veía brillar todavía la pálida luz de su velón. Dormía muy poco. Después de un examen de dos horas en donde instruyó y asombró a sus jueces, lo denunciaron al inquisidor de Valencia porque suponían que había manifestado que el mundo era más antiguo que lo que decía el Génesis. Llamóle el inquisidor y le preguntó. El discípulo concilió tan elocuentemente su doctrina geológica con la Escritura Santa que el inquisidor le dijo con bondad:

—Han delatado a usted; pero usted me ha convencido: vaya con Dios y sea el honor de la España, y sepa que el Santo Oficio no es tan bárbaro como cuentan.

Desde Valencia Orfila pasó a Barcelona, donde su Junta de Comercio le envió a Francia con cuatro mil cuatrocientos reales. En el camino encontró Orfila un amigo que le pidió prestados cuatro mil reales. Olvidó volvérselos y se encontró desembarcado en París con dos reales o cincuenta céntimos. Un tío suyo de Marsella le envió dos mil reales: la Junta de Comercio le había señalado una pensión de seis mil reales hasta la guerra. El 27 de diciembre de 1811 recibió el doctorado. Suprimidos los socorros de su familia, la pensión le había sido también suprimida por la Junta mucho antes; su padre manda a su hijo que vuelva a Mahón, y este le responde... ¿Cómo? Abriendo en el mismo París, en su casa, un curso libre de química. [...]

Sin embargo, Orfila sentía latir en su pecho un corazón todo español; sentía hervir en su cabeza los grandes proyectos que habían de asegurarle la inmortalidad y hacer progresar tanto las ciencias. Propuso, pues, a la Junta de Comercio de Barcelona ir a fundar en aquella ciudad una cátedra, y al rey Fernando VII también le propuso organizar la ciencia en España. La Junta de Comercio y el rey le dieron las gracias, dejándole así la libertad de consagrar su genio a la Francia.

¡Qué desgracia la de esta nación que, cuando produce un genio, ella misma lo arroja de sí y lo deja para que se aprovechen de sus talentos y de sus luces las naciones extranjeras!

Se conoce la rapidez y el brillo de su carrera en París. Sucesivamente médico de un cuartel de París por Luis XVIII en 1816, profesor de medicina legal en 1819, miembro de la Academia en 1820, trasladado a la cátedra de química en 1823, que no ha abandonado sino pocos días antes de su muerte, el viernes 4 de marzo del año 1853, después de una admirable lección sobre la potasa y sosa en presencia de todo el personal de la facultad, en el inmenso anfiteatro de la Escuela de Medicina. ¡Aquella lección fue el último canto del cisne de Mahón!

Como decano de la Escuela de Medicina, Orfila ha sido vivamente atacado. ¿No había de tener enemigos en un país tan grande como la Francia un español, un extranjero y un hombre tan eminente como Orfila? Hoy que la muerte lo ha arrebatado a las ciencias, se conocen los progresos que se deben a su audacia administrativa: el jardín de la facultad, la clínica agrandada, el museo Dupuytren, el museo anatómico y otras muchas cosas más. [...]

Ha legado también a la ciencia su cuerpo, entregado al escalpelo de sus discípulos por su voluntad suprema.

En la facultad, en el consejo general, en los hospitales, en la universidad, en todas partes, en fin, le citan, y las ideas que iniciaba, según el inflexible rigor de su lógica y elocuencia irresistible, recuerdan el inmenso vacío que con su muerte ha dejado Orfila.

Aún se recuerda y recordará por mucho tiempo en la Europa el papel providencial que este gran químico legal hizo en los procesos de envenenamiento. Aquel papel tenía tanto más efecto sobre el público cuanto que el actor aparecía bajo la doble faz terrible y encantadora del inquisidor y el hombre de mundo, del alquimista y del barítono. [...]

Los primeros conocimientos de la música los debió Orfila a un fraile franciscano que se los enseñó a fuerza de palmetazos, de manera que tomó un grande horror al arte que después fue el encanto y las delicias de su vida. [...]

Orfila cayó enfermo con una aguda pulmonía el 5 de septiembre de 1853. A los siete días se había apagado ya en el sepulcro aquella sublime inteligencia.

En el patio de la Escuela de Medicina admira el viajero una magnífica estatua de bronce que la Francia ha levantado al grande químico español.

Orfila había vuelto a España en 1850. Fue acogido por todas las personas notables de Madrid, por todos los amantes de las ciencias, como una de las glorias de España. El que escribe estos renglones tuvo el honor de que honrara la mesa de su padre en compañía de los distinguidos médicos españoles Corral, Sánchez y Martínez Gil. El Gobierno español, que muchos años antes le había dejado que fuese a llevar sus luces y su gloria a una nación extranjera, no tuvo demostración alguna para este sabio, orgullo de la España. Este país, que tiene grandezas de España y grandes cruces en abundancia para premiar cualquier acontecimiento, no tuvo un título, no tuvo una gran cruz para el hombre cuya fama será imperecedera mientras el saber exista en el mundo. Verdad es que Orfila llevaba en sí la más alta distinción, la que únicamente puede conceder Dios a los mortales: la sabiduría. [...]

Podrían aplicarse a Orfila con respecto a su patria aquellas palabras del Evangelista: vivió en medio de los suyos, y los suyos no lo conocieron. [...]

LOS CONQUISTADORES DE AMÉRICA¹*Modesto Infante**

HERNÁN CORTÉS

Por uno de los hombres más extraordinarios que han existido le tienen los historiadores y merece en verdad tan entusiasta calificación, que fue el brazo derecho de Cristóbal Colón, la corona de aquella magnífica cabeza que encerraba dos mundos. Nació en 1485 en Medellín, pueblo de Extremadura, de hidalga casa, mas no rica, y a la edad conveniente fue enviado por sus padres a Salamanca. [...]

Ahorcó en breve los hábitos para proseguir sus cacerías a orillas del Guadiana. Mal hallado al fin en aquel campo, a sus ambiciones estrecho, preparábase a marchar a las guerras de Italia; pero detenido por una enfermedad providencial en el mismo puerto donde iba a embarcarse, partió después con Diego Velázquez a la isla de Cuba, que fue teatro de sus primeras heroicidades, y desde allí al Imperio mexicano, descubierto recientemente por Grijalva. Aunque Velázquez había ordenado esta expedición, arrepintiose de haberla puesto al mando de Cortés; pero se las había con un hombre activo y astuto que no se dejaba impunemente burlar. Con quinientos ocho soldados y diez pequeñas piezas de artillería, saludó el heroico extremeño las playas mexicanas, habitadas por un pueblo disciplinado, belicoso y cuyo emperador Moctezuma reunía ciertas estimables dotes. Vanos fueron los esfuerzos que este hizo para detener a Hernán Cortés, que avanzaba denodado al corazón de su imperio; y para no dejar duda alguna de sus intenciones a sus enemigos ni a sus propios compañeros, quemó las naves que allí le habían conducido, rasgo digno de Julio César. Atravesando el Imperio de los tlaxcaltecas, sometido a los mexicanos, rompió sus lazos y ganose su amistad vencéndolos en tres grandes batallas. Hermoso día fue para Hernán el 8 de noviembre de 1519, en que llegó a México, ¡no sin haber estado a punto de morir a manos de la traición en Cholula! Aquí su historia brilla como la de los más grandes capitanes, y si la oscurecen manchas de que no está limpia la de ningún conquistador, también le asienta entre aquellos que con más humanidad y con más honradez han procedido. Prende a Moctezuma en medio de su corte para amedrentar

1. El ilustrado autor del *Plutarco de los niños*, obra que goza ya de inmensa popularidad en las escuelas, nos favorece hoy con este artículo, extractado del *Plutarco*, que prueba su grande utilidad y mérito.

* *Modesto Infante* [Vicente Barrantes], «Los conquistadores de América», *El Mundo Pintoresco*, II, núm. 11 (13 de marzo de 1859), pp. 85-86.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003973945&search=&lang=es>

Es un extracto adaptado de la obra de *Modesto Infante* [Vicente Barrantes], *Plutarco de los niños. Libro de lectura para las escuelas de instrucción primaria*. Madrid: Imprenta de D. Julián Peña, 1857, pp. 90-93, 95-98 y 102-105.

al pueblo que estaba a punto de sublevarse; deja con secreto la ciudad y ataca y vence a Pánfilo de Narváez, enviado con una escuadra por Velázquez a quitar al extremeño de las manos aquella rica presa; reprime sangrientamente una insurrección que durante su ausencia había estallado en México, insurrección que ocasionara la muerte al infeliz monarca mexicano; gana a más de cien mil combatientes en el valle de Otumba, una batalla tan famosa como las mayores de la Antigüedad; recobra la ciudad de México tras un sitio penosísimo, para el cual empezó por construir naves que no tenía, y derrota por último a Guatimozín, sucesor de Moctezuma, asentando de esta gloriosa manera la dominación española y la religión cristiana en aquellos remotos climas. Esto sin contar algunos descubrimientos que se le deben, entre ellos California. A su vuelta a España recibió por todo premio un título de marqués y muchos desaires de Carlos V. [...]

El puñado de tierra del poeta fue un lugar oscuro de la provincia de Sevilla: Castilla de la Puebla. Allí murió el 2 de septiembre de 1547, pobre, desterrado y triste, después de haber sido en la corte hasta pretendiente aquel capitán hermano de César, del Cid y del que dormía en los agujeros de las Alpujarras... A su energía, a su valor, a su prudencia y a su arte para ganar amigos reunió Hernán Cortés una hermosa persona, robustísima constitución y admirable dignidad. [...]

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

Uno de los más hermosos pueblos de aquella provincia de Extremadura que llenó de hombres grandes al siglo XVI, Jerez de los Caballeros, vio nacer en 1475 a este célebre guerrero, acaso el único que juntó en América las virtudes del buen ciudadano a las prendas del valiente capitán.

Después de haber sido en Castilla criado de don Pedro Portocarrero, hallábase en 1510 en Salvatierra, población de la isla española, tan pobre y maltratado que para poder salir de la isla con una expedición tuvo que hacerlo encerrado en una pipa o, según otros, envuelto en una vela del barco, pues estaba mandado que no pudieran ausentarse los deudores.

Sobreponiéndose a fuerza de astucia, de talento y de perseverancia a los capitanes del pueblo de Santa María la Antigua del Darién, fundado por Enciso míseramente, llegó a hacer en pocos años una capital populosa y rica, un hormiguero de mercaderes, conquistadores y soldados.

Los dominios del cacique Cemaco, los de Careta, los de Ponca, los de Comagre, los de Dabaibe, los de la tribu de Abebeiba, los del cacique Torecha, los de Cuquera, los de Tumaco, los de Techoan, los de Poncra, los de Chioriso, los de Tubunamá, vecinos unos a Santa María y habitantes otros en la ribera del mar Austral, fueron vencidos por el valor, o subyugados por las artes de Vasco Núñez, que antes de recurrir al primero se valía prudentemente de las segundas, al revés de todos los conquistadores. Fue tan bello este periodo de su vida que hasta rasgos hay en él dignos de Cincinato. [...] El descubrimiento del mar del Sur, la conquista completa de aquella poderosa región que por gracia de Balboa trocó su nombre de Nueva Andalucía en el de Castilla del Oro, las riquezas inmensas que repartió entre sus soldados, ni todas sus altas

prendas bastaron a proporcionarle aquella tranquilidad que los laureles de la gloria piden de suyo para reverdecer tras la fatiga; antes bien, desfigurados sus hechos en la corte por sus enemigos, pintado como un bandolero, como un soldado soez, solo de la horca digno, logró la envidia que Fernando el Católico le desposeyese de la gobernación, dándosela al ruin Pedrarias Dávila.

Bríos y partidarios reunía el caudillo extremeño bastantes para oponerse al desembarco de Pedrarias; mas rehusó su noble hidalguía, que fue como echarse el dogal al cuello por su propia mano. Tras algunos meses de míseras intrigas y sinsabores, semejantes a los que causa al león el atrevido insecto, cuando menos lo esperaba nadie, cuando Balboa, hecho por el rey adelantado de su conquista, se ocupaba en extender sus dominios con sin par bravura, y cuando, en fin, para colmo de horror, Pedrarias acababa de darle por esposa a su hija mayor doña María, le hizo degollar con cuatro de sus más valientes compañeros en 1517.

Según el padre Las Casas, «fue Vasco Núñez mancebo bien alto y dispuesto de cuerpo y buenos miembros y fuerzas, y gentil gesto de hombre muy entendido», al paso que los autores que escribían en España, raíz de todos los odios y de todas las ambiciones, lo pintaron como un salvaje sin Dios y sin ley, hasta que su injusta muerte y el tiempo vinieron a limpiar tan feas manchas con los eternos rayos de su gloria.

FRANCISCO PIZARRO

Cuando cayó torpemente segada la ilustre cabeza de Vasco Núñez de Balboa, solo había en la llamada Tierra Firme un hombre capaz de emprender la conquista del Perú. Llamábase aquel hombre Francisco Pizarro, y era hijo natural de cierto Gonzalo Pizarro, valiente capitán de las guerras de Italia. Había nacido por los años 1479 o 1480 en Trujillo, ciudad de Extremadura, siendo su niñez tan mísera [...]. Nunca supo escribir, y leer, solo a los últimos años de su vida. La ejecución de Balboa hallole consagrado ardientemente a empresas de poca cuenta, y entonces fue cuando se aventuró a emprender en compañía de Almagro el descubrimiento del Perú. Un mísero barquichuelo, ochenta hombres y cuatro caballos componían toda la expedición que, al mando de Pizarro, se hizo a la vela en el golfo de Panamá a mediados de noviembre de 1524. Cuántas fatigas y peligros soportara el valeroso descubridor no es posible a la ligera enumerarlos, ni tampoco las veces que sus soldados y hasta sus amigos propios intentarían abandonarle rendidos a la desesperación; mas su constancia, su energía triunfaron al fin y pudo arribar a Tumbes, y desde allí internarse en la costa del mar Austral. Por este tiempo había sucedido a Pedrarias en la gobernación de Panamá Pedro de los Ríos que, negándose a prestar ayuda a los futuros conquistadores del Perú, obligó a Pizarro a venir a España, donde fue recibido por los alguaciles, que le llevaron a la cárcel a consecuencia de ciertas intrigas de uno de los rivales de su antiguo capitán Balboa; mas zanjada pronto esta dificultad, le recompensó Carlos V ampliamente prestándole el socorro que pedía. Los hermanos Huáscar y Atahualpa se disputaban el trono de los incas cuando tornó Pizarro al Perú, seguido de sus tres hermanos y de una expedición algo más respetable que la anterior. La tierra de Coaque fue la primera saqueada y conquistada; San Miguel la primera ciudad fundada,

conque al olor de estas victorias y de su rico botín llegó a socorros que le permitieron desarrollar sus vastos planes, avanzando al interior denodadamente sin hacer caso de Huáscar, que con aviesas miras le pedía protección contra su hermano. Designado el pueblo de Caxamalca para una entrevista con Atahualpa, que llegó allí el 16 de noviembre de 1532, seguido de 30.000 hombres, mientras Pizarro solo tenía 150, un fraile dominico, de orden del capitán español, se puso a hacer al inca una plática religiosa y moral, que fue con mal gesto oída y en peor tono contestada, acabando en lo que Pizarro quería, que era venir a las manos los inocentes peruanos con los expertos y codiciosos españoles.

La prisión del inca, principal resultado de este encuentro, abre en la historia de Pizarro las páginas más horribles y sangrientas. Como le ofreciera Atahualpa por su rescate llenar de oro la habitación en que se hallaba preso, envió Pizarro al Cuzco mensajeros tan inhábiles que lo robaron y saquearon todo; hizo que se formase proceso al inca, e hipócrita y vilmente le condenó a ser quemado vivo. [...] Vencido en las salinas el infeliz Almagro, sin reparar en sus años ni en su honradez ni en el paternal amor que a Francisco tenía, diéronle garrote en el Cuzco a 9 de julio de 1538 por orden de Hernando Pizarro. Mas la Providencia no podía dejar impunes tan horrosos crímenes, que regaban con sangre española campos que solo de nuestra bravura debieron de ser testigos, y una conspiración tramada por Juan de Rada, tutor del hijo de Almagro, puso desastroso fin a la vida de don Francisco, ya marqués de la conquista, en Lima, a 26 de junio de 1541. El feroz Hernando vino preso a Madrid y luego estuvo encerrado en el castillo de la Mota de Medina hasta 1560. Si bien gigante como capitán aventurero, la figura del conquistador Pizarro no es de las que embellece la hermosa historia de nuestra patria, que a su mala condición reunía una ambición cercana a la avaricia, un insoportable orgullo y un pecho como pocos empedernido. [...]

APUNTES SOBRE LA VIDA Y ESCRITOS DE FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, OBISPO DE CHIAPAS

José Arias Miranda*

I.

[...] La envidia, el miedo y el odio son malos historiadores, y estas tres pasiones se habían apoderado del ánimo de los extranjeros en la época en que los españoles, con sus proezas, estaban excitando la admiración del universo. [...] Pues cuando más solícitos andaban los extranjeros buscando armas mortíferas con que herir a los españoles, armas de mejor temple que las ruines que ellos forjaban, cuyos cortes embotados a fuerza de usarlos ya no causaban lesiones, hete aquí que se presenta en la escena fray Bartolomé de las Casas. [...]

La ocasión, ya se ve, no podía venirles mejor. Un autor español y eclesiástico, después fraile y últimamente obispo, despachado en el lenguaje, de conducta acrisolada, aunque le atribuyan vicios los que vivieron cerca de él, eran cualidades sin precio para que las desperdiciasen los que a toda costa querían denigrar la obra magnífica a que estaban dando gloriosa cima los hijos de Iberia. [...]

Extremáronse más que ninguno en semejante ocupación los franceses, que, como más resentidos, y de cerca amenazados, desplegaban mayor dosis de irascibilidad contra nosotros.

[...] El escarpelo de la crítica llegó a penetrar en el corazón de los escritos del dominicano Las Casas, que no pudieron aguantar la prueba siquiera del primer reconocimiento sin mostrar a las claras que su composición era un tejido de declamaciones *ad libitum*, de rasgos de fantasía fruto de animosidades concentradas y de un celo extraviado, viniendo en consecuencia a decidirse en último término que sus asertos no debían ser admitidos sino con todas las precauciones de costumbre entre escritores de conciencia, cuando hay resolución sincera de encontrar la verdad entre el follaje de las invenciones. [...]

Respecto a su biografía, sabido es que nació en Sevilla, y habiendo cursado en Salamanca, pasó a las Antillas a poco de haberse descubierto; que allí se ordenó sacerdote, que al cabo de años centró en la religión dominicana, que fue después obispo de Chiapas, que se retiró a España y que por fin falleció en el convento de Atocha de Madrid a los noventa y dos años de edad. En un principio, aunque tenía ya las órdenes sagradas, poseyó indios en encomienda y se dedicó asiduamente a tratos y granjerías, cuando de repente, mudando de parecer, dio de mano a las especulaciones para consagrarse enteramente a su ministerio, pero con la particularidad, que debe notarse,

* Arias Miranda, José, «Apuntes sobre la vida y escritos de fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas», *La América*, VI, núm. 4 (24 de abril de 1862), pp. 3-4.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002238430&search=&lang=es>

de que al hacerlo formó decidido empeño en que todos los españoles avecindados en las islas, contándose por miles, habían de seguir su ejemplo en cuanto a abandonar sus establecimientos y, dando por desierto lo que tenían adquirido, marcharse con sus familias a otro país que no fuese el de América. Fundaba tan peregrina pretensión en los principios más genuinos de la escuela ultramontana, que eran los que, por convencimiento o por sistema, mantuvo siempre profundamente arraigados en su corazón. Ceñido estrictamente a ellos con inquebrantable tesón, sostenía que el Papa, como vicario de Cristo en la Tierra, gozaba de la supremacía universal *super fideles et infideles*, y era la única potestad a quien incumbía conceder o negar la facultad a los príncipes en calidad de comisarios suyos para hacer conquistas en las naciones idólatras. Sentada esta premisa, sacaba la consecuencia que, habiendo los españoles invadido los países trasfretanos sin previa autorización de la Silla Apostólica, careciendo por ello de buena fe y justo título, eran *ipso facto* írritas y nulas todas sus adquisiciones, estando por tanto obligados en conciencia a soltarlas de la mano como cosa mal habida y a desocupar incontinenti el país, a no ser que obtuviesen permiso especial de los régulos y caciques para permanecer en él.

Tenemos, pues, aquí la clave de las infinitas reyertas y perdurables altercados que Las Casas mantuvo no solo con la población colonial como generalmente se cree, sino con teólogos y juristas, con eclesiásticos, con autoridades, con corporaciones, con todo el que tropezaba fuese el que fuese, [...] tenía capacidad y bastante lectura para lanzar al público unos tras otros repetidos opúsculos recargados de erudición escolástica como arma de propaganda.

Entre ellos descuella en primer término el que intituló *Brevísima relación de la destrucción de la Indias*, epílogo de monstruosidades, centón de cuantos despropósitos es capaz una imaginación delirante. [...]

Después que la sana crítica puso un saludable correctivo a los cánticos triunfales dedicados a Las Casas, díjose por sus complacientes admiradores, y por otros que sin serlo les seguían cándidamente, que si bien sus publicaciones abundan en pasajes improbables y en sus relatos se advierten contradicciones y exceso de vehemencia, esto era solo cuando hablaba por boca de otros y se refería a lo que le habían contado, pues era crédulo en demasía; pero que en todo lo que podía comprobar por sí mismo, se mostraba exacto y puntual. [...]

Píntase a Las Casas como objeto de persecuciones y malos tratos y como hombre de condición mansa que todo lo sufría por amor de Dios, mas, recorriendo su vida desde el principio al fin, sacamos que tan al revés fue todo que las persecuciones y actos provocativos partieron siempre de él; que predicó lo que quiso, que escribió cuanto le dio la gana y que el Gobierno o la Inquisición oprimieron a sus contrarios y a él le dieron carta blanca para estrellarse con las autoridades y con las personas más respetables. Turbulento y desasosegado, excitó motines y cismas dondequiera que se halló y dirigió insultos atroces a los que trataron de contenerlo, sin haber sido perseguido por nadie una vez siquiera. Con persona nacida se llevó a bien, trató crudamente a sus mayores amigos y a muchos de los que había alabado como buenos. En uno de los viajes que hizo a España, recabó del cardenal Cisneros, a la sazón gobernador del reino, que fuesen a gobernar a Santo Domingo tres monjes jerónimos, que a propuesta

del mismo Las Casas salieron del convento de Lupiana. Cuantos escribieron de América, así españoles como extranjeros, ponderan el tino y rectitud con que desempeñaron su comisión estos religiosos; pero su conducta no los libró de que el mismo que los había escogido los ultrajara en público, llamando desde el púlpito *ladrones y homicidas* a los jueces de la isla. [...]

A ruegos suyos se estableció una audiencia en Panamá y él propuso también los ministros que habían de componerla. Nombró para presidirla al licenciado Maldonado, íntimo amigo suyo; pero habiéndose presentado él en persona con las exigencias de costumbre, no accediendo el tribunal, insultó al presidente a presencia de sus colegas y del público en la sala donde daban audiencia. Presentáronle para la mitra de Chiapas los consejeros flamencos de Carlos V, con quienes mantuvo siempre la mayor intimidad, y, apenas tomada posesión, alteró el orden en la ciudad y en la diócesis suscitó conmociones que no cesaron un momento mientras el prelado permaneció allí. Pasa a México y en el acto promueve controversia y altercados con los demás diocesanos que se habían reunido en concilio, corta toda relación con el virrey don Antonio de Mendoza, varón de altas prendas a quien había otras veces llenado de elogios, a título de estar excomulgado. Trabaja en España por que se formen las que se llamaron *nuevas ordenanzas*, élígesese a su instancia para plantearlas en el Perú a Blasco Núñez Vela en clase de virrey, y todo aquel vasto Imperio se convierte en un campo de sangre y de crímenes por seguir los consejos del padre Las Casas. [...]

EL CAPITÁN DE FRAGATA DON JOSÉ MARÍA NARVÁEZ*

Creyendo que los hombres que aman las ciencias deben mirar con algún interés la vida del explorador del estrecho de Juan de Fuca y del que recorrió nuestras costas del Pacífico, damos aquí las noticias biográficas que poco hemos podido recoger de ese navegante, por mil títulos dignos de que se honre su memoria.

Don José María Narváez nació en la isla de León en 1771, y tenía apenas diez años cuando comenzó su carrera de marino entrando de meritorio embarcado por la Real Academia de dicha isla el 23 de abril de 1781.

Desde que comenzó su carrera, la suerte quiso que empezase a recorrer distintas regiones, pues ya en 1782 pasó a Cartagena de Levante a bordo del bergantín Triunfante, hallándose el 20 de octubre de ese año en el combate que la escuadra combinada de España y Francia sostuvo contra la inglesa, que mandaba el almirante Owe.

Todo este año y parte del siguiente lo pasó a bordo del navío Dos campañas, armado en corso contra los ingleses, y estuvo en el cabo de San Vicente y en el de Espalder. Volvió en 1783 a Cartagena de Levante y la conducta que observó en tan tierna edad le valió ascender a tercer piloto de número de la armada.

En 1784 vino a La Habana en el navío Santiago y estuvo de guarnición en esa plaza hasta 1787, haciendo entre tanto varios viajes a Veracruz, a Nueva Orleans, a Matanzas, a Campeche, a Trujillo y a Roatán, ya para llevar caudales, ya para comprar madera de construcción. En 1787 pasó a Yucatán con la comisión de límites entre aquella provincia y los establecimientos ingleses de Walix. En noviembre de ese año recibió el nombramiento de segundo piloto habilitado, y desde entonces fue cuando comenzaron sus trabajos científicos, pues en el paquebot San Carlos marchó al puerto de San Blas para explorar y levantar planos de toda la costa noroeste de California, hasta el grado 1 de latitud, y para visitar los establecimientos rusos, enteramente desconocidos de los españoles. Nueve meses empleó en estas penosas y trabajosas expediciones, llegó en efecto al grado 1 y visitó los establecimientos de Kodiak, Onalaska y Príncipe Guillermo. Recibió entonces instrucciones para tomar posesión del puerto de Nutka y fundar en él un establecimiento español.

Mandando la goleta Santa Gertrudis, fue a explorar las costas desde Nutka hasta el grado 48 de latitud, y recibió órdenes de explorar el estrecho de Juan de Fuca para buscar un paso al océano. En esta atrevida empresa, Narváez tuvo un éxito muy feliz. Encontró el paso deseado, se internó en él, formó el plano de sus costas denotando

* s. f., «El capitán de fragata don José María Narváez», *La Ilustración Mexicana*, II, núm. 4 (1851-1852), pp. 118-120. II. Escrita para *La Ilustración*.
<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a2f3?intPagina=763&tipo=publicacion&anio=1851&mes=01&dia=01>

los puntos que podían servir de puertos y tuvo la gloria de ser el primer navegante que explorase completamente aquellas regiones. Empezó después sus trabajos más importantes, pues levantó el plano de toda la costa desde el estrecho hasta Nutka, y visitó los archipiélagos de Clayucuat y Nitinat. Escribió entonces un informe circunstanciado de su expedición, que remitió al Gobierno, y quién sabe si este documento importante se habrá perdido para la ciencia y para la historia de la geografía.

Volvió de su expedición a fines de 1789 y después de sus trabajos científicos recibió orden de atacar a la balandra inglesa Princesa Real, de catorce cañones y que estaba fondeada a tres leguas de Nutka. La atacó, en efecto, la capturó y la condujo prisionera a San Blas, a disposición del virrey de la Nueva España.

Las largas expediciones emprendidas por Narváez habían paralizado el proyecto de fundar establecimientos en Nutka. De 1790 a 1792, Narváez se ocupó de fundar la nueva población y de impedir que pudiese ser atacada por las otras naciones. En estos dos años se consagró a nuevos e importantes trabajos. Exploró y levantó el plano de la bahía de Buena Esperanza al norte del puerto de Nutka. De orden del conde de Revillagigedo continuó el reconocimiento del estrecho de Juan de Fuca y, mandando la goleta Saturnina, descubrió el archipiélago de San Juan. Salíó al gran canal que llamó *del Rosario* y, afrontando toda clase de incomodidades y de peligros, y sufriendo los excesivos rigores del verano, levantó curiosos planos que sirvieron después mucho en 1791 a Vancouver y a Malaspina en su exploración de las mismas regiones. Esta expedición en su viaje alrededor del mundo encargó a Narváez un reconocimiento del archipiélago de Nutka.

En 1793 pasó a Manila con una comisión del servicio.

En 1794 fue ascendido a primer piloto, y el año siguiente tuvo orden de pasar a las costas de la Baja California a bordo de la fragata Princesa.

En 1796 condujo pliegos del Gobierno a Manila y a Macao.

En 1797 el virrey marqués de Branciforte encomendó a Narváez que levantara un plano topográfico del territorio que entonces comprendía la primera división de las milicias del Sur desde el pueblo de Acaponeta hasta la ciudad de Compostela. Este, a juicio de personas inteligentes, es uno de los trabajos más apreciables de Narváez.

Desde 1799 hasta 1806 encontramos al ilustre navegante haciendo continuos viajes entre los puertos de la Alta y de la Baja California, y pasando a veces a Acapulco, Lima y Guayaquil, desempeñando comisiones de un orden secundario.

En 1806 ascendió a alférez de fragata, y a bordo de la fragata Princesa, que mandaba el valiente teniente de navío don Ramón Saavedra, salió al corso en la costa noroeste.

Desde 1808 hasta 1810 Narváez estuvo mandando la fragata Princesa. Por ese tiempo el Gobierno de la Nueva España le encomendó que formase un plano para abrir un camino lo más directo posible entre San Blas y Tepic, y, aprobado el proyecto que él envió, comenzó la obra, que se suspendió a consecuencia de la guerra de insurrección.

En 1813 Narváez recibió la comisión de llevar a Manila la nueva Constitución española.

En 1816 comenzó sus reconocimientos científicos de lo que hoy es el estado de Jalisco, y levantó un plano de la laguna de Chapala y de todos los pueblos que median entre ella y la ciudad de Guadalajara.

En 1818 recibió el despacho de alférez de navío y la cruz de San Hermenegildo, y continuó hasta 1821 ocupado en adquirir datos geográficos y estadísticos de la provincia de Guadalajara, y pasó a Lagos y a Agua Caliente para rectificar las posiciones astronómicas de estos puntos. Entonces fue cuando preparó todos sus trabajos para la carta de los estados de Jalisco, Zacatecas, etc., que hace poco se publicó en Nueva York gracias a los ilustrados esfuerzos del señor gobernador Angulo.

Hecha la independencia de la República Mexicana, Narváez se quedó en Guadalajara, donde fue nombrado vocal de la junta consultiva, y después electo popularmente diputado provincial. El nuevo Gobierno de México le confirió el empleo de teniente de navío, y el generalísimo Iturbide le encomendó el mando del bergantín San Carlos, que estaba en las aguas de San Blas, para que, acompañado del canónigo Fernández, fuera a organizar la nueva administración de la Alta y Baja California. Aquellas apartadas provincias reconocieron desde luego la independencia y, conforme a los deseos de la regencia, se formaron diputaciones y ayuntamientos.

Concluida esta comisión, Narváez fue nombrado comandante de San Blas, cargo que sirvió hasta el 22 de marzo de 1824.

En este año, al mando de la balandra mexicana, salió de orden del Gobierno a reconocer la costa desde San Blas hasta el Manzanillo. Concluido este importante trabajo, se le permitió recorrer todo Jalisco para rectificar las posiciones de varios pueblos y perfeccionar más el plano del estado.

En 25 de abril de 1825 fue nombrado capitán de fragata y volvió a estar encargado de la comandancia de San Blas hasta 1827.

En 1831, después de cincuenta años de servicios bastante apreciables, solicitó su retiro y fue a radicarse a Guadalajara.

Narváez era casado y socio benemérito de la sociedad patriótica de Guadalajara. Narváez merece una biografía y un buen biógrafo capaz de apreciar todos sus trabajos científicos.

Narváez tiene la gloria de haber contribuido muchísimo al adelanto de la geografía de la República Mexicana.

Conocemos lo incompleto y desaliñado de los datos que de su vida hemos podido reunir, y si los publicamos es solo porque nos anima el deseo de que personas más instruidas se consagren a hacer investigaciones útiles acerca de las obras del explorador del estrecho de Juan de Fuca y del descubridor del gran canal del Rosario.

NAPOLEÓN BONAPARTE*

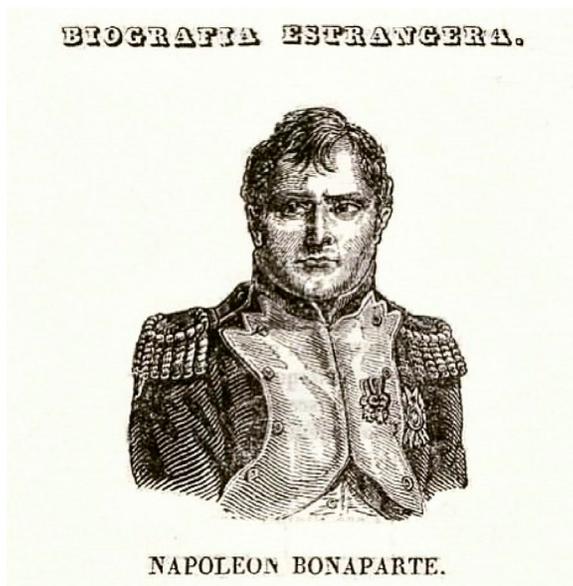


Fig. 24. *Napoleón Bonaparte*, p. 292.

Pretensión ridícula de parte nuestra sería el querer encerrar en un reducidísimo cuadro la vida del hombre grande del siglo, y para cuya sencilla narración fueran necesarios muchos volúmenes. Los hechos notables de su portentosa existencia son de todos conocidos; su historia, además, anda en manos de todos, y por lo tanto nos limitaremos a dar una noticia por fechas de los principales sucesos, del modo pintoresco que cumple a nuestro *Semanario*, sirviendo estas indicaciones de guía para los que, sobre cualquiera de los sucesos, solo deseen recordar las fechas en que acaecieron.

Napoleón Bonaparte nació en Ajaccio, en la isla de Córcega, el 15 de agosto de 1769, siendo sus padres Carlos Bonaparte y Leticia Remolino. En 1785 fue nombrado teniente de artillería después de haber estudiado en la escuela militar de Brienne y ascendido a comandante de escuadrón de la misma arma, en el sitio de Tolón, en 1793, a la edad de 24 años. En 1794 ascendió en Italia a comandante de artillería, y

* s. f., «Biografía extranjera. Napoleón Bonaparte», *Semanario Pintoresco Español*, VII, núm. 37 (10 de septiembre de 1843), pp. 292-293. IIs.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003116673&search=&lang=es>

allí mismo, a general en jefe de aquel ejército, contando solo 28 años de edad. En marzo de 1796, se casó con Josefina de Tascher, viuda del general Beauharnais. En 1797, contando 28 de edad, fue nombrado general en jefe del ejército de Italia y después, el año siguiente, de la expedición de Egipto, de donde regresó en octubre de 1799, desembarcando en Fréjus. En 1799 fue elegido primer cónsul y cónsul por vida el siguiente año después de la batalla de Marengo, a los 31 años de edad.

En 1804, fue elegido emperador de los franceses a la edad de 35 años, y consagrado en París el 2 de diciembre de aquel año. En 1810 se divorció de Josefina y contrajo matrimonio con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador de Austria, verificándose la ceremonia el día 1 de abril. El 14 de septiembre de 1812 entró en Moscú, y el 19 de diciembre estaba ya en París después de aquella derrota. El 20 de abril de 1814 abdicó en Fontainebleau, y el 1 de mayo se embarcó para la isla de Elba. El 1 de marzo de 1815 desembarcó en el golfo Juan, llegó a París el 20 y abdicó el 18 de junio de 1815, después de la batalla de Waterloo, contando entonces con 46 años de edad. Falleció en Santa Elena el 5 de mayo de 1821, a la edad de 52 años.

En 1840 resolvió el Gobierno francés la traslación a París de los restos mortales de Napoleón, y el 8 de octubre fondeó en la rada de Santa Elena la fragata *La Belle Poule*, que iba a buscarlos. En la noche del 14 al 15 principiaron los trabajos de la exhumación y, concluida esta, se encontró el cadáver del emperador según manifiesta exactamente este grabado.

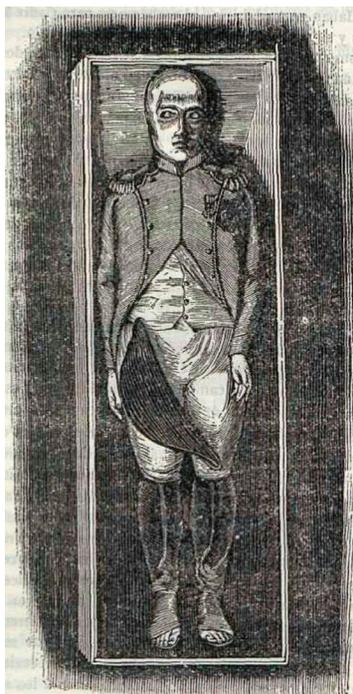


Fig. 25. *Cadáver de Napoleón tras la exhumación de sus restos mortales*, p. 292.

Después de abiertas varias cajas exteriores, procediose a la apertura de la de plomo, dentro de la cual había otra de caoba muy bien conservada, y, dentro de esta, otra de hoja de lata, que se sabía ser la última.

El emperador había sido puesto en ella, llevando el uniforme de coronel de cazadores de la guardia; se le había afeitado la cabeza y la barba, colocado su sombrero cerca de las rodillas, y los dos vasos que contenían el corazón y el estómago, un poco más arriba de los pies, entre las piernas. Levantada la tapa superior de hoja de lata, no se descubrió de pronto más que una masa informe, que era la capa superior de tafetán almohadillado que había caído. Levantose con mucha precaución y se descubrió entero el cuerpo de Napoleón, en un estado de perfecta conservación. La mano derecha estaba pegada al cuerpo y casi del todo oculta; la izquierda se manifestaba del todo y no había perdido la forma elegante que tenía durante su vida. La parte inferior del rostro había conservado su regularidad; la parte elevada y particularmente los juanetes estaban como entumecidos y ensanchados, y solo la nariz presentaba alguna alteración. La boca conservaba su forma, los labios estaban un poco entreabiertos, y aparecían por entre ellos tres dientes superiores de extraordinaria blancura. La frente aparecía ancha y elevada; las cejas no habían caído del todo y los párpados estaban cerrados, conservando aún una parte de las pestañas. Los vestidos se hallaban muy bien conservados, y solo las puntas de las botas estaban destruidas.

Tomadas todas las precauciones para librar el cadáver de los efectos del aire exterior, y encerrado de nuevo en otros sarcófagos, fue trasladado a París, y el 15 de diciembre de 1840 se hizo su traslación y tuvieron en París lugar las magníficas exequias que tanto llamaron la atención en aquella época.

Entusiastas los franceses, con razón, del hombre que tantos días de gloria dio a su patria, no contentos con la indestructible memoria que de hombre tan singular quedará en todas partes, han creído ver un retrato de Napoleón en las sinuosidades de las montañas, cual si la Providencia se hubiese encargado de dejar a la eternidad tan colosal figura.

Según unos viajeros lioneses, desde Mornese hacia la espalda del monte Soboe, al ponerse el sol, es de donde mejor se ve el extraño fenómeno que representa el siguiente grabado.

Desde allí, la cabeza parece tan bien formada como cuando se observa de Morillon o de Pregny, pero además es tal la disposición de las montañas que parece haber un cuerpo tendido. [...]

Esta semejanza, sin ser absolutamente exacta, es tan característica que preguntando muchas veces a varias personas: «¿Qué veis allí?», al momento han contestado: «El emperador».

Esto depende principalmente de que el sombrero está exactamente dibujado, y él solo basta para recordar al emperador. Además, el ojo cerrado, la nariz, la palidez indispensable del rostro y cierto reposo solemne y grandioso completan la ilusión. Hay seguramente cierta cosa que embarga la imaginación en la casualidad de un coloso que representa a otro coloso.

EL ALMIRANTE JURIEN DE LA GRAVIÈRE*

A pesar de haber dado ya el *Panorama Universal* el retrato de este joven francés, la circunstancia de habernos proporcionado una fotografía que le representa exactamente nos impele a reproducirle hoy, con tanta más razón cuanto que las relaciones que mediaron en México entre él y nuestro general el jefe don Juan Prim, conde de Reus y marqués de los Castillejos, le hacen interesante para los españoles. Este militar no solo es un marino consumado, sino que es también un literato distinguido y uno de los historiadores que más han dado a conocer los hechos gloriosos de la Marina francesa, siendo su obra *Recuerdos de un contraalmirante* sumamente apreciada y conocida. Jurien de la Gravière era capitán de navío en la guerra de Crimea, y fue elegido para jefe de Estado Mayor del almirante Bonat, prestando en ella eminentes servicios. Cuando la reina de Inglaterra revistó las tropas en Spithead, el emperador le encargó que fuese a cumplimentar a su majestad británica; y aun cuando hoy no tiene mando en México, la opinión general es que, si es preciso, volverá a encargarse del mando de las fuerzas navales que allí operan.

* s. f., «El almirante Jurien de la Gravière», *El Mundo Militar. Panorama Universal*, V, núm. 171 (15 de febrero de 1863), p. 55. II.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003995584&search=&lang=es>
Sobre el personaje escribiría después Luis Vidart la obra *Don Álvaro de Bazán y el almirante Jurien de la Gravière: apuntes para la historia de la Marina militar de España*. Madrid: imprenta de Enrique Rubiños, 1888.

Vida política y sucesos contemporáneos

Una coexistencia difícil

Manuel Santirso

Universitat Autònoma de Barcelona

Los artículos y las ilustraciones reunidos en esta sección contrastan vivamente con los anteriores, aunque menos por las publicaciones de que proceden que por el tema y por el tono. Persiste la sorpresa franco-española sobre México, pero esta vez no la preside la maravilla, sino el espanto; continúa la curiosidad, aunque ahora se reviste de reprobación. Tan solo permanece una condescendencia que ahora se aplica a los drásticos y en apariencia incomprensibles vaivenes políticos en que se halla inmerso el país americano.

Naturalmente, las plumas francesas o españolas que emitieron esos juicios soslayaban la experiencia histórica reciente de sus respectivos estados, en su momento juzgada en esos mismos términos negativos por tratadistas más septentrionales. Esa Francia que aún ostentaba una incontestable hegemonía cultural había pasado de una *monarquía de julio* plagada de conspiraciones y alzamientos a una revolución, la de 1848, que alumbró a una II República donde los muertos en barricadas y presidios se contaron por miles y desde la que se pasó a una autocracia imperial asentada mediante un golpe de Estado y una nueva oleada de represión masiva. No había demasiada base para presumir de buen orden. En comparación, la trayectoria política española durante la mayoría de edad de Isabel II resultó un remanso de paz, sin que deba olvidarse que muchos autores nativos y extranjeros habían calificado de caos a la España de la década anterior, la de la revolución liberal, la guerra civil carlista y la regencia de Espartero.

Las primeras décadas del México independiente también presentan a simple vista un aspecto caótico. Se hace muy difícil desentrañar la sucesión de reformas, planes, constituciones, asonadas y revueltas que se enumeran en un primer fragmento del artículo «Expedición de México», aquí transcrito aparte por su valor didáctico. Para no perderse del todo en ese laberinto, hay que echar mano de algunas claves análogas a las que sirvieron para Francia y España en sus respectivas etapas revolucionarias. El conocimiento de las vicisitudes de los regímenes liberales europeos permite comprender la rivalidad entre las dos facciones del liberalismo mexicano: la conservadora, más afín a los postulados doctrinarios predominantes en España o Francia y favorable a la preeminencia moral y material de la Iglesia católica, y la radical, partidaria de una ruptura visible, situada en posiciones más nacionalistas —sin perjuicio de alianzas tácticas con los Estados Unidos— y abiertamente secularizadoras.

Por otro lado, hay que conocer la trayectoria americana tras la independencia, del norte al sur, para apreciar el valor de la disputa recurrente sobre la organización territorial de México: federal o casi confederal para los radicales, algo más centralizada para los conservadores. Como sucedió en todos los nuevos estados latinoamericanos, los contornos de la república y el vínculo entre sus partes tuvieron mucho de contin-

gente, en este caso debido a factores internos y exteriores. La fuerza centrífuga que a veces impulsó hacia fuera de la federación a Coahuila-Texas, Yucatán o Tabasco era la misma que actuó en los antiguos virreinos de Nueva Granada y del Río de la Plata y en la Capitanía de Guatemala. No obstante, solo México sufrió la amputación de la mitad de su superficie nacional a manos de una potencia extranjera, los Estados Unidos, en 1848. Si a eso se añaden la venta del área conocida como La Mesilla en 1854 y las aventuras filibusteras fallidas para segregar Sonora o la Baja California, se imaginará hasta qué punto los límites actuales de México son hijos de las circunstancias.

A esas dualidades básicas conservadores/radicales (es decir, *escoceses/yorkinos*, hispanófilos/hispanófobos o monárquicos/republicanos) y federalistas/centralistas, hay que añadir un par de elementos más, que matizan el cuadro y a la vez lo cohesionan. El primero lo aporta un sector liberal intermedio, *moderado* —no en la acepción española contemporánea del término—, que alcanzó el poder algunas veces y desde él arbitró efímeras soluciones de compromiso. El segundo y llamativo toque de color lo proporciona el dictador episódico Antonio López de Santa Anna, cuya trayectoria hasta 1843 se narra en el artículo «Revoluciones de México». Consagrado por John Lynch (1993) como uno de los *caudillos* en su tipología, Santa Anna fue un personaje inclasificable, *bigger than life*, que proyectó su sombra sobre el país durante cuatro décadas, y lo mismo en el poder que desde el exilio, bajo banderas conservadoras, radicales o estrictamente propias.

Contra lo que se imaginaría, estas divisiones y estos enfrentamientos no trasladaron al terreno político unos conflictos sociales bien definidos. La oposición radical/conservador no se corresponde con otra paralela entre las capas bajas y altas de la sociedad mexicana; más bien traduce algunas divisiones en el seno de la elite criolla urbana, de forma más clara en la Ciudad de México y más difusa fuera de ella. Lejos de complicarlo, la controversia respecto a la Iglesia y sus bienes lo demuestra, puesto que la expropiación que estipularía la Ley Lerdo de Tejada, y contra la que combatieron los conservadores en la Guerra de Reforma de 1858-1861, no se pensó para un reparto general, sino para consolidar la propiedad burguesa *perfecta* según las directrices de la Constitución del Clero en Francia o las desamortizaciones en España. Adviértase de paso que tan solo un año y un mes separan la *Ley Lerdo* mexicana, de junio de 1856, y la *Ley Madoz* de desamortización general en España, de mayo de 1855.

Visto con los ojos de esa nueva elite de propietarios, apenas sorprende que tanto la producción escrita europea como la mexicana de la primera mitad del XIX mantuviesen los esquemas mentales del Antiguo Régimen y del Virreinato, y por ello siguieran considerando a la población campesina mayoritaria —en México, la de origen y cultura amerindios— como una masa inerte. En cambio, y como ya había ocurrido en la época de las guerras de independencia, los *pardos*, mestizos y *castas* suscitaban la inquietud y la sospecha. Son muy reveladoras en este sentido las alusiones al origen africano de Guerrero en el artículo de este apartado titulado «México».

Un hilo tenue une estas luchas sociales básicas, de clase y de etnia, con el rasgo principal de los relatos europeos de la vida política de la nueva nación independiente. Este no es otro que la violencia armada a la que, en vez de un síntoma de la mutación que experimentaba la sociedad mexicana, se suele presentar como algo crónico, casi

innato. La selección de textos que aquí se despliega abarca todas las formas colectivas de esa violencia, desde las guerras exteriores y las civiles al crimen común, pasando por los pronunciamientos, los motines populares (como el del Parián, al que se alude de pasada en el citado artículo «México») y el asesinato xenófobo o partidista. Gracias a ese muestrario, México aparece como el lugar donde alcanza el cenit esa supuesta pulsión de la estirpe hispánica, para la que la vida humana vale muy poco.

España y Francia reconocieron plenamente a la nueva república unos años después de su emancipación. El régimen liberal español consiguió un tratado de paz y amistad con la antigua colonia en 1836, y es muy significativo que este se adelantara en bastantes años a los acuerdos equivalentes con otras partes de la América hispana. Las relaciones entre Francia y México no alcanzaron alguna estabilidad hasta 1841, tras el conflicto entre ambas naciones de 1838-1839, conocido como *guerra de los pasteles*.

Pocos años después, en España, la caída del regente Espartero y el advenimiento de los liberales moderados al poder en 1843-1844 propiciaron una sólida alianza con Francia, de naturaleza política, económica y hasta militar, que se mantendría durante todo el periodo que aquí se contempla. Esa cooperación franco-española (o viceversa) también se dio entre los agentes diplomáticos de ambos países en México, que atendieron los intereses de los súbditos del otro país europeo y aliado en los muchos rompimientos que se verificarían en los años posteriores. Así, el embajador español tuvo que ocuparse de los ciudadanos franceses en México en 1846, cuando se verificó la salida del ministro francés Gabriac, mientras que a este le tocó la misma tarea tras la ruptura entre España y México de mediados de 1857.

Esta tuvo lugar a raíz del hecho más relevante de las décadas que aquí se ilustran, un verdadero punto de inflexión en las relaciones entre los tres países. Se trata de los asesinatos de ciudadanos españoles perpetrados a finales de 1856 en las minas de San Dimas (estado de Durango) y sobre todo en la hacienda de San Vicente en Chiconcuac (distrito de Cuernavaca). En esos crímenes concurrió una multitud de causas particulares, pero entre las generales figuran un contexto de virtual guerra civil y una hispanofobia arraigada. Sea como fuere, los asesinatos conmocionaron a la opinión pública española, al punto de suscitar la aparición de nuevas cabeceras periodísticas, en especial *La América. Crónica hispanoamericana*, de la que aquí se ofrecen varias muestras. Frecuentaron el semanario algunos políticos y publicistas muy destacados, sobre todo de la izquierda progresista y republicana, por lo demás poco dada al patriotismo. A ella pertenecía Cristino Martos, quien firma la refutación contenida en «Manifiesto del General Álvarez», el cual, fiel a sus principios, llama «ciudadano» y no «el mestizo Álvarez», como se leía en otros medios. Se ubica en el mismo espacio ideológico y abunda sobre el mismo asunto el artículo de este apartado titulado «México». *El Museo Universal* no dejó de referirse a ello, y lo hizo de forma espectacular, mediante el artículo «Retratos de los asesinos de nuestros compatriotas en México» acompañado de excelentes grabados y de los comentarios del afamado periodista y editor Nemesio Fernández Cuesta.

El Gobierno español presidido por Ramón María de Narváez llegó a planear en 1857 una invasión de México como represalia, y así se insinúa en otro artículo de Martos, «Cuestión de México». No obstante, el posterior *Gobierno largo* de O'Donnell

(1859-1863) renunció a tales aventuras y quiso retomar la vía diplomática. Esta se concretaría en el envío a México como ministro plenipotenciario de un político muy experimentado, Joaquín Francisco Pacheco, cuyas gestiones son expuestas de forma neutra en otro suelto de *La América*: «El tratado de México y el señor Pacheco».

La paz concertada mediante el tratado Mon-Almonte se convirtió en papel mojado tras la victoria de los liberales en la Guerra de Reforma, que trajo la expulsión de Pacheco por supuesta connivencia con el bando conservador vencido. La tensión volvió a subir, hasta desembocar en la firma del Convenio de Londres de 30 de septiembre de 1861, por el que se autorizó una incursión militar conjunta en México a cargo de España, Francia y Gran Bretaña, con la neutralidad estadounidense. Tropas españolas enviadas desde Cuba se adelantaron en capturar Veracruz y la fortaleza de San Juan de Ulúa, les siguieron los plenipotenciarios (Saligny y Wyke por Francia y Gran Bretaña) y al fin los comandantes militares europeos (Jurien de la Gravière y Dunlop) con sus efectivos, el más numeroso el de españoles, comandados por Juan Prim (asimismo plenipotenciario). Se encontrará un desglose en el artículo «Expedición de México», publicado por *El Correo de Ultramar*, que así mostró su condición de agente de propaganda del II Imperio francés y del proyecto de entronizar al archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo como emperador de México. Muchos residentes franceses rechazaron la idea, como revela la «Manifestación de los demócratas franceses imparciales residentes en México».

Por paradójico que resulte, ni esa violencia de fondo, ni las rupturas diplomáticas ni las operaciones militares cortaron los lazos económicos y culturales entre ambas orillas del Atlántico. Tuvo mucho que ver en ello la imagen de México como una especie de Eldorado, que se derivaba de su condición de primer productor mundial de plata y de otros recursos naturales, así como de su decisiva posición geográfica. Ese espejismo engañó durante décadas a los dirigentes mexicanos, que creyeron sentarse sobre un cofre del tesoro, y a algunos líderes de opinión europeos, como el célebre economista Michel Chevalier. Contra él escribió Jacinto Beltrán el artículo «Francia y México», aquí recogido, y que salió de las prensas después de que los contingentes español y británico hubiesen abandonado la intervención tripartita. «México y su territorio», firmado pocos meses antes por el historiador y erudito Florencio Janer, participa del mismo espíritu positivista, pero emplea una retórica neocolonial previa a la retirada.

Las colonias de emigrantes europeos en el país azteca se encargaron de estrechar los nexos económicos transatlánticos, al tiempo que ejercían una influencia mucho mayor de la que correspondía a sus efectivos humanos: unos 5.000 españoles y unos 1.800 franceses en 1850, diluidos en unos 7 millones de mexicanos. Sin embargo, su concentración en la capital y otros centros urbanos, así como su destacada presencia en sectores muy dinámicos, como las finanzas, las minas o la industria cultural, multiplicaron su influencia. Como quizá cabía esperar, esta exposición pública concitó una inquina contra *gachupines* y *gabachos* que el liberalismo radical a menudo atizó en provecho propio y acabó por enquistarse en la mentalidad popular. Aunque el artículo «Cómo celebran los léperos el grito de Dolores» refiere sucesos de 1861, acaecidos en un repunte de la hispanofobia, remite a costumbres asentadas y que no escaparon a la vista de algunos literatos españoles, como Juan Martínez Villergas.

Lo sucedido en las décadas siguientes queda fuera del ámbito de esta antología. Los vínculos entre cierta Francia y un determinado México se fortalecerían durante la fase imperial y se mantendrían en lo económico y lo cultural durante el porfiriato, pero después Francia sería reemplazada por unos Estados Unidos a los que, según el propio don Porfirio, México se fue acercando a medida que se alejaba de Dios. La mal llamada *memoria histórica* siempre es selectiva, y si la mexicana ha erigido un panteón con algunas figuras a las que aquí se alude (Hidalgo, Guerrero o Juárez) y ha solemnizado la condena de otras (Santa Anna, Miramón, Almonte o Díaz), la francesa ha perpetuado el recuerdo de la II República, pero también del bonapartismo, como demuestran las conmemoraciones de 2021. Solo en España se recuerda lo sucedido desde 1936 como si antes se extendieran las tinieblas. Incluso hoy, cuando los periódicos reproducen las invectivas hispanóforas de altos mandatarios como el presidente mexicano Andrés Manuel López Obrador, los medios ignoran sus orígenes, porque el tiempo del que proceden ha sido condenado al olvido.

Bibliografía

- CHEVALIER, Michel (1851). *Le Mexique*. París: Imprinta de Maulde et Renou.
- DÍAZ, Lilia (trad. y ed.) (1964). *Versión francesa de México: informes Diplomáticos, 1858-1862*, vol. 2. México: El Colegio de México.
- FALCÓN, Romana (1996). *Las rasgadas de la descolonización. Españoles y mexicanos a mediados del siglo XIX*. México: El Colegio de México.
- LYNCH, John (1993). *Caudillos en Hispanoamérica*. Madrid: Mapfre.
- MARTÍNEZ VILLER GAS, Juan (1859). «Viaje al país de Moctezuma», anexo a *La vida en el chaleco. Novela original de costumbres no menos originales, dedicada a los habitantes de la isla de Cuba*. La Habana: Librería e Imprinta de Iris.
- PI-SUÑER LLORENS, Antònia (1991-1992). *El general Prim i la qüestió de Mèxic*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín, y PÉREZ HERRERO, Pedro (2015). *Historia de las relaciones entre Francia y México, 1821-2014*. Madrid: Marcial Pons.

EXPEDICIÓN DE MÉXICO*

[...] Como documento curioso y que presenta además un vivo interés de actualidad, creemos oportuno insertar aquí el siguiente resumen de las leyes, planes, constituciones, etc. que han formado las bases de los diferentes Gobiernos que se han sucedido en la República de México, desde el plan de Iguala hasta las leyes de reforma que promulgó el presidente Juárez en 1859.

«El plan de Iguala se hizo el 14 de febrero de 1821, y fue proclamado en Iguala (México) por Agustín de Iturbide.

El acta de la independencia, el 28 de septiembre del mismo año, en México, por la junta gubernativa.

La declaración del Imperio, el 19 de mayo de 1822, también en México, por el Ejército y el Congreso.

Las bases orgánicas de la junta instituyente, el 2 de noviembre del mismo año, en México, por la junta instituyente.

Acta de Santa Anna proclamando la república el 6 de diciembre del propio año, en la ciudad de México, por Santa Anna y Guadalupe Victoria.

Plan de Casa Mata, el 1 de febrero de 1823, cerca de Veracruz, por el Ejército imperial, mandado por el general Echevarría.

Acta constitutiva de la federación, el 31 de enero de 1821, en México, por el Congreso constitucional de 1824.

Constitución federal de los Estados Unidos mexicanos, el 4 de octubre del mismo año, en México, por el Congreso Federal.

Ley constitucional el 15 de diciembre de 1835, en México, por el Congreso.

Leyes constituyentes del Congreso, el 29 de diciembre de 1836, en México, por el Congreso nacional.

Bases de Tacubaya, el 28 de septiembre de 1841, en Tacubaya, por Santa Anna.

Plan de Huexotzinco, el 11 de diciembre de 1842, en Huexotzinco, Puebla, por varios ciudadanos de Huexotzinco.

Bases de organización política, el 12 de junio de 1843, en México, por la Junta de notables.

Plan de San Luis, 14 de diciembre de 1845, en San Luis de Potosí, por don Mariano Paredes.

Plan de Guadalajara, el 20 de mayo de 1846, en Guadalajara, por la guarnición de ídem.

* s.f., «Expedición de México», *El Correo de Ultramar*, XIX, núm. 485 (1862), pp. 259-261. IIs. https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709710
El listado es un añadido a una de las últimas crónicas.

Plan de la ciudadela, el 4 de agosto del mismo año, en la ciudadela de México, por el general Mariano Salas.

Acta de reformas a la Constitución federal, el 18 de mayo de 1847, en México, por el Congreso reunido por el general Salas.

Plan de Jalisco, 20 de octubre de 1852, en Guadalajara, por la guarnición de ídem.

Convenio de Arroyo-Zarco, el 4 de febrero de 1853, en Arroyo-Zarco, Querétaro, por el general Uruga y el coronel Robles.

Bases para la administración de la república, 22 de abril del propio año, en México, por Santa Anna.

Plan de Ayutla, el 1 de marzo de 1854, en Ayutla, Guerrero, por el coronel Florencio Montreal.

Plan de Ayutla reformado en Acapulco, el 11 de mayo del mismo año, por Ignacio Comonfort.

Estatuto orgánico, el 15 de mayo de 1856, en México, por el mismo Comonfort.

Constitución de la República Mexicana, 5 de febrero de 1857, en México, por el Congreso reunido por el plan de Ayutla.

Plan de Tacubaya, 17 de diciembre del propio año, en Tacubaya, por el general Zuloaga.

Plan de Tacubaya reformado en la ciudadela, el 17 de enero de 1858, en la ciudadela de México, por el general Parra, sostenido por el clero.

Leyes de reforma de 1859, en Veracruz, por Juárez y su gabinete».

REVOLUCIONES DE MÉXICO

*Gabriel Ferry**

El camino que conduce de Veracruz a México sigue al principio la orilla del mar, atraviesa una playa arenosa que se enrondece graciosamente alrededor de una pequeña bahía de ovaladas ondas y luego se pierde, después de varios rodeos, en un dilatado bosque en cuyo horizonte se descubren masas de verdor. El viajero que, después de haber seguido el arenal donde se extienden las olas con imponente murmullo, penetra en aquellas arcadas naturales oye todavía el ruido del océano repetido por el de las hojas: es la voz del mar que alterna con la de los grandes árboles. Entonces presta con alegría oído a aquella doble armonía y se entrega, según su modo de viajar, al movimiento del carruaje, al trote de su caballo o al balanceo de su litera. De cuando en cuando y por entre aquellas espesuras, percibe el luciente lomo de una becerria, o los enroscados cuernos de un toro medio salvaje, que muestra un instante su negro y húmedo hocico, sus ojos espantados, y desaparece haciendo crujir en su huida las matas entrelazadas y las hojas que aplasta con sus pies. Si el extranjero pregunta a su guía de dónde son aquellos ganados tan hermosos, le contestará éste que pertenecen a la hacienda de Manga de Clavo, y que esta es propiedad del general Santa Anna.

En el seno de aquel cortijo es donde el hombre, que desde 1821 ha unido su nombre a todas las revoluciones de México, que ha sido el jefe o el instrumento de ellas, va sucesivamente, vencedor o vencido, hartado de fama o codicioso de ella, cansado de la vida del campamento o de la administración política, a descansar de sus fatigas, de sus derrotas o de sus victorias; allí medita nuevos planes, allí reemplaza sus antipatías políticas con amistades personales, allí medita el destruir a los que elevó y eleva a los que ha derribado. Allí es donde, durante meses y años enteros, vive retirado, olvidado, hasta el momento en que, sin transición y con general asombro, resuena de nuevo su grito de guerra en el otro extremo de la república.

* s.f. [Gabriel Ferry], «Sucesos contemporáneos. Revoluciones de México», *Semanario Pintoresco Español*, núm. 38 (17 de septiembre de 1843), pp. 297-299; núm. 39 (24 de septiembre de 1843), pp. 310-311; núm. 40 (1 de octubre de 1843), pp. 314-316. IIs.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003116710&search=&lang=es>
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003116755&search=&lang=es>
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003116802&search=&lang=es>
Como se ha indicado en la «Introducción» a esta antología, el artículo que reproducimos es traducción de «Révolution du Mexique. Le Général Santa-Anna», publicado sin firma en *L'Illustration: Journal Universel*, I, núm. 22 (29 de julio de 1843), pp. 337-338; núm. 26 (28 de agosto de 1843), pp. 403-404. Procede del volumen de Gabriel Ferry [Louis de Bellemare], *Les révolutions du Mexique*. París: E. Dentu, 1844, pp. 173-206. El contenido no se corresponde con el título, ya que lo que en realidad se ofrece es una biografía anecdótica del general Santa Anna.

Solo los hechos pueden retratar ese carácter versátil, inquieto, trastornador; a este hombre no aspirando más que a lo imposible, disgustado de la realidad, victorioso después de una derrota, vencido después de una victoria, jugando su vida y su fortuna con la misma indiferencia con que expone la de los demás, vertiendo la sangre sin ser cruel, y conociendo sobre todo bastante a sus compatriotas para jugar impunemente tan temerario juego, sujetándolos porque los conoce.

Santa Anna tendrá de 45 a 46 años; es de estatura elevada y todavía no se resiente de la madurez de la edad. Su color pálido, sus grandes ojos negros, sus cabellos más negros todavía y ensortijados sobre una frente elevada imprimen a su persona un aire de distinción, que no es desmentido por una fácil y abundante locución, común a cuantos hablan la hermosa lengua española, tan armoniosa y rica. Reúne a esta natural elocuencia el arte de conocer mejor que nadie los resortes que es preciso tocar, las fibras que debe hacer vibrar en el corazón de sus conciudadanos, y es irresistible la influencia de su palabra.

Preséntase por primera vez en la historia política de México en 1821. Joven entonces, mandaba un cuerpo de insurrectos, a cuya cabeza se apoderó de Veracruz, de donde fue nombrado gobernador. Protegido por el emperador Iturbide, a quien había sostenido con todo su poder, le mandó comparecer ante él para dar cuenta de una grave insubordinación. Ofendido de una destitución merecida, pero que no esperaba, volvió a la plaza que mandaba, arengó a sus tropas, se sublevó contra la autoridad imperial y declaró a México república independiente. Un general enviado para castigarle se unió a él; las ciudades de Oaxaca, Guadalajara, Guanajuato, Querétaro, San Luis Potosí y Puebla se sublevaron igualmente, y apenas transcurrió un año desde el atrevido desafío de Santa Anna, que ya estaba derribado del trono el emperador Iturbide.

A los pocos meses de instalada la nueva república, de la cual el general Santa Anna había sido el primer campeón, se sublevó también él primero contra la autoridad de su Congreso.

En 1828 era aún Santa Anna gobernador de Veracruz. Estalló en México un complot; creyósele cómplice y el Congreso le quitó el gobierno; pero lo mismo había de obedecer al Congreso que había obedecido a Iturbide. Lejos de dimitir su autoridad, que no se extendía más que a la ciudad de Veracruz, Santa Anna, con uno de los golpes de audacia que le son familiares, usurpó el mando de toda la provincia, reunió a sus fieles veracruzanos, batió a las tropas que le opusieron, se adelantó hasta el fuerte de Perote y se apoderó de él. Un decreto del Senado le declaró fuera de la ley y envió contra él nuevas tropas.

Santa Anna llevó la moderación hasta el punto de no declarar a su vez fuera de la ley al Senado, y principió una de esas guerras de escaramuzas en las cuales la espontaneidad, la rapidez de sus movimientos le hacen tan temible; una de esas campañas de marchas y contramarchas donde se hace la guerra a la manera de los árabes o de los indios de América por astucia y por sorpresa, y que participan al mismo tiempo de la guerra y de la caza. [...]

[...] Este estado de cosas duró hasta septiembre de 1829. En aquella época la España hizo una tentativa para reconquistar a México. Salió la expedición de La Habana también, como trescientos años antes, pero no había un Cortés. El brigadier Barradas desembarcó en Tampico con trescientos hombres.

Mientras el general español, indeciso acerca de la marcha que había de seguir, daba proclamas que ningún efecto producían; mientras México se agitaba sin decidir nada, al saber tan sorprendente nueva, abandonaba Santa Anna la vida del campo, reunía de nuevo sus soldados hacia un embargo forzado de todos los buques de cabotaje que había en la rada de Veracruz, embarcaba en ellos apresuradamente su gente, sin orden del Gobierno ni ningún poder especial, desembarcaba cerca de Tampico y derrotaba a las tropas de Barradas. Este se volvió a embarcar llevándose los caudales, sus soldados se dispersaron, y la noticia de su derrota llegó a México casi al mismo tiempo que la de su desembarco.

En el mes de diciembre siguiente, el general Bustamante, proclamado por las tropas del campo de Jalapa para derribar a Guerrero, marchó sobre México. Santa Anna, de vuelta a Manga de Clavo, con su acostumbrada rapidez y el ascendiente de su palabra, había reunido un nuevo ejército para volar en auxilio del vicepresidente. Llegó a Jalapa, que temblaba todavía por la nueva insurrección, y supo que Guerrero había abandonado a México y dirigiose hacia el Sur. Creyendo entonces que la fortuna de Bustamante era superior a la de Guerrero, que aún no había llegado el tiempo de luchar personalmente con un rival, cuyo nombre le importunaba ya, Santa Anna licenció sus tropas, que siempre había de volver a encontrar, y regresó, como Cincinato, a sus campos, hasta el momento en que él mismo peleará por esa misma presidencia que se disputan a su vista y a la cual su edad le impedía aspirar, pues no tenía más que treinta y cinco años cumplidos. Dos años transcurrieron, durante los cuales Santa Anna, retirado en su hacienda, se entregó tranquilamente a sus pasatiempos favoritos, las luchas de gallos, las corridas de caballos y el juego, y parecía haber desechado toda ambición. El 14 de febrero de 1831, en la misma ciudad de Oaxaca, donde había desafiado con tanta indiferencia los esfuerzos del Gobierno, el desgraciado Guerrero terminaba a un tiempo su campaña y su azarosa existencia.

Acababa de ser fusilado, y la noticia de su ejecución debió turbar la soledad de Santa Anna. Bustamante sucedió a Guerrero y gobernó tranquilamente a México. Durante este año, nada hacía sospechar que empezaba a pesar a Santa Anna tan prolongada inacción, y tan contraria a sus hábitos y a su espíritu. El camino que va de Veracruz a Manga de Clavo estaba desierto; ya no se oía resonar en él el galope de aquellos correos que se cruzaban y subseguían el día en que meditaba algún imprevisto pronunciamiento. Dentro y fuera de la hacienda, todo estaba tranquilo. [...]

[...] Santa Anna conocía bien a sus compatriotas. El 3 de marzo había sido la derrota de Tolomé; Calderón se hubiera apoderado casi sin resistencia de Veracruz y no se presentó con su ejército ante sus muros hasta el 10. Entonces todo estaba reparado; pero Santa Anna contaba además, todavía para defenderse, con las exhalaciones ar-

dientes de los arenales que rodean la ciudad, con la fiebre amarilla y con el hambre, y estos terribles aliados no burlaron su esperanza. El hambre, la sed, las enfermedades y la deserción diezmaron el ejército del Gobierno, y el 13 de mayo siguiente el general Calderón levantó el sitio y se replegó sobre México.

Sin embargo, la insurrección contra Bustamante había hecho inmensos progresos. Los insurgentes pedían de nuevo al general Pedraza, presidente de derecho, elegido en 1828. Santa Anna, que entonces se había opuesto a su elección, se unió esta vez a él y se puso en marcha para México. Calderón quiso detenerle de nuevo; se encontraron en Corral Falso, cerca de Jalapa, el 13 de junio; pero esta vez Calderón capituló. Le reemplazó en el mando del ejército, por una orden del Congreso, el general Facio; Santa Anna lo batió completamente y se dirigió sobre la capital de México.

Bustamante, al saberlo, salió precipitadamente en su busca. Encontráronse los dos rivales delante de Puebla y era inevitable una acción general, pero Bustamante cedió a la influencia de la omnipotente estrella de Santa Anna y dio el triunfo al jefe de la insurrección, accediendo a los deseos de los insurrectos.

De este modo, terminó para Santa Anna el año 1832. El de 1833 debió ascender a la presidencia y ser, como César, el primero en Roma.

A fines de este año estalló una nueva insurrección, Valladolid. Fue la primera escena de una gran comedia, en la cual Santa Anna se reservó el papel más brillante. La insurrección, dirigida por el general Durán, tenía por objeto proclamar dictador al presidente. Santa Anna se indignó de aquella violación de las leyes, de las cuales era el primer súbdito. Dio a su fiel Arista la orden de seguirle, y ambos marcharon de nuevo contra los rebeldes. De repente le propuso este que aceptase los ofrecimientos de sus adictos servidores a quienes iban a combatir. Santa Anna reprendió a Arista el no haberle apreciado mejor y le mandó callar, pero Arista resistió, le entregó su espada, le declaró que ya no estaba bajo sus órdenes, que iba a pasarse al general Durán y que a su pesar le haría dictador. Fácil es conocer que no pasaba aquella escena en el silencio de la intimidad.

Santa Anna, hecho poco después prisionero por los sublevados, se escapó y volvió a México, donde el vicepresidente Gómez Farías resistía de mejor fe a una insurrección de la guarnición misma del Palacio, y volvió a salir a campaña contra Arista y Durán, obligándoles a capitular en Guanajuato (la capitulación fue suave). Después, satisfecho con haber dado al mundo aquel ejemplo digno de la antigua Roma, disgustado tal vez de la realidad o cansado de los trabajos de la administración, dejó Santa Anna su autoridad, hasta nueva orden, en manos del vicepresidente, y se fue a fortalecer su alma en la soledad de Manga de Clavo. Pronto la abandonó para ir a someter la ciudad de Zacatecas, volvió a ella de nuevo y se alejó otra vez para castigar la rebelión de los Tejanos.

Hemos visto, en la acción de Veracruz, a Santa Anna completamente batido desde el principio terminar la campaña como vencedor; en la de Texas, la victoria solo le conducirá a la derrota. Principió por tomar a la bayoneta la ciudad de San Antonio de Béjar, derrotó a los lejanos en los encuentros de Goliad y de Copano, les hizo seiscientos prisioneros, hizo fusilar inmediatamente la mitad y se adelantó hasta cerca de San Jacinto. [...]

El 20 de abril de 1836, el presidente y su tropa llegaron a las tres de la tarde, cerca de San Jacinto; el sol reflejado por los terrenos calcinosos era tan abrasador que aquellos hombres de bronce y aquellos caballos, que no tenían un pelo húmedo después de una larga carrera, sintieron necesidad de hacer alto. [...]

Como sucede siempre cuando se hace alto en medio de aquellos abrasados desiertos, reinó un silencio general entre aquellos jinetes atontados por el calor; solo las chicharras cantaban con furor a los rayos de aquel sol. De repente sonó por todos lados la voz de «¡A las armas!», «¡A las armas!»; las centinelas se replegaron precipitadamente sobre el destacamento, y apenas se habían cinchado los caballos y montado los jinetes, un millar de tejanos los atacaban con vigor. Castrillón sostuvo el choque valientemente, pero las balas de los kentuckinos silbaban a sus oídos. Desde las alturas que dominan la llanura, derribaban sucesivamente con sus largas carabinas a todos los oficiales. Castrillón, herido por muchos golpes, vaciló sobre su caballo y cayó, pero los cazadores de nutrias buscaban en vano en medio de la refriega a Santa Anna: su sueño le salvó. Un criado del presidente estaba en la puerta de la cabaña, de la cual salió al oír el tiroteo, y le dijo al presentarle su caballo listo:

—Vuestra Excelencia no tiene tiempo más que para huir; Castrillón, todos nuestros oficiales han muerto; pronto, pronto, a caballo.

Santa Anna salió a galope para reunirse al cuerpo del ejército y a Filisola. El camino estaba cortado, volvió bridas, pero le habían descubierto. Veinte jinetes le seguían, su caballo le puso pronto fuera de su alcance y huyendo llegó a una casa abandonada. Se apeó para dejar resollar a su caballo, entró en la cabaña, y apoderándose de unos vestidos que encontró por casualidad, los cambió por los suyos y emprendió de nuevo su carrera. Por desgracia, los que le perseguían, y a quienes nada se escapaba, conocieron las huellas del hierro de su caballo y se vio nuevamente perseguido a pesar de su disfraz. Al llegar a un torrente su caballo resistía pasarlo, perdíase tiempo, el enemigo se adelantaba, y Santa Anna fue hecho prisionero.

Conducido a Washington, el Congreso deliberó sobre la suerte que le esperaba: la mayoría opinaba que se le fusilase, pero un miembro de la Asamblea se levantó y dijo:

—Señores, estamos en guerra con México: ¿cuál es nuestro objeto? Hacerle todo el mal posible. Pues bien, el medio más seguro que podemos emplear es devolverle su fatal presidente.

Tan extraña proposición le salvó la vida, y Santa Anna fue puesto en libertad después de haber jurado no volver a tomar las armas contra Texas.

Durante aquel cautiverio, que no terminó hasta el mes de noviembre del mismo año, Santa Anna había concluido los cinco de su presidencia. Al regresar a México, abatido ya por su derrota y su detención, conociendo que el prestigio de su nombre estaba casi destruido, tuvo aún a más sensible humillación de encontrar a su rival Bustamante elegido presidente casi por unanimidad. Había obtenido 57 votos de 62 y solo 5 se habían atrevido a proclamar el nombre de Santa Anna.

Dos años después, en noviembre de 1838, Santa Anna fue arrebatado de sus meditaciones en Manga de Clavo por los estampidos del cañón francés, que batía el fuerte hasta entonces intomable de San Juan de Ulúa. Corrió a Veracruz, donde encontró el

nombramiento de gobernador de la ciudad, expedido por el Senado. En vano mandó a los defensores del fuerte que se sepultaran bajo sus ruinas; se vieron precisados a rendirse, y Santa Anna se desesperaba al considerar el irresistible poder de las naciones europeas. Una casualidad providencial le libró de un segundo cautiverio.

Sabiendo el príncipe de Joinville que el general Santa Anna estaba en Veracruz, resolvió apoderarse de su persona; tratábase de sorprenderle durante su sueño. Al día siguiente a las cinco de la mañana, bajó el príncipe a su chalupa y se hizo acompañar por una embarcación. Veracruz no se había rendido todavía.

Por esa casualidad providencial de que hemos hablado, en vez de la atmósfera siempre pura y trasparente del cielo siempre azulado que cubre la ciudad y la rada, aquella mañana, como por milagro, la rada y la ciudad estaban envueltas en una espesa y opaca niebla, y al llegar el príncipe a la punta del muelle, tuvo que esperar algunos minutos la embarcación que le acompañaba, que llevaba los petardos para abrir las puertas y los clavos para clavar los cañones y que se había extraviado por aquella causa. La casa de Santa Anna fue rodeada y tomada, pero aquellos pocos minutos de retardo le salvaron; su cama estaba aún caliente, y su fiel Arista, sorprendido solo, tuvo el honor de entregar su espada al príncipe francés.

Retírese este en buen orden. Las embarcaciones estaban ya llenas de gente cuando se abrió una de las puertas que dan sobre el muelle, y medio se veía en ella a un general con una pierna fuera y la espada en la mano. Al mismo tiempo, un cañonazo a metralla, disparado desde el extremo del muelle, y como si diera el último adiós a los enemigos, derribó a Santa Anna llevándole la pierna derecha por encima de la rodilla y mutilándole la mano en que tenía la espada.

Desde entonces, mira con dolor su pierna amputada; pero también desde entonces ha reconquistado la presidencia, que se ha vuelto para él una completa dictadura, cuya duración y poder no tienen límites. ¿Y quién sabe en lo que se cambiará aquella dictadura? Todo cede ante él, solo él es poderoso, él señala los impuestos, y durante este año de 1843 ha establecido uno directo: es una lotería cuyos billetes cuestan muy caros, y cada particular rico recibe la orden de tomar cierto número de ellos. Las suertes son numerosas y seductores los premios, pero los billetes premiados salen rara vez, y aun entonces valen poco más, pues la despiadada lotería nunca paga.

El desinterés hasta entonces heroico de Santa Anna ha sido reemplazado por la codicia de enriquecerse. Manga de Clavo se ha convertido en centro de las vastas posesiones, que abrazan una parte del estado de Veracruz, y un camino de hierro, emprendido por orden suya, debe atravesarlas y duplicar su fortuna privada, sirviendo al mismo tiempo a la utilidad pública.

Hemos procurado pintar a Santa Anna cual nos le han hecho conocer las relaciones de sus generales y subalternos. ¿Quién puede saber el secreto de aquella alma melancólica e inquieta? ¿Estará satisfecha al fin su insaciable ambición? No puede negársele extraordinario talento, una prontitud admirable en sus decisiones, una audacia imperturbable y un conocimiento profundo del carácter de sus compatriotas; pero de todos modos, si mirado con el prisma de la distancia aparece como un gigante, es debido a los pigmeos que le rodean y que sobrepuja con toda su elevación.

MÉXICO

M. B.*

Después de otras tentativas de insurrección que hicieron los sucesores de Morelos sin ningún resultado definitivo, llegó por fin el año 1821, época en que se decidió la suerte de los mexicanos. Apodaca, virrey a la sazón, había enviado al coronel Iturbide a la cabeza de un regimiento para apaciguar los disturbios ocurridos en Acapulco; pero este, apenas llegó a los insurrectos, se pasó a sus filas en vez de combatirlos. Recibióronle con entusiasmo, y en breve se vio a la cabeza de un numeroso ejército, que por el ascendiente de su inteligencia gobernaba de un modo absoluto. Las divisiones que sobrevinieron entre los españoles sirvieron mucho la causa de la insurrección. El virrey Apodaca fue destituido por sus propios soldados, que eligieron en su lugar a Novella.

Por el mismo tiempo, la revolución en la Península, donde se había introducido un Gobierno popular, ejerció sobre la suerte de los americanos una influencia sensible. El general O'Donojú, nombrado virrey de México, llegó penetrado de la idea de que era imposible conservar las colonias, y que lo que se debía procurar era un acuerdo entre las dos partes. Después de haberse entendido con Apodaca, con Novella y quizá con Iturbide, O'Donojú concluyó en Córdoba un tratado con el jefe de la insurrección, que arrojando la máscara se tituló general en jefe del Ejército imperial. Por este tratado se reconocía la independencia de México.

Iturbide entró en México, cuyas puertas le abrió O'Donojú. El municipio le entregó las llaves con gran pompa, y una Junta de Gobierno Provisional nombró una regencia del Imperio. Iturbide, cuyos planes se veían ya después de haber prestado juramento, fue nombrado general de tierra y de mar del Imperio mexicano. Pero en breve el hombre que había servido de instrumento a Iturbide, O'Donojú, desapareció de la escena, muriendo de repente.

Sin embargo, las Cortes españolas no habían ratificado el Tratado de Córdoba. La regencia se aprovechó de esta circunstancia para elegir un imperio independiente de España y decretó que confería esta dignidad a Iturbide, quien, habiendo llegado así al colmo de sus votos, se apresuró a empuñar las riendas del poder sin que le asustaran las oposiciones hostiles que le amenazaban ya con la pena de los traidores.

La resistencia se anunciaba, en efecto, con un aspecto imponente. Seis mil hombres marchaban hacia la capital a las órdenes de los generales Victoria, Santa Anna y Guerrero, y una parte del Congreso que no había querido tomar parte en la elección

* M. B., «México», *El Correo de Ultramar*, XX, núm. 504 (1862), pp. 148-150. IIs.
https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709729
Es el artículo quinto de una serie, precedido por el del núm. 491. Aunque se anunció un sexto, no se publicó.

llamaba con sus votos a los sublevados. Iturbide se hacía coronar con una magnificencia extraordinaria en el mismo instante en que los insurrectos proclamaban la república. La desertión había comenzado en su ejército. El emperador trató de oponer a sus adversarios el rigor de los suplicios, y cincuenta individuos, de ellos quince miembros del Congreso, fueron encarcelados el 26 de agosto. El cuerpo entero reclamó la libertad de sus miembros, y el emperador contestó con amenazas de disolución.

Efectivamente, en octubre fue disuelto el Congreso, y una junta de paniaguados de Iturbide reemplazó la representación nacional. Pero en el momento en que creyó el emperador que el terror sofocaba la rebeldía, el gobernador de Veracruz, Santa Anna, proclamó de repente la república, se pronunció con su regimiento y denunció al emperador como usurpador y tirano. Entonces se encendió una reñida lucha. Los imperiales vencidos en un principio se desquitaron, mas la opinión había abandonado a Iturbide; su ejército disminuía en tanto que el de Santa Anna se aumentaba sin cesar. El emperador fue completamente derrotado, y su efímero reinado llegó a su término. Santa Anna exigió de él la abdicación de un poder incompatible con las libertades públicas. El Congreso anunció en un manifiesto que Agustín Iturbide, convencido de conspiración, había implorado la clemencia de una nación magnánima, que le perdonaba sus crímenes y le desterraba al extranjero a fin de que pudiese acallar sus remordimientos y tratara de alcanzar el perdón por los males que había causado a su patria.

Iturbide solicitó varios favores en cambio de su abdicación y obtuvo algunos de ellos, como, verbigracia, una pensión anual de veinticinco mil pesos. Le designaron la Italia como punto de residencia, y le conservaron el título de Excelencia. Su elección y coronación fueron declarados hechos ilegales y violentos, y se anularon todos los actos de su reinado.

En breve se proclamó una nueva constitución, instituyendo las diversas provincias de México en repúblicas federativas (31 de enero de 1824).

Sin embargo, Iturbide, cegado por su ambición, había abandonado la Italia. El 28 de abril de 1824 supo el Congreso mexicano su presencia en Londres y dio un decreto en el que se decía: «Si Agustín Iturbide volvía a poner los pies en el territorio mexicano, sería declarado traidor y quedaría fuera de la ley». Dos meses después, el exemperador desembarcaba en Soto la Marina, previo el permiso del comandante Felipe de la Garza; pero la legislatura del estado de Tamaulipas, fundándose en el decreto del Congreso, condenó a Iturbide a la pena de muerte.

El 19 de julio a las tres de la tarde se le notificó la sentencia, y a las seis había dejado de existir. Fue fusilado en Padilla, capital del estado, y sufrió su pena valerosamente. Nacido en 1790 en la provincia de Valladolid, contaba entonces treinta y cuatro años.

Según la nueva Constitución, el estado confederado de México se compuso de las provincias comprendidas entre el virreinato llamado la Nueva España, de la capitanía general de Yucatán y de las comandancias generales llamadas de las provincias interiores occidentales y orientales.

La religión católica, apostólica y romana fue proclamada religión del Estado, y la nación adoptó para su gobierno la forma de república democrática, representativa y federal.

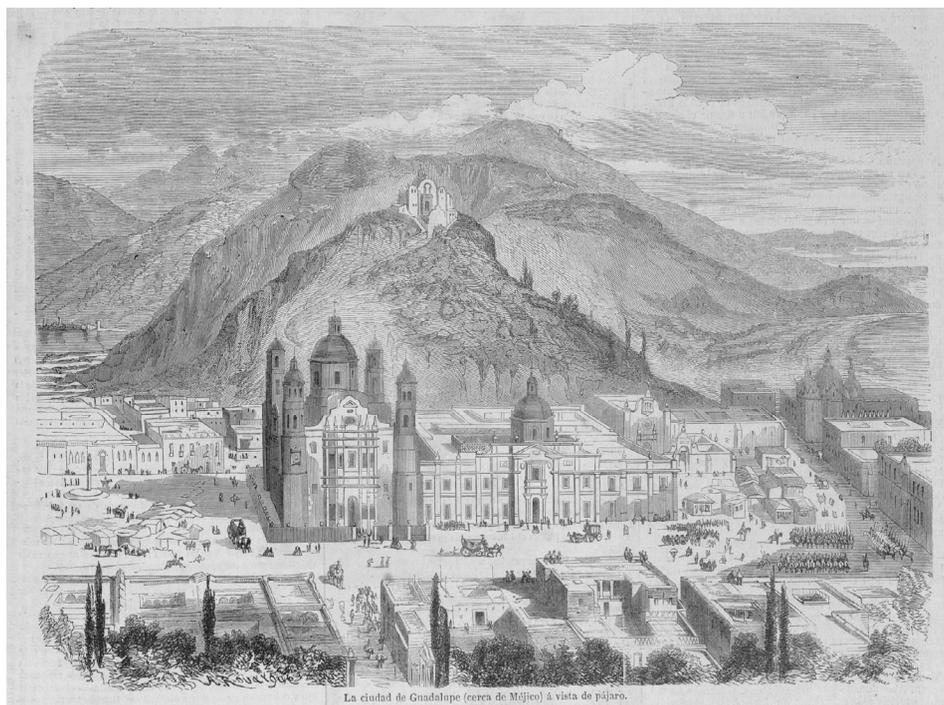


Fig. 26. *La ciudad de Guadalupe (cerca de Méjico) a vista de pájaro*, p. 149.**

El Congreso mexicano eligió por tipo de sus instituciones la Constitución federal de los Estados Unidos de América, aunque conservando ciertas prescripciones de la Constitución de las Cortes españolas discutida y jurada en Cádiz, de donde resultó un principio de antagonismo entre la administración gubernamental y la libertad provincial, con estos elementos característicos: por una parte, el clero y el Ejército, que querían mantener sus privilegios feudales, y por el otro, las masas que aspiraban a completar su emancipación.

Los generales Guadalupe Victoria, Guerrero, Bravo, Terán, Santa Anna y Bustamante, que todos habían trabajado en la guerra de la Independencia, poseían títulos iguales a la presidencia de la república, que recayó en Victoria, de la respetable familia de los Fernández de Durango.

El 26 de noviembre de 1825, el general Coppinger, que se sostenía fiel a la España en el fuerte de San Juan de Ulúa, se determinó a capitular, con lo cual Victoria pudo anunciar a sus conciudadanos que el estandarte de Castilla había desaparecido de aquellas costas al cabo de trescientos cuatro años.

Todo parecía lisonjear a la nueva república: el 30 de diciembre de 1824, el secretario de Estado Jorge Canning notificaba a todas las potencias europeas que su majes-

** La corona el célebre santuario Mariano, estrechamente vinculado a la nacionalidad mexicana. Grabador: M.

tad británica se había decidido a enviar encargos de negocios a México. A principios de 1826 la Francia hacía otro tanto y se disponían a seguir el ejemplo los Países Bajos, la Suecia, la Dinamarca y la Holanda.

Entre tanto, la hacienda del país entraba en una vía próspera. Las rentas habían triplicado desde 1823, y a la apertura del Congreso, el 3 de enero, el presidente trazó en su mensaje un cuadro grato para el presente y lleno de esperanzas para el porvenir.

Dos grandes facciones políticas dividían entonces a México, una llamada de los *escoceses* y otra, de los *yorkinos*, denominaciones tomadas de la francmasonería inglesa para designar la logia de Escocia o la logia de York. Los escoceses sostenían el principio de la unidad nacional, de la centralización; eran en el fondo un partido monárquico. Los yorkinos estaban por el sistema federal, y este partido, esencialmente democrático, contaba en sus filas a los hombres que más se habían distinguido en defensa de la independencia.

En el mismo instante en el que el presidente Victoria acababa de abrir la legislatura el 3 de enero de 1828, estalló una conspiración armada de la que formaba parte el vicepresidente Bravo, jefe de los escoceses; pero el general Guerrero le obligó a rendirse y los principales conjurados fueron desterrados.

Muy luego vinieron las elecciones para la presidencia. Los escoceses presentaron por candidato al ministro de la guerra Pedraza, y los yorkinos, al general Guerrero. El primero fue electo presidente, pero el segundo, a pesar de la mayoría, venció a su competidor a consecuencia de un motín de los yorkinos, en cuya revuelta fue saqueada por el populacho el vasto y rico bazar de México llamado Parián. Fuerte con esta victoria el partido democrático, la Cámara de los Representantes mandó que todos los españoles nacidos en la península, en África, en las Islas Baleares y en Canarias salieran del territorio de la república en el preciso término de tres meses.

Poco tiempo después del advenimiento del nuevo presidente, se formaron contra él muchos partidos, y en 1829 ocurrieron numerosos pronunciamientos en distintos puntos a la vez. Guerrero, no pudiendo someterlos por la persuasión, apeló a la fuerza de las armas. Púsose a la cabeza de un cuerpo de 12.000 hombres, pero apenas había salido de la ciudad de México cuando dos batallones pronunciados y a las órdenes del general Quintana corrieron al palacio del presidente y se apoderaron de él a los gritos de «¡Muera Guerrero!». Al punto se estableció un gobierno, y Bustamante, el vicepresidente, fue proclamado presidente de la República Mexicana. Abandonado por sus soldados, Guerrero se vio en la precisión de refugiarse en Acapulco, donde vivía en paz hacía un año, cuando traidoramente fue entregado por 50.000 pesos a su rival Bravo por un italiano llamado Picaluga.

Guerrero fue fusilado el 14 de enero de 1831 gracias a Nicolás Bravo, a quien sin embargo libertó de la pena capital después de la insurrección de Tulancingo. A Guerrero, que era de origen africano, se debió la abolición de la esclavitud en el territorio de México.

La conducta política de los antiguos ministros de Bustamante, sobre todo la de Lucas Alamán, excitó un vivo descontento, y Santa Anna, que mandaba la guarnición de Veracruz, se declaró en insurrección. El Gobierno central envió contra él al gene-

ral Calderón, quien, vencedor en un principio, tuvo luego que retroceder de resultas de los destrozos que hacía el vómito de sus tropas.

Derrocado a su vez por Santa Anna, Bustamante debió ceder el puesto a Pedraza, cuyos poderes estaban a punto de expirar. Después de la retirada de Pedraza, Santa Anna reclamó para sí la presidencia y la obtuvo en 1833.

Desde la caída de Iturbide, la historia de la República Mexicana podría llamarse la de las revoluciones del general Santa Anna, como dice Alamán en su *Historia de México*; trabajando hoy por unos, mañana por sí, elevando a una facción para sustituirla, luego por otra y jugando siempre con los partidos, vino a ser el promotor de los sucesos políticos que unas veces le llevaron al poder absoluto y otras al destierro.

RETRATOS DE LOS ASESINOS DE NUESTROS COMPATRIOTAS EN MÉXICO

Nemesio Fernández Cuesta*

La grande excitación que ha promovido en el público español la noticia de los asesinatos de nuestros compatriotas en México da interés a los retratos de los asesinos que arriba reproducimos, tomados de las fotografías existentes en la causa. Nuestro propósito es, en general, no dar retratos de asesinos en el *Museo*, pero la especialidad del caso y el tratarse de un crimen que tanto ha llamado la atención en España nos sirven hoy de disculpa.

RETRATOS DE LOS ASESINOS DE NUESTROS COMPATRIOTAS EN MÉXICO, SACADOS DE LAS FOTOGRAFÍAS QUE OBRAN EN LA CAUSA.



Fig. 27. Retratos de los asesinos de nuestros compatriotas en México, sacados de las fotografías que obran en la causa, p. 168.

De izquierda a derecha y de arriba abajo, «MIGUEL HERRERA, del pueblo de Amaruzaque, fabricante de azúcar, de 33 años. JOSÉ CAMILO BARRA, de la hacienda de Chincunauaque, jornalero, de 18 años. NICOLÁS LEITE, del pueblo de Sochi, jornalero, de 13 años. JOSÉ TRINIDAD CABELLO, del rancho de Dolores, labrador, de 40 años. INÉS LÓPEZ, de la hacienda de San Nicolás, jornalero, de 21 años».

* Fernández Cuesta, Nemesio, «Revista de la quincena. Retratos de los asesinos de nuestros compatriotas en México», *El Museo Universal*, II, núm. 21 (15 de noviembre de 1858), p. 168. IIs.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003375771&search=&lang=es>

MANIFIESTO DEL GENERAL ÁLVAREZ

Cristino Martos*

El ciudadano Juan Álvarez, expresidente interino de la República de México y general en jefe de las tropas que operaban en el sur de aquellos estados cuando ocurrieron los sangrientos sucesos de San Vicente y Chiconcuac en el distrito de Cuernavaca, ha escrito un manifiesto que ya deben conocer nuestros lectores, puesto que ha visto la luz en casi todos los diarios de Europa y de América. Por esta razón creemos innecesario trasladar a nuestras columnas aquel extenso documento y nos limitaremos a exponer algunas breves consideraciones acerca de su contenido.

Hagamos desde luego una declaración que la justicia y la imparcialidad nos aconsejan: el general Álvarez, acusado por la opinión pública de su mismo país de ser el cómplice cuando no el instigador de los atentados cometidos contra nuestros compatriotas, objeto de duros pero por desgracia merecidos ataques por parte de la prensa española, designado casi en comunicaciones oficiales como jefe de un movimiento antiespañol en el sur de México, no debía seguir callando delante de tales imputaciones. El silencio en que se había encerrado hasta ahora podía considerarse como una confesión de cuantos hechos se le atribuyen, y su desdenosa actitud era una verdadera ofensa inferida, no solo a España, sino a su mismo país, pues con ella manifestaba tener en poco la opinión pública, esa reina del mundo moderno a quienes más que nadie los ciudadanos de una nación regida por instituciones libres están obligados a respetar.

Por eso queremos prescindir de las circunstancias en que ha aparecido el manifiesto, un poco tardío, del ciudadano Álvarez; acaso la coincidencia de haberse publicado ese documento al mismo tiempo que la situación interior de México se hacía cada vez más difícil, en que Francia o Inglaterra interponían su mediación y España se apresuraba a la guerra, nos autorizaría a sospechar que el general Álvarez, en vista de la proximidad del peligro, ha empezado a tomar por lo serio acusaciones que desdeñaba o que aceptaba como un título de gloria cuando el Gobierno de Comonfort ostentaba respecto a nosotros más belicosas disposiciones; pero preferimos buscar móviles más generosos a la conducta de Álvarez y no achacar a providencia o razón de Estado lo que podemos atribuir a un sentimiento de consideración a los pueblos cultos de Europa y América, a quienes dirige su manifiesto.

Pero si bien el acto de dirigirse al mundo civilizado es digno de toda alabanza, forzoso es reconocer que no ha conseguido su propósito: no necesitamos analizar en todos los pormenores el manifiesto de Álvarez para demostrar que no son poderosas sus razones a destruir la verdad de los hechos; y que ahora, como antes de leer ese documento, pue-

* Martos, Cristino, «Manifiesto del general Álvarez», *La América*, I, núm. 14 (24 de septiembre de 1857), p. 10. <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002221602&search=&lang=es>

den y deben seguir creyendo todas las personas imparciales que los bárbaros atentados de Cuernavaca tienen un carácter político, y que en ellos ha tenido el mismo Álvarez una participación más o menos directa. Nos basta consignar algunos hechos principales, cuya exactitud, a vueltas de largos preámbulos, se viene a reconocer en el manifiesto.

Después de quejarse Álvarez de las injurias que dice le han dirigido los periódicos españoles, y de rechazar las que por honra suya quisiéramos que fueran calumnias pero que hoy tenemos por desdicha hartos motivos de considerar como verdades; después de hacer alarde de una moderación que no quisiéramos ver desmentida por los hechos y de hacer una profesión de fe política y una enumeración de sus servicios a la causa de la revolución, que no sabemos que tengan que ver gran cosa con el objeto del manifiesto, dirige una grave inculpación a la prensa de México, que, con sobrada ligereza (son las palabras de Álvarez), denunció un delito de orden común que cada día se perpetra, con circunstancias más o menos agravantes, en todas las naciones, por más exquisito que sea su régimen administrativo y por más bien establecida que se halle la política de seguridad pública.

Adviértese desde luego en las anteriores palabras el empeño de presentar los asesinatos de Cuernavaca bajo el aspecto de un delito común; ya rebatiremos esta idea, que es la que prevalece en todo el resto del escrito; pero suponiendo que tenga razón el general Álvarez, ¿quién le ha dicho que es una ligereza de la prensa libre de un país el denunciar delitos, ora sean ordinarios, ora políticos, y excitar al Gobierno a que castigue a sus autores? ¿Quería mejor que guardaran silencio los periódicos con la esperanza de poder desmentir a los españoles cuando se quejaban, sin tener a la prensa de su país un testigo irrecusable e inoportuno? Mal se avienen las doctrinas que profesa el ciudadano Álvarez con la idea que manifiesta tener del carácter y los deberes de la prensa; y así como creemos, en vista de las formas de alegato de su manifiesto, es obra de algún abogado mexicano, sin duda el estudio de la jurisprudencia práctica le ha hecho olvidarse de las nociones más elementales del derecho político.

Comoquiera que sea, importa dejar consignado que el general Álvarez confiesa que la prensa mexicana fue la primera en ocuparse de los sucesos de Cuernavaca.

Ahora bien, unos simples asesinatos sin carácter político no preocupan en ninguna parte la atención de toda la prensa.

La prolija relación, contenida en el manifiesto, de las causas que obligaron al general Álvarez a marchar al frente de un cuerpo de ejército contra los enemigos del Gobierno liberal es también un argumento contraproducente: el espíritu de que iban animados Álvarez y los suyos contra los enemigos del orden de cosas establecido en México, la noticia de las conspiraciones y levantamientos, la acusación que a cada paso se fulmina, de que los españoles auxiliaban a los insurrectos, explican perfectamente los sucesos que vinieran después: ¿qué mucho, si su objeto era perseguir a los reaccionarios, que las partidas destacadas de su ejército se arrojasen a todo el linaje de excesos contra los españoles, a quienes consideraban como los más poderosos auxiliares de la insurrección?

Si algo se deduce de esta parte de su relación es que con efecto los asesinatos de San Vicente tuvieron el carácter eminentemente político que la opinión pública les atribuye no solo en España, sino en todo el resto de Europa.

Otro hecho que en el documento que examinamos se confiesa es que don Benito Haro, gobernador de Cuernavaca, de quien no hay motivos para creer que faltara a la verdad en contra de sus compatriotas y en provecho de los españoles, manifestó al coronel Pérez Hernández, jefe del Estado Mayor de Álvarez, que no podía entrar en la ciudad con su escolta, porque la población estaba indignada y atribuía los crímenes de San Vicente a Abascal y Barreto y a él mismo.

¿Cómo se había formado esta opinión? ¿Es fácil que así se extravíe un pueblo entero? ¿No debían tener poderosos motivos para pensar de aquel modo los habitantes de Cuernavaca? ¿No es de creer que cercanos al teatro de los hechos estaban en el caso de conocer sus autores y tenían medios de adquirir el convencimiento de la tolerancia, cuando menos de Álvarez, y de la culpabilidad evidente de sus secuaces? ¿No es esto una prueba de que los asesinos de Tierra Caliente obraban movidos de un puro sentimiento político y en virtud de un plan anteriormente concebido?

¿O la opinión que reinaba en Cuernavaca era resultado también de las calumnias de los escritores españoles?

En cuanto a la participación más o menos directa del mismo Álvarez en los atentados cometidos contra nuestros hermanos, claro es que las pruebas son más difíciles, y por lo mismo no es de extrañar que esta sea la parte más débil de su manifiesto. Sin embargo, según sus propias expresiones, su complicidad aparece más que medianamente demostrada.

La voz pública acusaba a dos de sus oficiales, Abascal y Barreto, y a varios de sus soldados como autores de los asesinatos: ¿fue Álvarez el único que no lo supo? Y sabiéndolo, ¿cómo no abrió un sumario para la averiguación de los hechos y castigo de los culpables? No extraña el ciudadano Álvarez que, en vista de su indulgencia con los criminales, se haga sospechoso y se sospeche que obraron con arreglo a sus órdenes.

Hay más aún: se confiesa en el manifiesto que Haro reclamó a Pérez Hernández las personas de Abascal y Barreto para ponerlos a disposición del Gobierno de México, y que Pérez Hernández se negó a satisfacer su demanda, alegando que él no obedecía otras órdenes que las de Álvarez, su jefe. ¿Se concibe tal acto de desobediencia sin estar seguro de la impunidad? Haro no hacía más que transmitir una orden del Gobierno, y Pérez Hernández, al desobedecerla, faltó al Gobierno supremo de México.

¿Cómo no castigó Álvarez ese desacato de un jefe de Estado Mayor? ¿Cómo no redujo inmediatamente a prisión a los oficiales sospechosos y les puso a disposición del Gobierno? ¿No constituye todo esto un verdadero acto de complicidad moral?

Al lado de estos hechos reconocidos y en presencia de las deducciones a que naturalmente se prestan, nada significan las protestas del general Álvarez, sus argumentos a la menuda en refutación de ciertos pormenores poco importantes y sus quejas contra la prensa española que, sin conocerle, le han tratado con tanta injusticia. Por eso no examinamos esa parte de su alegato; nuestro objeto era demostrar, y nos parece haberlo conseguido, que ese documento no ha podido desvirtuar nada de cuanto se ha dicho antes de su publicación sobre los crímenes de Tierra Caliente ni quitar su carácter político a aquellos sucesos ni reducir a las simples proporciones de un juicio ordinario lo que considera el mundo civilizado como una cuestión internacional.

CUESTIÓN DE MÉXICO*

En nuestro número anterior examinamos el párrafo del discurso de la Corona relativo a la cuestión de México, y nuestros lectores recordarán que le censuramos por vago, por ambiguo y poco expresivo. Vamos ahora a consagrar algunas reflexiones a la parte del mensaje de contestación del Senado y del Congreso, relativa al mismo asunto, sin embargo de que no ha sido ni discutida ni aprobada todavía.

Las comisiones encargadas de redactar en ambos cuerpos los proyectos de contestación son completamente ministeriales, pero hay, sin embargo, una notable diferencia entre el lenguaje con que la del Senado se adhiere a los deseos que el Gobierno muestra de dar una solución pacífica a tan grave asunto y el que usa la del Congreso.

Los redactores del proyecto en la Alta Cámara no solo hallan muy natural y corriente que el Gobierno use de un lenguaje reservado y ambiguo, tratándose de una cuestión internacional tan capital para el porvenir de nuestros intereses en América, sino que además la empequeñece y la deja reducida a los estrechos límites del castigo de los asesinos de Cuernavaca.

Nosotros creemos, no obstante, que este párrafo del mensaje, en que los autores del proyecto han tomado sin duda su opinión por la de la mayoría del Senado, sufrirá una larga discusión y será redactado de nuevo. No de otro modo puede la Cámara satisfacer las exigencias de la opinión pública tan fuertemente pronunciada en un asunto tan verdaderamente nacional.

En la cuestión de México, ya lo hemos dicho mil veces, no se trata solamente del castigo del brutal atropello y de los bárbaros asesinatos ejecutados en ciudadanos españoles, sino de depurar si en el fondo de esos crímenes ha habido el carácter político y la complicidad indirecta del Gobierno de la república que tanto los documentos diplomáticos como las correspondencias particulares, como la posición oficial de sus perpetradores les han dado. No se trata tampoco solamente de esa depuración necesaria por el buen nombre español, por la dignidad del Gobierno y por el juicio que toda la Europa ha formado de esos sucesos, sino de que la publicidad y la extensión y las formas de la satisfacción correspondan a la gravedad del ultraje y a las circunstancias sospechosas que la han acompañado. Es menester que la satisfacción sea de tal naturaleza, tan amplia y completa, que garantice en lo posible la imposibilidad de que vuelvan a repetirse en lo sucesivo tan brutales afrentas sin que inmediatamente no sean castigadas.

* s. f., «Cuestión de México», *La América*, I, núm. 6 (24 de mayo de 1857), p. 4.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002220348&search=&lang=es>
Reproduce un fragmento del *Diario de Sesiones de las Cortes, Senado*, apéndice al núm. 5 (11 de mayo de 1857), pp. 27-29.

El párrafo del mensaje del Congreso está redactado en un sentido más en armonía con la opinión pública y con la actitud fuerte y enérgica que el Gobierno español debe conservar en estas negociaciones.

He aquí el párrafo que reproducimos en comprobación de nuestras observaciones:

«El Congreso de los Diputados, estimando en lo mucho que vale, y aplaudiendo sinceramente la correspondencia amistosa que el Gobierno de Vuestra Majestad conserva con las demás naciones, mira por lo mismo con un sentimiento, de que no quisiera dar muestras sucesivas, la interrupción de las relaciones diplomáticas con la República Mexicana. Asociándose a las esperanzas que Vuestra Majestad abriga de que esa interrupción no sea duradera, el Congreso, sin embargo, no puede menos de estigmatizar enérgicamente los actos de vandalismo y de barbarie que tan sobradamente la justifican. Para cuestiones como esta no hay, señora, en España, partidos ni discordias. El Congreso de los Diputados tiene la más completa confianza en que el Gobierno de Vuestra Majestad llevará a buen término esta deplorable desavenencia, y en todo caso cree interpretar fielmente el sentimiento unánime de la nación, ofreciendo a Vuestra Majestad cuantos recursos se necesiten para conseguir cumplida reparación de las ofensas recibidas y para mantener a todo trance el decoro de nuestra bandera».

Esperamos que cuando llegue la discusión de esa parte del mensaje aprovecharán la ocasión algunos diputados para excitar enérgicamente al Gobierno a que abandone esa actitud vacilante, indecisiva e inconveniente que los mal intencionados traducen por debilidad y que cada día da nuevos alientos a los cómplices indirectos de los asesinatos de Cuernavaca. [...]

De las últimas y fidedignas correspondencias de México que tenemos a la vista, resulta que el proceso instruido para castigar a los asesinos de Cuernavaca sigue casi estancado. El juez Contreras ha acudido al Gobierno pidiendo recursos, gente y dinero para aprehender a los principales criminales que se han refugiado en Iguala, donde se encuentran Villalba y Arellano, dos de los jefes de Álvarez, bajo cuya dirección se cometieron los asesinatos de San Vicente. El mismo juez ha pedido que se procese a Bueno, jefe de la policía del distrito de Cuernavaca, que fusiló sin proceso a los dos que se habían declarado reos convictos de aquellos crímenes; pero ni Bueno ha sido entregado para ser juzgado ni ha ido un soldado a Iguala; por el contrario, el Gobierno se desentiende completamente de las excitaciones del juez, y el mismo don Pío Bermejillo, hermano de las víctimas y dueño de las posesiones saqueadas, ha tenido que levantar a su costa alguna gente para auxiliar al juez, esfuerzo hasta ahora estéril porque tiene que luchar con la inercia del Gobierno.

Decíase, sin embargo, a la salida del correo, que temeroso el Gobierno de la actitud de España, y deseando desarmarla, pensaba ejecutar a alguno de los reos, pero aún dudamos que estos rumores extraoficiales salgan ciertos. [...]

La actitud del Gobierno en la cuestión de México continúa envuelta en la mayor reserva. No pasan de conjeturas cuantos comentarios se hacen sobre la conferencia que el señor Lafragua ha tenido con el marqués de Pidal. Corre, sin embargo, muy

válida la noticia de que, no obstante de estar el párrafo del proyecto de mensaje del Congreso más expresivo que el del Senado, se presentará cuando se discuta una enmienda más en armonía con las exigencias de la opinión pública, la cual será admitida por el Gobierno. Mucho nos holgaríamos, por el buen nombre español, de que saliese cierta la noticia.

CUESTIÓN DE MÉXICO

Cristino Martos*

Decididamente la cuestión de España con México ha entrado en un nuevo período de arreglo, después de tantas y tan complicadas vicisitudes: a pesar de los aprestos marítimos y militares que está haciendo nuestro Gobierno, a pesar de los alardes belicosos de Comonfort y sus partidarios, no obstante las disposiciones nada pacíficas ni conciliadoras que de una parte y otra se observan, hoy aparece como indudable que en virtud de la mediación de Inglaterra y Francia no se romperán las hostilidades y se transigirán, o a lo menos se tratarán de transigir pacíficamente, las diferencias que existen entre ambos países.

La forma de llevar a cabo la transacción, el medio de ajustar el arreglo no se conocen con certeza; hay quien cree que las potencias mediadoras se limitarán a transmitir al Gobierno de México las proposiciones de España, y hay quien supone que para examinar con más detenimiento e ilustración el asunto se constituirá un congreso en París a cuyas conferencias serán llamados los representantes de las dos partes contendientes.

Cualquiera que sea el método que se adopte, es lo cierto que España, tan segura de su razón y de su derecho, y que sin pasar por arrogante podía estar también confiada en su fuerza, ha comenzado a retroceder en esta cuestión, haciendo en obsequio de la paz una concesión importante que no sabemos si será apreciada en su verdadero valor por el Gobierno de la república, porque es una concesión importante a nuestros ojos la de cometer al arbitraje ajeno, aunque haya de ser ejercido por naciones aliadas y amigas, reclamaciones que en términos de rigurosa justicia ni pueden ser objeto de discusión ni dar lugar al menor asomo de duda.

Si lo ha hecho así nuestro Gobierno, si después de la conducta de Comonfort y de la embajada de Lafragua ha consentido en nuevas dilaciones y se aviene a ensayar todavía los medios pacíficos, es preciso que sepa México, conviene que las demás naciones no ignoren, que solo obra en ese sentido cediendo al espíritu civilizador del siglo, que mira la guerra como la última de las calamidades; y por dar una prueba más de la moderación y de la cordura de España, que por lo mismo que es más fuerte que su adversario, por lo mismo que tiene seguridad de que alcanzará en breve por las armas lo que por la razón no consigue, desea apurar todos los recursos de paz antes de decidirse a la guerra, y no quiere sino en trance muy apurado adoptar una resolución violenta, cuyas consecuencias se harían sentir sobre los habitantes de México, que en su gran mayoría estamos seguros de que deploran la conducta de su Gobierno.

* Martos, Cristino, «Cuestión de México», *La América*, I, núm. 19 (24 de agosto de 1857), pp. 15-16.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002221265&search=&lang=es>

Lo repetimos, porque importa mucho dejar consignada esta verdad en interés de nuestro porvenir en América: sería un dolor para los españoles emprender una lucha sangrienta con sus hermanos de México, con quienes se hallan unidos por vínculos de tan estrecha simpatía; pero que no se engañe nadie sobre los medios de nuestra conducta; no son medios, no es seguridad de vencer lo que nos falta; es prudencia, es moderación, es deseo de la paz lo que nos sobra.

Por lo demás, respetando la resolución de nuestro Gobierno, porque *La América* ni quiere ni debe decir nada que pueda disminuir su prestigio en cuestiones de esta naturaleza, séanos permitido exponer algunas consideraciones: ya que se ha creído conveniente prescindir por hoy de la guerra, habríamos querido que antes de proceder a un arreglo España hubiera empezado por hacer una reclamación como base preliminar y *sine qua non* de las negociaciones, que no deberían empezar mientras no se hubiera accedido a ella por el Gobierno de la república. El castigo de los asesinos de Cuernavaca debería preceder a todo paso de arreglo, como una prueba de que el Gobierno de Comonfort entra de buena fe en las negociaciones. Una concesión semejante hizo la Confederación Helvética como preliminar de arreglo en la cuestión de Neuchâtel, y eso que el rey de Prusia no estaba asistido de la razón como lo está el Gobierno de España.

No podemos ocultar tampoco que es de sentir que si acaso llegan las negociaciones a un feliz resultado y México atiende a nuestras reclamaciones, puede creerse por algunos que este resultado se obtiene exclusivamente por la mediación ajena, y que se otorga a Inglaterra y Francia por poderosas lo que se hubiera negado a España por decaída y débil. Bajo este punto de vista, es indudable que para aumentar nuestra influencia en América hubiera sido más conveniente la guerra.

De cualquier modo, y después de hacer estas indicaciones y de manifestar nuestro deseo de que la cuestión con México quede terminada honrosa y pacíficamente, debemos decir con sinceridad que no abrigamos grandes esperanzas de llegar a ese resultado, a menos que no ceda España más de lo que al decoro de su nombre conviene. Otro día expondremos los fundamentos de nuestro juicio y trataremos de demostrar por qué no vemos en esta nueva fase de la cuestión más que otro largo aplazamiento que hará más y más evidente la dolorosa necesidad de la guerra.

EL TRATADO CON MÉXICO Y EL SEÑOR PACHECO*

Insertamos a continuación el convenio celebrado por los representantes de México y España que ha terminado por fin las desavenencias entre aquella república y nosotros. Ojalá esas relaciones de paz sean durables y benéficas para nuestros hermanos del Nuevo Mundo que, amenguados continuamente por sus discordias interiores, lo son mucho más por la hipócrita avaricia y la descarriada ambición de extraños filibusteros.

En estos últimos días se ha publicado en los diarios, y no se ha desmentido por nadie, la noticia de que el señor don Joaquín Francisco Pacheco ha sido nombrado, o deberá serlo, ministro plenipotenciario de la España en México. Aplaudimos al Gobierno por tan acertada elección y felicitamos al señor Pacheco, que reúne a una inteligencia elevada otras cualidades y conocimientos especiales, no comunes para tan alta misión. No aceptamos la opinión de los que creen que los puestos diplomáticos en la América independiente son puestos secundarios y dignos solamente de ser ocupados por hombres de poco valor inteligente o por aprendices que van a ensayar sus fuerzas para obtener más tarde otro puesto, sin duda más agradable y descansado, en alguna de las capitales de Europa. En Europa, las relaciones internacionales están basadas en reglas fijas, reconocidas y respetadas por todas las naciones europeas, y el diplomata puede decirse que tiene un código estricto para conducirse. No sucede igual cosa en América, donde casi todo está por hacerse y donde las diferencias de forma de gobierno producen a veces obstáculos y dificultades que no han sido previstos y que pueden ser anulados por las reflexiones de un hombre inteligente y por el peso racional que sus palabras y sus actos tendrían en un consejo de hombres buenos. Con las repúblicas de la América independiente, además de los lazos de sangre, simpatías de familia y de raza, nos ligan intereses particulares y puramente españoles que no podemos ni debemos descuidar. Allí nuestro comercio y nuestra industria prosperan y adquieren cada día más desarrollo, desarrollo que se convertiría en mayor riqueza si tuviese más seguridades y más protección; y hoy más que en otros tiempos todavía, el espíritu aventurero de nuestros naturales, impulsado por esos grandes elementos que posee la industria humana y que tienden a unir los mundos, atraviesa los mares, recorre las costas y abre sus talleres de trabajo en esos pueblos hermanos que nos acogen como a hermanos y que nos saludan en nuestro propio idioma.

Los hombres como el señor Pacheco son de grande utilidad, es cierto, para más honoríficos encargos, pero creemos que mayor sería la que reportarían a la España y a la

* s. f., «El tratado con México y el señor Pacheco», *La América*, III, núm. 24 (24 de febrero de 1860), pp. 9-10. <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002230480&search=&lang=es>
Reproduce el tratado conocido como Mon-Almonte, que se halla en *Diario de Sesiones de las Cortes del Congreso de los Diputados*, apéndice núm. 1 al núm. 7, del 4 de junio de 1860, s. p.

misma América en esas graves misiones. Sin que nos extravié un puntillo de honor nacional, y únicamente teniendo por guía un verdadero espíritu de justicia, creemos que una valla moral, un derecho indescriptible de nacionalidad, debe oponerse a las pretensiones invasoras de ese coloso norteamericano que amenaza absorber la libertad por la fuerza y desarraigar esas nacionalidades *yanqueizando* a la América española independiente. Lo repetimos, felicitamos al señor Pacheco y no dudamos que la nueva misión que la España le confía será otra página honrosa de sus altos servicios que aumentará, si se puede, la estimación que aquellos le han granjeado dentro y fuera de España.

He aquí el convenio a que hemos aludido.

«El presidente de la República Mexicana y Su Majestad la reina de las Españas, movidos igualmente del deseo de poner término a las diferencias que por desgracia han surgido entre ambos países y de estrechar la natural amistad que debe existir entre ellos, han convenido en proceder a la conclusión de un tratado que restablezca las antiguas relaciones entre los dos Estados, y han nombrado al efecto por sus plenipotenciarios su excelencia el presidente de la República Mexicana, al Excelentísimo señor don Juan Almonte, general de división del Ejército mexicano y enviado extraordinario plenipotenciario de la República Mexicana, cerca de Su Majestad el emperador de los franceses, y Su Majestad la reina de las Españas, al Excelentísimo señor Alejandro Mon, caballero Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, de la imperial, de la Legión de Honor de Francia, de la de Cristo de Portugal y de la pontificia de Pío IX, diputado a Cortes, ministro que ha sido de Hacienda, individuo de la Real Academia de San Fernando y embajador extraordinario y plenipotenciario de Su Majestad Católica, cerca de Su Majestad el emperador de los franceses, los cuales, después de haber canjeado sus plenos poderes, y hallándolos en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1. Habiendo sido juzgados ya por los tribunales los principales reos de los asesinatos cometidos en las haciendas de San Vicente y Chiconcuac, y ejecutada en sus personas y pena capital que se les ha impuesto, el Gobierno de México continuará activamente la persecución y castigo de los demás cómplices que hayan logrado hasta hoy eludir la acción de la justicia, y activará todos los procedimientos a fin de que tengan el debido castigo los culpables de los crímenes perpetrados en el mineral de San Dimas, departamento de Durango, el 15 de septiembre de 1856, tan luego como dicho departamento vuelva a la obediencia del Gobierno mexicano, o puedan ser aprehendidos los reos o autores de dichos crímenes.

Artículo 2. El Gobierno de México, aunque está convencido de que no ha habido responsabilidad de parte de las autoridades, funcionarios ni empleados en los crímenes cometidos en las haciendas de San Vicente y Chiconcuac, guiado sin embargo del deseo que le anima de que se corten de una vez las diferencias que se han suscitado entre la república y España, y por el común y bien entendido interés de ambas naciones a fin de que caminen siempre unidas y afianzadas en los lazos de una amistad duradera, consiente en indemnizar a los súbditos españoles a quienes corresponda de los daños y perjuicios que se les hayan ocasionado por consecuencia de los crímenes cometidos en las haciendas de San Vicente y Chiconcuac.

Artículo 3. Movido de los mismos deseos manifestados en el artículo anterior, el Gobierno mexicano consiente también en indemnizar a los súbditos de Su Majestad Católica de los daños y perjuicios que hayan sufrido por consecuencias de los crímenes cometidos el 15 de septiembre de 1856 en el mineral de San Dimas, departamento de Durango.

Artículo 4. Animados de los propios sentimientos expresados en los dos artículos anteriores, y abundando en los mismos deseos, el Gobierno español consiente en que las referidas indemnizaciones no puedan servir de base ni antecedente para otros casos de igual naturaleza.

Artículo 5. Los Gobiernos de México y de España convienen en que la suma o valor de las indemnizaciones de que tratan los artículos anteriores se determine de común acuerdo por los Gobiernos de Francia y de Inglaterra, que han manifestado hallarse dispuestos a aceptar este encargo, que desempeñarán por sí o por sus representantes, teniendo en cuenta los datos que presenten los interesados y oyendo a los respectivos Gobiernos.

Artículo 6. El tratado del 12 de noviembre de 1853 será restablecido en toda su fuerza y vigor, como si nunca hubiese sido interrumpido, ínterin que por otro acto de igual naturaleza no sea de común acuerdo derogado o alterado.

Artículo 7. Los daños y perjuicios cuyas reclamaciones se hallaban pendientes al interrumpirse las relaciones, y cualesquiera otros que durante esta interrupción hayan podido dar lugar a nuevas reclamaciones, serán objeto de arreglos ulteriores entre los dos Gobiernos de México y España.

Artículo 8. Este tratado será ratificado por Su Excelencia el presidente de la República Mexicana y por Su Majestad la reina de España, y las ratificaciones se canjearán en París dentro de cuatro meses contando desde esta fecha o antes si fuere posible.

En fe de lo cual los infrascritos plenipotenciarios lo han firmado y sellado con los sellos respectivos. Fecha por triplicados en París a veintiséis días del mes de septiembre del año del Señor mil ochocientos cincuenta y nueve. (Firmado) Juan N. Almonte. (Firmado) Alejandro Mon».

El territorio de México confina por el Norte con los Estados Unidos, por el Este con el mar de las Antillas y el golfo de México, por el Sur con Guatemala y por el Oeste con el mar Pacífico. Su superficie es de 269.630 leguas cuadradas, y su población, de 7.097.900 habitantes, de los cuales 1.500.000 son blancos; 2.000.000, criollos; 3.590.000, indios y 7.900, negros. Una gran cordillera de montañas atraviesa el territorio y estas se denominan Sierra Madre, Sierra de los Mimbres, Cordillera de México, Sierra Verde, etc. Hay numerosas minas de oro, de plata, de mercurio y de piedras preciosas. El suelo, arenoso en la costa oriental y muy fértil en las regiones bajas de la costa occidental, produce azúcar, cacao, vainilla, algodón, cochinilla, palo campeche y generalmente todos los productos de países ecuatoriales. Las alturas más notables sobre el nivel del mar, en metros, son las siguientes: México, 2.277; volcán grande Popocatepell, 5.400; pico de Orizaba, 5.205; minas de Morán, 2.593; Tula, 2.053; Toluca, 2.639; Cuernavaca, 1.636; Puebla de los Ángeles, 2.194; Perote, 2.354.

Como ha dicho muy bien un conocido académico,¹ la conquista del Nuevo Mundo por los españoles fue uno de aquellos memorables acontecimientos que, por la singularidad de sus circunstancias, aún más que por el hecho mismo, encarecen sobremedida el valor de los que le llevaron a cabo y la gloria de la nación en donde se concibió tan atrevido pensamiento. El espíritu belicoso de nuestros antepasados, no debilitado todavía después de siete siglos de lucha tenaz con los hijos del islamismo, no satisfecha su ambición de gloria con haber sentado el pendón de Castilla en las almenas de Italia y Flandes, renació con nuevos bríos cuando, a consecuencia de los descubrimientos de Colón, halló otro nuevo teatro en donde hacer gallarda ostentación de sus hazañas, otro mundo que someter a la pujanza de sus armas vencedoras. El valor y la fortuna coronaron sus esfuerzos; el valor y la fortuna ofrecieron a la asombrada Europa el majestuoso espectáculo de un acontecimiento grande y sorprendente, que no tiene igual en la historia moderna de las naciones. Verificado con los más escasos medios que pueden emplearse en la guerra, y por un puñado de combatientes cuyo valor y audacia suplía la escasez de su número, no podía menos de lisonjear el orgullo nacional y de excitar a nuestros escritores a dejar consignados en la historia multitud de hechos heroicos que hoy mismo parecen superiores al esfuerzo humano.

Y no poco contribuye a la atención que presta todo el mundo a la actual expedición contra México el recuerdo de ese mismo espíritu belicoso de nuestros antepasados, empleado con escasos medios en la guerra. Porque no se esperaba que la España, este país tan combatido en su renacimiento, no solo alcanzara en África inmarcesibles laureles, sino que estuviese dispuesto, por reconocerse fuerte, a demandar satisfacción a cualquiera que osara burlarse de sus banderas.

Es enteramente imposible que nuestros soldados den un solo paso en el territorio de México sin hallar en todas partes recuerdos de los españoles, de los soldados de Hernán Cortés, antepasados suyos. Porque si bien la civilización primitiva de los indios reflejaba doquier la grandeza, el poder y la inteligencia de la raza gobernada por

1. Don José de la Revilla en su prólogo a la *Historia de la conquista de México*, escrita por don Antonio de Solís.

Moctezuma, debe reconocerse después el sello de la dominación española que continúa por tantos años en aquellos países.

México se hallaba dividido en pequeñas repúblicas que reconocían la soberanía del emperador Moctezuma. La prepotencia de aquellos pueblos era grande y alternaba dignamente con su cultura. El mismo Hernán Cortés no vacilaba en asegurar en sus cartas al emperador Carlos V que los indios tenían la misma manera de vivir, el mismo orden y concierto que la gente de España; que lo que había visto en la capital de México no tenía *semejable* en Europa, y que respecto de las cortes y sus ceremonias no había ninguna, ni aun de soldanes ni príncipes infieles, que pudiese compararse con la de Moctezuma. He aquí por qué, al ocuparse un afamado escritor contemporáneo² de la civilización primitiva del Nuevo Mundo, ha dicho: «La Europa espera ha largo tiempo, y con sobrado fundamento, la aparición de un libro en el cual pueda contemplar la civilización primitiva del Mundo Nuevo tal como era real y positivamente, y no como las preocupaciones o los intereses de otros tiempos quisieron que apareciera».

México permaneció bajo la dominación española hasta el año de 1821, en que una insurrección la separó de la metrópoli, constituyéndose en república federal independiente.

De nuevo brotan hoy al viento en las playas mexicanas las banderas españolas, y si bien no con afán de conquista, serán al menos respetadas demostrando que la España es una nación digna, fuerte y poderosa, muy capaz ya por sí sola de no dejarse imponer ni por sus enemigos ni por sus émulos.

FRANCIA Y MÉXICO

Jacinto Beltrán*

En uno de nuestros últimos números, empezamos a insertar el artículo que sobre la cuestión mexicana ha publicado monsieur Michel Chevalier en la *Revue des Deux Mondes*. Los sucesos que posteriormente han ocurrido en aquella parte del mundo han privado de todo interés a la voluminosa producción del célebre economista. Nuestro objeto al trasladarla a las columnas de *La América* era comentarla con algunas notas críticas que demostrasen los errores en que había incurrido el órgano de la política imperial. Esos errores han sido más elocuentemente combatidos por hechos notorios y muy especialmente por el acta de la Conferencia de Orizaba. Sin embargo, monsieur Chevalier aventura algunos datos y observaciones que descubren anticipadamente las intenciones de aquel Gobierno, y que tienden directamente a disponer la opinión pública de Francia y de Europa para que no les cogiera de susto lo que iba a suceder. Algunos pasajes del consabido artículo van a servir de texto para unas ligeras consideraciones.

Monsieur Chevalier divide su trabajo en dos partes. La primera es una descripción geográfica y estadística de aquel país, de su clima, de su territorio, de sus minas, de sus ciudades, etc., en todo lo cual no nos dice nada que no hayamos leído en Humboldt y en Prescott, de cuyas obras ha sacado todos sus materiales. La segunda se dedica especialmente a la expedición y empieza por las probabilidades de su éxito. Bajo el punto de vista militar, es infalible, de lo cual nadie ha dudado, pero no todos convendrán en algunas de las pruebas de que el autor hace uso en confirmación de su aserto. En su opinión, el Ejército francés tiene en su favor tal número de ventajas que la expedición será mas bien una gira de campo que una empresa belicosa.

Todo les sonrío en su tránsito de Veracruz a la capital. Atravesarán una región tan sana como hermosa. Las grandes haciendas de ganadería, sembradas en el camino, les suministrarán cuanta carne puedan necesitar y, lo que es más, gran cantidad de frijoles, alimento sustancial y agradable. La leña para los ranchos y para calentarse en los campamentos está de sobra en todas partes. Es verdad que el agua potable no es muy grata al paladar, «pero la administración militar ha tomado sus precauciones contra este inconveniente», aunque el autor no se digna revelarnos en qué consisten estas precauciones, porque si todas ellas se reducen a la ración de café que se distribuirá a la tropa, la administración no acredita su originalidad ni la precaución bastará para satisfacer la sed que provoca una marcha penosa bajo un clima abrasador.

* Beltrán, Jacinto, «Francia y México», *La América*, VI, núm. 7 (8 de junio de 1862), pp. 11-12.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002238961&search=&lang=es>

El autor pone en duda que el soldado francés se acostumbre al pulque, y no puede disimular que por ahora la privación del vino es un mal inevitable. Toda esta parte del artículo va dirigida al soldado francés y a su familia. ¡Cuántos desastres y cuantas lágrimas vendrán dentro de poco a disipar estas crueles ilusiones!

Lo que sigue pertenece a la política: «Si los franceses se hubiesen presentado solos, apenas habrían encontrado resistencia». Pues entonces, ¿a qué vienen esas crispaciones nerviosas, ese mal disimulado despecho de que la *Patrie* se ha hecho intérprete, y que las columnas del *Moniteur* han reflejado, descubriendo su verdadero origen y el verdadero paciente de la dolencia? ¿Por qué os quejáis tan amargamente del abandono en que os dejan vuestros aliados? ¿Por qué esas diatribas contra el general Prim, que sabéis modificar cuando habláis de la expedición inglesa, cuya conducta ha sido en todo igual a la de la española?

Pasamos, sin hacer mención de ellas, por muchas preciosidades dignas de *Punch* y del *Charivari*, para llegar a la parte más delicada del negocio: la candidatura del archiduque Maximiliano. El autor descubre en este proyecto grandes dificultades. La casa de Austria no debe ser popular en México, aunque no sea más que por los recuerdos que ha dejado Felipe II. Su permanencia en el trono exigiría la de un ejército francés por un tiempo indefinido, y el autor, colocado entre la voluntad del emperador, su amo, bien decidida en favor de aquel príncipe, y los obstáculos evidentes que se oponen a la realización de tan absurdo designio, se enfrasca en un laberinto de conjeturas y de sofismas en el cual no nos sentimos inclinados a seguirlo. Monsieur Chevalier es un economista eminente, pero como pensador profundo y elocuente escritor su reputación no es envidiable. Si a estas circunstancias se agrega la obligación de sostener una tesis contra la cual se sublevan de consuno el raciocinio y la experiencia, la verdad y la justicia, será fácil explicar el poco acierto con que en esta ocasión ha manejado la pluma y el mal efecto que ha producido en Francia, según aseguran cartas de París que hemos visto, esta explosión de condescendencia palaciega y esta flexibilidad a las insinuaciones del poder.

Hay, sin embargo, en el artículo algunos rasgos de candidez que revelan en el autor su falta de práctica en las funciones poco envidiables que por primera vez desempeña. De cuando en cuando parece que sucumbe bajo el peso que le han echado encima, y los esfuerzos que hace para esquivarlo son tan poco diestros como inútiles: «Por corta que fuese la ocupación de la capital y de algunos puntos principales de México por una fuerza francesa, no podría menos de provocar graves objeciones en Francia. La opinión no miraría con buenos ojos unos gastos provechosos tan solo a extranjeros. Si se adopta, pues, este medio para sostener el nuevo trono, sería conveniente que se tuviese por entendido que, en cuanto el tesoro mexicano dejase de ser un cofre vacío, los gastos de una ocupación en que solo se interesa la nación mexicana serían satisfechos por ella».

Aquí se trata la cuestión bajo dos puntos de vista: el militar y el económico. En cuanto al primero, el autor no disimula sus temores de que la ocupación dure más tiempo del que convendría a los intereses de la Francia, y del que sería aprobado por la opinión pública. El ejemplo de Roma no deja de ser elocuente, y la alternativa que de su consideración resulta no deja de ser apremiante: porque si aguardan los france-

ses a que el país se tranquilice para retirarse, bien pueden aplazar esta operación para las calendas griegas. Si se retiran antes de haber conseguido aquel objeto, ¿qué dirá el mundo de las promesas, de la supremacía y de la previsión de la nación francesa? El autor habla de la ocupación de la capital y de algunos puntos principales. ¿Qué puntos serán estos? ¿No son principales todas las capitales de provincia? ¿Y cuántos millares de hombres son necesarios para cubrir puntos tan distantes unos de otros, y separados por inmensos desiertos?

En cuanto a la cuestión económica, ajustemos cuentas. Los franceses reclaman doce millones de duros por los perjuicios hechos a sus compatriotas, más quince por el contrato de la casa de Jeker. Si a estas frioleras se agregan los gastos de una ocupación que, sin pasar del día de hoy, ascienden a cincuenta millones de francos, ¿bastarán las minas de México, dado que fueran del dominio público, para llenar tan espantoso vacío? ¿Y serán, por otra parte, los conservadores mexicanos, los favoritos del Imperio, los que llenen ese cofre vacío del tesoro? Pero de cuantos partidos han devorado la sustancia de aquel malaventurado país, ninguno ha excedido en rapacidad y dilapidación al que se acoge hoy al pabellón imperial. ¿A cuál de ellos pertenece la autoridad que mandó violar el depósito de los caudales ingleses, protegidos por la bandera de su nación, en casa de su representante, rompiendo sus sellos y maltratando a los súbditos de la reina Victoria? ¿De dónde han salido los millones de que hoy disfruta en su magnífica residencia de San Tomás el jefe y fundador de ese partido, cuyos individuos, según expresa un documento firmado por un ministro francés, merecen toda la confianza de su augusto amo?

Llenaríamos volúmenes si nos propusiéramos desmenuzar la obra de monsieur Chevalier y hacer el inventario de los errores, tergiversaciones, reticencias y fanfarronadas que contiene. Sería tarea tan fastidiosa como inútil, ya que la noble y oportuna resolución del general Prim nos ha puesto fuera del alcance de los males que ha de producir la más descabellada, la más injusta y la más peligrosa de cuantas operaciones político-militares han abortado en el siglo presente, a influjo de la embriaguez del poder y de la ambición más irreflexiva y desbocada.

CÓMO CELEBRAN LOS LÉPEROS EL GRITO DE DOLORES*

Ante todo, debemos explicar este epígrafe y decir al lector lo que son los *léperos* y lo que fue el *grito de Dolores*.

Los léperos son la gente vagabunda, holgazana y perdida de México, exactamente como los *lazzaroni* de Nápoles. Solo en Nápoles y en México, países deliciosos donde la naturaleza parece hacerlo todo, es donde se encuentra esta clase de gente que pasa la vida en no hacer nada.

Dolores es un pueblo, cerca de la capital, donde se dio por primera vez y por boca del cura párroco el grito de independencia mexicana. Gran cosa es la independencia, pero es todavía una cosa más grande el ser digno de ella; y si bien la mayoría sensata y honrada de los mexicanos no dudamos que la merecerá, hay que convenir en que varios de sus generales y hombres políticos más que ser presidentes merecerían ser presidiarios.

Pues, como decimos, el cura de Dolores fue el primero que dio el grito de independencia en una noche, 15 de septiembre. La independencia se obtuvo no sin ayuda de vecinos y merced a las circunstancias en que la España se hallaba por entonces; y desde aquella fecha, todos los años el 15 de septiembre se celebra el aniversario del grito de Dolores.

No nos pesan a nosotros la libertad ni la independencia de ningún pueblo por lo mismo que amamos las nuestras, pero ¿éramos nosotros extranjeros respecto de los mexicanos? ¿No debían estos considerarse, no eran en realidad hijos de España? La cuestión era saber si estos hijos estaban o no en edad de emanciparse, pero aun emancipados, transcurrido cerca de medio siglo o desde la lucha de la emancipación y reconocido este hecho por la España, ¡cuán íntimas y cordiales no debían ser nuestras relaciones!

Y, sin embargo, en México se ha procurado imbuir al pueblo ignorante en una idea estúpida. Esos descendientes de españoles que llevan nuestros apellidos, que hablan nuestra lengua, que conservan la mayor parte de nuestros hábitos y costumbres y por cuyas venas, aunque más o menos degenerada, corre nuestra sangre, se figuran indios y aborígenes, y dicen muy formales que la América sacudió el yugo, y afectan mirarnos con odio y desprecio considerándonos como de una raza enteramente opuesta a la suya. A tal extremo ha conducido la ambición de algunos malvados, que excitan las feroces pasiones de la haz del pueblo contra los españoles. Así, a pesar de todo y con-

* s. f., «Cómo celebran los léperos el grito de Dolores», *El Museo Universal*, V, núm. 52 (29 de diciembre de 1861), pp. 412-414. II.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003384059&search=&lang=es>

tra lo que la razón y la naturaleza aconsejaban, se han conservado inextinguibles entre cierta gente el odio y el desprecio al nombre español, y así, en todos los aniversarios, el grito de Dolores se ha celebrado con insultos y blasfemias contra los españoles y contra España.

Pero hoy tenemos que denunciar un hecho más bárbaro aún cometido por los léperos y que reclama, como todos los anteriores, un castigo ejemplar que no dudamos recibirán al fin.

En las noches del 15 de septiembre, generalmente ningún español suele salir a la calle por temor de los insultos y, por consiguiente, de los conflictos y compromisos a que dan lugar en nuestro carácter poco sufrido. Pero en el último aniversario, a las doce de la noche del 15 de septiembre de este año, dos indefensos españoles que se hallaban fuera de sus casas fueron sorprendidos por una turba de léperos que celebra-

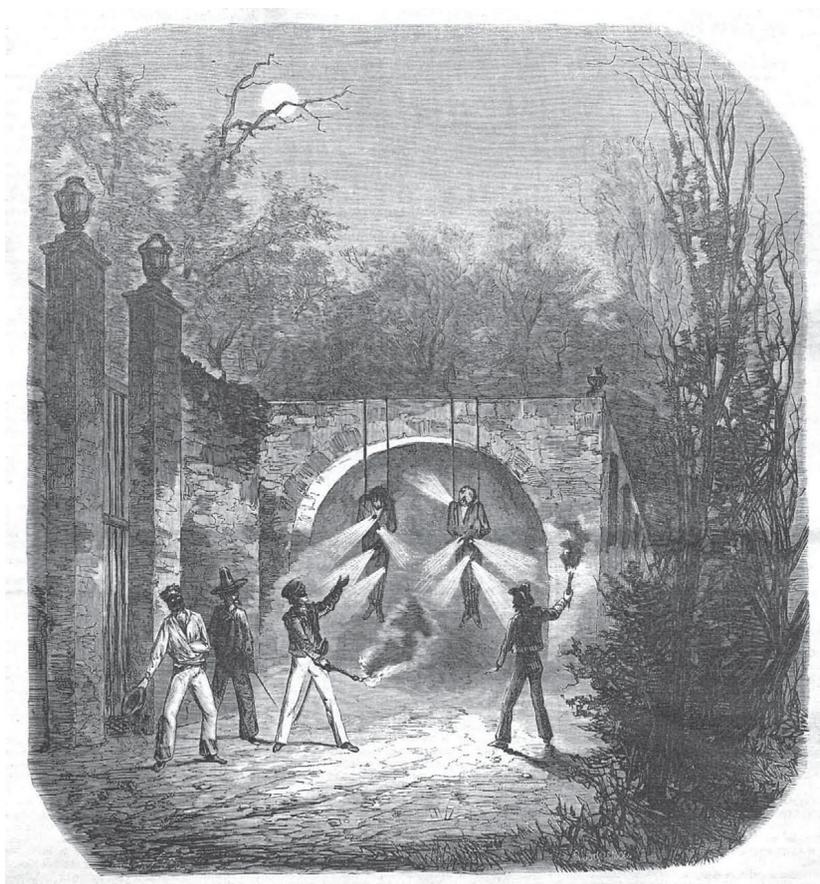


Fig. 29. *Atentado bárbaro cometido en México contra dos españoles (croquis remitido por el señor Barrera), p. 413.*

ban su independencia como podrían celebrarla una manada de fieras escapadas de sus jaulas.

Esta gente ruin y cobarde, y por consiguiente cruel como todos los cobardes, son dirigidos por algunos enmascarados que se dice que eran oficiales y que desde luego serían tan desalmados como ellos. Llevaron a nuestros compatriotas al acueducto que divide el camino de San Cosme a Tambaya, al lado de la puerta del parque del castillo de Chapultepec. Allí los colgaron por los brazos de un arco del acueducto de la manera que se representa en el grabado que acompaña, y, rodeándolos de cohetes y petardos, prendieron fuego a estos combustibles.

Esta acción infame ha exasperado los ánimos de nuestros compatriotas y reclama para evitar mayores conflictos la pronta represión que nuestro valiente Ejército se dispone a ejercer. Afortunadamente, a estas horas el pabellón español ondeará en Veracruz y San Juan de Ulúa, y si es necesario tomarán el camino de México nuestras tropas, dejando así vengadas de una vez las afrentas de medio siglo.

Nuestros generales en esta campaña deben tener aún más cuidado en combatir a un enemigo incapaz de sostenerse contra la tropa española, en desconfiar de los que se venden por amigos y cuyas manos estarán tal vez manchadas con sangre de nuestros compatriotas.

No hacemos responsables a los hombres honrados y patriotas de México de estos desmanes; mas puesto que ellos no los pueden reprimir, es forzoso que dejen libre la acción a los que tienen el poder, la fuerza y la voluntad decidida de reprimirlas.

EXPEDICIÓN DE MÉXICO*

El *Monitor* del 24 de enero ha publicado la siguiente correspondencia fechada en Veracruz el 20 de diciembre último, que contiene noticias que pueden llamarse oficiales sobre la entrada en esa ciudad de las tropas españolas. Dice así:

«El 8 de diciembre por la mañana, la ciudad de Veracruz se puso en conmoción a causa de la presencia de una división naval española, compuesta de dos fragatas y de nueve transportes de vapor. La impresión producida por la llegada de estas fuerzas en la rada de Sacrificios fue tanto más viva cuanto que se tenía la fundada esperanza, si no de evitar la intervención extranjera que amenazaba, al menos de aplazarla aún mediante negociaciones diplomáticas que hubieran dado tiempo para prepararse a la defensa. Estas ilusiones debieron desaparecer ante la realidad, y un verdadero pánico sucedió de repente a la inexplicable confianza en que se había permanecido. Desde luego se temió un ataque inmediato: se cerraron las verjas de hierro del puerto y, mientras la población se precipitaba hacia las puertas que dan sobre el campo, la autoridad disponía apresuradamente la recogida del material de guerra.

La ciudad se puso en estado de sitio y la guardia nacional fue convocada a toda prisa. La agitación se calmó algún tanto cuando se vio a la escuadra española ir a tomar en buen orden el fondeadero de Antón Lizardo, a doce millas de la ciudad. Sin embargo, por la noche hubo una especie de motín, y el Gobierno, habiendo hecho traer al muelle la barca española María Concepción, cogida el año anterior, el populacho la prendió fuego. Durante el día y los siguientes se continuó el desarme del fuerte de San Juan de Ulúa. De las 132 piezas de artillería que contenía, se evalúa en 50 o 60 el número de aquellas que han sido desmontadas.

El día 10 por la mañana fue a unirse con la división anclada en Antón Lizardo la segunda división española compuesta de 13 buques de guerra y de varios transportes de vela. Al día siguiente, el jefe de la escuadra, señor Rubalcaba, anunció a los capitanes de los buques franceses *La Foudre* y *L' Ariadne*, anclados en la rada de Sacrificios, su intención de intimar al gobernador de Veracruz que le entregase la ciudad y el fuerte de San Juan de Ulúa, declarando que si en el término de veinticuatro horas no recibía una respuesta satisfactoria, tomaría la plaza a viva fuerza y haría caer la res-

* s. f., «Expedición de México», *El Correo de Ultramar*, XIX, núm. 474 (1862), pp. 81-82; núm. 475 (1862), p. 103; núm. 484 (1862), p. 251; núm. 485 (1862), pp. 259-262. IIs.
https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709699
https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709700
https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709709
https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709710

ponsabilidad de los hechos sobre quien le correspondiese. Al mismo tiempo, se convino entre el jefe español y el comandante de La Foudre que, hasta la llegada del comandante en jefe de las fuerzas francesas, las tropas de su majestad católica tomarían bajo su protección a los súbditos franceses y sus propiedades en todos los puntos del país mexicano ocupado por el Ejército español. [...]

El capitán Vandonop, comandante de L'Ariadne, se asoció también respecto a su país a las condiciones estipuladas por el comandante de La Foudre, y hallándose como este falto de instrucciones precisas de su Gobierno, creyó deberse abstener de unirse a las fuerzas españolas para el ataque de Veracruz. Este ataque, sin embargo, no debía tener efecto, pues, el día mismo que había tenido lugar la entrevista a bordo de La Foudre, una proclama del general mexicano anunció el próximo abandono de la ciudad y prohibió a los habitantes que suministrasen víveres a los españoles.

Obligado dos días a la inmovilidad a causa de un viento norte, el general Rubalcaha no pudo hasta el día 14 hacer llegar al gobernador de la plaza la intimación de que se rindiera. Así que este documento fue conocido en la ciudad, se apresuró su evacuación. El general mexicano Uruga, nombrado hacía poco tiempo comandante del Ejército oriental, se había apoderado la víspera de todos los caballos y había obligado, bajo pena de muerte a todos los propietarios de ganados de los alrededores, a que los internaran a ocho leguas al menos de Veracruz.

Los caminos estaban cubiertos de carros y de fugitivos que huían con un terror irreflexivo. En el interior de la ciudad las casas estaban defendidas por barricadas y los extranjeros esperaban ser saqueados a cada momento.

El día 15 fue transmitida al comandante español, por mediación del cónsul de Francia y del comandante de La Foudre, la respuesta de las autoridades mexicanas a la intimación. En ella se decía que la ciudad y los fuertes quedarían evacuados a las doce del mismo día.

En cuanto recibió esta respuesta el comandante español, abandonó el fondeadero de Antón Lizardo y a las cuatro de la tarde ancló delante de Veracruz, cuya población, agrupada en los terrados de las casas, esperaba con una especie de inquieto deseo la llegada de los españoles. Una diputación del Ayuntamiento se disponía a ir a abrir las puertas de la ciudad, pero el tiempo, que durante el día había sido favorable, se cerró y no pudo efectuarse el desembarco.

El 16, el comandante español se adelantó hasta ponerse bajo el fuerte de San Juan de Ulúa, a bordo de la fragata de vapor Isabel la Católica, a la que se unió por la tarde el Francisco de Asís, en el que iba el general Gasset.

El 17 por la mañana, los españoles entraron en la ciudad. En ella y en el fuerte encontraron cañones que ni aun habían sido clavados, municiones y un material considerable. A las doce del día, el pabellón español izado sobre Veracruz fue saludado con 21 cañonazos por el navío comandante.

Desde entonces, los españoles trabajan en organizarse y desembarcar poco a poco sus tropas y municiones, pero la proclama del general Uruga, que declaraba traidores a la patria y amenazaba con pena de muerte a todos los mexicanos que quedasen al lado del enemigo, ha hecho salir a la mayor parte de los habitantes fuera de la ciudad.

Los viajeros llegados de México han encontrado los caminos llenos de carros abandonados, de cañones arrojados en los fosos, de bagajes y de soldados sin armas, sin vestidos y sin pan.

Bajo la influencia de esta miseria y de la irritación que produce, todo el mundo esperaba ver levantarse partidas de guerrillas que cometieran toda clase de excesos y contra los que la llegada de las fuerzas francesas e inglesas son, a juicio de la población, la garantía más segura y más de desear.

La posibilidad de una modificación en el régimen político del país se presenta a muchas personas como el único momento de librarle de una vez para siempre de una anarquía intolerable, y hay razones para creer que la parte honrada y pacífica de la nación acogerá favorablemente en las circunstancias actuales cualquier medida que, respetando su independencia y no hiriendo su amor propio, tienda a dotar a México, de un modo estable, de condiciones de orden y de seguridad. El ministro de Francia en México llegó el 16 de diciembre a Veracruz y se embarcó el mismo día a bordo de la fragata La Foudre».

La Francia acaba de dar por su parte a la expedición de México un desarrollo inesperado en cierto modo; sus proporciones se han aumentado considerablemente. He aquí el cuadro del cuerpo expedicionario que ha publicado el *Monitor del Ejército*:

Comandante, general de brigada Latrille de Lorencez.

Jefe de Estado Mayor, el coronel Letellier-Valazé.

Jefe de artillería, el comandante Michel.

Comandante de ingenieros, el capitán Le Bescond de Coatpont.

Jefe del servicio administrativo, el subintendente militar Raoul.

Primer pagador, monsieur Louet.

Jefe del servicio de sanidad, el primer médico monsieur Lallemand.

Tropas del Ejército de Tierra: el primer batallón de cazadores de infantería (plana mayor y dos batallones), coronel monsieur L'Heriller.

El regimiento núm. 2 de zuavos (plana mayor y dos batallones), coronel monsieur Gambier.

El regimiento núm. 2 de cazadores de África (un escuadrón).

El regimiento núm. 9 de artillería (1ª batería).

El primer escuadrón del tren de artillería (1ª sección).

Regimiento núm. 2 de ingenieros (1ª sección).

Escuadrón núm. 3 del tren de equipajes militares (1ª compañía ligera).

Una sección de obreros de administración y de enfermeros militares.

Tropas del Ejército de Mar: un regimiento de infantería.

Una batería de artillería.

Una partida de gendarmes sacados de las compañías de las Antillas.

En suma, el efectivo general debe llegar a 9.000 hombres, de ellos 8.000 combatientes secundados por una armada poderosa a las órdenes del entendido y experimentado marino contraalmirante Jurien de la Gravière (Juan Pedro Edmundo).

Monsieur Jurien de la Gravière nació el 19 de noviembre de 1812. Su padre, vicealmirante, fue llamado a la Cámara Alta por Luis Felipe.

En su hoja de servicios se lee:

Entrada en la Marina: 19 de octubre de 1828.

Alférez: enero de 1833.

Teniente de navío: 10 de abril de 1837.

Capitán de corbeta: 31 de julio de 1844.

Capitán de navío: 21 de octubre de 1850.

Contraalmirante: 1 de diciembre de 1855.

Después de haberse distinguido en el mando de varios buques, fue nombrado durante la guerra de Crimea comandante de Estado Mayor del vicealmirante Bruat, y tuvo a sus órdenes en 1859 una división naval en el Adriático. Posteriormente ha sido miembro del consejo del almirantazgo, segundo comandante de la escuadra de evolución, presidente de varias comisiones, etc.

Por último, monsieur Jurien de la Gravière es gran oficial de la Legión de Honor desde hace algunos días, y tiene condecoraciones de distintos países extranjeros.

Con su retrato damos también en este número el del señor capitán general Serrano, que manda en la actualidad en la isla de Cuba y que ha tomado una parte muy principal en la expedición de México organizando y enviando a Veracruz las fuerzas españolas. El general Serrano es uno de los jefes más distinguidos del Ejército español, y en atención a sus méritos y servicios ha sido elevado últimamente a la dignidad de duque.

EJÉRCITO MEXICANO

El Ejército mexicano se compone de tropas regulares y de guardias nacionales. La organización de la tropa regular deja mucho que desear. El reclutamiento no se hace por medio de sorteos, sino por levas.

Para las levas hay una comisión nombrada por el gobernador de un Estado o por los jefes de cuerpo y que tiene el encargo de enganchar, por voluntad o por fuerza, a todos los hombres que halla en la vía pública, salvo al hombre decente o de levita, a los aguadores, a los mozos de cordel y a los extranjeros. El hombre del pueblo es el único que debe sufrir esta tiranía, y sin hacer resistencia o tratar de huir, pues los agentes tienen armas ocultas y derecho de vida o de muerte. Sin embargo, jamás pueden traspasar los umbrales de una puerta. Así sucede que en los días de reclutamiento se ven pocos hombres del pueblo en las calles, y cuando salen tienen cuidado de observar dónde hay una puerta abierta para refugiarse en el caso de verse amenazados por la leva.

Es verdad que la carrera de las armas no ofrece grandes ventajas a estos pobres diablos. La mayor parte casados (los mexicanos se casan muy jóvenes), se encuentran de repente separados de sus mujeres y sus hijos, con la triste perspectiva de no recibir sino rara vez los medios con que han de atender a su sostenimiento y el de sus familias. De aquí sus desertiones, de que se hacen culpables a la primera ocasión, a riesgo de recibir una senda paliza si logran capturarlos.

Sobre todo para la mujer es un momento de terrible prueba: obligada por lo común a seguir a su marido en campaña, cargada con los utensilios de cocina y a veces con un hijo a la espalda, cubierta de polvo, tostada por el sol y extenuada de fatiga, se ve en la precisión, al cabo de una marcha larga y penosa, de buscar y encender leña cuando se hace alto para preparar la comida de la familia ambulante. Únicamente después descansará. ¡Y Dios sabe en qué cama!

El soldado mexicano es sobrio y no suele tomar por todo alimento más que unas tortas de maíz molido y cocido ligeramente. En el camino se quita la sed chupando un pedazo de caña dulce, y soporta con valor y resignación las mayores fatigas y privaciones. Sereno en la pelea, sin temor al peligro y a veces entusiasta, podría formar un excelente ejército si tuviera mejores jefes.

Las guerras civiles han producido muchos oficiales, pero en lo general no poseen bastante los conocimientos del arte militar para guiar y mandar al soldado.

Todo mexicano es guardia nacional, y los jefes son elegidos por escrutinio. En campaña los paga el Estado. Para eximirse del servicio basta satisfacer, según los recursos de cada cual, una suma que fija una comisión y que varía de 2 reales a 15 pesos por mes.

La guardia nacional está destinada a mantener el orden y a prestar ayuda si es necesario para hacer ejecutar las leyes y decretos del Gobierno supremo, pero puede ser movilizadada por una votación del Congreso del Estado a que pertenece.

El Ejército mexicano, contando las tropas regulares y los guardias nacionales, puede elevarse fácilmente a la cifra de 150.000 hombres.

El guerrillero es el verdadero soldado nacional. El mexicano, acostumbrado desde su infancia a montar a caballo, es por punto general muy buen jinete. Esa tropa irregular, que marcha por partidas de 400 a 500 caballos, puede sin embargo cansar y batir en detalle a un cuerpo de ejército, compuesto de los mejores soldados en un país cubierto de montañas y desprovisto de agua como México. El caballo mexicano lleva a su jinete desde el amanecer hasta por la noche, a veces sin comer ni beber en todo el día; y algunos puñados de maíz y un poco de agua bastan para que en la jornada siguiente pueda hacer otro tanto si es preciso. El guerrillero conoce los países más impracticables, sabe en dónde brota agua manantial, se alimenta de maíz como su caballo y canta pensando en su amada, sin otros cuidados sobre su porvenir.

Los regimientos de tropas mexicanas regulares o de guardia nacional no tienen números: llevan el nombre de sus jefes o el del lugar en donde han sido formados, o también el de algún valiente muerto combatiendo por la independencia de la patria.

L. L.

Damos en la página siguiente un dibujo que representa el campo de los franceses en la Tejería (México).

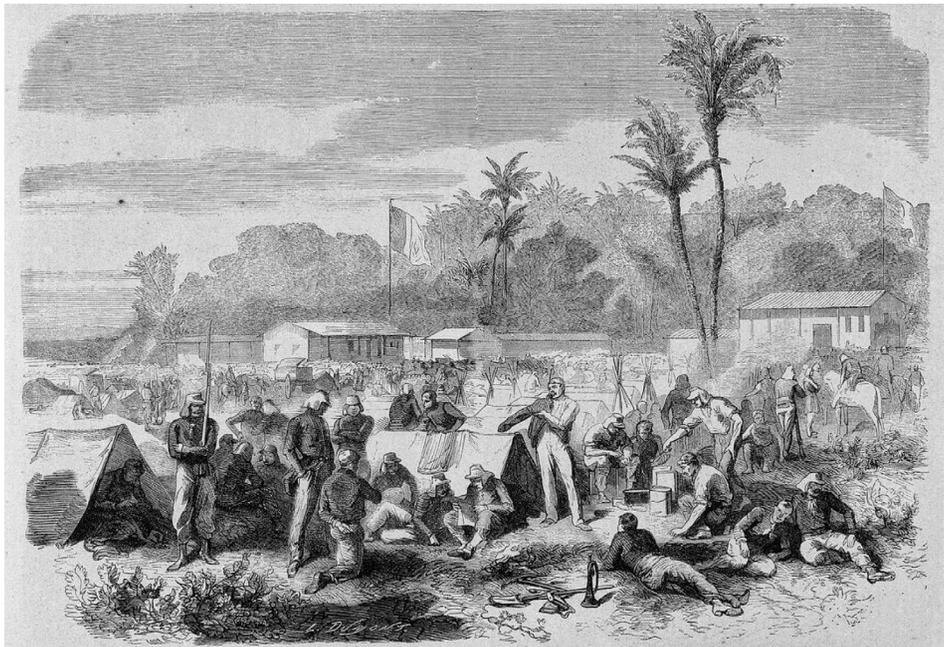


Fig. 30. *Campo de los franceses en la Tejería (México)*, p. 260.

Las tropas francesas se hallan en las mejores condiciones de sanidad y tienen provisiones de víveres frescos, pues el general en jefe mexicano permite ahora que los reciban de las localidades del contorno. A pocas millas de la Tejería está el cuartel general de las avanzadas del Ejército mexicano. Pasando por Soledad, punto donde se ha firmado un convenio preliminar no aprobado por la Francia, se llega al Chiquihuite, principio de las cordilleras donde ha establecido sus obras de defensa el cuerpo de ingenieros mexicanos. [...]

He aquí las últimas noticias que nos ha traído de México el *Eco de Europa* de 27 de febrero, diario que se publica en Veracruz desde que llegaron a esta ciudad las tropas aliadas:

«Ayer por la mañana llegó un extraordinario de México con la respuesta del Gobierno que esperaban los aliados, reducida a manifestarles que el presidente de la república ha ratificado el Convenio de la Soledad.

Ya saben nuestros lectores que la sustancia de este convenio es que las fuerzas expedicionarias de España, Francia e Inglaterra pasarán a ocupar las poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán y sus radios naturales mientras duran las negociaciones para un tratado definitivo, a las cuales se procederá inmediatamente en Orizaba.

El Gobierno ha expresado en sus comunicaciones el deseo de que se le devuelva la aduana de Veracruz. Este asunto está pendiente de contestaciones amistosas; pero a juzgar por la buena armonía que reina ya entre los representantes de las tres potencias

y el Gobierno, parece probable que serán satisfechos los deseos de este, devolviéndose la aduana a sus empleados.

Estando ya ratificado el Convenio de la Soledad, y dada la orden por el Gobierno a las guarniciones de aquel punto, Chiquihuite y otros de retirarse para dejar el paso libre a las tropas de la expedición, parte de ellas se han puesto ya en marcha y otras se disponen a verificarlo.

El cuerpo de tropas francesas emprendió ayer la marcha en cuanto se recibieron estas noticias, y probablemente dormirá esta noche en la Soledad.

Hoy sale de aquí un gran convoy de carros y municiones pertenecientes a la división española.

Esta se pondrá en marcha dividida en dos cuerpos para la mayor comodidad del viaje. La segunda brigada saldrá el sábado 1 de marzo, mandada accidentalmente por el señor brigadier Milans del Bosch, y la primera el día siguiente a las órdenes del señor brigadier Vargas.

El Excelentísimo señor conde de Reus, general en jefe, saldrá de aquí probablemente a la tarde o noche del sábado con su Estado Mayor.

Con el fin de no molestar en nada a los habitantes del tránsito, la división lleva todos los víveres necesarios para la marcha, por cuyo motivo va un tren inmenso de acémilas y carros para conducir las provisiones de boca y guerra.

Las tropas llegarán a su destino en siete u ocho días, habiéndose señalado marchas cortas por exigirlo así la pesadez de los trenes y aconsejarlo también las condiciones del clima.

Cada una de las dos brigadas se concentrará en Santa Fe con su artillería y trenes respectivos, para emprender desde allí la marcha.

Desde ayer se enarboló en esta plaza la bandera de México, conforme a lo convenido en los preliminares de la Soledad.

Fuera de esta circunstancia, la ciudad de Veracruz queda en el mismo estado que hasta ahora, continuando en sus funciones de gobernador el señor coronel don Ramón Menduïña, que cada día da nuevas pruebas de su rara capacidad para el desempeño de este encargo.

Tropas de Marina darán la guarnición de la plaza, y desde hoy son ellas las que darán la guardia en el palacio del Gobierno.

Todo anuncia que la Europa occidental logrará pacíficamente los objetos de su expedición en México, puesto que las primeras dificultades están ya vencidas, y aun podemos decir que las mayores».

Inútil nos parece añadir que cuando el *Eco de Europa* estampaba las líneas que preceden, ignoraba que el convenio de la Soledad había sido desaprobado por la Francia. [...]

MANIFESTACIÓN DE LOS FRANCESES DEMÓCRATAS IMPARCIALES RESIDENTES EN MÉXICO

Franceses demócratas imparciales*

Aunque de fecha atrasada, el documento que insertamos a continuación nos parece digno de la atención del público, siquiera por su contraste con el lenguaje de que hacen uso, tratando de la misma cuestión los periódicos reaccionarios de Madrid.

«La noticia de la ruptura de la Convención de Octubre, firmada en Londres, nos ha causado un asombro, una sorpresa de la que no podemos volver hasta ahora. La lectura de los documentos oficiales y la de la nota de los señores comisarios franceses nos han hecho enrojecer de vergüenza. En efecto, la conducta de esos señores no solo es un odioso y monstruoso contrasentido, sino, preciso es decirlo, una verdadera infamia.

En cuestiones de este género, es necesario tener en cuenta dos cosas, la conveniencia y la justicia.

Desde luego la conducta de los comisarios franceses es contraria a los intereses de Francia y, sobre todo, a los de los franceses residentes en México.

No nos engañamos, dos influencias luchan todavía actualmente en este país: la antigua influencia de la España retrógrada de otras épocas, que pierde cada día terreno, y la influencia francesa. El partido clerical se ha unido a la primera, el liberal, a la segunda; el primero ha sido vencido para siempre y nosotros los franceses hemos aplaudido el triunfo del segundo, que era nuestra obra. Nosotros no lo ocultamos: si la mayoría de la nación mexicana rechaza hoy las ideas reaccionarias lo debe a nosotros, que le hemos enseñado los grandes principios de nuestra gloriosa revolución, que trata de poner en práctica. Las instituciones que la rigen son debidas a nosotros, que, por decirlo así, hemos formado y educado a la actual sociedad mexicana. Por eso es que ninguna nación extranjera es tan considerada como la nuestra, ninguna goza de tantas simpatías, al extremo de que todo mexicano se cree obligado a enseñar nuestra lengua a sus hijos y de que se nos recibe por todas partes como a hijos del país. En México los nombres de *francés* y de *hombre de probidad y saber* han venido a ser sinónimos. He aquí la verdad.

El partido clerical, que sabe a qué atenerse en este particular, no nos mira bien. Aún nos acordamos de las vejaciones sin número de que hemos sido víctimas por su parte, de las escenas de carnicería y desolación que hemos presenciado cuando los clericales cometían toda clase de atentados al grito salvaje de “¡Muerte a los extranjeros, muerte a los franceses herejes!”.

* Franceses demócratas imparciales, «Manifestación de los franceses demócratas imparciales residentes en México», *La América*, VI, núm. 19 (24 de agosto de 1862), p. 16.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002239340&search=&lang=es>

Y con todo esto, ¿ayudaremos a nuestros implacables enemigos? ¿Combatiremos a nuestros amigos? Nosotros hemos vencido la influencia colonial y ¿seremos nosotros mismos los que tratemos de sostenerla? Véase, pues, cuán absurda y monstruosa es la conducta de los comisarios franceses.

Examinemos todavía la cuestión lógica, la cuestión de derecho.

La Revolución francesa ha declarado un derecho, reconocido hoy sin contradicción: el derecho de los pueblos para escoger la forma de gobierno que crean más adaptable a sus intereses y de designar las personas que ellos quieran colocar a la cabeza de la administración. El Imperio y la dinastía napoleónica no tienen otro origen ni otra razón de existencia que ese derecho, del que se desprende, como consecuencia necesaria, el principio de no intervención que la misma Francia ha puesto en práctica últimamente en los negocios de Italia. Este mismo principio ha sido proclamado en la cuestión de México; primero, en la Convención de Londres; después, en la proclama que los comisarios de las potencias aliadas dirigieron a los mexicanos desde Veracruz; y últimamente en los preliminares firmados por los mismos comisarios en la Soledad. ¿Y de dónde resulta que se le desconozca ahora, y que para nuestra mayor confusión es la Francia, la Francia sola, la que lo desconozca?

No, se nos dirá: Francia no desconoce el principio, por el contrario, viene a aplicarlo a México como lo ha hecho ya en Italia. “El Gobierno mexicano actual no es más que el representante de una minoría facciosa que, aun a vista de los comisarios franceses (parece que los comisarios de las otras potencias son ciegos), no ha tenido temor de adoptar medidas violentas para ahogar la expresión de los votos del país y la verdadera opinión pública”. “El Gobierno mexicano actual no es sino un intruso que esperaba —pero en vano— engañar a Europa y hacerle aceptar el triunfo de una minoría opresiva como el único elemento de orden y de reorganización que podía encontrarse en México. Los comisarios imperiales están, pues, convencidos que, si perseveran en la vía en que los ha colocado su deseo de cortar la efusión de sangre, se expondrían a desconocer las intenciones de su Gobierno y a llegar a ser involuntariamente cómplices de esa compresión moral bajo la que gime la mayoría del pueblo mexicano”.

Dos cosas sobre todo nos han admirado en este singular trozo: desde luego, la primera es la pretensión de los señores comisarios franceses de llevar la palabra a nombre de la Europa, cuando la Francia sola se empeña en un negocio en el que Inglaterra y España no han querido —y con razón— seguirla. Digámoslo: la Francia, la nación menos interesada en la cuestión, es la única que trata de llevarla adelante. ¿Qué dicen a esto los señores comisarios franceses?

Por otra parte, todo lo que los comisarios se atreven a avanzar, con un aplomo imperturbable, es falso de todo punto, y monsieur de Saligny lo sabe bien. Queremos creer que monsieur Jurien de la Gravière —que ha muy poco tiempo permanece en este país— ha podido equivocarse sobre el particular, pero monsieur de Saligny ha estado en posición de saber lo que pasa, lo que es y lo que no es. Por consiguiente, él mejor que nadie debe saber que lo que ha aseverado no es verdad. Cuando los señores comisarios de las tres potencias aliadas firmaron los preliminares de la Soledad, lo

hicieron porque estaban plenamente convencidos de que el Gobierno mexicano actual es el representante de la voluntad de la mayoría del país, y la prueba de que abrigan todavía esta convicción está en que no han querido desdecirse. Estaba reservado a los comisarios franceses desempeñar tan bello papel.

Por nuestra parte, estamos ciertos y podemos asegurar que el presidente Juárez ha sido electo tan libremente al menos como Napoleón III, y que su elección no ha encontrado oposición ni causado víctimas, de lo que quizás no podrá vanagloriarse el emperador. Queda, pues, probado hasta la evidencia que la Francia, y la Francia imperial sobre todo, tenía menos derecho que Inglaterra y España para intervenir en son de guerra en la cuestión mexicana. [...]

Por nuestra parte, lo que comprendemos bien, demasiado bien, es que estamos desempeñando un papel indigno: el papel de lobo, y queremos que México haga el de cordero. No es ese el papel que quisiéramos ver desempeñar a la Francia, no es el que le hemos visto ejecutar en Grecia, en Crimea y en Italia.

Lo que nosotros comprendemos bien es que la influencia francesa disminuye y la española aumenta, por la sencilla razón de que Francia está empleando política española y España, mas hábil que aquella esta vez, ha tenido el buen sentido de emplear política francesa. Las consecuencias de todo esto son que las simpatías de que antes gozábamos se nos están retirando y que nos perjudicamos en nuestros negocios, y nos perjudicaremos largo tiempo todavía, haciéndonos sufrir así la pena de una falta que no quisiéramos ver cometer.

Lo que nos inclinamos a creer es que el Gobierno de Su Majestad el emperador ha sido mal informado, y que sin esos malos informes no se hubiera lanzado en una empresa llena de peligros que comprometen los intereses de Francia y que pueden comprometer la paz del mundo.

Por el contrario, lo que no comprendemos es que los soldados de Sebastopol, de Solferino y de Magenta vengán a sostener a Almonte y al padre Miranda. Lo que no comprendemos es que el Imperio, salido de la revolución, reniegue de su origen y pretenda hacer la contrarrevolución.

Poned en paralelo la conducta de los comisarios franceses, y la de los de Inglaterra y España, y ved hasta qué punto se nos rebaja. Juzgad en conciencia y con la mano en el corazón.

Leed la nota de los comisarios franceses; leed también la respuesta del Gobierno mexicano; leed, sobre todo, cómo este Gobierno, representante de una minoría opresiva, como dicen monsieur Jurien y monsieur Saligny, pone bajo su protección las personas y los bienes de los extranjeros, y aun de los franceses mismos, y tened calma si podéis.

México, 15 de abril de 1862».

Índice de ilustraciones

ARTÍCULOS DE VIAJES

- Fig. 1. *Vista general de Barcelona*, «Apuntes de un viaje a España», *El Correo de Ultramar*, XIX, núm. 473 (1862) 59
- Fig. 2. *Antiguo arrabal de Sant Esprit*, «Viaje de París a los Pirineos», *Museo de las Familias*, XVIII (1860) 62

DESCRIPCIONES HISTÓRICO-GEOGRÁFICAS Y MONUMENTALES

- Fig. 3. *La catedral de México y su sagrario*, «La catedral de México y su sagrario», *Museo de las Familias*, XX (1862), portada 91
- Fig. 4. *San Vicente de Paúl, en París*, «Nueva iglesia de San Vicente de Paúl en París», *El Álbum Mexicano*, II (1849), lámina. 102
- Fig. 5. *Sepulcro de Moratín en el cementerio del Padre Lachaise en París*, «Estudios de viajes. Los cementerios de París. El sepulcro de Moratín», *Museo de las Familias*, V (25 de octubre de 1847) 106
- Fig. 6. *San Miguel, isla de Cozumel*, «La isla de Cozumel», *El Álbum Mexicano*, I (1849), lámina 116
- Fig. 7. *Vista interior de la catedral de Murcia*, «Estudios de viajes. La golondrina y la catedral de Murcia», *Museo de las Familias*, X (25 de mayo de 1852), portada 117
- Fig. 8. *Antigüedades mexicanas*, «Antigüedades mexicanas», *El Correo de Ultramar*, VIII, núm. 196 (1856). 124

ARTÍCULOS CIENTÍFICOS

- Fig. 9. *Cabeza de mosca vista con microscopio*, «Estudios de historia natural. El mundo invisible», *Museo Mexicano*, Segunda época, I (1845), lámina. 135
- Fig. 10. *El hombre fósil*, «El hombre fósil», *Museo de las Familias*, VII (25 de octubre de 1849), p. 217, portada. Sushemil 139
- Fig. 11. *Sobre el aerolito*, «Estudios astronómicos. Viaje al sol en un aerolito», *Museo Mexicano*, Segunda época, I (1845), lámina. Dibujante Guemied, grabadores Andrew, Best&Leloir 142
- Fig. 12. *El Palenque*, «El Palenque. Extracto del viaje de don Antonio del Río a las ruinas del Palenque en 1787», *Semanario Pintoresco Español*, núm. 48 (30 de noviembre de 1845), portada 152
- Fig. 13. *Lado sur del cuarto palacio de Mitla*, «Antigüedades mexicanas», *El Correo de Ultramar*, XVIII, núm. 468 (1861). Dibujo de Freeman 154

COSTUMBRISMO LITERARIO

Fig. 14. <i>Llegada de los toros en la plaza</i> , «La Andalucía», <i>El Correo de Ultramar</i> , I, núm. 2 (1853). H. V.	173
Fig. 15. <i>El majo y la maja</i> , «La Andalucía», <i>El Correo de Ultramar</i> , I, núm. 2 (1853). H. V.	174
Fig. 16. <i>Tipos mexicanos</i> , «México», <i>El Correo de Ultramar</i> , XIX, núm. 478 (1862)	178
Fig. 17. <i>Tipos mexicanos</i> , «México», <i>El Correo de Ultramar</i> , XIX, núm. 478 (1862)	179
Fig. 18. <i>Cafés cantantes en los campos Elíseos</i> , «Cafés cantantes en los campos Elíseos», <i>Museo de las Familias</i> , XIII (1855). J. Fagnion S.C. y Gustave Janet	219

RETRATOS DE PERSONAJES ILUSTRES

Fig. 19. <i>La Monja Alférez</i> , «La Monja Alférez», <i>La Ilustración Mexicana</i> , III, núm. 9 (1852).	230
Fig. 20. <i>La doctora Guzmán y la Cerda</i> , «La doctora Guzmán y la Cerda», <i>Semanario Pintoresco Español</i> , XVIII, núm. 24 (12 de junio de 1853).	238
Fig. 21. <i>Doña Rosa Peluffo</i> , «Doña Rosa Peluffo», <i>El Álbum Mexicano</i> , I (1843), lámina	241
Fig. 22. <i>Alfonso de Lamartine</i> , «Estudios biográficos. Alfonso de Lamartine», <i>Museo de las Familias</i> , II (25 de noviembre de 1844), Ortega - Zarza	245
Fig. 23. <i>Retrato de Orfila</i> , «Hombres útiles. Orfila», <i>Museo de las Familias</i> , XIV (1856), portada	261
Fig. 24. <i>Napoleón Bonaparte</i> , «Biografía extranjera. Napoleón Bonaparte», <i>Semanario Pintoresco Español</i> , VII, núm. 37 (10 de septiembre de 1843)	277
Fig. 25. <i>Cadáver de Napoleón tras la exhumación de sus restos mortales</i> , «Biografía extranjera. Napoleón Bonaparte», <i>Semanario Pintoresco Español</i> , VII, núm. 37 (10 de septiembre de 1843)	278

VIDA POLÍTICA Y SUCESOS CONTEMPORÁNEOS

Fig. 26. <i>La ciudad de Guadalupe (cerca de México) a vista de pájaro</i> , «México», <i>El Correo de Ultramar</i> , XX, núm. 504 (1862).	301
Fig. 27. <i>Retratos de los asesinos de nuestros compatriotas en México</i> , «Revista de la quincena. Retratos de los asesinos de nuestros compatriotas en México», <i>El Museo Universal</i> , II, núm. 21 (15 de noviembre de 1858)	305
Fig. 28. <i>Mapa del territorio oriental de la República Mexicana comprendido entre Veracruz, México y Tampico</i> , «México y su territorio», <i>El Museo Universal</i> , VI, núm. 14 (6 de abril de 1862).	321
Fig. 29. <i>Atentado bárbaro cometido en México contra dos españoles</i> , «Cómo celebran los léperos el grito de Dolores», <i>El Museo Universal</i> , V, núm. 52 (29 de diciembre de 1861)	330
Fig. 30. <i>Campo de los franceses en la Tejería (México)</i> , «Expedición de México», <i>El Correo de Ultramar</i> , XIX, núm. 485 (1862). Grabador L. Dumont	338

D

Montserrat Amores es profesora titular de Literatura Española en la Universitat Autònoma de Barcelona, autora de las monografías *Catálogo de cuentos folclóricos reelaborados por escritores del siglo XIX* (1997), *Antonio de Trueba y el cuento popular* (1999) y *Fernán Caballero y el cuento folclórico* (2000), y de varias antologías de relatos breves. Ha editado o coeditado cinco volúmenes sobre cuento y prensa española del siglo XIX, además de publicar artículos y capítulos en obras colectivas, la mayor parte dedicados a la prosa española del ochocientos. Es responsable de gicesxix.uab.es. Ha dirigido dos proyectos de investigación y en la actualidad codirige junto a Manuel Santirso el proyecto «Negociaciones identitarias transatlánticas. España-Francia-México (1843-1863)».

Rebeca Martín, doctora en Filología Española, es editora y profesora asociada de la Universitat Autònoma de Barcelona. Ha publicado las monografías *La amenaza del yo. El doble en el cuento español del siglo XIX* (2007) y *Ficciones no disimuladas. La narrativa breve de José Fernández Bremón* (2013). Es coeditora de dos volúmenes sobre cuento y prensa española del siglo XIX, y autora de un buen número de ediciones, artículos y capítulos de libro sobre narrativa española de los siglos XIX, XX y XXI. Es miembro de gicesxix.uab.es y su línea de investigación actual está relacionada con las causas célebres de los siglos XVIII y XIX.

Laura Pache, doctora en Filología Española, es profesora asociada de la Universitat Autònoma de Barcelona y de la Università degli studi di Torino. Es coeditora de tres volúmenes dedicados a la literatura fantástica y el ámbito de lo metarreal en el panorama hispánico desde el siglo XIII hasta la actualidad (2014), y de otro titulado *Hibridismo y nuevas tendencias en la literatura española e hispanoamericana* (2018). Ha publicado la monografía *Otra forma de vida. Los relatos de Enrique Vila-Matas* (2022) y es autora de artículos y capítulos de libro sobre narrativa española de los siglos XX y XXI. Su campo de estudio actual está relacionado con la representación de la imagen femenina en los cuentos sobre la Guerra Civil y la narrativa de Ana María Matute.

En el siglo XIX, la prensa ilustrada se constituyó como uno de los medios idóneos para la circulación y la difusión de imaginarios nacionales, capaz de crear un espacio de opinión y de continuo diálogo entre las imágenes que se generaban en diversos países. En este sentido, fue especialmente fértil el periodo cronológico que dio comienzo con la alianza diplomática entre Francia y España, y llegó a su fin con la intervención francesa en México. Francia era entonces el centro cultural de Europa, mientras que España, la metrópoli con la que México había roto sus relaciones de subordinación tras proclamar su independencia en 1821, todavía conservaba algunos intereses coloniales. Así pues, estamos ante un etapa histórica determinante para la creación, por una parte, del nuevo estado liberal español y, por otra, de la nueva República Mexicana.

De ida y vuelta. Imágenes transnacionales: México-Francia-España, 1843-1863 es una antología de textos en lengua española publicados en la prensa ilustrada de los tres países que muestra un variado abanico de imágenes nacionales de España y México y sus correspondientes reflejos especulares. En este proceso que tuvo a Francia como mediadora, España y México intentaron desterrar los estereotipos forjados a lo largo de las décadas anteriores mediante unos nuevos enunciados y una propuesta más apegada a la realidad.